

traducción de

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA HENRÍQUEZ

DE CÓMO EUROPA SUBDESARROLLÓ A ÁFRICA

por

WALTER RODNEY





siglo veintiuno editores, sa

CERRO DEL AGUA 248, MÉXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa

C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda

AV. 36, 17-73 PRIMER PISO, BOGOTÁ, D.E. COLOMBIA

edición al cuidado de maría luisa puga
portada de anheló hernández

primera edición en español, 1982

© siglo xxi editores, s.a.

ISBN 968-23-1157-8

primera edición en inglés, 1972

bogle-l'ouverture publications

141 coldershaw road,

londres w. 13

© walter rodney, 1972

título original: how europe underdeveloped africa

derechos reservados conforme a la ley

impreso y hecho en México/printed and made in Mexico

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA TRADUCCIÓN AL CASTELLANO	7
PREFACIO	10
1. ALGUNAS CUESTIONES SOBRE EL DESARROLLO	13
1.1 ¿Qué es el desarrollo?, 13; 1.2 ¿Qué es el subdesarrollo?, 26; Breve guía de lectura, 42	
2. CÓMO ÁFRICA SE DESARROLLÓ ANTES DE LA LLEGADA DE LOS EUROPEOS HASTA EL SIGLO XV	44
2.1 Una visión general, 44; 2.2 Algunos ejemplos concretos, 63; Conclusión, 87; Breve guía de lectura, 90	
3. LA CONTRIBUCIÓN DE ÁFRICA AL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN EUROPA. EL PERÍODO PRECOLONIAL	91
3.1 Cómo Europa llegó a ser el sector dominante del sistema mundial de comercio, 91; 3.2 La contribución de África a la economía y las creencias de la Europa capitalista temprana, 100; Breve guía de lectura, 109	
4. EUROPA Y LAS RAÍCES DEL SUBDESARROLLO AFRICANO HASTA 1885	111
4.1 El comercio europeo de esclavos como factor fundamental del subdesarrollo africano, 111; 4.2 El estancamiento tecnológico y la distorsión de la economía africana en la época precolonial, 122; 4.3 Ejemplos de desarrollo político militar continuado en África, de 1550 a 1885, 134; Conclusión, 159; 4.4 La llegada del imperialismo y del colonialismo, 161; Breve guía de lectura, 174	
5. LA CONTRIBUCIÓN DE ÁFRICA AL DESARROLLO CAPITALISTA DE EUROPA. EL PERÍODO COLONIAL	176
5.1 La expatriación del excedente africano bajo el colonialismo, 176; 5.2 El fortalecimiento de los aspectos tecnológicos y militares del capitalismo, 207; Breve guía de lectura, 243	

6. EL COLONIALISMO COMO UN SISTEMA PARA SUBDESARROLLAR A ÁFRICA	215
6.1 Los supuestos beneficios del colonialismo en África, 245; 6.2 El carácter negativo de las repercusiones sociales, políticas y económicas, 268; 6.3 La educación para el subdesarrollo, 286; 6.4 Desarrollo por contradicción, 314; Breve guía de lectura, 338	
POST-SCRIPTUM	340

PRÓLOGO A LA TRADUCCIÓN AL CASTELLANO

El libro del autor y dirigente guyanés asesinado en su patria el 13 de junio de 1980 tiene el doble valor de ser la producción científica de un historiador del "Tercer Mundo" que incursiona con su análisis en dimensiones insospechadas, y la de un luchador revolucionario que fue consecuente en la práctica en ese gran proceso de liberación que hoy cimbra a los pueblos de África, Asia y América Latina.

El análisis marxista de la totalidad recobra hoy su cruda realidad en la pluma del escritor del país colonizado. Coincide con un antagonismo que se hace cada vez más patente entre los países metropolitanos y periféricos del capitalismo: que los ricos se están volviendo más ricos y los pobres más pobres.

Mientras atraviesa los pasajes del lenguaje simple y lúcido de este libro, el lector de tres continentes va presintiendo y confirmando una sospecha que se va volviendo escalofrío a la vez que certidumbre. Va recordando su historia aun sin ser africano, va reestructurando su concepto de Europa, de su "cultura", su "gloria" y su poderío. Va redefiniendo también su propia imagen, y la de sus gentes, su pueblo y su cultura olvidadas, y va concibiendo los libros que no se han escrito aún sobre "cómo Europa subdesarrolló a América Latina" y "a Asia" y "a Oceanía". Y va transitando también por el camino que siguió Frantz Fanon, en *Los condenados de la tierra* y en sus estudios del hombre colonizado. (Esta vez con el arma del análisis histórico.) *

La historia en Rodney pierde ese lenguaje ajeno, distante e innecesario de la historiografía de cosas idas, y aparece frente al lector relatada con vocablos de hoy como si todavía estuviera ocurriendo, y siendo que, efectivamente, está y sigue ocurriendo. Brotan de ella todos los elementos que perduran en el mecanismo de la explotación capitalista que la historiografía consi-

* Rodney combina en síntesis creativa los enfoques de los panafricanistas y revolucionarios africanos, de los dependentistas de América Latina y de los clásicos marxistas de Europa.

dera "pasados". Rodney renuncia igualmente a la "conceptualización" excesiva que a tantos textos ha infestado en esta área, y su lenguaje es para su pueblo, de África y de América, por el que dio su vida.

Aunque el inicio del siglo XIX pareciera indicar el punto evidente en que el sistema capitalista se vertió al resto del mundo en su fase imperialista, con el gran desarrollo financiero, comercial e industrial de las metrópolis (incluido su injerto en Estados Unidos y otros retoños como Sudáfrica y más recientemente Israel), Rodney revisa el transcurso de esa historia y retorna al siglo XV, cuando Europa inició sus primeros viajes de circunnavegación e inauguró o extendió sus mercados de ultramar, aun antes de que aparecieran otros efectos deletéreos más obvios sobre los pueblos de los países subdesarrollados de hoy, como el mercado de esclavos, la conquista o la guerra colonial o de exterminio, según el caso. Se descubre ya entonces el proyecto genocida y racista del colonialismo capitalista, que promueve la construcción de nuevos centros del capital mediante la exportación de "colonos" blancos que reproducen el sistema imperialista fuera de Europa, y que declaran una guerra sin cuartel contra las poblaciones "no blancas" sobre todo contra aquellas que tienen los modos de producción más distantes del capitalismo. Con su frenética actividad de piratas, reviven viejos modos de producción, o sus espectros, aunque tan reales como los antiguos y a veces más crueles, como el esclavismo de los africanos y el feudalismo de la plantación. Pero a Rodney le interesa, más que calcular la magnitud del genocidio del mercado europeo de esclavos, demostrar cómo sirvió para desarrollar a Europa y subdesarrollar a África; y explicar igualmente cómo tuvieron estos mismos efectos el propio mercado pre colonial y el gobierno del colonialismo impuesto en 1885 a partir del "Arrebató de África".

Entre las contribuciones de Rodney se pueden destacar: su ampliación del análisis de la totalidad; su análisis de la superestructura, particularmente del papel de la religión; su reordenamiento cronológico de la historia de la explotación; su afirmación de que el capitalismo ha sido siempre europeo (con la excepción casi única del Japón) al aparecer el mercado internacional en el siglo XV, momento en que el capitalismo se vuelve también mundial, y empieza a detener el desarrollo de otras formaciones sociales; y, también relacionado con este último punto, el concepto de "regresión tecnológica" que expresa parte de ese mismo impacto universal.

Pero todos sus conceptos teóricos compartidos con el materialismo dialéctico se presentan en la vida diaria, la historia de los pueblos africanos. Por ejemplo, nos recuerda que los modos de producción no son solamente una secuencia histórica, sino que continúan existiendo, si bien subyugados y modificados por el capitalismo, y al decirnos esto todo lo que está haciendo es describir la historia de África. Con esta interpretación la participación de los campesinos en los países neocolonizados debe redefinirse, pues depende del modo de producción. Tampoco puede hablarse al leer "De cómo Europa subdesarrolló a África" de "burguesía nacional" o aun de un "capitalismo de Estado" autónomo, si queda más que claro que éstos no son sino herramientas del mismo proceso de extracción del excedente y de su exportación a las metrópolis (que no se generaron con el desarrollo histórico inicial y real).

Su libro explica en forma accesible qué es el imperialismo, redefine el desarrollo y el subdesarrollo, ubica a Europa en el sitio que le corresponde y al hacerlo, reivindica la cultura africana y las de otras partes del Tercer Mundo, y reclama la recuperación de la humanidad del hombre colonizado. Y es en esta área donde ofrece al lector latinoamericano un espaldarazo a propósito de su propia identidad, fraternal recordatorio de la necesidad de reintegrar la cultura y la humanidad perdida con los embates de la cultura europea, de levantar la cabeza ante la dominación cultural, de materializar en la práctica la recuperación requerida para la libertad.

El funcionamiento del capitalismo, por otra parte, no ha sido nunca el mismo en la metrópoli que en la colonia o neocolonia. En ello se cifra justamente la razón del desarrollo en un caso y del subdesarrollo en el otro; y tampoco la explotación tiene el mismo sentido. Este libro apunta, en resumen, a una redefinición del proceso global del desarrollo de las metrópolis capitalistas (Europa y Estados Unidos) y su estrecha dependencia del proceso de subdesarrollo de las periferias, y de África en particular. La dependencia se concibe así en forma inversa a como se ha acostumbrado; y no es posible destacar suficientemente lo que esto ha significado para los pueblos de África.

Nairobi, Kenia, junio de 1981

P. G. C. H.

PREFACIO

Este libro se deriva de una preocupación por la situación del África contemporánea. Incursiona en el pasado sólo porque de otra manera sería imposible entender cómo el presente llegó a ser lo que es y cuáles son las tendencias del futuro inmediato. En el intento de comprender lo que hoy se denomina "subdesarrollo" en África, los límites de este estudio han tenido que fijarse en épocas tan lejanas como el siglo xv, por un lado, y en el final del período colonial, por el otro.

Lo ideal sería que un análisis del subdesarrollo se acercara más todavía al presente y no que se detuviera al fin del período colonial en la década del sesenta. El fenómeno del neocolonialismo reclama a voces la ejecución de investigaciones extensas que hagan posible formular la estrategia y las tácticas de la emancipación y el desarrollo africanos. En este estudio no se llega tan lejos, pero al menos ciertas soluciones quedan implícitas al esbozarse una evaluación histórica correcta del mismo modo que ciertos medicamentos quedan indicados o contraindicados por un diagnóstico correcto de la condición del paciente y una cuidadosa historia clínica. La esperanza es que los hechos que se exponen y su interpretación contribuyan en algo a reforzar la idea de que el desarrollo africano sólo será posible si se basa en un rompimiento radical con el sistema capitalista internacional, que ha sido el agente principal del subdesarrollo en África en los últimos cinco siglos.

El lector observará que el problema de la estrategia del desarrollo lo aborda brevemente, en la última parte, A. M. Babu, antiguo ministro de Asuntos Económicos y Planificación del Desarrollo en Tanzania, quien ha participado activamente en el diseño de una política sobre estas líneas en su país. No es accidental que el texto completo se haya escrito en la propia Tanzania, donde la inquietud por el desarrollo se ha acompañado de acciones considerablemente más positivas que en varias otras partes del continente.

Muchos colegas y camaradas colaboraron en la preparación de este trabajo. Un agradecimiento especial para los compañeros Karim Hirji y Henry Mapolu de la Universidad de Dar es Salaam,

que leyeron el manuscrito con espíritu de crítica constructiva. Pero, contrariamente a lo que se estilaba en muchos prefacios, no agregaré que "cualquier error u omisión es de mi entera responsabilidad". Eso es simple subjetivismo burgués. La responsabilidad en asuntos de este tipo es siempre colectiva, especialmente cuando se trata de enmendar las insuficiencias u omisiones. Mi reconocimiento también para la *Tanzania Publishing House* y la *Bogle L'Ouverture Publications* por la cooperación que prestaron para que se publicara el texto en la forma más simple y barata posible. Lejos de pretender conformarse a los cánones establecidos por los opresores y sus portavoces en el mundo académico, el propósito de este libro es llegar a los africanos que deseen ahondar en la naturaleza de su explotación.

1. ALGUNAS CUESTIONES SOBRE EL DESARROLLO

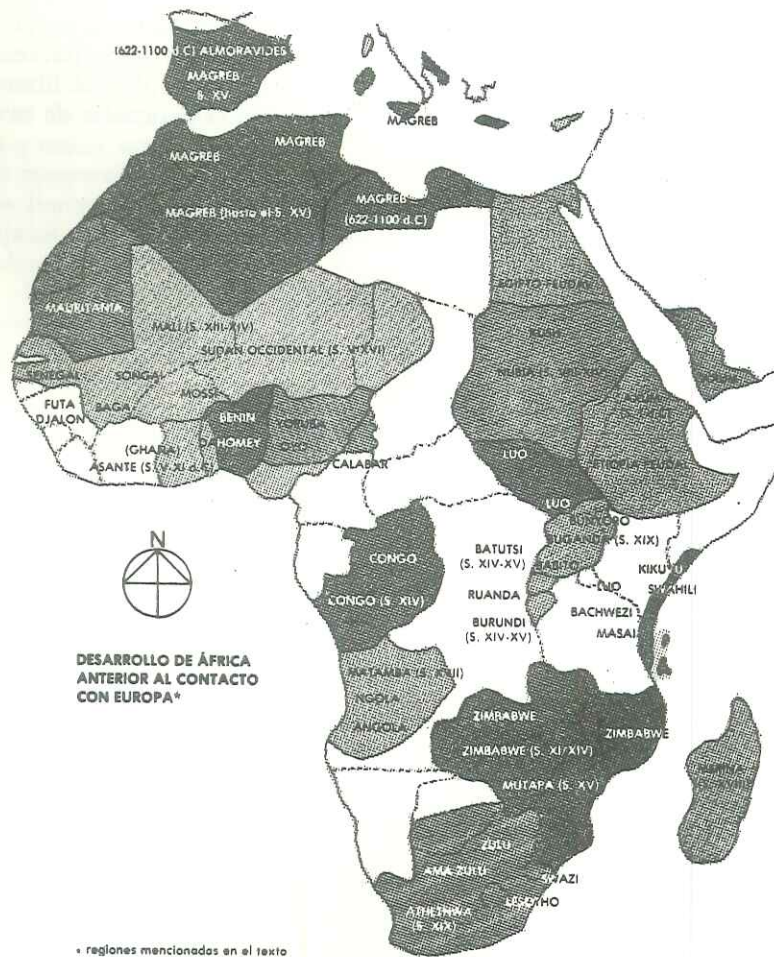
Contrastando con el impetuoso crecimiento de los países del campo socialista, y el desarrollo, aunque a mucho menor ritmo, de la mayoría de los países capitalistas, existe el hecho indudable del estancamiento total de una gran parte de los países llamados subdesarrollados, que presentan, a veces, incluso tasas de crecimiento económico inferiores a las del crecimiento demográfico.

Estas características no son casuales. Responden estrictamente a la naturaleza del sistema capitalista desarrollado en plena expansión que traslada hacia los países dependientes las formas más abusivas y menos enmascarables de la explotación. [...] Entendemos claramente, y lo decimos con toda franqueza, que la única solución correcta a los problemas de la humanidad en el momento actual, es la supresión absoluta de la explotación de los países dependientes por los países capitalistas desarrollados, con todas las consecuencias implícitas en este hecho.

CHE GUEVARA, 1964

1.1 ¿QUÉ ES EL DESARROLLO?

El desarrollo en la sociedad humana es un proceso de muchas caras. En el nivel del individuo implica un aumento progresivo de su habilidad y capacidad, una mayor libertad, creatividad, autodisciplina, responsabilidad y bienestar material. Algunos de estos elementos constituyen de hecho categorías morales y son difíciles de evaluar puesto que dependen de la época en que se vive, de la extracción de clase, e incluso de la escala de valores de cada cual. Lo que es indiscutible, sin embargo, es que el logro de cualquiera de estos aspectos del desarrollo personal está fuertemente ligado con el estado de la sociedad en su conjunto. Desde tiempos preté-



ritos, el hombre creyó conveniente y necesario agruparse para cazar con el objeto común de sobrevivir. Es indispensable conocer las relaciones que se entablaron dentro de cada grupo social para comprender cada sociedad en su totalidad. La libertad, la responsabilidad, la destreza, etc., sólo tienen significado en cuanto reflejan las relaciones de los hombres en sociedad.

Cada grupo social, desde luego, entra en contacto con otros grupos sociales. Las relaciones entre los individuos de dos sociedades están reguladas por la forma de ambas sociedades. Sus estructuras políticas respectivas son importantes, porque los elementos gobernantes de cada sociedad son los que inician el diálogo, el comercio o el combate, dependiendo de las circunstancias. En el nivel de los grupos sociales, por lo tanto, el desarrollo implica una capacidad cada vez mayor de regular tanto las relaciones internas como las externas. Gran parte de la historia humana ha sido la lucha por la supervivencia frente a los peligros naturales y los enemigos humanos reales e imaginados. En el pasado el desarrollo redundó siempre en una mayor habilidad de los grupos sociales para resguardar su independencia, y sin duda también para infringir la libertad de los otros —algo que sucedió a menudo sin que se considerara la voluntad de las personas en las sociedades en cuestión.

Es cierto que los hombres no son los únicos seres que operan en grupos; pero la especie humana se embarcó en una línea de desarrollo cualitativamente distinta porque fue capaz de utilizar herramientas. El acto mismo de fabricar las herramientas, más que el producto de un intelecto plenamente maduro, fue un estímulo para el desarrollo de la racionalidad. Desde el punto de vista histórico, el hombre trabajador ha sido siempre tan importante como el hombre pensante: el trabajo con instrumentos lo liberó de las necesidades físicas más elementales, de tal forma que logró imponerse sobre otras especies más poderosas y sobre la propia naturaleza. Tanto las herramientas que utilizan los hombres como la forma en que organizan su trabajo son índices muy importantes de su desarrollo social.

Con mucha frecuencia el término "desarrollo" se usa exclusivamente en su sentido económico —lo que se justifica explicando que el tipo de economía es un índice de otras características sociales. ¿Qué es entonces el desarrollo económico? Una sociedad se desarrolla económicamente a medida que sus miembros acrecientan conjuntamente su capacidad de enfrentarse al medio. Esta capacidad dependió del grado en que los hombres comprendan las leyes de la naturaleza (la ciencia), del grado en que puedan llevar tal

comprensión a la práctica, mediante la elaboración de herramientas (la tecnología) y de la manera en que organicen el trabajo. Mirando hacia atrás al amplio panorama de la historia, puede decirse que ha habido un desarrollo económico constante en la sociedad humana desde sus orígenes, ya que el hombre ha multiplicado enormemente su capacidad de subsistir de la naturaleza. Es más fácil entender la magnitud del avance humano al reflexionar sobre la historia temprana de la sociedad y observar lo siguiente: primero, el progreso desde las burdas herramientas de piedra hasta el uso de los metales; segundo, el cambio de la práctica de la caza y la recolección de frutas silvestres a la domesticación de animales y la siembra de cultivos alimentarios; y tercero, el progreso en la organización del trabajo, de ser una actividad individual a asumir un carácter social con la participación de muchos individuos.

Todos los pueblos han demostrado que tienen la capacidad de incrementar independientemente su habilidad de proporcionarse condiciones de vida cada vez más satisfactorias mediante la explotación de los recursos de la naturaleza. Cada continente se desarrolló independientemente en las épocas iniciales de expansión del dominio del hombre sobre el medio. Por consiguiente, cada continente puede adjudicarse un período de contribución al desarrollo económico. África, la morada original del hombre, fue obviamente un protagonista principal en el proceso mediante el cual los grupos humanos acrecentaron su capacidad de subsistir aprovechando el ambiente natural. Sin duda, en el período temprano, África fue el foco del desarrollo físico del hombre como tal, tan distinto del de los demás seres vivientes.

El desarrollo fue universal porque las condiciones que conducían a la expansión económica eran universales. Por todas partes el hombre se enfrentó a la tarea de sobrevivir satisfaciendo sus necesidades materiales fundamentales; el perfeccionamiento de las herramientas fue un resultado de la interacción entre los seres humanos y la naturaleza como parte de la lucha por la supervivencia. Por supuesto, la historia humana no es únicamente un registro de los avances. En todo el mundo hubo períodos de retrocesos transitorios y aun de una reducción real de la capacidad de producir satisfactores básicos y de ofrecer otros servicios a la población. Pero la tendencia general fue la de una producción creciente, y en determinados momentos, el incremento de la *cantidad* de los bienes se relacionó con el cambio de la *calidad* o el carácter de la sociedad. Esto se mostrará más adelante con referencia a África, pero para indicar la aplicación universal del prin-

cipio del cambio cuantitativo/cualitativo tomaremos un ejemplo de China.

El hombre antiguo de China vivía a merced de la naturaleza; lentamente fue descubriendo cosas tan básicas como que podía hacer fuego y sembrar semillas de algunas plantas para obtener alimentos. Tales descubrimientos indujeron a los habitantes de China a formar comunidades agrícolas simples, que empleaban herramientas de piedra y producían lo suficiente para la mera subsistencia. Esto se logró varios miles de años antes del nacimiento de Cristo o el vuelo del profeta Mahoma. Los bienes producidos en aquella etapa se distribuían más o menos equitativamente entre los miembros de la sociedad, que vivían y trabajaban en familias. Para la época de la dinastía T'ang del siglo VII d. c., China había expandido su capacidad económica no sólo para cultivar más alimentos sino también para manufacturar una variedad de artículos tales como la seda, la porcelana, e incluso barcos e implementos científicos. Esto desde luego representó un incremento cuantitativo de los bienes producidos, que se interrelacionaba con cambios cualitativos dentro de la sociedad china. Hacia esta última etapa ya se había formado un Estado político, mientras que anteriormente sólo existían pequeñas unidades que se autogobernaban. En vez de que cada familia y cada individuo hicieran el trabajo de agricultor, de constructor de casas, de sastre, etc., surgieron las especializaciones para cada una de estas funciones; si bien la mayoría de la población aún araba la tierra, ya existían artesanos experimentados que hacían seda y porcelana, burócratas que administraban el Estado y filósofos budistas y confucionistas que se dedicaban a tratar de explicar todo lo que quedaba fuera de una comprensión inmediata.

La especialización y la división del trabajo aumentaron la producción y al mismo tiempo llevaron a la desigualdad en su distribución. Un pequeño sector de la sociedad china, que era el que menos hacía para generar riqueza (ya fuera trabajando en la agricultura o en la industria), se apropiaba de una parte desproporcionada de los productos del trabajo. Este sector se podía permitir tal cosa porque habían surgido ya serias desigualdades en la propiedad de la tierra, el medio fundamental de producción. En cuanto a los campesinos, su tierra familiar se fue volviendo cada vez más pequeña, y una minoría se apoderó de la mayor parte de la tierra. Tales cambios en la tenencia de la tierra fueron el elemento medular del desarrollo en su más amplio sentido. Por ello es que el desarrollo no se puede ver únicamente como un

asunto económico, sino más bien como un proceso social integrado que depende de cómo los hombres enfrentan su medio natural.

Mediante un estudio cuidadoso se pueden comprender algunos de los complejos nexos que se entablan entre los cambios de la base económica y los cambios de la superestructura de la sociedad —incluido el ámbito de la ideología y las creencias sociales. El cambio del comunismo en Asia y en Europa condujo por ejemplo a códigos o normas de comportamiento característicos del feudalismo. La conducta de los caballeros europeos de armadura tenía mucho en común con la de los guerreros o *samurai* japoneses. Ellos desarrollaron conceptos como la llamada "caballería" —la conducta apropiada del hidalgo que cabalga. En contraste, el campesino tenía que demostrar extrema humildad, deferencia y servilismo —todo ello simbolizado con el acto de quitarse la gorra y permanecer con la cabeza descubierta ante sus superiores. También en África con el advenimiento del Estado y las clases superiores se llegó a la práctica de que los súbditos se postraran en presencia de los monarcas y aristócratas. En tales momentos quedaba ya claro que la simple igualdad de la familia había dado paso a un nuevo estadio de la sociedad.

En las ciencias naturales, se sabe que en muchos casos los cambios cuantitativos devienen en cualitativos luego de un cierto período. Un ejemplo común es la forma en que el agua absorbe calor (proceso cuantitativo) hasta que, a los 100° C (al nivel del mar), empieza a transformarse en vapor (cambio cualitativo de la forma). De manera análoga, en la sociedad humana siempre ha ocurrido que la expansión de la economía conduce eventualmente a un cambio en las relaciones sociales. El primer autor que apreció esto, Karl Marx, en el siglo XIX, distinguió varios estadios de desarrollo en la historia europea. El primer gran estadio, que sucedió a las bandas simples de cazadores, fue el *comunismo*, en el cual la propiedad era colectiva, el trabajo se hacía en conjunto y los bienes se compartían equitativamente. El segundo estadio fue la *esclavitud*, resultado de la expansión de los elementos dominantes dentro de la familia y el sometimiento físico de ciertos grupos por otros. Aunque los esclavos efectuaban diversas tareas, su función principal era producir alimentos. El siguiente estadio fue el *feudalismo*, en el cual la agricultura continuó siendo el medio principal de subsistencia, pero en este caso la tierra necesaria para tal propósito se encontraba en manos de unos cuantos, que se quedaban con la tajada del león de la riqueza. Los trabajadores de la tierra (que pasaron a llamarse siervos) ya no eran la propiedad personal de sus amos, aunque permanecían atados a la

tierra de una hacienda o un feudo determinado. Cuando el feudo cambiaba de dueño, los siervos tenían que permanecer ahí y ofrecer bienes al nuevo señor —guardando para sí lo mínimo indispensable. De igual manera que el hijo del esclavo era un esclavo, los hijos de los siervos eran también siervos. Luego vino el *capitalismo*, en el cual la mayor riqueza de la sociedad se producía ya no en la agricultura sino con máquinas —en las fábricas y en las minas. Como la fase precedente, el feudalismo, el capitalismo se caracteriza por la concentración en unas cuantas manos de la propiedad de los medios para generar riqueza y por la distribución desigual de los productos del trabajo humano. La minoría dominante era la burguesía, que tenía sus orígenes en los mercaderes y artesanos de la época feudal, que llegaron a transformarse en industriales e inversionistas financieros. Entre tanto, los siervos fueron declarados legalmente libres para abandonar sus tierras y buscar empleo en las empresas capitalistas. Su trabajo se volvió de este modo una mercancía —algo que podía comprarse y venderse.

Se predijo que habría una etapa posterior: la del *socialismo* —en la que el principio de la igualdad económica sería reinstaurado, como en la fase del comunismo. Durante el presente siglo, la fase del socialismo ha aparecido sin lugar a duda en algunos países. Desde el punto de vista económico, cada etapa consecutiva representó desarrollo en el sentido estricto de que se fue acrecentando la capacidad de controlar el medio físico y por lo tanto de crear más bienes y servicios para la comunidad. Mejoró la cantidad de los bienes y servicios gracias al acrecentamiento de la destreza y la inventiva humanas. Con la liberación que produjo este desarrollo los hombres tuvieron más oportunidades de ampliar y multiplicar sus capacidades. Que el hombre se haya o no superado en un sentido moral es un asunto abierto al debate. El avance de la producción aumentó el alcance de la influencia y poder que algunos sectores de la sociedad ejercían sobre otros, y multiplicó la violencia que era parte de la lucha competitiva por la supervivencia y el crecimiento de los grupos sociales. No queda del todo claro si el soldado al servicio del capitalismo en la última guerra mundial era menos “primitivo” en el sentido más elemental de la palabra que el soldado de los ejércitos feudales del Japón en el siglo xvi, o para tal caso, el cazador que vivía en la primera fase de la organización humana en las selvas del Brasil. De todas formas, sí sabemos con certeza que a lo largo de las tres épocas mencionadas, la banda de cazadores, el feudalismo y el capitalismo, la calidad de la vida mejoró. La existencia se volvió menos ries-

gosa e incierta, y los miembros de la sociedad potencialmente tenían una alternativa cada vez mayor de elegir su destino. Todo eso queda implícito cuando se usa la palabra “desarrollo”.

En la historia de las sociedades que han pasado por varios modos de producción se presenta la oportunidad de ver cómo los cambios cuantitativos llegan a dar origen a una sociedad enteramente diferente. El aspecto clave es que en determinadas coyunturas las relaciones sociales en aquellas sociedades dejaban de ser adecuadas para mantener el avance. Más aún, empezaron a operar como freno de las fuerzas productivas y tuvieron por consiguiente que ser descartadas. Tomemos, por ejemplo, la época de la esclavitud en Europa. Con todo lo indefendible que es la esclavitud desde el punto de vista moral, sí sirvió durante un tiempo para abrir las minas y las plantaciones en grandes sectores de Europa, particularmente en tiempos del Imperio romano. Pero más adelante los campesinos que permanecieron libres se vieron afectados por la depresión y la subutilización de su trabajo debida a la presencia de los esclavos. Como los esclavos no estaban en condiciones de realizar los trabajos que requerían destreza, la evolución tecnológica de la sociedad amenazaba con detenerse. Además, había entre ellos una intranquilidad permanente, y resultaba costoso sofocar sus levantamientos. Los terratenientes, frente a la inminencia de la ruina de sus Estados, concluyeron que la mejor opción era conceder esa libertad legal que los esclavos reclamaban y continuar explotando su trabajo como siervos libres asegurándose de que no trabajaran otra tierra que la de los terratenientes. Como resultado, un nuevo tipo de relaciones sociales —la del señor y el siervo— remplazó a las viejas relaciones entre el amo esclavista y el esclavo.

En algunos casos, la transición hacia un nuevo modo de producción se vio acompañada de una violencia que alcanzó niveles críticos. Esto ocurrió cuando las clases gobernantes comprometidas sintieron la amenaza de ser desplazadas en el proceso de cambio. Los señores feudales se mantuvieron en el poder durante siglos, en cuyo curso los intereses mercantiles y de manufactura se fueron enriqueciendo y comenzaron a aspirar por el poder político y la supremacía social. Cuando las clases están bien definidas, su conciencia se encuentra en el nivel más alto. Tanto los terratenientes como los capitalistas reconocían muy bien lo que estaba en juego. Los primeros lucharon aferrándose a relaciones que ya no correspondían ni a la nueva tecnología de la producción mecánica ni a la organización del trabajo sustentada en la compra de la fuerza laboral. Los capitalistas se lanzaron a la revolución en

Europa durante los siglos XVIII y XIX con el fin de destruir las viejas relaciones de producción.

Las nociones de revolución y conciencia de clase deben tenerse en mente al examinar la situación de las clases trabajadoras y campesinas modernas de África. Sin embargo, durante la mayor parte de la historia africana, las clases existentes se cristalizaron en forma incompleta y los cambios fueron graduales más que revolucionarios. Probablemente de mayor trascendencia en el desarrollo africano temprano es el principio de que el desarrollo ha sido siempre desigual en las distintas regiones del mundo.

Si bien es cierto que todas las sociedades han experimentado el desarrollo, no lo es menos que el ritmo de ese desarrollo difirió de un continente a otro, y que aun dentro de un mismo continente en las distintas regiones, la naturaleza fue siendo dominada a un ritmo desigual. Dentro de África, hace veinticinco siglos, Egipto fue capaz de producir riqueza en abundancia gracias al dominio de muchas leyes naturales científicas y a la invención de la tecnología de irrigación, agricultura y extracción mineral del subsuelo. Durante la misma época, prevalecía en la mayor parte de África la caza con arcos y aun con mazos de madera. De esta actividad dependía la supervivencia de la población en varios sitios del continente africano y en muchos otros lugares, como por ejemplo las Islas Británicas.

Una de las preguntas más difíciles de responder es precisamente por qué los ritmos de desarrollo de los distintos pueblos han sido diferentes cuando éstos lo han emprendido por separado. La respuesta en parte se relaciona con el medio en el que han vivido los grupos humanos, y en parte con la "superestructura" de la sociedad. Es decir, que al enfrentarse los seres humanos al ambiente físico, fueron creando formas de relaciones sociales, formas de gobierno, normas de conducta y creencias que en su conjunto constituyeron la superestructura —que no fue nunca exactamente la misma en dos sociedades. Cada uno de los elementos de la superestructura interactuaba con otros elementos tanto de la superestructura como de la base material. Por ejemplo, había una influencia recíproca entre los aspectos políticos y religiosos, los que con frecuencia se entrelazaban y se influían mutuamente. La creencia religiosa de que un bosque determinado era sagrado fue el tipo de elemento de la superestructura que afectó la actividad económica, puesto que el bosque no se abriría para el cultivo. Aunque en un último análisis el paso a un nuevo estadio del desarrollo humano depende de la capacidad técnica del hombre

para lidiar con el medio, también es necesario examinar la tesis de que ciertas peculiaridades de la superestructura de cada sociedad tienen un impacto marcado en su tasa de desarrollo.

A muchos observadores les intriga el hecho de que China nunca se volvió capitalista. Entró en la fase del feudalismo prácticamente unos 1 000 años antes del nacimiento de Cristo; había desarrollado muchos aspectos tecnológicos y tenía gran número de artífices y artesanos. Sin embargo, el modo de producción no se transformó nunca en uno en el que las máquinas llegaran a ser el medio principal de producir la riqueza y donde los dueños del capital fueran la clase gobernante. La explicación es muy compleja, pero en términos generales las diferencias principales entre la Europa feudal y la China feudal se generaron en la superestructura —es decir, el cuerpo de creencias, motivaciones e instituciones sociopolíticas que se derivaba de la base material pero que a su vez influían sobre ella. En China, la calificación religiosa, educativa y burocrática tenía suprema importancia, y el gobierno competía básicamente a los funcionarios del Estado, en vez de ser administrado por los terratenientes desde sus propios Estados feudales. Además, en China había una tendencia más igualitaria en la distribución de la tierra que en Europa y el Estado chino era dueño de buena parte de la tierra. Por consiguiente los terratenientes tenían más poder como burócratas que como propietarios, y lo usaban para mantener las relaciones sociales dentro del mismo molde. Aunque era imposible que continuaran haciéndolo indefinidamente, retardaron el movimiento de la historia. En Europa los elementos de cambio no se vieron sofocados por el peso de la burocracia estatal.

Tan pronto como aparecieron los primeros capitalistas en la sociedad europea, su actitud como clase creó los incentivos para su desarrollo posterior. Nunca antes en la historia de la sociedad se había visto a un grupo de gente funcionando tan deliberadamente para obtener la máxima ganancia de la producción. Para lograr su objetivo de adquirir más y más capital, los capitalistas pusieron mayor interés en las leyes de la ciencia que pudieran aplicarse a la producción de maquinaria, lo que a su vez les ayudaría a obtener mayores ganancias. En el nivel político, el capitalismo fue responsable también de la mayoría de los rasgos que caracterizan lo que hoy se denomina la "democracia occidental". Al abolir el feudalismo, los capitalistas insistieron en establecer parlamentos, constituciones, la libertad de prensa, etc. Esto también puede considerarse como desarrollo. Sin embargo, los cam-

pesinos y obreros de Europa (y posteriormente los habitantes del mundo entero) habrían de pagar un precio inmenso para que los capitalistas pudiesen cobrar sus ganancias del trabajo humano, que es el que está siempre detrás de las máquinas. Ello entra en contradicción con otras facetas del desarrollo, especialmente si se le contempla desde el punto de vista de los que sufrieron y aún sufren para hacer posibles los logros capitalistas. A este último grupo pertenece la mayor parte de la humanidad. Para avanzar, los oprimidos tienen que derribar al capitalismo; y es por ello que en la actualidad el capitalismo bloquea el camino al desarrollo social. En otras palabras, las relaciones sociales (de clase) del capitalismo se han vuelto anacrónicas, así como se volvieron anacrónicas las relaciones esclavistas y feudales en sus respectivos momentos históricos.

Hubo un período en que el sistema capitalista mejoró las condiciones de vida de un número considerable de gente como subproducto de las ganancias de unos cuantos; pero en la actualidad la búsqueda de la máxima ganancia se enfrenta en agudo conflicto con las demandas de la población por la satisfacción de sus necesidades materiales y sociales. La clase capitalista o burguesa ya no es capaz de sustentar un desarrollo abierto o desinhibido de la ciencia y la tecnología, puesto que de nuevo estos objetivos chocan con la motivación de la ganancia. El capitalismo se ha mostrado incapaz de superar sus debilidades fundamentales, tales como la subutilización de la capacidad productiva, la persistencia de un sector permanente de desempleados, y las crisis económicas periódicas relacionadas con el concepto de "mercado" —el cual, más que por satisfacer la demanda de bienes necesarios, se preocupa por aumentar la capacidad de pago de la población. El capitalismo ha creado sus propias irracionalidades, como el perverso racismo blanco, el desperdicio tremendo, relacionado con la publicidad, y el absurdo de que exista la pobreza extrema en medio de la opulencia y el derroche aun dentro de economías capitalistas tan desarrolladas, como la de los EU. Sobre todo, el capitalismo ha exacerbado sus propias contradicciones políticas al tratar de subyugar naciones y continentes fuera de Europa, de tal forma que los trabajadores y los campesinos en todas partes del globo han adquirido conciencia de sus derechos y están decididos a tomar las riendas de su propio destino. Tal determinación es también parte integral del proceso del desarrollo.

Puede decirse que, en general, todas las fases del desarrollo son temporales o transitorias y que tarde o temprano están destinadas a dar paso a algo distinto. Tiene especial importancia hacer

hincapié en esto al referirnos al capitalismo porque la época del capitalismo no termina aún, y porque a menudo, quienes vivimos una época determinada no atinamos a ver que nuestro modo de vida se encuentra en proceso de transformación y eliminación. En efecto, una de las funciones de los que se dedican a justificar el capitalismo (los escritores burgueses) es la de tratar de aparentar que el capitalismo llegó para quedarse. Pero un vistazo al notable avance del socialismo durante los últimos cincuenta años podrá demostrar que los defensores del capitalismo son portavoces de un sistema social que está expirando rápidamente.

El hecho de que el capitalismo coexista aún al lado del socialismo debería servir para prevenirnos que no podemos considerar los modos de producción simplemente como un asunto de etapas sucesivas. Debido a que el desarrollo ha sido desigual entre las sociedades, éstas siempre han entrado en contacto cuando estaban en diferentes niveles —por ejemplo una sociedad comunista con una capitalista.

Al entrar dos sociedades de tipo diferente en contacto efectivo y prolongado, tanto el ritmo como el carácter mismo de los cambios que ocurren en ambas se ven afectados en tal grado que surgen tendencias enteramente distintas. Pueden observarse dos reglas generales. Primero, la más débil de ambas sociedades (la de menor capacidad económica) está expuesta a sufrir efectos adversos —y mientras mayor sea la brecha que separa a las dos sociedades en cuestión, más dañinas serán las consecuencias. Por ejemplo, cuando el capitalismo europeo entró en contacto con las sociedades de cazadores indígenas de América continental y el Caribe, estas últimas fueron prácticamente exterminadas. Segundo, suponiendo que la sociedad más débil sobreviva, tal sociedad, sólo podrá reanudar su propio desarrollo independiente si prosigue hacia un nivel superior al de aquella economía que la había dominado previamente. Ejemplos concretos de la operación de esta segunda regla son la experiencia de la Unión Soviética, China y Corea.

China y Corea se encontraban en un estadio próximo al feudalismo cuando fueron colonizadas por las potencias capitalistas de Europa y Japón. Rusia nunca fue colonizada formalmente, pero cuando se encontraba aún en su estadio feudal y antes de que su capital autóctono hubiera llegado muy lejos, la economía rusa fue sometida al capitalismo, mucho más maduro, de la Europa Occidental. En los tres casos se requirió de una revolución socialista para abatir la dominación del capitalismo, y sólo el vertiginoso impulso del desarrollo socialista posterior pudo hacer efectivas las mejoras que no se habían visto durante el período de someti-

miento, en el que el crecimiento estaba mal dirigido y se iba atrasando. Sin duda, en lo que concierne a los dos Estados socialistas más grandes (la Unión Soviética y China) el desarrollo socialista los ha proyectado como catapulta más allá de Estados como Inglaterra y Francia, que han seguido el camino capitalista durante siglos.

Hacia el final de la década de 1950 (momento en el que termina este estudio) Rusia, China, Corea y ciertos países en Europa oriental eran los únicos que habían roto decididamente con el capitalismo y el imperialismo. El imperialismo es en sí mismo una fase del desarrollo capitalista en la cual los países europeos occidentales, EU y Japón establecieron su hegemonía política, económica, militar y cultural sobre otras regiones de la tierra que, encontrándose inicialmente en un nivel más bajo, no pudieron resistir la dominación. El imperialismo representó la extensión del sistema capitalista, y durante muchos años abarcó al mundo entero: una parte eran los explotadores, y la otra los explotados; una parte actuaba como los señores supremos y la otra era dominada, una parte fabricaba la política y la otra dependía.

El socialismo ha avanzado sobre los flancos más débiles del imperialismo —en el sector que se encuentra más explotado, más oprimido y más reducido a la dependencia. En Asia y en Europa Oriental, el socialismo ha liberado las energías nacionalistas de pueblos colonizados; ha desplazado los objetivos de la producción del mercado del dinero dirigiéndolos hacia la satisfacción de las necesidades humanas; ha erradicado los estrangulamientos del sistema como el desempleo permanente y las crisis periódicas; y ha hecho realidad algunas de las promesas implícitas en la democracia burguesa u occidental al proporcionar la igualdad en las condiciones económicas que es necesaria antes de que se pueda hablar de igualdad política y de igualdad ante la ley.

El socialismo ha reinstaurado la igualdad económica del comunismo, pero éste se derrumbó en parte debido a la baja productividad económica y a la escasez. El socialismo aspira a crear la abundancia —y ya la ha logrado en medida considerable—, de tal forma que el principio de distribución igualitaria sea congruente con la satisfacción de las necesidades de todos los miembros de la sociedad.

Uno de los factores cruciales del crecimiento acelerado y sostenido de la capacidad económica en el socialismo ha sido la *planificación del desarrollo*. La mayor parte de los procesos históricos descritos hasta ahora corresponden a un desarrollo de carácter

involuntario, no planeado. Nadie planeó que en una cierta etapa los seres humanos dejaran de usar las hachas de piedra y las sustituyeran por implementos de hierro; y (para acercarnos a tiempos más recientes) aunque las compañías capitalistas individuales planifican su propia expansión, su sistema no se engrana con la planeación general de la economía y de la sociedad. El Estado capitalista ha intervenido sólo para adaptarse o supervisar parcialmente el desarrollo capitalista. El Estado socialista tiene como función primordial el control de la economía en mediación de las clases trabajadoras. Estas últimas —los obreros y los campesinos— se han vuelto la fuerza más dinámica en la historia del mundo y del desarrollo humano.

Para concluir esta breve introducción al problema extremadamente complejo del desarrollo social, es útil reconocer lo inadecuadas que son las explicaciones que nos ofrecen los académicos burgueses sobre este fenómeno. Muy rara vez intentan abordar el tema en su totalidad, concentrando más bien su atención estrictamente al “desarrollo económico”. El desarrollo, de acuerdo con la definición del economista burgués promedio se vuelve simplemente un asunto de combinar determinados “factores de la producción”, a saber: la tierra, la población, el capital, la tecnología, la especialización y la producción en gran escala. Estos factores son, en efecto, importantes, como ya se desprende del análisis; pero son abrumadoras las omisiones en la lista de lo que los académicos burgueses consideran importante. No se hace mención de la explotación de la mayoría que lleva consigo todo desarrollo previo al socialismo. No se mencionan las relaciones sociales de producción ni las clases. No se menciona la forma en que los factores y las relaciones de producción se combinan para formar un sistema o modo de producción definido ni cómo varían de una época histórica a otra. No se menciona el imperialismo como fase lógica del capitalismo.

En contraste, cualquier enfoque del desarrollo que intente sustentarse en principios socialistas y revolucionarios debe indudablemente examinar antes que nada, tanto los conceptos de clase, imperialismo y socialismo, como el papel que desempeñan los trabajadores y los pueblos oprimidos. Cada nuevo concepto se eriza con sus propias complicaciones, y no es posible concebir que con el mero recurso de cierta terminología se llegue a ninguna respuesta. Sin embargo, como requisito previo a todo estudio del “subdesarrollo” o de las estrategias para superarlo, se deben por lo menos reconocer en plenitud las dimensiones humanas, históricas y sociales del desarrollo.

1.2 ¿QUÉ ES EL SUBDESARROLLO?

Una vez examinado el "desarrollo" se hace más fácil entender el concepto de subdesarrollo. Es obvio que el subdesarrollo no es la ausencia del desarrollo, puesto que todos los pueblos se han desarrollado en una o en otra forma y en mayor o menor grado. El concepto de subdesarrollo sólo tiene sentido como un medio para comparar niveles de desarrollo. Está estrechamente ligado al hecho de que el desarrollo social ha sido desigual, y desde un punto de vista estrictamente económico, algunos grupos humanos han avanzado más al producir más y al poseer más.

En el momento en que un grupo parece poseer más, surge la interrogante del porqué de la diferencia. Cuando Inglaterra empezó a adelantarse al resto de Europa, durante el siglo XVIII, el famoso economista británico, Adam Smith, sintió la necesidad de buscar las causas de la "riqueza de las naciones". Al mismo tiempo muchos rusos se preocuparon por el hecho de que su patria estuviese "atrasada" con respecto a Inglaterra, Francia y Alemania en el siglo XVIII y más tarde en el XIX. Hoy nuestra inquietud principal se centra en las diferencias de riqueza entre Europa y Norteamérica por un lado, y África, Asia y América Latina por el otro. Comparado con el primero, puede decirse que el segundo grupo está atrasado o subdesarrollado. En todo momento, por lo tanto, al concepto de subdesarrollo se asocia la idea de la *comparación*. Es posible comparar las condiciones económicas de dos períodos distintos en un mismo país y determinar luego si se ha desarrollado o no; y, lo que es más importante, también es posible comparar las economías de dos países o conjuntos de países, en cualquier momento determinado.

Un segundo componente del subdesarrollo moderno, que es aún más indispensable analizar es el que expresa una relación particular de *explotación*: la explotación de un país por otro. Todos los países que se denominan "subdesarrollados" en el mundo son explotados por otros; y el subdesarrollo que preocupa hoy al mundo es un producto de la explotación capitalista, imperialista y colonialista. Las sociedades africanas y asiáticas se desarrollaron independientemente hasta el momento en que fueron capturadas directa o indirectamente por las potencias capitalistas. Cuando esto ocurrió, la explotación se hizo mayor y la *consiguiente exportación de excedentes*, despojó a las sociedades de los beneficios de sus recursos naturales y de su trabajo. Ello es parte constitutiva del subdesarrollo en su sentido contemporáneo.

En algunos medios se ha considerado a menudo prudente em-

plear el término "en desarrollo" en lugar de "subdesarrollado". Una de las razones ha sido la de evitar las asociaciones desagradables que podría provocar el segundo término, ya que bien pudiera interpretarse como subdesarrollo mental, físico, moral o de otro tipo. En realidad, si el "desarrollo" se relacionara con cualquier otra cosa que no fuera la comparación de las economías, el país más subdesarrollado sería EU, que practica una opresión externa en escala masiva, mientras que en su interior prevalece una mezcla de explotación, brutalidad y trastorno psiquiátrico. Sin embargo, en el nivel económico, es mejor quedarse con la palabra "subdesarrollado" en lugar de "en desarrollo", porque con esta última definición se crea la impresión de que todos los países de África, Asia y América Latina están superando su estado de atraso económico en relación con los países industrializados y se están emancipando de la relación de explotación. Esto es indudablemente falso; de hecho, muchos países en África y en otros lugares se están volviendo más subdesarrollados en comparación con las grandes potencias mundiales, porque la explotación de las metrópolis se ha venido intensificando y diversificando.

Pueden hacerse comparaciones económicas estudiando los cuadros estadísticos y los índices de producción y de utilización de los bienes y servicios de las sociedades en cuestión. Los economistas de profesión a menudo hacen referencia al ingreso nacional de los países y al ingreso nacional per cápita. Como estos términos, por obra de los periódicos, forman ya parte del lenguaje común, no ofreceremos aquí explicaciones detalladas de ellos. Baste con señalar que el ingreso nacional es una medida de la riqueza total del país, mientras que el ingreso per cápita es una cifra que se obtiene dividiendo el ingreso nacional entre el número de habitantes con el objeto de tener una idea de la riqueza "promedio" de cada habitante. Este "promedio" puede ser engañoso en países donde existen grandes desigualdades en la distribución de la riqueza. Un joven ugandés presentaba el problema de manera muy personal al explicar que el ingreso per cápita de su país era el camuflaje de la increíble diferencia entre lo que ganaba su pobre padre campesino y el principal capitalista local, Madhvani. Al considerar la forma en que se podría salir del estado de subdesarrollo es, por tanto, sumamente importante darse cuenta de que dicho proceso requerirá de la supresión de las grandes desigualdades en la distribución de la tierra, en la propiedad y en el ingreso que quedan ocultas en las cifras de ingreso nacional. En alguna etapa de la historia, el avance se logró a costa del atrincheramiento de los grupos privi-

legiados en la riqueza. En nuestros tiempos, el desarrollo debe significar el avance que liquide la existencia de los grupos privilegiados con sus correspondientes grupos desposeídos. A pesar de lo anterior, la cifra del ingreso per cápita sigue siendo útil para comparar un país con otro; y todos los países desarrollados tienen ingresos per cápita varias veces más altos que cualquiera de las naciones africanas recientemente independizadas.

El siguiente cuadro nos da una clara imagen de la brecha que separa a África de ciertas naciones, medida con el ingreso per cápita. Es esta distancia la que permite que a un grupo se le llame "desarrollado" y al otro "subdesarrollado". (La información proviene de publicaciones estadísticas de las Naciones Unidas, y se refiere al año de 1968 donde no se indique otra fecha.)

	Ingreso per cápita en dólares (EU)
Canadá	2 247
Estados Unidos	3 578
Francia	1 738 (1967)
Reino Unido	1 560 (1967)
<i>África en su conjunto</i>	140 (1965)
Congo	52
Ghana	198
Kenia	107
Malawi	52
Marruecos	185
Sudáfrica	543
Tanzania	62
República Árabe Unida	156
Zambia	225

La brecha que puede apreciarse entre las cifras anteriores no solamente es inmensa sino que además está creciendo. Muchos economistas reconocen que mientras los países desarrollados se siguen enriqueciendo aceleradamente, la mayoría de los países subdesarrollados muestran, o un franco estancamiento, o tasas muy lentas de crecimiento. En cada país, puede calcularse en cifras el ritmo con que crece la economía. Las tasas de crecimiento más altas son las de los países socialistas, seguidas por las de los grandes países capitalistas; y mucho más atrás se arrastran las de las colonias y

ex colonias. La proporción del comercio internacional que está en manos de los países subdesarrollados está declinando. Dicha proporción, que fue de alrededor de un 30% en 1938, bajó a menos del 20% en la década de 1960. Es éste un indicador importante, puesto que el comercio es tanto un reflejo de la cantidad de los bienes producidos, como un medio de obtener los bienes que no se producen localmente.

Las economías desarrolladas tienen ciertas características que contrastan con las de las subdesarrolladas. Todos los países desarrollados están industrializados. Esto quiere decir que la mayor parte de su población trabajadora se dedica a la industria, y no a la agricultura; y que la mayor parte de su riqueza proviene de las minas, las fábricas, etc. El rendimiento laboral de cada trabajador en la industria es alto debido a la avanzada tecnología y capacitación. Esto es bien sabido, pero lo que también llama la atención es que los países desarrollados tengan una agricultura mucho más avanzada que el resto del mundo. Su agricultura se ha transformado ya en una industria, y el sector agrícola de la economía produce más a pesar de que es pequeño. *A los países de África, Asia y América Latina se les llama países agrícolas porque dependen de la agricultura y porque o tienen una industria pequeña o carecen por completo de industria; pero su agricultura no es científica y su rendimiento es muy inferior al de los países desarrollados.* En varios de los países subdesarrollados más grandes ha habido un estancamiento y caída de la producción agrícola en y a partir de 1966. En África, la producción de alimentos por persona ha venido descendiendo en los últimos años. Como los países desarrollados tienen economías industriales y agrícolas más fuertes que el resto del mundo, producen muchos más bienes que las naciones pobres —tanto en la categoría de los bienes necesarios como en la de los suntuarios. Se pueden hacer cuadros estadísticos comparando la producción de grano, leche, acero, energía eléctrica, papel, y un amplio espectro de otros bienes, en donde se incluyan a la vez las cantidades de cada mercancía que corresponden a cada ciudadano (en promedio). De nuevo, las cifras son altamente favorables para unos cuantos países privilegiados del mundo.

La cantidad de acero que utiliza un país es un excelente indicador de su nivel de industrialización. En un extremo, se descubre que Estados Unidos consume 685 kg. de acero por persona, Suecia 623 kg. y Alemania Oriental 437 kg. En el otro, Zambia utiliza 10 kg., África Oriental* 8 kg. y Etiopía 2 kg. Al hacer este mismo

* Unión de Uganda y Kenia y Tangañica disuelta en 1977 [r.]

tipo de cálculos para el azúcar, una muestra de los resultados indica que Australia consume anualmente por persona 57 kg., y Norteamérica y la Unión Soviética, respectivamente, entre 45 y 50 kg. El consumo anual de África como promedio, sin embargo, es sólo de 10 kg. de azúcar por persona, si bien esta cifra es mejor que la de Asia, de apenas 7 kilogramos.

Aún más sombría es la serie de estadísticas relativas a las necesidades básicas de alimentos. Todos los individuos necesitan una cierta cantidad de alimentos al día, que se mide en calorías. La cantidad deseable es 3 000 calorías por día; pero ningún país africano se acerca para nada a esa cifra. Los argelinos consumen un promedio de sólo 1 870 calorías diarias, mientras que la Costa de Marfil puede considerarse muy bien dentro del contexto africano con 2 900 calorías como promedio nacional. Además, es necesario considerar también el contenido de proteína de los alimentos; muchas partes de África sufren de "hambruna proteínica" —lo que significa que aun con un consumo suficiente de calorías proveniente de alimentos feculosos las proteínas seguirán siendo insuficientes.* Los habitantes de los países capitalistas desarrollados y de los socialistas consumen el doble de alimento proteínico que los de los países subdesarrollados. Tales diferencias contribuyen a dejar bien claro cuáles países son "desarrollados" y cuáles "subdesarrollados".

Los servicios sociales que un país proporciona son tan importantes para obtener el bienestar y la felicidad humanos, como su producción de bienes materiales. Universalmente se reconoce que el Estado tiene la responsabilidad de establecer escuelas y hospitales, pero ya sea que los construya el gobierno o las agencias privadas, sus cifras deben establecerse en relación con el tamaño de la población. La disponibilidad de bienes básicos y de servicios sociales de un país también puede medirse, indirectamente, tomando nota de la esperanza de vida, la frecuencia de la mortalidad infantil, las tasas de desnutrición, la aparición de enfermedades que podrían haberse prevenido con inmunizaciones y servicios de salud pública y el porcentaje de analfabetismo. En todos estos aspectos, la comparación entre países desarrollados y subdesarrollados acusa diferencias enormes y a veces aterradoras. De cada 1 000 niños nacidos vivos en Camerún, 100 no llegan a su primer año, y en Sierra Leona son 160. Sin embargo, las cifras correspondientes para Inglaterra

* Del comercio mundial de carne en 1967-1969, Europa importó el 73.0%, Estados Unidos el 15.5% y el Japón el 6.0%. El 5.5% restante lo importaron los países subdesarrollados [T.]

y Holanda son respectivamente de sólo 12 y 18 muertes por cada 1 000 nacidos vivos. Se agrega a ello el que muchos más niños africanos mueren antes de llegar a los cinco años. La falta de médicos es otra desventaja fundamental. En Italia hay un doctor por cada 580 italianos; y en Checoslovaquia uno por cada 510 habitantes. En Níger, un médico debe alcanzar para 56 140 personas. En Túnez, uno para cada 8 320, y en Chad uno para cada 73 460.

Mientras que se requiere un gran número de personal capacitado para hacer que una economía industrial funcione, en los países africanos la carencia de personal altamente calificado es abrumadora. Las cifras de médicos recién mencionadas lo confirman, y el mismo problema existe con los ingenieros, los técnicos, los agrónomos y aun con los administradores y los abogados en algunos lugares. También hace falta el personal de calificación intermedia, como soldadores. Para complicar más las cosas, existe actualmente la "fuga de cerebros" de África, Asia y América Latina hacia Norteamérica y Europa Occidental. Esto significa que los profesionistas técnicos, administradores de alto nivel y trabajadores especializados abandonan su país natal, y que por lo tanto la ya pequeña cifra de personal calificado disponible en el mundo subdesarrollado se reduce aún más, a causa de la seducción de un mejor pago y las oportunidades que ofrece el mundo desarrollado.

La desigualdad de la economía internacional contemporánea adopta matices sorprendentes cuando los países subdesarrollados, a su vez, tienen que reclutar expertos extranjeros a un costo exorbitante.

Puede decirse que la mayor parte de los datos presentados hasta ahora son "cuantitativos". Nos dan la medida de las cantidades de bienes y servicios producidos en las distintas economías. Deben hacerse igualmente una serie de apreciaciones cualitativas referentes a la forma en que se integra cada economía en particular. Para lograr el desarrollo económico no basta con producir más bienes y servicios. El país necesita producir más de aquellos bienes y servicios que espontáneamente darán a su vez impulso al crecimiento de la economía. Por ejemplo, el sector de producción de alimentos debe mantenerse floreciente de modo que los trabajadores estén sanos, y la agricultura en su conjunto debe ser eficiente de tal manera que las ganancias (o ahorros) obtenidos de ella puedan estimular la industria. Desde existir la industria pesada, incluida la del acero y la de producción de energía eléctrica, que posibilite la fabricación de maquinarias para otros tipos de industria y para la agricultura. La falta de industria pesada, la insuficiencia

de la producción de alimentos, el carácter no científico de la agricultura, son todas características de las economías subdesarrolladas.

También es típico de las economías subdesarrolladas que no se concentran —o no se les permite concentrarse— en aquellos sectores de la economía que darían impulso al crecimiento económico y a la producción en su conjunto; y de que no existen los vínculos entre la industria y la agricultura que permitirían el que una y otra se beneficiaran mutuamente.

Más aún, cualquier ahorro que se hace dentro de la economía subdesarrollada, o se envía al extranjero o se dispersa en varias formas de consumo en vez de reorientarse a fines productivos. Gran parte del ingreso nacional (que permanece dentro del país) se asigna al pago de individuos que no están vinculados directamente con la producción de riquezas sino que prestan servicios auxiliares: burócratas, comerciantes, animadores, militares, etc. Agrava la situación el hecho de que en tales trabajos se emplea mucha más gente de la que realmente se necesita. Por añadidura, estos individuos no reinvierten en la industria o la agricultura. Malgastan la riqueza, creada por los campesinos y los obreros, en la compra de automóviles de lujo, whisky y perfume.

Alguien ha señalado irónicamente que la "industria" principal de los países subdesarrollados es la administración. No hace mucho, el 60% de la renta interna de Dahomey se empleaba en pagar los salarios de los burócratas y autoridades del gobierno. Los salarios de los políticos electos son más altos que los de los parlamentarios británicos; y la cantidad de miembros del parlamento en los países subdesarrollados de África también es relativamente alta: en Gabón, existe un representante al parlamento por cada 6 000 habitantes, mientras en Francia hay un parlamentario por cada 100 000 habitantes. Estas cifras y muchas otras indican lo indispensable que es, al describir ejemplos de economías subdesarrolladas, señalar la gran proporción de la riqueza distribuida localmente que va a los bolsillos de las minorías privilegiadas.

Los privilegiados de África suelen defenderse diciendo que son ellos quienes pagan los impuestos que hacen andar a los gobiernos. A primera vista este argumento podría parecer razonable; pero el análisis más directo demuestra que es un argumento absurdo, que adolece de una ignorancia absoluta de cómo funciona la economía. *No son los impuestos los que producen la riqueza y el desarrollo nacionales. La riqueza debe producirse de la naturaleza —de arar la tierra, extraer minerales, cortar árboles o transformar materias primas en productos elaborados para el consumo*

humano. Esto es lo que hace la gran mayoría de la población, es decir los campesinos y los trabajadores.

No existirían impuestos sobre los ingresos si la población trabajadora no trabajara.

Los ingresos de los burócratas, profesionales, comerciantes, etc., provienen de la riqueza que produce la comunidad. Y antes de señalar las injusticias en la distribución de la riqueza, es necesario rechazar ese argumento de que es el dinero de los que pagan impuestos el que desarrolla los países. Cuando se persigue el objetivo del desarrollo, es preciso empezar por los productores, y verificar luego si los productos de su trabajo se utilizan racionalmente en pro de una mayor independencia y bienestar de la nación.

Al concentrar la atención en la riqueza creada por el trabajo humano a partir de la naturaleza, se puede percibir al instante que son muy pocos los países subdesarrollados que carecen de los recursos naturales que les harían posible una vida mejor; en estos casos sería posible que dos o tres territorios tuvieran un intercambio en beneficio mutuo. De hecho se puede demostrar que son los países subdesarrollados los que poseen la mayor proporción de la riqueza de recursos naturales y sin embargo son los más pobres en lo relativo al suministro de bienes y servicios para los ciudadanos.

En la *Encuesta sobre las condiciones económicas de África* (hasta 1964), de las Naciones Unidas, se resume la situación de los recursos naturales del continente:

África está bien dotada de recursos minerales y energéticos primarios. Con una población que, según se calcula, representa el 9% de la población mundial, la región suministra aproximadamente el 28% del valor total de la producción de petróleo crudo. En los últimos años, su contribución a la última ha venido creciendo. De dieciséis minerales metálicos y no metálicos importantes la contribución de África en diez varía entre el 22 y el 95% de la producción mundial.

En realidad, el potencial productivo africano se demuestra cada día mayor con los nuevos descubrimientos de riqueza mineral. En la esfera de la agricultura, el suelo africano no es tan rico como podría sugerirlo la imagen de los bosques tropicales; pero existen otras ventajas, como las climáticas, que con ayuda de la irrigación permiten el cultivo durante todo el año en la mayor parte del continente.

La situación es que África no se ha acercado siquiera un poco al aprovechamiento pleno de su riqueza natural, y que la mayor parte de la riqueza producida actualmente no se retiene en África

para provecho de los africanos. Zambia y el Congo tienen una alta producción de cobre, pero para beneficio de Europa, Norteamérica y Japón. Aun los bienes y servicios que se producen y permanecen en África caen igualmente en manos no africanas. Sudáfrica, por ejemplo, se jacta de tener el ingreso per cápita más alto del África; pero para apreciar la forma en que éste se reparte, hay que tomar nota de que mientras por un lado el régimen del *apartheid* asegura que sólo mueren 24 niños blancos por cada 1 000 nacidos vivos, no le preocupa en lo más mínimo que mueran 128 niños africanos por cada 1 000 nacidos vivos. *Para poder entender las condiciones económicas que privan actualmente en África, es necesario saber por qué África ha liberado tan poco de su potencial natural, y también por qué tanta de su riqueza actual se queda en manos de los no africanos, que residen mayoritariamente fuera del continente.*

En cierta forma el subdesarrollo es paradójico. Mientras muchas regiones de la tierra que son naturalmente ricas son en la realidad las más pobres, otras no tan bien dotadas en su suelo y su subsuelo son las que disfrutan de los niveles más altos de vida. Cuando los capitalistas de las regiones desarrolladas del mundo tratan de explicar esta paradoja, a menudo aluden a una especie de "mandato divino" determinante de esta situación. En un libro sobre el desarrollo, un economista burgués reconoce que las estadísticas comparadas del mundo de hoy señalan que la brecha es mucho mayor que antes; y que dicha brecha entre los países desarrollados y los subdesarrollados es entre 15 y 20 veces mayor de lo que era 150 años atrás. Sin embargo, este economista burgués no nos ofrece ninguna explicación histórica; no le parece que exista relación alguna entre este hecho y la explotación que permitió engordar a los parásitos capitalistas y empobrecer a sus colonias. Por el contrario, nos ofrece una explicación bíblica:

Todo está dicho en la Biblia:

Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.
(San Mateo, xxv, 29.)

La historia de los "no tiene" es la historia de los países subdesarrollados.

Supuestamente, el único comentario que uno puede hacer sobre esto es "Amén".

La interpretación que concibe al subdesarrollo como una especie de mandato divino se exagera en las tendencias racistas del

académico europeo. Concuera con los preceptos racistas el decir abierta o implícitamente que sus países están más desarrollados porque sus gentes tienen una superioridad innata, y que la responsabilidad del atraso económico de África se debe al atraso genérico de la raza de los africanos negros. Más grave aún es, sin embargo, que los pueblos del África y de otras partes del mundo colonizado se han visto afectados por una crisis cultural y psicológica que los ha llevado a aceptar, por lo menos parcialmente, la versión europea de las cosas. El propio africano duda de su capacidad para transformar y desarrollar su medio natural. Con tales dudas, llega aun a desafiar a sus hermanos cuando le dicen que África puede y se va a desarrollar mediante el esfuerzo de su propia gente. Si pudiéramos determinar cuándo apareció el subdesarrollo, disolveríamos esa titilante sospecha de que fue algo predeterminado por factores raciales u otros y de que muy poco es lo que podemos hacer.

Los "expertos" de los países capitalistas, cuando no dan una explicación racista, confunden de todas formas el problema, indicando como causas del subdesarrollo cosas que realmente son sus consecuencias. Por ejemplo, argumentan que África se encuentra en un estado de atraso como resultado de su escasez de personal capacitado. Es cierto que por falta de ingenieros África no puede por sí misma construir más caminos, puentes y centrales hidroeléctricas. Pero ello no es una causa del subdesarrollo, excepto en el sentido de que las causas y los efectos se aparejan y se refuerzan unos a otros. El meollo del asunto es que las razones más profundas del atraso económico de una nación africana no pueden encontrarse dentro de aquella nación. Todo lo que podemos encontrar dentro son los síntomas del subdesarrollo y los factores secundarios que dan cuenta de la pobreza.

Las intrepertaciones equívocas de las causas del subdesarrollo suelen surgir, o de un pensamiento prejudiciado, o del error de creer que se pueden encontrar las respuestas al mirar al interior de la economía subdesarrollada. La verdadera explicación yace en el desentrañamiento de la relación entre África y ciertos países desarrollados, y del reconocimiento de que es una relación de explotación.

El hombre siempre ha explotado el medio natural como recurso para subsistir. En algún momento histórico apareció también la explotación del hombre por el hombre, que permitió que unos cuantos se enriquecieran y vivieran bien gracias al trabajo de otros. Después surgió la etapa en la que gente de algunas comunidades llamadas naciones explotaron los recursos naturales y el trabajo de otras. Como el concepto del subdesarrollo se refiere a la econo-

mía comparada de las naciones, es justamente este último tipo de explotación el que más nos interesa en este estudio, es decir, la explotación de una nación por otra. Uno de los mecanismos más comunes de esta explotación, que tiene una importancia singular en las relaciones exteriores de África, es la explotación a través del comercio. Cuando los términos del comercio los fija una nación en condiciones que le son enteramente ventajosas, el comercio suele ir en detrimento del socio contraparte. Un ejemplo de ello es la exportación de productos agrícolas de África y la importación de manufacturas provenientes de Europa, Norteamérica y Japón. Los países grandes determinan los precios de los productos agrícolas y los someten a frecuentes reducciones; establecen los precios de los productos manufacturados e incluso las tarifas de los fletes que son necesarios para el comercio que utiliza sus propios barcos. Los minerales de África caen en la misma categoría que los productos agrícolas en lo que se refiere a los precios. En su conjunto la relación de exportación e importación entre África y sus socios mercantiles es una relación de intercambio desigual y de explotación.

Aún de mayor gravedad que la relación de comercio, reviste la propiedad real de los medios de producción de un país por ciudadanos de otro país. Hay ciudadanos de Europa que son propietarios de la tierra y las minas de África, y ésta es la manera más directa de pauperizar al continente. Bajo el colonialismo la propiedad era completa y estaba respaldada por la dominación militar. Hoy, en muchos países africanos la propiedad foránea continúa en pie, aunque ya se han retirado los ejércitos y las banderas de las potencias extranjeras. Mientras sigan los extranjeros siendo dueños de la tierra, las minas, las fábricas, los bancos, las compañías de seguros, los medios de transporte, los periódicos, las centrales de energía, etc., seguirá igualmente volando hacia fuera la riqueza de África. En otras palabras, ante la ausencia de un control político directo, *la inversión extranjera hace que los recursos naturales y el trabajo de África generen un valor económico que se pierde para el continente.*

La inversión extranjera a menudo adopta la forma de préstamos a los gobiernos africanos. Naturalmente estos préstamos deben ser pagados; en 1960 la amortización anual sobre préstamos oficiales a los países subdesarrollados ascendió de 400 millones a alrededor de 700 millones de dólares, y la cifra se mantiene en un ascenso constante. Por lo demás, existe un interés sobre cada préstamo, así como sobre las ganancias obtenidas de la inversión directa en la economía. Por estas dos fuentes salieron más de 500 millones de dólares de los países subdesarrollados en 1955. La

información sobre estos asuntos es a menudo incompleta, por la obvia razón de que los que reciben las ganancias tratan de mantener las cosas en silencio. Por ello las cifras citadas están probablemente subestimadas. Sirven para dar una idea de la riqueza que extraen de África los inversionistas, que son quienes poseen gran parte de los medios de producción y de la riqueza. Agréguese que en los últimos tiempos las formas de inversión se han vuelto más sutiles y peligrosas, entre ellas la llamada "ayuda" y la administración de las compañías locales africanas por expertos capitalistas internacionales.

África comercia principalmente con los países de Europa Occidental, Norteamérica y Japón. También ha empezado a diversificar su comercio en transacciones con los países socialistas; y si tal comercio demostrara ser desventajoso para la economía africana, también los países socialistas desarrollados se sumarían a las filas de los explotadores de África. Sin embargo, es fundamental hacer una clara distinción entre los países capitalistas y los socialistas, puesto que los socialistas en ningún momento han poseído parte alguna del continente africano, ni han invertido en las economías africanas de manera que puedan extraer utilidades de África. Los países socialistas no están, por lo tanto, involucrados en el robo de África.

La mayoría de los que escriben sobre el subdesarrollo en los continentes de África, Asia y América Latina son voceros del mundo burgués o capitalista. Intentan justificar la explotación capitalista tanto dentro como fuera de sus propios países. Para confundir el asunto recurren a la artimaña de agrupar a todos los países "subdesarrollados" en un campo y a todos los "desarrollados" en otro, haciendo caso omiso de sus respectivos sistemas sociales, de tal forma que los términos "capitalista" y "socialista" nunca se someten a examen. Por el contrario, sólo nos presentan una simple división entre países industrializados y no industrializados. Es cierto que tanto Estados Unidos como la Unión Soviética están industrializados, y es cierto que las estadísticas sitúan a países como Francia, Noruega, Checoslovaquia y Rumania más cerca uno del otro que de cualquier país africano. Sin embargo, es indispensable determinar a qué se debe el nivel de vida de cada país industrializado: si a sus propios recursos internos o a la explotación de otros países. Los Estados Unidos tienen una proporción pequeña de la población mundial y de la riqueza natural explotable, pero disfrutan de un porcentaje muy alto de la riqueza que procede del trabajo y los recursos naturales del mundo entero.

Los estudiosos socialistas de dentro y fuera de los países socia-

listas rechazan los planteamientos erróneos sobre el subdesarrollo y esa distinción simplista entre naciones ricas y pobres. Por su parte, también economistas en los países subdesarrollados van refutando tales conceptos y descubriendo cómo las explicaciones de los académicos burgueses se conforman a los intereses de aquellos países que explotan al resto del mundo mediante el comercio y las inversiones.

Para tener un cuadro adecuado de las relaciones entre los países desarrollados y subdesarrollados, Pierre Jalée, un autor socialista francés, propone que se definan dos categorías de países: imperialistas y socialistas. En el campo socialista incluye todos los países grandes y pequeños que han decidido separarse del capitalismo internacional. El campo imperialista abarca no sólo a los gigantes capitalistas, como Estados Unidos, Francia, Alemania Occidental y Japón, sino también a las naciones más débiles en las cuales tales países industriales tienen inversiones. Por consiguiente, el campo imperialista puede subdividirse en países explotadores y explotados. En su mayor parte, las naciones de África corresponden al grupo de los países explotados dentro del sistema capitalista/imperialista. Una tercera parte de los pueblos del mundo vive ya bajo alguna forma de socialismo. Los dos tercios restantes constituyen el campo capitalista/imperialista, dentro del cual la mayor parte de la población corresponde a los sectores explotados.

Lo interesante es que a pesar de sus esfuerzos por confundir la situación, los escritores burgueses suelen verse obligados a encarar la verdad. Por ejemplo, la ONU (que está bajo el dominio de las potencias capitalistas occidentales) nunca haría hincapié en la explotación de los países capitalistas. Sin embargo, sus estudios económicos se refieren por un lado a "las economías de planificación central", queriendo decir, los países socialistas, y por el otro a "las economías de mercado", lo que en efecto significa el sector imperialista del mundo. A este último lo subdividen en "las economías de mercado desarrolladas" y "las economías de mercado en desarrollo", ocultando que por "mercado" entienden el mercado capitalista. En este estudio se analizan las relaciones entre países que serían clasificados juntos dentro del sistema de mercado capitalista.

África se ha incorporado al sistema de mercado capitalista a través del comercio, la dominación colonial y la inversión capitalista. El comercio ha existido durante varios siglos; la dominación colonial se inició en el siglo XIX y casi ha desaparecido; y la inversión en la economía africana ha venido creciendo ininterrumpidamente en el presente siglo. A lo largo del período en que África ha participado en la economía capitalista, dos han sido los factores

¿QUÉ ES EL SUBDESARROLLO?

principales de su subdesarrollo: en primer lugar, la riqueza por el trabajo y los recursos africanos ha sido arrebatada a los países capitalistas de Europa; en segundo lugar la capacidad de los africanos de aprovechar al máximo su potencial económico —lo que es un requisito del desarrollo— se ha visto restringida. Estos dos fenómenos constituyen la respuesta a esas dos preguntas que formulamos anteriormente: por qué África ha liberado tan poco de su potencial y por qué tanta de su riqueza actual sale del continente.

Las economías africanas forman parte integral de la estructura de las economías capitalistas desarrolladas, y se integran en una forma que es desfavorable para África y que la hace depender de los grandes países capitalistas. En efecto, *la dependencia estructural es una de las características del subdesarrollo*. Muchos autores progresistas dividen al sistema capitalista/imperialista en dos secciones. La primera es la sección dominante o metropolitana; a la segunda corresponden los llamados países "satélites", denominados así porque están en la órbita de las economías metropolitanas. La misma idea puede expresarse diciendo que los países subdesarrollados son dependientes de las economías capitalistas metropolitanas.

Cuando un hijo o una cría de cualquier especie animal deja de depender de su madre para obtener alimento y protección, puede afirmarse que se ha desarrollado en dirección a la madurez. Los países dependientes nunca pueden considerarse desarrollados. Es cierto que las condiciones modernas obligan a todos los países a ser interdependientes para satisfacer las necesidades de sus habitantes, pero ello no es incompatible con la independencia económica, puesto que la independencia económica no significa aislamiento. Requiere, eso sí, de una libertad de elección en las relaciones externas, y fundamentalmente requiere de que en algún punto de su crecimiento la nación llegue a ser autosuficiente y se mantenga con sus propios recursos. Obviamente tales requerimientos son incompatibles y están en contradicción directa con la dependencia económica que liga a numerosos países con las metrópolis de Europa Occidental, Norteamérica y Japón.

También es cierto que las metrópolis a su vez dependen de la riqueza de las regiones explotadas del mundo. Ésta es la fuente de su fuerza y también de su debilidad latente dentro del sistema capitalista/imperialista, sobre todo porque los campesinos y los trabajadores de los países dependientes están comenzando a tomar conciencia de que es posible cortar los tentáculos con que el imperialismo sujeta a sus países. Sin embargo, existe una diferencia

listas rechazan los planteamientos erróneos sobre el subdesarrollo y esa distinción simplista entre naciones ricas y pobres. Por su parte, también economistas en los países subdesarrollados van refutando tales conceptos y descubriendo cómo las explicaciones de los académicos burgueses se conforman a los intereses de aquellos países que explotan al resto del mundo mediante el comercio y las inversiones.

Para tener un cuadro adecuado de las relaciones entre los países desarrollados y subdesarrollados, Pierre Jalée, un autor socialista francés, propone que se definan dos categorías de países: imperialistas y socialistas. En el campo socialista incluye todos los países grandes y pequeños que han decidido separarse del capitalismo internacional. El campo imperialista abarca no sólo a los gigantes capitalistas, como Estados Unidos, Francia, Alemania Occidental y Japón, sino también a las naciones más débiles en las cuales tales países industriales tienen inversiones. Por consiguiente, el campo imperialista puede subdividirse en países explotadores y explotados. En su mayor parte, las naciones de África corresponden al grupo de los países explotados dentro del sistema capitalista/imperialista. Una tercera parte de los pueblos del mundo vive ya bajo alguna forma de socialismo. Los dos tercios restantes constituyen el campo capitalista/imperialista, dentro del cual la mayor parte de la población corresponde a los sectores explotados.

Lo interesante es que a pesar de sus esfuerzos por confundir la situación, los escritores burgueses suelen verse obligados a encerrar la verdad. Por ejemplo, la ONU (que está bajo el dominio de las potencias capitalistas occidentales) nunca haría hincapié en la explotación de los países capitalistas. Sin embargo, sus estudios económicos se refieren por un lado a "las economías de planificación central", queriendo decir, los países socialistas, y por el otro a "las economías de mercado", lo que en efecto significa el sector imperialista del mundo. A este último lo subdividen en "las economías de mercado desarrolladas" y "las economías de mercado en desarrollo", ocultando que por "mercado" entienden el mercado capitalista. En este estudio se analizan las relaciones entre países que serían clasificados juntos dentro del sistema de mercado capitalista.

África se ha incorporado al sistema de mercado capitalista a través del comercio, la dominación colonial y la inversión capitalista. El comercio ha existido durante varios siglos; la dominación colonial se inició en el siglo XIX y casi ha desaparecido; y la inversión en la economía africana ha venido creciendo ininterrumpidamente en el presente siglo. A lo largo del período en que África ha participado en la economía capitalista, dos han sido los factores

principales de su subdesarrollo: en primer lugar, la riqueza creada por el trabajo y los recursos africanos ha sido arrebatada por los países capitalistas de Europa; en segundo lugar la capacidad de los africanos de aprovechar al máximo su potencial económico —lo que es un requisito del desarrollo— se ha visto restringida. Estos dos fenómenos constituyen la respuesta a esas dos preguntas que formulamos anteriormente: por qué África ha liberado tan poco de su potencial y por qué tanta de su riqueza actual sale del continente.

Las economías africanas forman parte integral de la estructura de las economías capitalistas desarrolladas, y se integran en una forma que es desfavorable para África y que la hace depender de los grandes países capitalistas. En efecto, *la dependencia estructural es una de las características del subdesarrollo*. Muchos autores progresistas dividen al sistema capitalista/imperialista en dos secciones. La primera es la sección dominante o metropolitana; a la segunda corresponden los llamados países "satélites", denominados así porque están en la órbita de las economías metropolitanas. La misma idea puede expresarse diciendo que los países subdesarrollados son dependientes de las economías capitalistas metropolitanas.

Cuando un hijo o una cría de cualquier especie animal deja de depender de su madre para obtener alimento y protección, puede afirmarse que se ha desarrollado en dirección a la madurez. Los países dependientes nunca pueden considerarse desarrollados. Es cierto que las condiciones modernas obligan a todos los países a ser interdependientes para satisfacer las necesidades de sus habitantes, pero ello no es incompatible con la independencia económica, puesto que la independencia económica no significa aislamiento. Requiere, eso sí, de una libertad de elección en las relaciones externas, y fundamentalmente requiere de que en algún punto de su crecimiento la nación llegue a ser autosuficiente y se mantenga con sus propios recursos. Obviamente tales requerimientos son incompatibles y están en contradicción directa con la dependencia económica que liga a numerosos países con las metrópolis de Europa Occidental, Norteamérica y Japón.

También es cierto que las metrópolis a su vez dependen de la riqueza de las regiones explotadas del mundo. Ésta es la fuente de su fuerza y también de su debilidad latente dentro del sistema capitalista/imperialista, sobre todo porque los campesinos y los trabajadores de los países dependientes están comenzando a tomar conciencia de que es posible cortar los tentáculos con que el imperialismo sujeta a sus países. Sin embargo, existe una diferencia

sustancial entre la dependencia de las metrópolis con respecto a las colonias y la sujeción de las colonias al yugo extranjero capitalista. Los países capitalistas están más desarrollados tecnológicamente y son, por lo tanto, el sector del sistema imperialista que determina la dirección del avance. Un ejemplo impresionante de esta influencia es el hecho de que las fibras sintéticas manufacturadas en las metrópolis capitalistas han empezado a remplazar los tejidos hechos de materias primas que se producen en las colonias. En otras palabras, y dentro de ciertos límites, el avance tecnológico permite a las metrópolis decidir cuándo terminar con su dependencia de las colonias en determinadas esferas. Cuando esto ocurre, la colonia o neocolonia se ve obligada a rogar con sombrero en mano por un nuevo plazo o una nueva cuota. Es por ello que una nación que ha sido colonizada no tiene esperanzas de desarrollarse mientras no rompa efectivamente con el círculo vicioso de dependencia y explotación que caracteriza al imperialismo.

En el plano cultural y social, hay muchos aspectos que ayudan a mantener a los países subdesarrollados integrados al sistema capitalista y al mismo tiempo colgando del delantal de las metrópolis. La Iglesia cristiana ha sido siempre un instrumento primordial de la penetración y de la denominación cultural, aunque en muchos casos los africanos han intentado establecer Iglesias independientes. Igualmente importante ha sido la función de la educación de producir africanos al servicio del sistema capitalista y siempre dispuestos a suscribir sus valores. En los últimos tiempos, los imperialistas se han dedicado a usar las nuevas universidades de África para mantenerse atrincherados en los niveles académicos más altos.

Algo tan básico como el lenguaje se ha transformado en un instrumento de la integración y la dependencia. El francés y el inglés, que se emplean tan ampliamente en África, sirven más para comunicar al africano con los explotadores que al africano con el africano. En realidad sería difícil encontrar una esfera en la que no estén reflejadas la dependencia económica y la integración estructural. A primera vista nada podría ser menos dañino o más entretenido que la música, y sin embargo también ésta se usa como arma de dominación cultural. Los imperialistas norteamericanos llegan al extremo de tomar la música popular, el jazz y la música *soul* de los pueblos negros oprimidos y transformarla en propaganda radiada sobre África a través de la *Voice of America*.

Durante el período colonial, las formas de subordinación política en África eran obvias. Había gobernadores, funcionarios oficiales y policía. En los estados africanos políticamente independien-

tes de hoy, los capitalistas de la metrópoli tienen que asegurarse por control remoto de que las decisiones políticas les sean favorables. Imponen por eso a sus títeres en muchas partes de África, que consienten desvergonzadamente en transar con el perverso régimen del *apartheid* de Sudáfrica toda vez que sus patrones lo ordenan así. El revolucionario africano Frantz Fanon se ha referido ardiente y profusamente a la cuestión de la minoría africana que sirve como línea de transmisión entre los capitalistas de la metrópoli y las dependencias en África. No es posible subestimar la importancia de este grupo: la presencia de un grupo de africanos vendidos es parte de la definición del subdesarrollo en África. Cualquier diagnóstico del subdesarrollo en África revelará no solamente un bajo ingreso per cápita y deficiencias proteínicas, sino también la presencia de los caballeros que bailan en Abidjan, Accra y Kinshasa al son de una música que se toca en París, Londres y Nueva York.

La inestabilidad política se hace manifiesta en África como un síntoma crónico del subdesarrollo de la vida política en el contexto imperialista. Uno tras otro se han ido fraguando los golpes militares, que suelen no representar nada para la masa de la población, y que a veces provocan retrocesos reaccionarios en los esfuerzos de liberación nacional. Esta tendencia ha quedado bien ilustrada en la historia de América Latina, de ahí que su aparición en el Vietnam del Sur neocolonizado* y en el África neocolonial no haya sido ninguna sorpresa. Mientras el poder económico mantenga su cuartel general fuera de las fronteras nacionales africanas, también, desde cualquier punto de vista realista los poderes político y militar quedaran afuera, hasta el momento en que las masas de campesinos y trabajadores se movilizan para ofrecer una alternativa al sistema de independencia política simulada. Todas estas características son las ramificaciones del subdesarrollo y de la explotación del sistema imperialista. Así, en la mayoría de los análisis sobre este tema —especialmente los “académicos” que declaran abstenerse de la “política”—, o se omite por completo, o se rechaza como retórica todo lo que se relacione con el concepto de imperialismo y neocolonialismo. Más adelante en este estudio presentaremos una buena cantidad de detalles que revelan la dura realidad que se esconde detrás de los eslóganes del capitalismo, el imperialismo, el colonialismo, el neocolonialismo y sus símiles. Por ahora ofreceremos un breve resumen de nuestra posición: la pregunta sobre quién y qué es responsable del subdesarrollo africano

* Vietnam del Sur dejó de ser neocolonia en 1975 [r.]

se puede contestar en dos niveles. En primer lugar, el sistema imperialista carga con la responsabilidad principal del retraso económico africano puesto que su drenaje de la riqueza africana ha hecho imposible un desarrollo más acelerado de los recursos del continente. En segundo lugar, se debe determinar quiénes son los que manipulan el sistema y quiénes son sus agentes y cómplices inconscientes. Fueron los capitalistas de Europa Occidental los que desde el interior de Europa extendieron su explotación hasta cubrir la totalidad de África.

En fechas más recientes, los capitalistas de Estados Unidos han alcanzado y en cierta medida remplazado a los europeos occidentales, y a lo largo de muchos años ya, incluso los trabajadores de aquellas metrópolis se han beneficiado con la explotación y el subdesarrollo de África. Con estos planteamientos no se pretende atenuar la responsabilidad primaria de los propios africanos de su desarrollo. Entre los africanos no sólo hay cómplices del sistema imperialista; todo africano tiene la responsabilidad de entender el sistema y de trabajar para derribarlo.

BREVE GUÍA DE LECTURA

Existe una gran cantidad de literatura sobre el "desarrollo" y el "subdesarrollo", aunque menos de la que sería dable esperar en vista de la importancia de estos temas. La mayor parte de la que hay disponible intenta justificar el capitalismo. Por lo tanto, más que un análisis del desarrollo social humano lo que predomina es una concentración estrecha en el sistema del "desarrollo económico", particularmente el de las economías capitalistas. Tal enfoque ha ido recibiendo los embates de los escritores marxistas en las metrópolis y, cada vez más, de los estudiosos en el mundo subdesarrollado.

Frederick Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, Moscú, Editorial Progreso, 1980.

Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 1980.

—Karl Marx, *Formaciones económicas precapitalistas*, E. J. Hobsbawm (comp.), México, Siglo XXI, 1971.

Estos tres trabajos son muestra de los escritos de los fundadores de lo que hoy se llama marxismo. La mayor parte de las publicaciones de Marx y Engels son de importancia para el tema del desarrollo, con un énfasis particular en los tiempos feudales y capitalistas.

Richard T. Gill, *Desarrollo económico: pasado y presente*, México, UTEHA.

Ragnar Nurkse, *Problemas de formación de capital en los países insuficientemente desarrollados*, México, FCE, 1955.

Estos son ejemplos típicos de enfoques burgueses metropolitanos sobre el desarrollo y el subdesarrollo. El primero es un texto de un economista canadiense para estudiantes universitarios norteamericanos, y el segundo un estudio varias veces reeditado de uno de los más prominentes defensores burgueses de la teoría del "círculo vicioso de la pobreza". Desafortunadamente éste es el tipo de libros que predomina en los estantes de cualquier universidad o biblioteca pública en África. Se invita al lector a comprobar tal generalización.

J. D. Bernal, *La ciencia en la historia*, Barcelona, Península.

Joseph Needham, *De la ciencia y la tecnología chinas*, México, Siglo XXI, 1978.

Ambos libros son voluminosos, pero deben leerse. La ciencia y la tecnología se derivan del esfuerzo por entender y controlar el medio natural. Es esencial familiarizarse con la historia de la ciencia para tomar conciencia del desarrollo de la sociedad. El libro de Needham se cita aquí para rebatir el concepto bastante generalizado de que la ciencia es algo esencialmente europeo.

Celso Furtado, *Desarrollo y subdesarrollo*, Buenos Aires, EUDEBA.

A. Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1970.

T. Szentes, *La economía política del subdesarrollo*, Budapest, s. e., 1971.

El primer escritor es de Brasil, país con una larga historia de dependencia y de explotación por las metrópolis de Europa y Norteamérica. El libro de Gunder Frank refleja el pensamiento de muchos intelectuales progresistas latinoamericanos y su enfoque ha ganado adeptos entre los marxistas en las metrópolis. Szentes es un economista húngaro que analiza en forma sistemática con un enfoque marxista datos reales y procesos del mundo subdesarrollado y el imperialismo en su conjunto. Samir Amin, *La lucha de clases en África*, Grupo de Investigación de África, Box 213, Cambridge, Massachusetts.

Samir Amin es un norafricano, que destaca tanto por la abundancia de su producción como por la calidad de sus enfoques. El texto citado es muy general y presenta un panorama que cubre desde el período de las raíces del desarrollo en el África antigua hasta el presente y el proyectado futuro socialista.

2. CÓMO ÁFRICA SE DESARROLLÓ ANTES DE LA LLEGADA DE LOS EUROPEOS, HASTA EL SIGLO XV

Aun antes de que los ingleses entraran en contacto con nuestra gente, éramos un pueblo desarrollado, teníamos nuestras propias instituciones y teníamos nuestra propia idea de gobierno.

J. E. CASELY-HAYFORD, 1922
Nacionalista africano (Costa de Oro)

2.1 UNA VISIÓN GENERAL

Se ha mostrado que, al comparar distintos indicadores, África se encuentra hoy subdesarrollada con respecto a Europa Occidental y a otras cuantas partes del mundo; y que se ha llegado a la situación actual no mediante la evolución separada de África por un lado y de Europa por el otro, sino a través de la explotación. África, como bien se sabe, ha tenido un largo contacto con Europa, y debe tenerse en cuenta que el contacto entre sociedades diferentes provoca cambios en sus respectivos niveles de desarrollo. Para realizar correctamente el registro de tal proceso hay que ejecutar cuatro operaciones:

- a) Reconstruir el carácter del desarrollo de África antes de la llegada de los europeos.
- b) Reconstruir el carácter del desarrollo de Europa antes de su expansión al extranjero.
- c) Analizar la contribución de África al estado de "desarrollo" actual de Europa.
- d) Analizar la contribución de Europa al estado de "subdesarrollo" actual de África.

Como el segundo aspecto ha sido tratado extensamente en la literatura europea, sólo se requiere aquí hacer algunas referencias de paso sobre éste. Los demás aspectos exigen mayor atención.

En el continente africano se revela plenamente cómo funcionan las leyes del desarrollo desigual de las sociedades. Existían, por ejemplo, contrastes notables entre el Imperio etíope y los grupos de cazadores de pigmeos en el bosque del Congo, y entre los imperios del Sudán Occidental y los cazadores recolectores josianos del desierto de Kalahari. De hecho, había contrastes claramente perceptibles dentro de casi cualquier región geográfica. El Imperio etíope abarcaba tanto a la nobleza feudal letrada de los amáricos como a los simples campesinos kaffa y a los pastores galla. Los imperios del Sudán Occidental tenían igualmente sus ciudadanos refinados y educados en las urbes de Mandinga, como sus pequeñas comunidades de pescadores bozo y sus poblaciones de pastores nómadas fulani. Aun dentro de los clanes y linajes que parecían más homogéneos había diferencias considerables. Dentro de aquella diversidad se puede distinguir entre lo que era exclusivamente "africano" y lo que era universal, o en otras palabras, característico de todas las sociedades humanas en distintas etapas del desarrollo. Es esencial además, identificar el proceso dialéctico a través del cual se llevó a cabo la evolución de formas más bajas a formas más altas de organización social; y, al observar las formas más avanzadas, estimar las potencialidades del continente en su conjunto y la dirección en que se proyectaba el cambio.

Al abordar el tema del pasado africano pre europeo, a muchos individuos les preocupa por distintas razones indagar sobre la existencia de las "civilizaciones" africanas. Ello obedece principalmente al deseo de compararlas con las "civilizaciones" europeas. No nos corresponde aquí evaluar las llamadas "civilizaciones" de Europa. Baste señalar cuál fue el comportamiento de los europeos capitalistas desde las épocas de la esclavitud, a lo largo del colonialismo, y después durante el fascismo y las guerras genocidas en Asia y en África. Tal barbarie induce a serias sospechas cuando se pretende emplear la palabra "civilización" para referirse a Europa Occidental y a Norteamérica. En lo que concierne a África, durante el período temprano de su desarrollo, es preferible hablar de "culturas" y no de civilizaciones.

Una cultura es una forma integral de vida. Abarca tanto lo que las gentes comen como la ropa que visten, la forma en que caminan y hablan, la manera en que se enfrentan a la muerte y cómo reciben a los recién nacidos. Es obvio que prácticamente cada localidad tenía sus características peculiares con respecto a las diversas facetas de la vida social. Por otra parte, el continente africano al sur del desierto del Sáhara constituía una ancha y extensa comunidad donde las semejanzas eran claramente discer-

nibles. Por ejemplo, la música y la danza desempeñaron un papel clave en lo que podría llamarse la sociedad africana original o "no contaminada". Estaban presentes durante el nacimiento, la iniciación, el matrimonio, la muerte, etc., igual que durante los momentos de recreación. África es el continente de los tambores y la percusión. Los pueblos africanos llegaron a la cúspide en tal esfera.

Debido al impacto del colonialismo y del imperialismo cultural (que se examinarán más adelante), durante el período colonial ni europeos ni africanos le dieron la atención que se merecían a las características singulares de la cultura africana. Tales características tienen un valor intrínseco que ni la cultura europea del período análogo de 1500 ni la de los siglos siguientes puede eclipsar. No pueden eclipsarla porque no son fenómenos comparables. ¿Hay alguien en este mundo que tenga la autoridad o competencia para juzgar si un vals austriaco es mejor que una ngoma makonde? Más aún, incluso en algunas esferas de la cultura que podrían parecer más comparables, como las "bellas artes", es bien sabido que los logros del África pre europea se alzan como contribuciones a la herencia humana de las creaciones bellas. El arte de Egipto, el Sudán y Etiopía fue algo conocido por el resto del mundo desde épocas muy tempranas. El arte de las demás partes de África aún sigue siendo "descubierto" y redescubierto por los europeos y los africanos modernos. El veredicto de los historiadores de arte sobre los bronce de Ife y Benin es también conocido. Como datan de los siglos xiv y xv, son de particular interés para la discusión del desarrollo africano anterior al contacto con Europa. No deben considerarse como casos aislados, excepto tal vez por los materiales con que se hicieron tales esculturas. Obviamente la misma pericia y sensibilidad se vertieron también en la ejecución de los trabajos artísticos hechos a base de materiales no durables, como la madera.

La danza y el arte africanos se asocian, en una u otra forma, con una percepción religiosa del mundo. Destaca la gran variedad de prácticas religiosas africanas tradicionales, y al mismo tiempo debe recordarse que tanto la religión del Islam como el cristianismo encontraron hogares africanos a los que entraron casi desde su fundación. El estudio de los diversos atributos de las religiones africanas tradicionales permite distinguir a las culturas africanas de las de otros continentes; pero en el contexto de este capítulo es más importante señalar lo mucho que tuvieron en común las religiones africanas con las de otros sitios, y cómo esto puede emplearse como un indicador del nivel de desarrollo de África anterior al impacto europeo en el siglo xv.

La religión es un elemento de la superestructura de la sociedad, derivado, en última instancia, de un grado de control y comprensión del mundo material. Sin embargo, cuando el hombre piensa en términos religiosos, empieza siempre por el mundo ideal, antes que por el mundo material (que queda más allá de su comprensión). Esto genera la visión no científica o metafísica del mundo, que a menudo entra en conflicto con el enfoque materialista de la ciencia e incluso con el desarrollo de la sociedad. Las religiones ancestrales de África no fueron ni mejores ni peores que otras. Pero hacia fines del feudalismo, los europeos empezaron a reducir el área de actividades de la vida humana en la que la religión y la Iglesia desempeñaban un papel primordial. La religión cesó de dominar la política, la geografía, la medicina, etc. Para librar a tales esferas de las restricciones religiosas tuvo que argüirse que tanto la religión como las cosas de este mundo tenían también su propia esfera secular. Esta secularización de la vida aceleró el desarrollo del capitalismo y más tarde el del socialismo. En contraste, en el período anterior a la llegada de los blancos, la religión dominaba aún la vida de los africanos, de la misma manera que dominó la vida de otras sociedades prefeudales, como las de los maorís en Australia, las de los afganos en Afganistán y las de los vikingos en Escandinavia.

Como aspecto de la superestructura, la religión puede tener tanto efectos negativos como positivos. En la mayoría de los casos en el África antigua, las creencias religiosas se relacionaban con la movilización y la disciplina de gran número de gente para la formación de los Estados. En algunos ejemplos aislados la religión proporcionó también los conceptos o ideales para la lucha por la justicia social. Los aspectos negativos aparecieron habitualmente como consecuencia de la tendencia que tiene la religión a permanecer inamovible durante períodos extremadamente largos, especialmente durante las épocas en que la tecnología, para subsistir, se transformaba lentamente. Éste era el caso de las sociedades africanas, y el de todas las sociedades precapitalistas. Al mismo tiempo, la creencia religiosa por sí misma incide en el modo de producción, retrasando el progreso social a ese respecto. Por ejemplo, las creencias relacionadas con la oración y con la intervención de los antepasados y de varios dioses podían llegar a volverse fáciles sustitutos de las innovaciones necesarias para controlar el impacto del clima y el medio.

La misma relación bilateral también se plantea entre los medios de subsistencia y las relaciones sociales generadas en el proceso del trabajo. En África, antes del siglo xv, el tipo más predominante

te de relaciones sociales era la familia y el parentesco, relacionados con el comunismo. Cada miembro de la sociedad africana tenía una posición definida que determinaban los familiares del lado materno y paterno. Unas sociedades daban más importancia a los vínculos matrilineales y otras a los patrilineales. Tales relaciones eran cruciales dentro de la existencia cotidiana de cada africano en la sociedad porque la tierra (el medio de producción principal) era propiedad de grupos como la familia o el clan —cuyo dirigente tenía la responsabilidad de la tierra en nombre de todo el parentesco, incluyendo a los ancestros y a los que no nacían aún. Teóricamente esto se explicaba en cualquier comunidad diciendo que todos sus habitantes eran descendientes de la primera persona que se estableció en la tierra.

Cuando aparecía un nuevo grupo, a menudo también se suponía, para darle cabida, que su ascendencia se remontaba hasta la época de la fundación del lugar; o, en otros casos, se aseguraban de que los miembros de los grupos más antiguos continuaran encargándose de las ceremonias relacionadas con la tierra y las aguas de la región.

En forma similar, el trabajo para cultivar la tierra se reclutaba con un criterio familiar. Cada familia o cada vivienda araba su propia parcela y compartía también el trabajo colectivo en ciertas actividades agrícolas, con otros miembros de la familia extendida o clan. Las cacerías anuales y la pesca en los ríos igualmente se organizaban incorporando a la familia extendida o la comunidad aldeana. En sociedades matrilineales como las de los bamba (Zambia) el desposado se dedicaba varios años a trabajar para el padre de la novia; a menudo los jóvenes que se habían casado con hijas de la misma casa formaban grupos de trabajo para ayudarse unos a otros. En Dahomey el hombre no se iba a vivir con la familia de la esposa, pero su *dokpwe* o grupo de trabajo le permitía participar en tareas de cierta magnitud para el padre de su mujer. En ambos ejemplos el derecho del suegro de adquirir el trabajo y las obligaciones del yerno se basaba en el parentesco. Esta situación contrasta con el capitalismo donde el trabajo se compra con dinero, y también contrasta con el feudalismo, donde el siervo proporciona el trabajo para poder tener acceso a una porción de tierra que es propiedad del terrateniente.

Como las cosechas y otros bienes habían sido producidos con el trabajo de la familia y en tierra de propiedad familiar, se distribuían sobre la base de los vínculos de parentesco. Si alguna calamidad inesperada destruía la cosecha de un miembro de la comunidad, sus parientes en el mismo poblado lo ayudaban. Si la

comunidad entera padecía una catástrofe, la gente se trasladaba a vivir con sus parientes a otra zona donde no escaseara el alimento. En la región de los akanes (Ghana) el sistema del clan tenía un alto grado de organización. Por ejemplo, un hombre en la región de Brong podía visitar el pueblo de Fante a cientos de millas de distancia y tener la seguridad de recibir alimento y hospitalidad de personas extrañas por el solo hecho de pertenecer al mismo clan.

Se podrían citar muchos ejemplos que demuestran cómo predominaba el principio familiar en la fase comunista del desarrollo africano. Tal forma de organización social incidía directamente en los dos factores principales de la producción: la tierra y el trabajo, e igualmente en el sistema de distribución de los bienes. La mayoría de los antropólogos europeos que han estudiado las sociedades africanas lo han hecho desde una posición prejuiciada y racista, pero sus investigaciones de todas maneras exponen abundantes hechos relacionados con los asentamientos y poblados familiares, con la familia extendida (que incluía también miembros afines, allegados más que relacionados por nacimiento o matrimonio) y con los linajes y clanes que mantenían el principio de la alianza por parentesco en regiones muy extensas. Debe subrayarse, sin embargo, que aunque algunos detalles precisos podrían diferir, se encontraba el mismo tipo de instituciones sociales entre los galos en la Francia del siglo XI, entre los viet de Indochina durante la misma época, y prácticamente entre los pueblos de cualquier otra parte del mundo en una u otra época —porque todas las sociedades han atravesado por una fase de comunismo.

En todas las sociedades africanas del período temprano el individuo tenía que cumplir en cada etapa de su vida con una serie de obligaciones para con el resto de la sociedad. Tenía igualmente una serie de derechos, es decir, cosas que podía esperar o exigir de los demás. La edad era un factor de máxima importancia que determinaba el alcance o extensión de los derechos y las obligaciones. Los miembros más viejos de la sociedad eran sumamente respetados, y en general se les confería autoridad; tal idea de señorío o de mando que determinaba la edad en muchas sociedades africanas se reflejaba en la existencia de las generaciones o grupos de edad. La circuncisión era el momento de iniciación en la sociedad y la vida adulta. Desde ese momento el hombre se incorporaba con otros en su grupo de edad, y lo mismo la mujer. Frecuentemente había por lo menos tres generaciones que en general comprendían a los jóvenes, los adultos y los viejos.

En gran parte de Europa, cuando el comunismo se desintegró, dio origen a la esclavitud generalizada como la nueva forma

de movilizar fuerza de trabajo. Duró a lo largo de toda la Edad Media, época en que las cruzadas entre cristianos y musulmanes fueron una excusa adicional para esclavizar. A su vez la esclavitud dio paso a la servidumbre, bajo la cual el trabajador quedaba atado a la tierra y ya no podía ser vendido y transportado. Como la transición de la esclavitud al feudalismo en Europa tomó muchos años en llegar a su culminación, no es extraño que la sociedad feudal mantuviera un buen número de esclavos. También algunas partes de China, Birmania y la India tuvieron un gran número de esclavos, a medida que la sociedad se apartaba del comunismo elemental, pero en Asia no llegó a haber propiamente un período histórico en que la esclavitud fuera el modo de producción dominante. En África hubo pocos esclavos y ciertamente no hubo una época de esclavismo. La mayoría de los esclavos se encontraban en África del Norte y en otras sociedades musulmanas, en las que un hombre y su mujer mantenían su condición de esclavos durante generaciones, aunque dentro de una estructura social predominantemente feudal. En el resto de África las sociedades comunistas conocieron el concepto de apropiarse de seres humanos extraños cuando se les capturaba en la guerra. Aunque al principio tales prisioneros se encontraban en posición muy desventajosa, comparable a la de los esclavos, posteriormente ellos o su progenie se iban incorporando como miembros ordinarios de la sociedad, porque no existía la perspectiva de perpetuar la explotación del hombre por el hombre en un contexto que no era ni feudal ni capitalista.

Tanto los marxistas como los no marxistas (con distintas motivaciones), han señalado que la secuencia de los modos de producción que se observó en Europa no se reprodujo en África. En África, después de la etapa comunista, no hubo una época de esclavismo que fuera generada por una evolución interna. Tampoco llegó a haber un modo de producción que fuera la réplica del feudalismo europeo. Para Asia, el mismo Marx reconoció que las etapas de su desarrollo produjeron una forma de sociedad que no podía ajustarse fácilmente a la vía europea. Marx la llamó el "modo de producción asiático". Recientemente, siguiendo con este enfoque, varios marxistas se han preguntado si se debe clasificar a África dentro de la misma categoría que Asia o si en realidad tiene su propio "modo de producción africano". Tal discusión tiene implicaciones muy progresistas, porque ha emanado del estudio de las condiciones concretas de África, y no de ideas preconcebidas traídas de Europa. Pero los estudiosos de este campo parecen insistir en encontrar un solo término que cubra la gran

variedad de formaciones sociales que existieron en África desde alrededor del siglo v d. c., hasta la llegada del colonialismo.

La premisa de la que se parte en este estudio es que la mayoría de las sociedades africanas antes de 1500 se encontraban en una etapa de transición entre la práctica de la agricultura (más la pesca y el pastoreo) en comunidades familiares, y la práctica de esas mismas actividades ya dentro de estados constituidos y sociedades comparables al feudalismo.

En cierto sentido toda historia es transición o transcurso de una etapa a la siguiente, aunque algunas situaciones a lo largo del movimiento histórico tienen características más claramente discernibles que otras. Así, bajo el comunismo, no existían las clases sociales, y el acceso a la tierra y a la distribución era equitativo —con un nivel bajo de tecnología y de producción. El feudalismo significó desigualdad en la distribución de la tierra y de los productos del trabajo en sociedad. La clase terrateniente y su burocracia controlaban el Estado y lo manipulaban como instrumento para oprimir a los campesinos, siervos, esclavos e incluso a los artesanos y comerciantes. El paso del comunismo al feudalismo en cada continente duró varios siglos, y en algunos casos la interrupción de los procesos de evolución interna impidió que alcanzaran la madurez. En África no cabe duda de que fueron muy pocas las sociedades que llegaron finalmente al feudalismo. Mientras continuó avanzando el proceso de formación del Estado, siguieron coexistiendo elementos comunales con elementos feudales, con ciertas peculiaridades propias de las condiciones africanas. La transición se caracterizó también por la existencia de un amplio espectro de formaciones sociales: había pastores y agricultores, sociedades de pescadores y comerciantes, invasores y nómadas. Todos ellos fueron atraídos gradualmente hacia una mayor relación con la tierra, y unos con otros mediante la expansión de las fuerzas productivas y de la red de distribución.

En las sociedades feudales hubo constantes enfrentamientos entre las clases terratenientes y las campesinas, y más adelante aparecieron las contradicciones entre los terratenientes y las clases de comerciantes. Bajo el capitalismo en Europa, la principal contradicción de clase se estableció entre el proletariado y la burguesía. Todo este conjunto de relaciones de clase hostiles, es el que constituye la fuerza motriz de las respectivas sociedades. En las sociedades comunistas africanas existían diferencias tales como entre grupos de edad, y diferencias entre habitantes comunes y líderes religiosos, como los hacedores de lluvia. Sin embargo, dichas relaciones no eran ni antagónicas ni de explotación. El concepto de

clase como fuerza motriz en el desarrollo social no había aparecido aún: por esta razón, en la fase comunalista es preciso observar el desarrollo de las fuerzas fundamentales de la producción para entender el proceso de cambio.

Mediante la aplicación de ciertos métodos y conceptos es posible reconstruir en la forma más aproximada las etapas que fue atravesando la familia aislada a medida que se iba escindiendo en fracciones y que la producción iba en aumento. Por ejemplo, puede considerarse que el surgimiento de grupos de edad fue una respuesta a la necesidad de una mayor solidaridad, ya que los grupos de edad incluyeron e intersectaron a muchas familias. De igual manera el trabajo comunal se vio penetrado por secciones transversales de la comunidad para hacerlo más eficiente. El grupo de trabajo o *dokpwe* de Dahomey al que se hizo referencia antes tenía una capacidad mucho mayor de servir al conjunto de la comunidad mediante la ejecución de trabajos pesados como la limpia de las tierras de cultivo, la construcción de viviendas, etc. Mediante el obsequio de comida y cerveza o vino de palma, se podía movilizar rápidamente y en corto tiempo al grupo de trabajo o "colmenar" de la mayoría de las sociedades africanas, incluyendo a los de los grupos de berberiscos de piel clara en el Norte de África. Desde luego que a pesar de que la organización del trabajo habría ayudado a incrementar la producción, se debe considerar que el cambio principal o el que más podía afectar al desarrollo de las fuerzas productivas era con gran frecuencia la introducción de nuevas técnicas —empleando en este caso la palabra técnica para referirse con un sentido amplio tanto al uso de las herramientas como a la aplicación de los conocimientos o experiencia para enfrentar el medio, y aun la introducción de nuevas especies vegetales y animales.

El primer requisito para dominar el medio es conocerlo. Hacia el siglo xv los africanos en todas partes habían llegado a una comprensión considerable del conjunto de la ecología —los suelos, el clima, los animales, las plantas y sus múltiples interrelaciones. La aplicación práctica de este conocimiento la había provocado la necesidad de atrapar animales, de construir viviendas, de fabricar herramientas, de encontrar las medicinas y fundamentalmente de diseñar sistemas de agricultura.

En los siglos anteriores al contacto con los europeos el grueso de la actividad económica en África era la agricultura. En todas las comunidades agrícolas establecidas, el pueblo observó las peculiaridades de su medio y procuró encontrar las mejores técnicas para enfrentarlo de una manera racional. En algunas regiones se

emplearon métodos avanzados, como los de construcción de terrazas, rotación de cultivos, uso de abonos, agricultura mixta y cultivo regulado en las zonas pantanosas. Sin duda el cambio único que mayor importancia tecnológica tuvo, subyacente al desarrollo agrícola de África, fue la introducción de los implementos de hierro y, de manera específica, la introducción del azadón y el hacha, que remplazaron a los implementos de madera y de piedra. Y fue justamente sobre la base de las nuevas herramientas que se diseñaron gradualmente las técnicas más elaboradas de la agricultura, al igual que en otras ramas de la actividad económica.

La aparición del hierro, el incremento de las cosechas de cereales y la manufactura de cerámica fueron todos fenómenos estrechamente relacionados. Este tipo de factores apareció en muchas partes de África alrededor de la época inmediata al nacimiento de Cristo; la velocidad del cambio a lo largo de unos cuantos siglos fue bastante impresionante. Se había seleccionado el mijo y el sorgo de entre las yerbas silvestres, igual que se había hecho evolucionar al ñame de raíces no comestibles.* La mayoría de las sociedades africanas impulsaron las técnicas de cultivo hasta el nivel de un arte. Incluso el recurso muy extendido de quema y roza (con arado ligero) no fue tan infantil como pretendieron los primeros colonialistas europeos. Aquella forma simple de agricultura se ajustaba a la evaluación correcta del potencial del suelo africano, que no era tan grande como haría suponer la gran cantidad de vegetación; y por eso mismo cuando los colonialistas empezaron a alterar la delgada capa de suelo superficial el resultado fue catastrófico.

Lo anterior ilustra el hecho de que cuando un extraño llega a un nuevo sistema ecológico, aun en el caso de que tenga una tecnología más avanzada, no se desenvuelve, necesariamente, con la efectividad de los que se han familiarizado con el ambiente durante siglos; y el recién llegado muy probablemente hará el ridículo si tiene la arrogancia de ignorar que siempre hay algo que aprender de los "nativos". Sin embargo, no se sugiere aquí que la agricultura africana en el período temprano fuera superior a la de otros continentes. Por el contrario, los niveles africanos del cuidado de la tierra y de los animales no alcanzaban a los que se habían desarrollado independientemente en muchas partes de Asia y Europa. La debilidad de África parecía residir en la falta de motivación profesional por adquirir más conocimientos científicos y di-

* La selección de cultivos por el hombre modificó su evolución natural. En África, se "domesticaron" el mijo, el sorgo, un tipo de arroz, y variedades de trigo, cebada, plátano y cebolla [T.]

señar más herramientas para aligerar el trabajo y transformar medios hostiles en sitios más apropiados para las actividades humanas. En el caso de Europa dicho profesionalismo apareció cuando las clases que tenían mayor interés por la tierra se dedicaron a promoverlo —es decir, los terratenientes feudales y más tarde los agricultores y hacendados capitalistas.

Se ha dicho previamente que el desarrollo depende en gran medida de las relaciones sociales de producción: aquellas relaciones que delinear las funciones de los individuos en la producción de la riqueza. En los sitios en donde unos cuantos eran los propietarios de la tierra y la mayoría era arrendataria, esa injusticia permitió en un momento específico de la historia que esos cuantos se concentraran en mejorar su tierra. Bajo el comunismo, en cambio, cada africano tenía asegurada suficiente tierra para satisfacer sus necesidades en virtud de pertenecer a una familia o comunidad. Por esta razón, y porque la tierra era relativamente abundante, había pocas presiones sociales o incentivos que produjeran cambios técnicos o incrementaran la producción.

En Asia, donde la mayor parte de la tierra era de propiedad comunal, hubo avances inmensos en algunas formas de agricultura, especialmente la de riego. Esto se debió a que el Estado, en países como la India, China, Ceilán y otros sitios, intervino e impulsó la irrigación y otros trabajos hidráulicos en gran escala. Lo mismo ocurría en el norte de África, que en muchos sentidos siguió un patrón de evolución similar al de Asia. El tipo de tenencia de la tierra africana era más parecido al de Asia que al de Europa, pero en África aun los estados más avanzados en su configuración política no desempeñaron el papel de promotores y supervisores del desarrollo agrícola. Una de las razones pudo haber sido la falta de presión demográfica y por consiguiente la dispersión de los asentamientos humanos. Otra pudo haber sido que el Estado se concentró más en promover el mercado de productos no agrícolas que en cualquier otra cosa. Lo que es indudable es que las sociedades africanas entablaron lazos sobre bases de comercio con otros sistemas sociales fuera del continente pero prestaron poca atención a la agricultura.

Cuando se considera el tema de la producción manufacturera africana anterior al hombre blanco se vuelve también esencial reconocer que sus logros se han subestimado. Los historiadores europeos en general se han referido con desprecio, o pasado por alto la manufactura africana, en parte porque la acepción moderna de la palabra recuerda ante todo las fábricas y las máquinas. Empero "manufactura" quiere decir literalmente "cosas hechas a

mano" y en este sentido la manufactura africana había avanzado considerablemente. La mayoría de las sociedades africanas abastecían sus propias necesidades de una gran variedad de artículos de uso doméstico, herramientas agrícolas y armas. Una de las maneras que permiten evaluar el grado de desarrollo económico que África llegó a alcanzar hace cinco siglos, es justamente el de estimar la calidad de dichos productos. Examinemos algunos ejemplos que llamaron la atención del mundo exterior. A todo lo largo de las costas del norte de África los europeos adoptaron la costumbre de adquirir un cuero rojo africano de alta calidad conocido como "cuero de Marruecos". Éste, de hecho, se producía en el norte de Nigeria y en Malí, donde lo trataban y teñían los trabajadores hausa y mandinga especializados. Cuando se estableció un contacto más directo entre europeos y africanos al llegar aquéllos a las costas de occidente y oriente, aparecieron más productos sorprendentes. Al desembarcar los portugueses en el viejo reino del Congo sus noticias no tardaron en llegar a Europa describiendo los finos tejidos que se producían localmente a base de corteza y fibras de palma, que tenían un acabado similar al terciopelo. Los baganda también eran expertos tejedores de telas de corteza. Y aun así África tenía mejores cosas que ofrecer en la forma de telas de algodón que se manufacturaban en amplias zonas del continente antes de la llegada de los europeos. Hasta bien entrado el presente siglo las telas de algodón de la costa de Guinea eran más resistentes que las de Manchester. Una vez que los productos europeos fueron llegando a África, también los africanos tuvieron la oportunidad de comparar sus mercancías con las de fuera. En Katanga y en Zambia se continuó prefiriendo el cobre local al importado, y lo mismo ocurrió con el hierro en Sierra Leona.

Era a nivel de la escala que los manufactureros africanos no habían dado aún el gran salto. Es decir: los telares de algodón eran pequeños, las fundidoras de hierro eran pequeñas, la cerámica se formaba lentamente a mano y no con un torno, etc. A pesar de esto ya empezaban a ocurrir ciertos cambios en este contexto. Bajo el comunismo, cada vivienda satisfacía sus necesidades fabricando su propia ropa, ollas, esteros, etc. Lo mismo ocurrió en todos los continentes. Más adelante, no obstante, la expansión económica se asoció más a la especialización y a la localización de las industrias, con lo que la gente cada vez más atendió sus necesidades mediante el intercambio. Esta tendencia aparecía ya en las manufacturas africanas principales, y muy particularmente en la industria textil. Se tenía que separar la fibra de algodón de la semilla, luego cardarla y hacerla rotar en los hilados, antes

de tejerla. La tela hilada o tejida tenía que ser teñida, y la preparación de la tintura era en sí un proceso complejo. En alguna época todos estos procedimientos estuvieron al cuidado de cada familia o de las mujeres, como en el país de los yoruba. Pero el desarrollo económico se reflejó en la separación del tejido y la manufactura de la tela, y en la separación del hilado y el tejido. Cada separación inducía una mayor especialización así como cambios cualitativos y cuantitativos en la producción.

La industria europea ha sido estudiada exhaustivamente, y en tales estudios generalmente se reconoce que además de la maquinaria nueva, un factor decisivo del crecimiento de la industria fue el cambio de la producción doméstica al sistema fabril, donde el gremio constituyó una etapa intermedia. El gremio era una asociación de especialistas, que transmitían su experiencia a los aprendices que se entrenaban con ellos en edificios especialmente asignados para ese fin. África también tuvo elementos del sistema de gremios. En Timbuctú había gremios de sastres y tejedores mientras que en Benin los había de un tipo de casta muy restringido que controlaban las famosas industrias del bronce y el latón. En Nupe, hoy norte de Nigeria, la industria del vidrio y abalorios operaba sobre la base del gremio. Cada gremio de Nupe tenía su propio taller y su propio jefe. El jefe negociaba los contratos, financiaba al gremio y disponía del producto. Sus familiares y aun los extraños podían entrar libremente a la asociación gremial a aprender las distintas tareas especializadas de la industria del vidrio. Claramente se delineaba la existencia de una especialización y división del trabajo que iba en aumento.

Frecuentemente se describe a las economías africanas tradicionales como "economías de subsistencia". Aunque en general la mayoría de los poblados pequeños cultivaba, cazaba, pescaba, etc., y atendía su propio bienestar independientemente o con poca relación con el resto del continente. Al mismo tiempo, sin embargo, una gran proporción de estas mismas comunidades solventaba al menos algunas de sus necesidades mediante el comercio. África era un continente de innumerables rutas comerciales. Algunas se extendían a lo largo de inmensas distancias, como las rutas a través del Sáhara y las que conectaban con el cobre de Katanga. Empero predominaba fundamentalmente el comercio entre vecinos o entre comunidades no tan distantes. Tal comercio era siempre una función de la producción: varias comunidades empezaban a producir excedentes de determinadas mercancías que se podían cambiar por otras que hacían falta. En esta forma florecía la industria de la sal en una localidad mientras otra quedaba a cargo de la industria

del hierro. En las regiones costeras, lacustres y ribereñas era el pescado seco lo que producía los mayores beneficios, al tiempo que en otros sitios crecían en abundancia el ñame y el mijo, todo lo cual sentaba las bases para el intercambio. Esta forma de mercado, que se podía encontrar fácilmente en cualquier parte del continente entre los siglos x y xv, fue un excelente indicador del grado de expansión económica y de otras formas de desarrollo que acompañaron a un dominio del medio en constante avance.

Como consecuencia de la expansión del mercado el trueque empezó a dar paso a algunas formas de intercambio monetario. Se practicaba el trueque principalmente cuando el volumen del mercado era pequeño o cuando se intercambiaban sólo unas cuantas mercancías. A medida que el mercado se fue diversificando algunos productos se empezaron a usar como estándares para medir otras mercancías. Tales productos se podían guardar como una forma de riqueza susceptible de utilizarse cuando fuera necesario al intercambiarlos por otros productos. Por ejemplo la sal, ciertos tejidos, y aun los azadones de hierro y los cauris sirvieron como moneda a lo largo y ancho de África —además del oro y el cobre que eran más raros y por lo tanto se reservaban para medir objetos de más valor. En algunos lugares, particularmente en el Norte de África, Etiopía y el Congo había sistemas monetarios más complejos, que indicaban que la economía hacía tiempo que se había alejado del trueque simple de la subsistencia.

Hubo muchos otros cambios de naturaleza sociopolítica que acompañaron a la expansión de las fuerzas productivas: efectivamente, las prácticas agrícolas, la industria y el comercio, y las estructuras monetarias y políticas eran inseparables —cada una interactuando con la otra. Las regiones más desarrolladas de África eran justamente aquellas en las que todos estos elementos convergían, y en las que las dos características sociopolíticas más importantes relativas al desarrollo eran la creciente estratificación y la consolidación de los estados.

Los principios de la familia y de deferencia hacia los viejos se fueron rompiendo lentamente con el transcurso de los siglos antes de la llegada de los europeos en sus barcos de vela. Los cambios tecnológicos y en la división del trabajo fueron haciendo que esto llegara a ser inevitable. La introducción del hierro, por ejemplo, dio fuerza económica y militar a los que estaban en condiciones de conseguirlo y manufacturarlo. Tener mejores herramientas no sólo quería decir tener más alimento sino también una población más numerosa, aunque esta última tendía a sobrepasar el suministro de bienes materiales por lo que la posibilidad de acumular riqueza

surgida gracias a la posesión de hierro se fue restringiendo gradualmente a unos cuantos para su propio y exclusivo beneficio. Los trabajadores experimentados en la fundición del hierro, la industria textil, la alfarería, el cuero, la producción de sal, etc., empezaron a transmitir su experiencia y entrenamiento a grupos cerrados conocidos como castas. Esto aseguraba que la división del trabajo operara a su favor, pues en sí la posición de estos grupos era privilegiada y estratégica. Los trabajadores del hierro en particular llegaron a ser los más favorecidos en algunas sociedades africanas, en las que, o se convirtieron en los grupos dominantes, o alcanzaron al menos sitios encumbrados en la jerarquía social. La división del trabajo se fue extendiendo también a las esferas "no materiales" produciendo artistas e historiadores: también ellos tenían ciertos derechos y privilegios, entre los que destacaba el de poder hacer críticas libremente sin el temor de ser reprimidos. En ciertos momentos históricos las castas calificadas llegaron a ser reducidas a un bajo nivel social, aunque esto más bien fue la excepción, y en todo caso no contradice la aseveración general de que el comunismo estaba cediendo frente a una estratificación cada vez mayor.

La estratificación social u ocupacional sirvió de base para el surgimiento de las clases y los antagonismos sociales. En cierta medida ello representó una continuidad lógica de las anteriores diferencias no antagónicas que se daban en el seno de la sociedad comunista. Podía ocurrir, por ejemplo, que los viejos intentaran aprovechar su control sobre la dotación de la tierra, el monto de la dote o sobre las formas tradicionales de intercambio, para tratar de imponerse como un estrato económico privilegiado. En la región que hoy comprende las repúblicas de Liberia, Sierra Leona y Guinea aparecieron sociedades secretas que llevaron a cabo este intento de concentrar en manos de los viejos, y posteriormente de los viejos de ciertos linajes, conocimientos, poder y riqueza.

La contradicción entre los hombres jóvenes y sus mayores no era del tipo de las que llevan a la revolución violenta. Pero los jóvenes indudablemente llegaron a tener motivos para resentir su dependencia de los viejos, especialmente la concerniente a asuntos tan personales y vitales como la adquisición de las esposas. Cuando se sentían descontentos podían, o abandonar sus comunidades para establecerse por su cuenta en otro sitio, o podían desafiar los principios establecidos por el cambio social. En cualquiera de los dos casos la tendencia era que unos cuantos individuos y familias tuvieran más éxito que el resto y se impusieran

como dirigentes permanentes. Más adelante, una vez que se estableció el concepto de linaje o sangre real la edad dejó de tener importancia, ya que aun el joven podía suceder a su padre como heredero.

Durante este período de transición la sociedad africana aún mantuvo muchas características claramente comunistas, aunque también recibió más acogida el principio de que ciertas familias o clanes o linajes estaban destinadas a gobernar, mientras otras no. Esto ocurrió, no solamente con las sociedades de agricultores, sino también con los pastoralistas. De hecho, el ganado empezó a distribuirse de manera desigual, incluso más fácilmente que la tierra, y las familias con los rebaños más grandes empezaron a dominar la vida social y la política.

Un aspecto que tuvo aún más importancia dentro del proceso de estratificación de la sociedad fue el que se presentó con el contacto entre distintas formaciones sociales. Las sociedades de pescadores tenían que entablar lazos con las de agricultores y, éstas a su vez, con las de pastores. Existían también formaciones sociales que no habían entrado aún en la fase de cooperación comunista, como las bandas de cazadores y recolectores. Con frecuencia las relaciones eran pacíficas. En muchas partes del continente africano apareció lo que los académicos han llamado "simbiosis", una asociación que se producía entre grupos que obtenían el sustento de distintas maneras —lo que en realidad quería decir que habían llegado al acuerdo de intercambiar bienes y coexistir para beneficio mutuo. Simultáneamente hubo también lugar para mucho conflicto, y cuando un grupo se imponía sobre el otro por la fuerza, el resultado era invariablemente la aparición de clases sociales con los conquistadores en la cima y los conquistados hasta abajo.

Los enfrentamientos más comunes entre formaciones sociales ocurrieron entre agricultores.* En algunas regiones las sociedades agrícolas llevaron las de ganar, como en el África Occidental, donde los agricultores mandingas y hausas fueron señores absolutos de los pastores fulani hasta los siglos XVIII y XIX. La situación fue al revés en el cuerno de África y en la mayor parte del Oriente africano. En otras partes de África ocurría otro tipo de enfrentamiento, el que se daba cuando las bandas de invasores dominaban a los agricultores, como en Angola y en la región del Sáhara: en esta última,

* El modo de producción dominante en la formación social pastora-
lista era el comunismo pastoralista o pastoralismo; en la formación social
agrícola, el comunismo agrícola [T.].

los moros y los tuareg recababan tributo y aun esclavizaban a las poblaciones sedentarias, en general más pacíficas. En todos los casos una facción pequeña terminaba controlando la tierra y donde era posible, el ganado, las minas y el comercio de grandes distancias. Esto también implicaba que el grupo minoritario podía exigir el trabajo de sus súbditos, ya no por razones de parentesco sino porque ahora predominaba una relación de dominación y subordinación.

En las sociedades verdaderamente comunales el liderazgo se fundaba en lazos religiosos y familiares. Los miembros dirigentes de la sociedad compartían el trabajo con los demás y recibían más o menos la misma proporción del producto total. Ciertamente, nadie padecía hambre mientras otros se atracaban y arrojaban las sobras. Sin embargo, a medida que las sociedades africanas empezaron a expandirse por efecto de su evolución interna, la conquista o el mercado, el estilo de vida de los grupos gobernantes se fue transformando en algo enteramente distinto. El grupo gobernante comenzó a consumir la mejor y mayor parte de lo que la sociedad podía ofrecer. Al mismo tiempo no participaban muy directamente en la producción de la riqueza, ya fuera en la agricultura, el pastoreo, la pesca, etc. La clase dominante, y los reyes en particular, tenían el derecho de reclamar el trabajo del habitante común para algunos proyectos y durante ciertas temporadas. Esto se conoce como el trabajo *corvée*, o de mala gana, por una situación similar que ocurrió en la Francia feudal. Este sistema trajo consigo simultáneamente una mayor explotación y un mayor desarrollo de los recursos productivos.

La estratificación social que se ha descrito antes se fue desarrollando a la par con el Estado. Los conceptos de linaje real y de clanes plebeyos no hubieran tenido ningún sentido sino dentro de un Estado político con delimitaciones geográficas concretas. Por ello salta a la vista que las grandes dinastías del mundo rigieron en Estados feudales. Al europeo o al que se ha educado bajo la influencia europea, le son familiares nombres como los Tudor, los Borbones, los Hohenzollerns y los Romanoff; igualmente Japón tuvo sus Kamakuras y sus Tokugawas; China las dinastías T'ang y Ming; la India los Guptas y los Maharatas, etc. Todas éstas fueron dinastías feudales que existieron algunos siglos después del nacimiento de Cristo, aunque también hubo dinastías que reinaron en esos mismos países antes de que cristalizaran las relaciones feudales de tenencia de la tierra y las relaciones feudales de clase. Esto significa que la transición al feudalismo en

Europa* y en Asia vio el nacimiento de los grupos gobernantes y del Estado feudal como partes interdependientes de un mismo proceso. En este sentido África no fue un caso distinto.

Desde una perspectiva política la transición del comunismo al feudalismo en África fue un período de formación del Estado. Al principio (y durante muchos siglos) el Estado permaneció débil e inmaduro. Llegó a adquirir límites territoriales bien definidos, pero en su interior los súbditos vivían en comunidades casi sin ningún contacto con las clases gobernantes salvo cuando llegaba el día de la paga del tributo o impuesto anual. Sólo cuando un grupo dentro de las fronteras del Estado se negaba a rendir su tributo era que los Estados africanos de aquellas épocas tempranas movilizaban su maquinaria represiva en la forma del ejército para exigir lo que concebían como un derecho sobre sus súbditos. Progresivamente varios Estados fueron adquiriendo más poder sobre un número cada vez mayor de comunidades y de ciudadanos. Se dedicaron a exigir más trabajo *corvée*, a reclutar más soldados y a nombrar recolectores de impuestos permanentes y administradores locales. Las regiones de África en donde las relaciones de trabajo estaban surgiendo de las restricciones del comunismo fueron aquellas en las que iban emergiendo Estados políticos complejos. El crecimiento de los estados fue en sí una forma de desarrollo que multiplicó las perspectivas de la política africana e hizo confluír a varios grupos étnicos pequeños en entidades más amplias que sugerían naciones.

En cierta forma, se ha asignado también demasiada importancia al crecimiento de los estados políticos. Fue en Europa donde el Estado-nación, se desarrolló y alcanzó un estadio avanzado, y fueron los europeos los que tendieron a utilizar la ausencia o presencia del Estado político organizado como medida de "civilización". Esto no se justifica del todo, porque en África hubo unidades políticas pequeñas que tuvieron una cultura material y no material relativamente avanzada. Por ejemplo, ni los ibos de Nigeria ni los kikuyu de Kenia llegaron a producir grandes gobiernos centralizados dentro de su marco tradicional. Pero ambos grupos tenían complejos sistemas políticos de gobierno cuyo puntal de apoyo eran los clanes y (en el caso de los ibos) los oráculos religiosos y las "sociedades secretas". Ambos eran pujantes sociedades agrícolas y de trabajadores del hierro, y los ibos ya manufacturaban múltiples objetos de latón y de bronce desde el siglo IX si no antes.

* En Europa, al comunismo lo siguió el esclavismo, y por ello las dinastías y los grandes estados aparecieron en la víspera de la época esclavista.

Sin embargo, tras de hacer la crítica anterior, se puede conceder que en general los Estados más grandes de África eran los que tenían las estructuras políticas más eficaces, y una mayor capacidad de producir alimento, vestido, minerales y otros artefactos materiales. Fácilmente puede entenderse que las sociedades que tenían clases dominantes se preocupaban más por procurarse toda suerte de objetos de lujo y de prestigio. Los grupos privilegiados en control del Estado necesitaban tanto estimular las manufacturas como adquirirlas a través del comercio externo. Eran ellos los que movilizaban el trabajo para producir el mayor excedente posible muy por encima de las necesidades de subsistencia, y los que en ese proceso estimularon la especialización y la división del trabajo.

Los académicos a menudo distinguen dos grupos de poblaciones en África: los que tenían Estado y "los que no tenían". Aunque a veces se emplea en forma descuidada y hasta el abuso el calificativo de "sin Estado", en la realidad lo que se está describiendo es a los pueblos que carecían de la maquinaria de coerción gubernamental, o de un concepto de unidad política que se extendiera más allá de la familia comunal o el poblado. Y después de todo, si no existe una estratificación en clases en la sociedad se deduce que no hay Estado, puesto que el Estado nació como el instrumento de una clase en particular para controlar al resto de la sociedad en aras de sus propios intereses.

En términos generales puede clasificarse a las sociedades sin Estado entre las formas más antiguas de organización sociopolítica en África, mientras que los grandes Estados representan una evolución que al alejarse del comunismo llegó en algunos casos al feudalismo. Nuevamente debe subrayarse que la investigación del panorama de África anterior a la llegada de los europeos revelaría una considerable disparidad en cuanto al desarrollo. Había formaciones sociales que representaban a las bandas de cazadores, al comunismo, al feudalismo, y a muchos estadios intermedios entre estos dos últimos. En lo que resta de este capítulo examinaremos las principales características de varias de las sociedades y Estados más desarrollados que existieron en África durante los mil años, aproximadamente, que precedieron al contacto permanente con Europa. Consideraremos las regiones de Egipto, Etiopía, Nubia, Marruecos, el Sudán Occidental, la zona interlacustre del África Oriental y Zimbabwe. Cada una de estas regiones sirve como ejemplo del significado del desarrollo en la época temprana de África y de la dirección del movimiento social. En mayor o menor grado cada una de estas sociedades fue una fuerza directriz dentro del continente en el sentido de que impulsaba a

sus vecinos a lo largo de la misma vía, ya fuera absorbiéndolos o influyéndolos en formas menos directas.

2.2 ALGUNOS EJEMPLOS CONCRETOS

a] *Egipto*

Lógico es empezar con Egipto, la cultura más antigua de gran prominencia en África. Las glorias de Egipto bajo los faraones son bien conocidas y no cabe detallarlas aquí. En cierta época se solía decir o suponer que el Egipto antiguo no era "africano" —enfoque curioso que ya nadie propone seriamente. Sin embargo, para los propósitos de este estudio será más importante referirse a Egipto bajo el dominio árabe y turco a partir del siglo VII. Durante este período la clase dominante fue extranjera, lo que hizo que el desarrollo de Egipto estuviera ligado al de otros países; al de Arabia y Turquía en particular. El Egipto colonizado envió al extranjero gran cantidad de riqueza en forma de alimento y de renta, lo que constituyó un factor muy negativo. Pese a esto, con el tiempo los gobernantes fueron rompiendo lazos con sus amos imperiales y actuando simplemente como una élite dominante dentro de Egipto que llegó así a formar un Estado feudal independiente.

Una de las primeras características del feudalismo en Egipto fue su carácter militar. Tanto los invasores árabes como los turcos y circasianos tuvieron tendencias militaristas. Esto fue particularmente cierto en el caso de los mamelucos que estuvieron en el poder del siglo XIII en adelante. Desde el siglo VII el poder político en Egipto se había concentrado en manos de una oligarquía militar, la cual delegó el gobierno real a los funcionarios del Estado, dando origen a una situación semejante a la de sitios como China e Indochina. Aún más fundamental importancia tuvo el hecho de que las relaciones de la propiedad de la tierra empezaron a sufrir tales cambios que apareció en la escena una verdadera clase feudal. Todos los conquistadores hicieron concesiones de tierras a sus seguidores y capitanes militares. En esta primera etapa la tierra de Egipto era propiedad del Estado, el cual la arrendaba a los agricultores. El Estado tenía entonces el derecho de reapropiarse la tierra y conferirla de nuevo a su antojo, lo que recuerda en cierta forma el trabajo del jefe de la comunidad aldeana que fungía como guardián de las tierras de las familias emparentadas.

Sin embargo, los gobernantes militares se volvieron también una nueva clase de terratenientes. Para el siglo xv, ya la mayor parte de la tierra en Egipto era propiedad del Sultán y de sus señores militares.

De la existencia de una clase pequeña con el monopolio de la mayor parte de la tierra se deduce que tenía que haber una gran clase desposeída. Pronto los campesinos se volvieron meros trabajadores agrícolas, atados a la tierra como arrendatarios y vasallos de los señores feudales. Tales campesinos con poca o ninguna tierra fueron conocidos como los *fellahines*. Se cuentan en Europa las historias ya legendarias sobre la explotación y el sufrimiento de los siervos rusos o *mujijs* en épocas del feudalismo. En Egipto la explotación de los *fellahines* fue aún más intensa; los señores feudales no tenían mayor interés en los *fellahines* que el de verlos producir renta. La mayor parte de lo que producían les era sustraído en la forma de impuestos, y los recolectores de impuestos tenían la obligación de hacer el milagro de recoger de los campesinos hasta lo que no tenían. Cuando no quedaban satisfechas las demandas seguía la represión de los campesinos.

El carácter antagónico de la contradicción entre los señores feudales militares y los *fellahines* lo revela el gran número de revueltas campesinas que hubo, especialmente en los inicios del siglo viii. En ningún continente fue el feudalismo una época de romance para las clases trabajadoras, pero sí se manifestaron avances en la tecnología y en el crecimiento de la capacidad productiva, ambos elementos del desarrollo. Bajo el mandato de la dinastía fatimíd (entre el 969 d. c., y el 1170 d. c.), floreció la ciencia, y la industria alcanzó un nuevo nivel en Egipto. De Persia se introdujeron los molinos de viento y de agua durante el siglo x. Se desarrollaron nuevas industrias, incluyendo las de la manufactura del papel, la refinación del azúcar, la porcelana y la destilación del petróleo. Igualmente se perfeccionaron industrias más antiguas como la textil, la del cuero y la de metales. De manera similar las dinastías siguientes de los ayyubid y de los mamelucos lograron avances considerables, particularmente en la construcción de canales, represas, puentes y acueductos, y en la promoción del comercio con Europa. En aquel tiempo Egipto todavía podía enseñarle muchas cosas a Europa, y a la vez tenía la flexibilidad para recibir nuevas técnicas a cambio.

Aunque el feudalismo se sustentaba en la tierra, frecuentemente desarrolló las ciudades a costa del campo. Las principales facetas de la sociedad egipcia de aquel período, de su cultura feudal, se relacionan con las ciudades. Los fatimíds fundaron la ciu-

dad de El Cairo, que llegó a ser una de las más famosas y más cultas del mundo, la cuna de libros como el legendario *Las mil y una noches*. En la misma época se fundó la Universidad de Azhar, que aún está en pie hoy como una de las más antiguas del mundo. Los señores feudales y los mercaderes ricos fueron los que más se beneficiaron de ese desarrollo, pero se incluían también los artesanos y otros ciudadanos en El Cairo, Alejandría, etc., que en cierta medida pudieron participar de la vida relajada de los centros urbanos.

b] Etiopía

También Etiopía fue gobernada por extranjeros al inicio de su historia de gran Estado. El reino de Axum era uno de los centros más importantes en torno a los cuales se formó eventualmente la Etiopía feudal. Axum fue fundado en las proximidades del mar Rojo por la dinastía de origen sabeano, del otro lado del mar Rojo. Con todo, los reyes de Axum nunca fueron agentes de potencias extranjeras y se africanizaron completamente. La fecha de la fundación de Axum se remonta al siglo i d. c., y su clase gobernante se convirtió al cristianismo en unos cuantos siglos. Posteriormente se inició la migración al interior, donde participó en el desarrollo del Estado feudal cristiano de Etiopía.

La orgullosa clase gobernante etíope, tigrénia y amárica proclamaba su ascendencia desde el rey Salomón. Como Estado que incorporaba a otros pequeños reinos y estados, era un imperio en el mismo sentido en que lo fueron la Austria y la Prusia feudales. El emperador de Etiopía era llamado "El León Conquistador de la Tribu de Judah, El Elegido de Dios, Emperador de Etiopía, Rey de Reyes..." En la práctica, sin embargo, la línea "salomónica" no era del todo continua. La mayor parte del proceso de consolidación de la meseta interior para integrarla al imperio la dirigió durante el siglo xii la dinastía intrusa de los zagwe, que declaraba descender de Moisés. Los reyes zagwe se distinguieron por ordenar la construcción de iglesias excavadas en la roca. Los logros arquitectónicos dan testimonio de la maestría que habían alcanzado los etíopes y de la capacidad del Estado de movilizar mano de obra en gran escala. Tales proezas no habrían podido realizarse con el trabajo voluntario familiar, sino sólo mediante el trabajo de una clase explotada.

Se sabe bastante sobre la superestructura del imperio etíope, especialmente sobre sus manifestaciones cristianas y sobre su cultura escrita. La historia se escribió para glorificar al rey y a la

nobleza y, de manera muy particular, durante la restauración de la dinastía "salomónica"; al remplazar a los zagwe en 1270 d. c. Los libros y manuscritos de finas ilustraciones llegaron a ser elementos prominentes de la cultura amárica. Igualmente llamaba la atención la confección de finos atavíos y la producción de joyería para la clase gobernante y la Iglesia. Los funcionarios eclesiásticos más altos eran parte de la nobleza, y la institución del monasterio creció inmensamente en toda Etiopía. En las sociedades comunales, donde prácticamente no se hacía distinción entre política, economía, religión, medicina, etc., la asociación entre la religión organizada y el Estado estaba implícita. Bajo el feudalismo la Iglesia y el Estado sostuvieron una estrecha alianza en todas partes. En el Vietnam feudal, y en las sociedades feudales de Birmania, Japón y en menor grado en China el budismo alcanzó gran prominencia. En la India su influencia fue más limitada y ampliamente rebasada por el hinduismo y el Islam; y desde luego en la Europa feudal la Iglesia católica desempeñó el papel que en Etiopía tuvo la Iglesia ortodoxa.

La riqueza de Etiopía se sustentaba, como en otros países, en la agricultura. Sus fértiles colinas favorecían el cultivo de los cereales, y se había iniciado un desarrollo notable de la ganadería incluyendo la cría de caballos. Las técnicas artesanales habían alcanzado un grado de complejidad, y se estimulaba la introducción de otros cambios tecnológicos con artesanos extranjeros. Para ello, por ejemplo, a principios del siglo xv llegaron a establecerse artesanos turcos, que fabricaban sacos de correo y armas para el ejército etíope. También llegaron los coptos de Egipto para asistir en la administración financiera. Nadie niega que se puede aplicar la palabra "feudal" a la Etiopía de aquellos siglos, pues incluso se hacían aparentes las contradicciones de clase, claramente definidas, entre los terratenientes y los campesinos. Tales relaciones tuvieron su origen en el comunismo, que caracterizó a Etiopía en fechas más tempranas que en otras partes de África.

La Etiopía feudal incluía tanto las tierras de comunidades étnicas y poblados como las tierras pertenecientes directamente a la corona. Pero además los reyes de las dinastías de conquistadores amáricos confirieron extensos territorios a miembros de la familia real, a soldados y sacerdotes. Aquellos que recibieron grandes porciones de tierra se volvieron *Ras* o príncipes provinciales, entre los que se contaban jueces designados por el emperador, como miembros de su séquito. En sus dominios los campesinos quedaron reducidos a la calidad de arrendatarios cuya única posibilidad de

ganarse el sustento era la de ofrecer el tributo de sus productos al terrateniente y sus impuestos al Estado (también en la forma de productos). Los terratenientes, por su lado, estaban exentos de pagar impuestos —dato característico de las sociedades feudales que fue justamente lo que alimentó el fuego de la revolución en Europa cuando la clase burguesa se fortaleció lo suficiente para rebelarse contra el hecho de que los señores feudales manipulaban el poder político para extraer impuestos de todos menos de sí mismos. Etiopía desde luego nunca alcanzó la etapa de transición al capitalismo. Lo que está claro es que la fase de transición al feudalismo sí llegó a su culminación.

c] Nubia

Nubia fue otra región cristiana de África, pero no llegó a alcanzar la fama de Etiopía. En el siglo vi d. c., se introdujo el cristianismo en la zona central del Nilo, en las provincias que rigiera alguna vez el gran Estado que llevó el nombre de Kush o Meroe. En el período anterior al nacimiento de Cristo el reino de Kush fue rival en esplendor de Egipto, y llegó a dominarlo durante varios años. Su decadencia en el siglo iv d. c., alcanzó un punto sin retorno ante los embates del reino de Axum que guerreaba por su expansión en ese período. Los tres pequeños estados nubios que aparecieron algo después eran en cierta medida los herederos de Kush, aunque luego de su conversión al cristianismo esta religión dominó la cultura nubia.

Los estados nubios (que se habían consolidado con los alrededores del siglo viii) llegaron a su cúspide entre los siglos ix y xi, a pesar de las grandes presiones de sus enemigos árabes e islámicos, y no sucumbieron sino hasta el siglo xiv. Los académicos que estudian a Nubia han concentrado su atención en las ruinas de las grandes iglesias y monasterios de ladrillo rojo que tenían murales y frescos de gran calidad. De la evidencia material se desprenden varias conclusiones. En primer lugar se requirió de una gran cantidad de trabajo para llevar a cabo la construcción de aquellas iglesias y fortificaciones de piedra con que frecuentemente se rodearon. Tal como en el caso de las pirámides de Egipto y los castillos feudales de Europa los constructores habituales de tales obras fueron explotados intensamente, tal vez también mediante la coerción. En segundo lugar, para la construcción de los ladrillos y de la propia arquitectura se requirió de trabajo especializado. Las pinturas indican que tal especialización estuvo por encima de una mera destreza manual; y lo mismo atestigua la maestría artís-

tica que se apreciaba en los fragmentos de cerámica pintada que se han rescatado en Nubia.

Se ha indicado ya que la Iglesia y los monasterios desempeñaron un papel principal en Etiopía: en Nubia este aspecto merece una mayor elaboración. El monasterio era una unidad fundamental de la producción. En torno a los monasterios se hacinaban numerosas chozas de campesinos, y éstos funcionaban de forma muy parecida a la de los feudos o haciendas medievales. La riqueza que se acumulaba en el interior de las iglesias ciertamente era ajena a los campesinos, y sólo una pequeña minoría tenía acceso a los aspectos más sutiles de la cultura no material, como los libros. Los campesinos no sólo eran analfabetos sino, por lo general, tampoco eran cristianos, o lo eran sólo nominalmente, a juzgar por los ejemplos contemporáneos más conocidos de la vecina Etiopía. Cuando la clase gobernante cristiana fue eliminada por los mahometanos, muy poco quedó de los grandes avances del viejo Estado en la estructura de la vida cotidiana del pueblo. Tales retrocesos históricos no son raros en el transcurso de la experiencia humana. La dialéctica del desarrollo termina por imponerse en última instancia, pero es inevitable cierto grado de fluctuación y aun de retroceso. Ya en el siglo xv habían desaparecido los estados nubios, sin embargo constituyen un ejemplo legítimo de las potencialidades del desarrollo africano.

Se puede ir incluso un poco más lejos y concluir que el reino de Kush siguió contribuyendo al desarrollo africano mucho tiempo después de haber sufrido un desmantelamiento progresivo que fue el que abrió paso a la Nubia cristiana. Es claro que el Kush fue un centro desde el cual se difundieron muchos elementos positivos de la cultura hacia el resto de África. En el África Occidental, por ejemplo, había objetos hechos en latón notablemente parecidos a ciertos trabajos que se hacían en Meroe, y se asegura que la técnica se originó en Egipto y a los africanos occidentales les fue transferida a través de Kush. Ante todo se debe anotar que el Kush fue uno de los primeros y más pujantes centros de minería y de fundición de hierro en África, y que indudablemente fue uno de los focos principales de transferencia de tecnología en el continente. Por ello es que la zona del Nilo central fue una fuerza de vanguardia del desarrollo social, económico y político de África en su conjunto.

d] *El Magreb*

El Islam fue la gran religión "revelada" en el Magreb, que desempeñó un papel vital en el período del desarrollo feudal de esta

región y que abarcaba las tierras del extremo occidental de aquellos imperios islámicos que se extendieron a lo largo de África, Asia y Europa durante los años siguientes a la muerte del profeta Mahoma, en el siglo viii d. c. La construcción del imperio árabe bajo la bandera del Islam es un ejemplo clásico y contundente del papel de la religión en este respecto. Ibn Jaldun, el gran historiador norafricano del siglo xiv, sostenía que el Islam fue la fuerza más importante que permitió a los árabes trascender las estrechas fronteras de las pequeñas comunidades familiares, que se encontraban en constante pugna unas contra las otras. Ibn Jaldun escribía:

El orgullo de los árabes, su gran susceptibilidad y su intenso celo por el poder les hacen imposible ponerse de acuerdo. Sólo cuando su naturaleza se ve impregnada con el impulso religioso es que se transforman, de manera tal que la tendencia a la anarquía cede al espíritu de la mutua defensa. Considerad el momento en que la religión dominó su política y los fue conduciendo a observar las leyes religiosas destinadas a fortalecer y promover los intereses morales y materiales de la civilización. Bajo una serie de sucesores del Profeta (Mahoma), qué vasto llegó a ser su imperio y con qué fuerza se fue estableciendo.

Si bien los anteriores asertos de Ibn Jaldun abarcan sólo un aspecto de la expansión imperial árabe, ciertamente que éste fue un factor crucial que simultáneamente da testimonio de la función fundamental de la ideología en el proceso del desarrollo. Éste debe considerarse al mismo tiempo en su relación y articulación con las condiciones materiales y como elemento aparte. Cabe añadir que, al intentar determinar las condiciones o circunstancias materiales en un momento dado, que podrían constituir la base para una mayor expansión de la producción y un mayor crecimiento del poder de la sociedad, es preciso considerar el legado histórico. Tal como el Egipto islámico y la Nubia cristiana, el Magreb de las dinastías islámicas heredó un rico bagaje cultural e histórico. En él tuvo su asiento la famosa sociedad de Cartago, que floreció entre los años 1200 a. c., y 200 d. c., que representó una fusión de diversas influencias extranjeras, tanto del Mediterráneo oriental como de los pueblos berberiscos del Magreb. Más adelante, la región fue un sector importante del imperio Romano y Bizantino, y antes de volverse musulmán el Magreb se distinguió como centro de un cristianismo no conformista que se conoció con el nombre de Donatismo.

Los avances sorprendentes del Magreb musulmán se difundieron en las esferas naval, militar, comercial y cultural. Sus flotas

navales controlaban el Mediterráneo occidental y sus ejércitos ocuparon durante muchos siglos la mayor parte de Portugal y España. Cuando el avance musulmán en el interior de Europa finalmente fue forzado en retirada, en el año 732 d. c., los ejércitos norafricanos se encontraban ya bien dentro de Francia. Más adelante, en el siglo *xi*, los ejércitos de la dinastía de Almoravid recuperaron la fuerza del imperio con el apoyo de los pueblos del interior de Senegal y de Mauritania, y se lanzaron a través del estrecho de Gibraltar a ofrecer refuerzos al Islam en España, que estaba siendo amenazado por los reyes cristianos. Durante algo más de un siglo, el reinado de Almoravid en el norte de África y la península ibérica se caracterizó por la riqueza de su comercio, y por sus notables logros en la literatura y la arquitectura. Luego de su expulsión de España, en la década de 1230, los musulmanes del Magreb (o moros como se les llamaba) continuaron manteniendo una sociedad dinámica en suelo africano. Como indicio de los niveles de vida de aquella sociedad se ha señalado que en las mismas fechas en que en Oxford aún se propugnaba que lavarse el cuerpo era un acto peligroso, en el Magreb los baños públicos ya eran un hecho común en las ciudades.

Uno de los aspectos más instructivos de la historia del Magreb es ver cómo la interacción de las formaciones sociales produjo el Estado. Un problema central en la región era cómo integrar a los grupos berberiscos que vivían aislados y dispersos, para formar entidades políticas más grandes. Además había las contradicciones entre los grupos sedentarios y los sectores de pastores nómadas. Los berberiscos eran principalmente pastoralistas, organizados en clanes patriarcales y en grupos de clanes que a su vez mantenían estrechos vínculos entre sí a través de un consejo democrático formado por todos los hombres adultos. Las tierras de pastoreo eran propiedad comunal e igualmente la irrigación era responsabilidad colectiva de los agricultores. No obstante, los lazos de cooperación se establecían entre grupos afines por parentesco, lo cual contrastaba con la manifiesta hostilidad que existía entre los que no estaban vinculados por lazos de consanguinidad, y no fue sino ante la invasión de los árabes que los berberiscos decidieron unirse, enarbolando las consignas del islamismo jarijita no conformista como su ideología. La revuelta jarijita del 739 d. c., es considerada como un movimiento nacionalista, por una parte, y, por otra, como una revuelta de las clases explotadas contra la élite árabe militar burocrática y teocrática que profesaba el islamismo ortodoxo sunni. La rebelión de las masas berberiscas sentó las bases del nacionalismo marroquí, y tres siglos más tarde

la dinastía de Almohad (1147-1270) logró la unidad política de todo el Magreb como resultado de la síntesis de las dos mecánicas, la berberisca y la árabe, en la esfera de la construcción del Estado.

Desafortunadamente, la nación del Magreb no duró mucho tiempo, pero en cambio dejó el germen de tres nuevos estados-naciones —Marruecos, Argelia y Túnez. Dentro de cada una de estas zonas las fuerzas divisionistas fueron muy poderosas hacia los siglos *xiv* y *xv*. En Túnez, por ejemplo, la dinastía gobernante de los Hafsíd tuvo que dedicarse a sofocar constantemente las rebeliones locales y a defender a la vez la integridad del Estado. Se ha señalado ya que la estructura política del Estado por toda África y en otras partes fue el resultado del desarrollo de las fuerzas productivas, pero debe agregarse que el Estado condicionaba también la velocidad del avance de la economía, ya que ambos factores mantenían una interrelación dialéctica. Por lo tanto, la imposibilidad del Magreb de construir un Estado-nación, e incluso las dificultades para consolidar el poder del Estado dentro de las tres divisiones de Marruecos, Argelia y Túnez, fueron factores que retrasaron el desarrollo subsiguiente de la región. Esas mismas divisiones políticas debilitaron al Magreb frente a sus enemigos externos. Muy pronto Europa habría de tomar ventaja de aquellas debilidades internas, emplazando sus ataques a partir de 1415.

La experiencia del Magreb puede usarse tanto para ilustrar lo larga que puede ser la transición de un modo de producción a otro, como para demostrar cómo pueden coexistir en estrecho contacto y durante siglos, dos formas distintas de organización de la sociedad. Durante todo este período, gran parte de la tierra en aquella porción de África se siguió explotando mediante la propiedad comunal y el trabajo familiar. Entre tanto tuvo lugar una apreciable estratificación de la sociedad y aparecieron clases antagonicas. En la base de la pirámide se encontraban los esclavos o *harratines* que eran sobre todo los africanos negros del sur del Sáhara. De ahí venían los *ajammes* o campesinos sin tierra que trabajaban la propiedad del señor y le ofrecían cuatro quintos de cuanto producían. Se debe hacer mención especial de las mujeres, que aunque no constituían una clase en sí, sufrían el despojo de manos de sus propios compañeros y de la clase dominante controlada por los hombres. De ahí que la mujer en la clase de los *ajammes* se encontrara en una condición de extrema opresión. La cúspide de la pirámide social la ocupaban los grandes terratenientes, que detentaban el poder político compartiéndolo con otros devotos fieles de la religión musulmana.

En ninguna de las sociedades africanas hasta ahora examina-

das puede decirse que se desarrollaran formas capitalistas hasta el punto de convertir a la acumulación de capital en la principal fuerza de motivación. Sin embargo, todas ellas tuvieron sectores comerciales florecientes, prestamistas y sólidas industrias artesanales, que fueron los factores que finalmente dieron cuenta del nacimiento del capitalismo moderno a través de la evolución y la revolución. Los mercaderes del Magreb eran muy ricos. Obtenían sus riquezas del esfuerzo de los agricultores, ganaderos y pastores. Directa o indirectamente movilizaban el trabajo de estos trabajadores para explotar las minas de cobre, plomo, antimonio y hierro, y se apropiaban del excedente de la maestría de los artesanos que trabajaban la industria textil y de tapetes, del cuero, de la cerámica y los artículos de latón y de hierro. Los mercaderes constituían una clase de acumuladores cuya actividad y dinamismo se hizo sentir no sólo en el Magreb sino también en el propio Sáhara y a través del desierto, en el África Occidental. De esta manera el desarrollo del Magreb fue un factor que incidió en el desarrollo de lo que se llamaría más tarde el Sudán Occidental.

e) El Sudán Occidental

Para los árabes, África en su totalidad —al sur del Sáhara— se conocía como *Bilad as Sudan*, la tierra de los negros. El nombre sobrevive hoy únicamente en la República del Sudán sobre el Nilo, pero las referencias al Sudán Occidental de aquellas épocas tempranas lo ubican en la zona que actualmente ocupan Senegal, Malí, Alto Volta y Níger, además de las regiones de Mauritania, Guinea, y Nigeria. Los imperios Sudánicos Occidentales de Gambia, Malí y el Songhai son ya proverbiales en la ilustración de los logros del pasado africano. Es ésta la región que señalan los africanos nacionalistas y los blancos progresistas cuando quieren demostrar que los africanos también fueron capaces de alcanzar grandeza política, administrativa y militar antes de la llegada de los blancos. Sin embargo las demandas de los pueblos en cada situación histórica cambian o redefinen el tipo de preguntas a las que deben dar respuesta los historiadores. En la actualidad las masas de África se han propuesto perseguir el “desarrollo” y la emancipación total. Los asuntos que, por lo tanto, requieren una solución en lo que concierne a la historia del Sudán Occidental, son aquellos que permitan desentrañar los principios y mecanismos subyacentes al impresionante desarrollo de ciertos Estados en el corazón de África.

Los orígenes del imperio de Ghana se remontan al siglo v d. c., aunque el imperio alcanzó su cúspide entre los siglos ix y xi.

Malí llegó a la culminación durante los siglos xiii y xiv, y Songhai en los dos siglos siguientes. Ninguna de las tres naciones estaba exactamente en el mismo sitio, y el origen étnico de sus clases gobernantes era distinto, pero deben ser consideradas como “estados sucesores” en el sentido de que siguen en lo básico una misma línea de evolución y crecimiento. Con tanta frecuencia se les ha llamado Estados mercantes que casi se olvida que la principal actividad de la población de estos reinos era la agricultura. Cubrían una región en la que se llegaron a domesticar varias especies de mijo, una especie de arroz, varias otras plantas alimenticias y al menos un tipo de algodón. Fue la zona en que se introdujo el hierro con relativa anticipación, durante el milenio anterior al nacimiento de Cristo, y en la que pronto se vieron los beneficios que empezaron a generar en la agricultura los implementos de hierro. La sabana abierta del Sudán Occidental también favoreció el desarrollo de la ganadería. Algunos grupos, como los fulani, eran exclusivamente pastoralistas, aunque en toda la región se encontraba ganado en distintas proporciones. El ganado vacuno constituía la principal forma de cría de animales domésticos, seguido por el caprino. También se practicaba la cría de caballos, mulas y burros, que era posible gracias a que había extensas zonas libres de la mosca tsetsé. El gran río Níger, por último, permitió el surgimiento de pescadores especializados.

La población, factor indispensable de la producción, alcanzó la densidad que tuvo gracias a una disponibilidad cada vez mayor de alimentos. Al mismo tiempo florecían, también primordialmente a partir de los productos agrícolas, las industrias artesanales y el comercio. El cultivo del algodón condujo a la confección de prendas que tenían acabados con tal grado de especialización, que se produjo un comercio interno, sobre todo de telas de algodón como la Futa Djallon, y la tela azul de Jenne. El pastoralismo suministraba una serie de materias primas para la manufactura, especialmente cuero de ganado vacuno y pieles de cabra, que se empleaban para producir sandalias, chaquetas de cuero para usos militares, bolsas de cuero para amuletos y muchos artículos más. La clase gobernante usaba el caballo como medio de transporte. Este animal contribuyó considerablemente a la guerra y a la expansión del Estado. Con el objeto de obtener mejores cruces se importaban caballos del norte de África, donde los caballos de sangre árabe eran de gran calidad. Para el transporte de carga se empleaba el burro, cuya cruce se especializó durante largo tiempo en el reino de Mossi en el Alto Volta produciendo animales de carga particularmente útiles para los viajes comerciales de

largas distancias dentro de la vasta región. Ya en los límites del Sáhara el camello sustituía al burro para tal requerimiento, lo cual fue otro recurso "tecnológico" introducido desde el norte.

La minería fue otra esfera de la producción cuya actividad destacó por su importancia. Algunos de los clanes reales del Sudán Occidental, por ejemplo los kante, eran herreros especializados. Durante un período de expansión guerrera, obviamente el control de las provisiones de hierro y la experiencia en el manejo de este metal fueron decisivos. Por otro lado, la sal y el oro eran los dos artículos más importantes del comercio de larga distancia, ambos obtenidos principalmente por la minería. En los dominios de Ghana ninguno de los dos productos existía originalmente, pero el reino tomó las medidas necesarias para incorporarlos a su economía mediante el comercio y la expansión territorial. Ghana se extendió al norte adentrándose en el Sáhara, y hacia el final del siglo x había capturado la ciudad de Awdaghost de los berberiscos —un punto útil para el control de las minas de sal ubicadas en medio del desierto. De manera similar, Malí y Songhai intentaron asegurarse el control de Taghaza, que era el centro más grande de minas de sal. Songhai logró arrebatarse esta presea de Taghaza a los berberiscos del desierto y la retuvo durante muchos años en abierta oposición a Marruecos. Otro elemento fundamental, aunque raras veces señalado en el modo de producción, fue la propiedad de las minas de cobre en el Sáhara que detentaron tanto el reino de Malí como el de Songhai.

Hacia el sur de Ghana se encontraban importantes yacimientos de oro, sobre el Alto Senegal y su afluente, el río Faleme. Se dice que Ghana llegó a obtener el oro debido a una forma de trueque "silencioso" o "mudo" que se describe a continuación:

Los mercaderes tocaban grandes tambores para llamar a los nativos de la región, que vivían desnudos dentro de agujeros excavados en la tierra. De estos agujeros, que sin duda eran las pozas de donde extraían el oro, se negaban a salir en la presencia de los mercaderes extranjeros. Aquéllos, por lo tanto, acostumbraban a colocar sus mercancías ordenándolas en pilas a lo largo de los bancos del río, y a perderse de vista. Los nativos salían entonces y colocaban un montículo de oro al lado de cada pila de mercancía, y se retiraban. Si los mercaderes quedaban satisfechos, tomaban el oro y partían, tocando sus tambores para dar a entender que el trueque se había consumado.

Según el autor de estas líneas, E. W. Bovill, supuesta autoridad europea en el tema del Sudán Occidental, el comercio silencioso o trueque mudo fue una característica del comercio de oro que

llevó a cabo el Sudán Occidental a lo largo de los siglos hasta los tiempos modernos. La verdad es que lo único mudo de este comercio es lo que este autor no describe. La historia del trueque mudo del África Occidental se repite en múltiples ocasiones a lo largo de la historia, empezando por las escrituras de los griegos antiguos. Claramente se trata de una descripción cruda de los primeros intentos de intercambio de una población que iniciaba el contacto con extranjeros, y no de un procedimiento permanente. Durante el reinado de Ghana, los pueblos de los dos campos auríferos principales de Bambuk y Bouré establecieron relaciones comerciales normales con el Sudán Occidental. Ghana, probablemente, y Malí, ciertamente, ejercieron el control político sobre las dos regiones, donde la explotación minera y la distribución del oro configuraban un proceso complicado. Durante los siglos del esplendor de Malí se intensificó la minería y se extendió a los bosques de lo que hoy constituye la Ghana moderna, para proveer al mercado de oro a través del Sáhara. Se produjo entonces la expansión de los sistemas sociales existentes y emergieron grandes Estados que se hicieron cargo de la venta del oro. Los comerciantes que llegaban a las grandes urbes del Sudán Occidental tenían que comprar el oro por peso, empleando una medida pequeña y precisa conocida como la *benda*.

Cuando los portugueses llegaron al río Gambia y se percataron de cómo se comercializaba el oro en los cursos altos del río, se maravillaron ante la destreza de los mercaderes mandingas. Estos últimos estaban provistos de balanzas finamente calibradas, incrustadas de plata y suspendidas con cordeles de seda trenzada. El polvo y las pepitas de oro se pesaban con balanza de latón. La maestría de los mandingas para pesar el oro y la facilidad con que practicaban igualmente otras formas de comercio en gran parte se debían a que en el seno de este grupo étnico había un núcleo de mercaderes profesionales comúnmente conocidos como los dioulas. No eran extremadamente ricos, pero se distinguían por su buena disposición para hacer travesías de miles de millas de un extremo a otro del Sudán Occidental. Llegaban también, o casi, a las costas de Gambia, Sierra Leona, Liberia, Costa de Marfil y Ghana. Los dioulas manejaban una extensa lista de productos africanos, que incluían, entre otros, la sal de la costa atlántica y del Sáhara, las nueces de cola de los bosques de Liberia y Costa de Marfil, el oro del país del Akan en la Ghana moderna, el cuero de la tierra de los hausa, el pescado seco de la costa, las telas de algodón de muchas provincias y especialmente de las regiones centrales del Sudán Occidental, el hierro de Futa Djalon en la

Guinea moderna, la mantequilla "shea" del alto Gambia y una variedad de otros artículos. Agregado a lo anterior, el comercio del Sudán Occidental comprendía la circulación de mercancías originarias del norte de África, particularmente los tejidos de Egipto y del Magreb y los abalorios de coral provenientes de Ceuta y de la costa mediterránea. Por lo tanto, con el sistema de comercio del Sudán Occidental y del comercio a través del Sáhara, se integraban los recursos de una inmensa región que se extendía desde el Mediterráneo hasta el Océano Atlántico.

El comercio de larga distancia a través del Sáhara tenía características muy particulares. Algunos académicos han hecho la alegoría de que el camello era el navío del Sáhara, describiendo como "puertos" a los poblados donde llegaban las caravanas de uno y otro lado del desierto. En la práctica, el comercio a través del Sáhara era en efecto una proeza equivalente a la de atravesar el océano. Más que promover el comercio local, estimuló el crecimiento de las famosas ciudades de la región, como Watala, Timbuctu, Gao y Jenne, e introdujo la letrada cultura islámica. El comercio de grandes distancias afianzó el poder del Estado, lo cual implicó, de hecho, el poder de ciertos linajes, los que se transformaron en una aristocracia permanente. Sin embargo, decir que el comercio a través del Sáhara hizo posible la construcción de los imperios sudánicos occidentales equivale a la falacia de confundir la causa con el efecto. Ghana, Malí y Songhai se desarrollaron a partir de su propio medio y del esfuerzo de su propia población, y no fue sino hasta cuando alcanzaron cierto nivel de desarrollo, que sus clases gobernantes mostraron interés por el comercio de grandes distancias y llegaron a estar en condiciones de ofrecer la seguridad necesaria para que tal comercio floreciera.

Llama la atención que el Sudán Occidental no llegó nunca a aportar capital, al menos de manera significativa, al comercio trans-sahárico. El capital provenía de los mercaderes de Fez, Tlemcen y otras ciudades del Magreb, que enviaban a sus agentes a residir en el Sudán Occidental. En cierta manera era una forma de relación colonial ya que el intercambio era desigual, siempre a favor del norte de África. Sin embargo, al menos el comercio de oro pudo fomentar el desarrollo de las fuerzas productivas en el interior del África Occidental, si bien la trata de esclavos con que se acompañó simultáneamente, no produjo de ninguna manera semejantes beneficios. Los tres estados, Ghana, Malí y Songhai exportaban pequeñas cantidades de esclavos; y el motivo que hizo al imperio de Kanem-Bornú adjudicar una mayor prioridad al mercado de esclavos fue que no controlaba ningún yacimiento de oro.

Kanem-Bornú desplegaba su gran poderío militar para atacar las regiones del sur en busca de prisioneros, hasta sitios tan lejanos como Adamawa en el Camerún moderno. Las implicaciones negativas de tales políticas habrían de manifestarse en los siglos siguientes, cuando a un tráfico de esclavos estable y reducido proveniente de unas cuantas zonas del África Occidental a través del Sáhara, se agregó el flujo masivo de los pueblos del continente hacia destinos asignados por los europeos.

Aunque en el Sudán Occidental no llegó a asentarse de manera contundente la etapa del feudalismo, la formación del Estado sí alcanzó un mayor avance respecto a otras partes de África, durante el período comprendido entre los años 500 d. c., y 1500 d. c. Además de los imperios de Ghana, Malí, Songhai y Kanem-Bornú, existieron reinos imponentes en Hausa, Mossi y el Senegal en las montañas de Futa Djalon en Guinea, y en la cuenca del río Benue, tributario del Níger. Las técnicas de organización y de administración política del Sudán Occidental se difundieron a muchas regiones vecinas e influyeron en el crecimiento de innumerables Estados pequeños distribuidos a lo largo de toda la región costera que va desde el río Senegal hasta las montañas de Camerún. En muchos de estos reinos se podían reconocer algunas características específicas o propias del Sudán Occidental, particularmente la posición de la "Reina Madre" en el seno de sus estructuras políticas.

La fuerza y las debilidades del Sudán Occidental dan testimonio del nivel que alcanzó la región en el largo camino que la fue alejando del comunismo particularmente en lo que se refiere a las relaciones sociales y al nivel de producción. El Estado integró varias formaciones sociales y grupos étnicos en conflicto. En el caso de Kanem-Bornú, los pastoralistas y agricultores llegaron incluso a incorporar a los nómadas de camello del desierto. En otras regiones se mantuvo a los nómadas tuareg en un cerco constante para que los pueblos agricultores y otras poblaciones sedentarias pudieran vivir en paz. Sólo de este modo, hombres, animales domésticos y mercancías podían recorrer grandes distancias (miles de millas) sin peligro. Con todo el Estado no había roto aún las barreras entre las distintas formaciones sociales. El Estado fungía como una institución dedicada a recoger los tributos de las distintas comunidades e impedir sus enfrentamientos. Hubo períodos de debilidad en los que la superestructura estatal llegó casi a desaparecer dejando vía libre a las corrientes políticas y sociales que fomentaban la división. Cada gran Estado que sucedía al anterior era un nuevo experimento para enfrentar el problema de

la unidad, a veces de manera deliberada, aunque más frecuentemente como consecuencia inconsciente de la lucha por la supervivencia.

Bajo el feudalismo, la clase gobernante en poder del Estado abrogó por primera vez las instituciones sociales que habían impedido a los primeros Estados embrionarios ejercer acción directa sobre sus súbditos. Es decir que bajo el feudalismo aparecieron vínculos directos y obligatorios entre los señores terratenientes y los siervos sin tierra. En el Sudán Occidental no llegaron a aparecer divisiones de clase tan bien delimitadas. En Malí, para la época de apogeo, entre los siglos XIII y XIV, había ya surgido cierto grado de esclavitud local, y hacia el final del siglo XV se podían encontrar tanto esclavos de exportación como "domésticos", siendo estos últimos comparables a los siervos de la gleba del feudalismo. En Senegal, los mercaderes portugueses encontraron individuos que trabajaban la mayor parte del tiempo para sus amos y destinaban unos cuantos días para sí mismos, lo que representa una tendencia feudal incipiente. A pesar de todo, la mayor parte de la población continuaba teniendo amplio acceso a la tierra mediante el sistema de parentesco, lo que, en términos políticos, significa que la autoridad de la clase gobernante recaía más sobre los jefes de familia y de clanes que sobre los súbditos.

Aunque la igualdad comunista estaba ya en decadencia, las relaciones comunales persistieron, y hacia el siglo XV empezaron a ser un freno para el desarrollo del Sudán Occidental. Por ejemplo, el excedente que producía la sociedad por encima de las necesidades de la subsistencia, provenía básicamente de los tributos de las comunidades, más que de los productores, a la clase explotadora. Ello era un estímulo para que se mantuvieran las viejas estructuras sociales, a pesar de que no tenían la capacidad de movilizar el trabajo y fomentar la especialización, al menos en una forma significativa.

La revolución violenta era una probabilidad remota puesto que aún no se habían formado las clases que podrían llevarla a cabo. En tales circunstancias, lo que se requería eran avances fundamentales en la tecnología que encendiesen la chispa de nuevos cambios. Debía estimularse la integración económica mediante el incremento de la productividad en varios renglones: la promoción del comercio, la especialización en la división del trabajo y la posibilidad de acumulación del excedente. Pero las carretas de ruedas y el arado se quedaron en el norte de África y lo mismo ocurrió con la irrigación en gran escala. En efecto, debido a la carencia de un sistema de irrigación de suficiente envergadura,

la base productiva del Sudán Occidental comenzó a disminuir, dando paso al avance del Sáhara. Ghana estaba en una región donde abundaban las tierras fértiles para la agricultura, pero tanto Malí como Songhai tuvieron sus centros o capitales ya más al sur, porque la parte norte del territorio que ocupara Ghana se integró al Sáhara con el proceso de desertificación. Las técnicas para lograr el control de un medio tan hostil y para incrementar la capacidad agrícola y manufacturera tenían que desarrollarlas localmente sus habitantes, o traerlas de fuera. Pero durante la siguiente fase de la historia africana después de la llegada de los blancos, ambas posibilidades quedaron prácticamente canceladas para el África Occidental.

f) La zona interlacustre

El alto nivel de evolución social que alcanzó el Sudán Occidental ha suscitado largas discusiones sobre si el feudalismo de la región fue del tipo europeo, si debiera clasificarse junto a los grandes imperios asiáticos, o si constituyó por sí mismo una variedad nueva y diferente. En el costado oriental del continente el desarrollo durante el mismo período fue definitivamente más lento. Por una parte los pueblos del África Oriental adquirieron los implementos de hierro mucho más tarde que sus hermanos del norte y del occidente; por la otra los alcances de su tecnología y su pericia fueron menores. Sin embargo, para el siglo XIV se había adelantado bastante en la formación del Estado, y vale la pena considerar los principios o mecanismos de la evolución de tal proceso. Una región de especial interés es la de los grandes lagos de África a los que los ingleses juzgaron muy adecuado rebautizar en honor de varios miembros de la familia real de la clase gobernante inglesa; como Victoria, Alberto, Eduardo y Jorge. En dicha zona interlacustre fueron emergiendo gradualmente varios Estados famosos entre los cuales uno de los primeros y más grandes fue el reino de Bunyoro-Kitara.

Bunyoro-Kitara comprendía parcial o totalmente las regiones que hoy se conocen como Bunyoro, Ankole, Toro, Karagwe y Buganda, las cuales están situadas hoy en Uganda, excepto Karagwe que forma parte de Tanzania. Las tradiciones históricas de estos pueblos, que alguna vez quedaron dentro de los confines de Bunyoro-Kitara, se han preservado en forma oral, y los relatos se concentran en la dinastía gobernante, conocida como los bachezi. Este grupo, siendo aparentemente una población pastoralista inmigrante, introdujo el ganado de joroba y largos cuernos que

posteriormente llegó a ser la principal especie animal de la zona interlacustre. La posesión de tal tipo de ganado sin duda les ayudó a convertirse en la aristocracia dominante entre los siglos xiv y xv. Los bachwezi pasaron a ocupar un estrato social por arriba de los clanes que existieron previamente y que tenían territorios más restringidos. El período de hegemonía de los bachwezi se asocia también con el trabajo del hierro, la manufactura de telas de corteza, las técnicas de instalación de conductos o pozos a través de la roca y, en forma aún más notable, con la construcción de grandes sistemas de fortificaciones de terracería empleados al parecer tanto para la defensa como para contener grandes rebaños de ganado. La principal fortificación, que se encontraba en la zona de Bigo, tenía zanjas que cubrían una superficie de más de seis millas y media.

La división del trabajo entre pastoralistas y agricultores y el carácter de sus relaciones intensificó el proceso de formación de castas y estratificación social en toda la región interlacustre. Los pastoralistas *bahimas* habían impuesto su reinado sobre los agricultores *bairues*. Las clases sociales fueron surgiendo a partir de una situación en la que las relaciones de trabajo estaban en proceso de transformación. Los trabajos de terracería de Bigo no fueron construidos con el trabajo voluntario de la familia, y debe haberse usado alguna forma de coerción para obligar a los agricultores a producir excedentes para sus nuevos señores. Por ejemplo, se dice que los bachwezi establecieron un sistema de reclutamiento de jóvenes para el servicio del rey que, mantenidos por los *bairues*, ocupaban y trabajaban porciones de tierra asignadas para el sustento del ejército. También introdujeron esclavos, artesanos y administradores. Una vez que se nombraron dichos administradores y funcionarios estatales a nivel local con objeto de ejercer el control gubernamental a nombre de los aristócratas, se consumó una primera etapa en la estructuración de señoríos feudales análogos a los de Etiopía. Pese a que aún no se manifestaba a plenitud la cuestión de la legación de la tierra a minorías terratenientes, debe recordarse que la distribución desigual del ganado ya implicaba un acceso desigual a los medios de producción.

El origen preciso de los bachwezi es muy incierto. Es posible que no fueran inmigrantes. No obstante, generalmente se sostiene que eran pastoralistas de piel clara venidos del norte. Suponiendo que fuera cierto, se debe recalcar que todos los logros de la región interlacustre entre los siglos xiv y xv fueron producto de la evolución de la sociedad africana y no un transplante del exterior. Para colocar los sucesos que acaecieron en el oriente africano en el con-

texto del avance de la historia universal se puede establecer un paralelo con ciertas regiones de la India. Varios siglos antes del nacimiento de Cristo, el norte de la India también albergó, inmigrantes pastoralistas de piel clara conocidos como arios. Hubo una época en que todo lo que producía la cultura india se atribuía a los arios; pero más recientemente, escrutinios cuidadosos revelaron que quienes sentaron las bases de la sociedad y la cultura indias fueron pobladores anteriores conocidos como los drávidas. Por lo tanto, hoy se considera mucho más razonable entender que los adelantos del norte de la India fueron un resultado de la síntesis o combinación de los arios y los drávidas. En el oriente de África, igualmente, deben buscarse los elementos de síntesis entre lo nuevo y lo viejo, pues ésa fue precisamente la vía que siguió el desarrollo de la zona interlacustre en los siglos xiv y xv.

Ya se ha señalado que a los bachwezi se les relaciona con técnicas tales como el trabajo del hierro y la manufactura de telas de corteza. Pero no se ha establecido con plena seguridad que fueran ellos los que introdujeron tales técnicas en el oriente de África, y es mucho más probable que en realidad hayan estado a cargo de tales manufacturas. Sin lugar a dudas, hubo sociedades que utilizaron el hierro en el África Oriental muchos siglos antes del período bachwezi, que son bien conocidas. Por ejemplo en Engaruka, apenas al sur de la actual frontera entre Kenia y Tanzania se encuentran las ruinas de una pequeña pero impresionante sociedad de la Edad del Hierro que floreció en algún momento previo al final del primer milenio después de Cristo (es decir, anterior al año 1000 d. c.). Engaruka fue un asentamiento agrícola densamente poblado dedicado a la terracería, la irrigación y la construcción de murallas, mediante la técnica de construcción con piedra seca que no requiere de mezcla. En la misma zona interlacustre surgió una agricultura cuya producción básica de alimento se concentró en el pátano o banana, lo que le confería la posibilidad de mantener a una gran población sedentaria. Éste era el tipo de requisito preliminar para la transición del aislamiento de las sociedades comunales a la formación del Estado-nación.

Cabe recalcar que las tradiciones transmitidas oralmente sugieren que los reinos de Bunyoro y de Karagwe existieron antes que el reino de los bachwezi. El Estado se encontraba aún en una etapa embrionaria cuando llegaron los extranjeros, que probablemente no se mantuvieron mucho tiempo al margen de éste. A diferencia de los arios de la India, los bachwezi ni siquiera llegaron a imponer su lenguaje en la población, sino que adoptaron el lenguaje bantú local. Esto refleja el predominio de los elementos locales sobre los

extranjeros en la síntesis. En cualquier caso, el producto cultural fue *africano*, y exponente de un modelo de desarrollo en el que se combinó la evolución local con un intercambio entre las distintas formaciones sociales, en una escala continental.

Entre los aportes que supuestamente hicieron los bachwezi a los reinos interlacustres se cuenta una religión basada en las fases de la luna. Como se ha visto en todas las situaciones históricas consideradas hasta ahora, la religión desempeñó un papel muy importante en promover la formación del Estado y el alejamiento gradual de las formas de organización más simples de las comunidades familiares. Tanto el cristianismo como el islamismo suelen relacionarse con la edificación en gran escala, dentro y fuera de África. Ello se explica, no tanto por las creencias religiosas en sí, sino porque la participación en el seno de una poderosa Iglesia universal ofreció a las clases gobernantes de los nuevos Estados muchas ventajas. Un príncipe musulmán o cristiano podía tener acceso tanto a una cultura letrada como a un mundo más vasto. Podía negociar con mercaderes y artesanos que profesaran su misma religión; podía demandar los servicios de administradores y funcionarios religiosos que conocían las letras y viajaban a sitios tan remotos como la Meca. Sobre todo, las religiones universales remplazaron a las religiones ancestrales o "tradicionales" africanas en regiones tan importantes como Etiopía, Sudán, Egipto, el Magreb y progresivamente el Sudán Occidental, porque ni el cristianismo ni el islamismo tenían raíces en ninguna comunidad familiar en particular y podían por lo tanto usarse para movilizar a las numerosas comunidades que comenzaban a fusionarse en el Estado. No obstante, era posible que una creencia religiosa que había sido aceptada por un clan o grupo étnico se elevase a una categoría nacional, manteniendo intacta su forma o modificándola ligeramente, y se convirtiera en la religión de todo un Estado. Tal fue el caso de la zona interlacustre, y de hecho el de todas las demás zonas de África, fuera de los sitios mencionados anteriormente.

g] *Zimbabwe*

En Zimbabwe se suele hacer alusión a una de las grandes construcciones de ladrillo que datan del siglo xiv como un "templo" que aparentemente servía para fines religiosos. Aun con la escasa evidencia disponible es fácil adivinar que el aspecto religioso del desarrollo social fue de gran importancia para cimentar los vínculos entre los individuos que integraban las sociedades africanas

nacientes. Por ejemplo, la clase gobernante en el imperio de Mutapa en Zimbabwe durante el siglo xv estaba formada por pastoralistas que incluían en sus rituales religiosos objetos que simbolizaban el ganado, similares a los que se encuentran en los reinos interlacustres de Bunyoro y Karagwe. Si bien puede suponerse que aquellos objetos rituales simbolizaban el predominio de los propietarios del ganado, de la misma manera se reverenciaba también la simbología preexistente de los agricultores, con el objeto de mantener una síntesis estable. Con lo que se sabe hasta hoy no es posible detallar más dicha situación, pero sí conviene subrayar que cualquier examen de las religiones africanas deberá presentarlas en todo su proceso evolutivo de transformación, y relacionarlas con formas e instituciones socioeconómicas en constante cambio.

Aunque tal tarea queda fuera de los límites de este estudio, sí se pretende dejar en claro que Zimbabwe fue otra de las regiones donde tanto la base productiva como la superestructura política alcanzaron un desarrollo considerable en los últimos y escasos siglos anteriores al contacto de África con Europa.

En la región más septentrional del continente, la zona donde se registraron los avances más notables durante el siglo xv está situada entre los ríos Zambezi y Limpopo, y comprende los territorios que se habrían de llamar más tarde Mozambique y Rhodesia.* Allí trabajaron asiduamente pobladores que utilizaron el hierro y formaron estados desde épocas que se remontan al primer milenio después de Cristo. Fue allí donde con el tiempo surgió, en el siglo xv, el imperio que los europeos llamaron Monomotapa. La palabra "Zimbabwe" se emplea aquí para referirse a las culturas del Zambezi/Limpopo unos siglos antes de la llegada de los europeos, porque fue entre los siglos xi y xiv que florecieron junto a estos ríos sociedades cuyo aspecto más característico fue la construcción de grandes palacios de piedra que en su conjunto se conocen como Zimbabwe.

Mucho se ha escrito sobre los edificios que distinguieron a la cultura de Zimbabwe. Constituyen éstos la respuesta directa a un medio provisto de rocas de granito, que permitió construir sobre colinas y estratos geológicos de este material. El Gran Zimbabwe, ubicado al norte del río Sabi, es el sitio de mayor fama donde aún existen grandes ruinas de piedra. Una de las estructuras principales del Gran Zimbabwe tenía unos 91 m de largo y 67 m de ancho, con paredes de 9 m de altura y 6 m de espesor. La técnica de montar los ladrillos uno sobre el otro sin hacer uso de cemento en la forma de cal tiene el mismo estilo que se en-

* Hoy repúblicas de Zambia y Zimbabwe [T.]

cuentra en las descripciones de Engaruka en el norte de Tanzania. Fue, de hecho, un aspecto peculiar de la cultura material de África, que se repite también con mucha frecuencia en Etiopía y Sudán. El estilo de las murallas circundantes de ladrillo que se ve en el Gran Zimbabwe también es característico de África por cuanto fue un refinamiento de los recintos hechos de barro de los pueblos de habla bantú.

Según los informes de un arqueólogo europeo, en las construcciones de Zimbabwe se llegó a emplear un volumen de trabajo semejante al de las pirámides de Egipto. Este cálculo es seguramente una sobrestimación porque las pirámides de Egipto se construyeron con un dispendio extremo de trabajo de esclavos, que no es posible que estuviera al alcance de los gobernantes de Zimbabwe. De todos modos es necesario considerar la cantidad de trabajo que se hubiera requerido para construir los edificios que se ven en la región de Zimbabwe hasta llegado el siglo xv: los trabajadores bien pudieron provenir del sometimiento de unos grupos étnicos por otros, pero en tal proceso de sometimiento llegaron a adquirir el carácter de una clase social cuyo trabajo era explotado. No se trató tampoco simplemente de un trabajo manual elemental: se empleó gran destreza, creatividad y capacidad artística en la construcción de las murallas, especialmente en lo que toca a la decoración, los patios interiores y las puertas.

Cuando Cecil Rhodes envió a sus agentes a consumir el saqueo y robo en Zimbabwe, ellos y otros europeos se maravillaron al contemplar las ruinas que sobrevivían de la cultura de Zimbabwe y automáticamente supusieron que las habían construido hombres blancos. Aún hoy persiste esa tendencia a reaccionar ante los logros africanos con una actitud de maravillamiento en vez de reconocer con toda calma que se trata de un producto perfectamente lógico del desarrollo social en África como parte de ese proceso universal en que el trabajo del hombre ha ido abriendo nuevos horizontes. Sólo se llega a recuperar el sentido de la realidad al establecer claramente que aquella arquitectura se sustentaba sobre la base de una agricultura y una minería avanzadas, que evolucionaron a lo largo de siglos.

Zimbabwe era una región de agricultura mixta, con una ganadería igualmente importante gracias a que quedaba fuera de la zona de la mosca tsetse. La irrigación y la construcción de terrazas alcanzaron proporciones considerables. No existían acueductos o represas comparables a los de Asia o la antigua Roma, pero la canalización de innumerables riachuelos, haciéndolos rodear las colinas indica que se tenía una clara conciencia de los principios

científicos que rigen el movimiento del agua. En efecto, los pueblos de Zimbabwe produjeron "hidrólogos" a medida que se profundizó su conocimiento del medio material. En el campo de la minería en esta zona tuvo igual trascendencia el que este pueblo africano produjera también exploradores y "geólogos", que tenían una idea muy precisa del subsuelo en donde buscar oro y cobre. Al llegar los colonizadores europeos en el siglo xix, encontraron que los africanos habían perforado prácticamente todos los estratos donde había oro y cobre, aunque por supuesto no en la misma escala en que lo harían más adelante los europeos con sus equipos de perforación. Entre los pueblos de Zimbabwe también se destacaban los artesanos que trabajaban el oro y fabricaban ornamentos ligeros al tacto con una destreza singular.

La existencia del oro fue en sí misma un estímulo para el comercio exterior y, la demanda externa a su vez fue el factor que más aceleró el crecimiento de la minería. Durante el primer milenio d. c., existió una aristocracia que usaba el oro en la región norteña de Ingombe Ilede (al norte del Zambezi). Aparentemente, estas poblaciones obtenían sus provisiones de oro de las minas en el sur. Sin embargo, el oro se requiere en grandes cantidades sólo en una sociedad que genera un excedente cuantioso en su economía y que puede permitirse transformar parte de ese excedente en oro con propósitos de prestigio (como la India) o emplearlo para acuñar la moneda y el dinero para promover el capitalismo (como Europa Occidental). Las sociedades africanas prefeudales no tenían ni tal excedente ni las relaciones sociales que hicieran necesaria la circulación interna del oro en grandes cantidades. Por ello es que la presencia de los mercaderes árabes en sitios tan distantes como Sofola en el canal de Mozambique fue el elemento que estimuló a Zimbabwe a incrementar la minería del oro para exportación en el siglo xi, alrededor de la misma época en que se iniciaba la construcción de las fortificaciones de piedra. Esto puso en juego simultáneamente a varios factores, es decir: la intensificación de la estratificación de clases, la consolidación del Estado, el desarrollo de las técnicas de producción y de construcción y la expansión del comercio.

Varios grupos étnicos contribuyeron a este proceso en la sociedad de Zimbabwe. Los pobladores originales de la región eran los negros del monte y josianos que aún en la actualidad sobreviven en pequeño número en el sur de África. Estos pueblos cazadores se incorporaron físicamente al abasto de poblaciones de recién llegados —de zonas más al norte— que hablaban lenguas bantúes y efectivamente hicieron su contribución a las lenguas bantúes de

la región. Hubo también varios grupos más que se fueron incorporando a los que hablaban bantú, a medida que llegaban a Zimbabwe en las distintas épocas. La evidencia material que han ido recogiendo los arqueólogos demuestra la existencia de varios estilos de cerámica, de posiciones contrastantes en los entierros y de distintas estructuras óseas en los esqueletos hallados. Otros artefactos también indican que a lo largo de los siglos numerosas sociedades ocuparon la región de Zimbabwe. Una buena parte de la fusión de estos grupos se llevó a cabo de manera pacífica, aunque sin duda la presencia de fortificaciones en las cimas de las colinas y otras estructuras defensivas de piedra muestra que los grandes Estados se vieron inmersos en pugnas militares por su supervivencia y prominencia. Aún más, cabe suponer que varios grupos étnicos deben haber sido relegados a condiciones inferiores en forma tal que suministraran el trabajo para la agricultura, la construcción y la minería. Algunos clanes se especializaron en el pastoreo, en la guerra y en el control del aparato religioso, que incluía el oráculo y la invocación de las lluvias.

Se cree que los habitantes de Zimbabwe, entre los siglos xi y xiv hablaban sotho, pero para la fecha en que llegaron los portugueses la mayor parte de la región se encontraba bajo el control de una dinastía cuya lengua era el shona. Se trataba, según las evidencias, del clan de los rozwi, fundador del estado de Mutapa, entre los ríos Zambezi y Limpopo. Al rey se le conocía con el nombre de Mwene Mutapa, que aparentemente significaba para sus seguidores "El Gran Señor de los Mutapas", aunque para los pueblos conquistados y anexados significaba "el gran saqueador". El primer individuo que tuvo el título de Mwene Mutapa gobernó entre los años 1415 y 1450, aunque la dinastía ya había ido alcanzando prominencia desde fechas anteriores. La capital se ubicaba inicialmente en el Gran Zimbabwe, pero más tarde se desplazó al norte. Lo que tuvo más importancia fue que el Mwene Mutapa nombraba a los gobernadores de las distintas provincias lejanas de la capital, en forma comparable a la de los imperios sudánicos occidentales y los Estados "bachwezi" de la región interlacustre.

Los señores rozwi del imperio de Mutapa hicieron todo lo posible por estimular la producción exportable, especialmente la del oro, la plata y el cobre. Los mercaderes árabes llegaron a residir en el reino y la región de Zimbabwe quedó así ligada a la red de comercio del Océano Índico, que la conectaba con la India, Indonesia y China. Uno de los principales logros de los señores rozwi, fue la organización de un sistema único de producción y de comercio. Recababan el tributo de las distintas comunidades de sus

reinos, imponiendo con ello tanto un signo de su soberanía como una forma de comercio, porque estimulaba el movimiento de mercancías. No hay duda de que el comercio con el extranjero fortaleció al estado de Mutapa, pero sobre todo los que se fortalecieron fueron los estratos gobernantes que tenían el monopolio sobre aquella esfera de la actividad económica. Comparados con otras élites africanas de la época, a los rozwi de Zimbabwe todavía les faltaba un largo trecho por andar. No puede decirse que se encontraran en la misma categoría de la nobleza amárica de Etiopía o de los señores feudales árabe-berberiscos del Magreb. Se embebían, sí, de varias influencias del exterior, pero no viajaban como los soberanos de Malí y de Songhai, que hacían peregrinaciones a la Meca. Sus vestimentas eran confeccionadas básicamente con pieles de animales, y las telas que utilizaban eran importadas de los comerciantes árabes, más que producto de la evolución de su propia maestría en este campo. Con esto, puede considerarse que Zimbabwe se encontraba a la zaga de otros Estados africanos tempranos como el de Oyo en la tierra de Yoruba, el de Benin, en la misma región y el imperio del Congo del siglo xiv (al que los europeos describieron como "el más grande Estado del África Occidental" al momento de su llegada).

Para fines de ilustración se ha considerado necesario incluir algunas de las áreas principales del desarrollo de África (no es posible en ninguna forma incluirlas todas) anteriores al arribo de los europeos. Tampoco se puede olvidar que existían innumerables poblados que iban surgiendo para constituir Estados que aun teniendo dimensiones pequeñas denotaban a veces una estrategia social intensa y un impresionante nivel de avance material. Los ejemplos descritos podrían ser suficientes para demostrar que durante el siglo xv África no fue un simple conglomerado de distintas "tribus". Había un diseño y había un movimiento histórico. Sociedades como la Etiopía feudal y Egipto estaban en el punto más avanzado de su proceso de desarrollo. Tanto Zimbabwe como los Estados bachwezi claramente evolucionaban alejándose del comunismo; aunque probablemente en un nivel inferior al de los Estados feudales y al de otros, como el Sudán Occidental, que no llegaban aún al feudalismo.

CONCLUSIÓN

Al introducir el concepto del desarrollo, se hizo referencia al hecho de que la lenta e imperceptible expansión de la capacidad produc-

tiya de las sociedades llevaba, en última instancia, al cambio cualitativo, en el que la llegada de un nuevo estadio se anunciaba a veces con la violencia. Puede decirse que la mayoría de las sociedades africanas no habían alcanzado todavía un nuevo estadio que fuera marcadamente distinto del comunismo, de ahí el empleo en este estudio del término cauteloso "transición". También debe observarse que en ningún sitio del continente llegó a haber revoluciones internas. Tales revoluciones tuvieron lugar en la historia europea y mundial sólo cuando la conciencia de clase canalizó la manifestación de la voluntad popular dentro de un proceso socio-económico que en otros sentidos era involuntario. Este tipo de consideraciones permiten situar el desarrollo africano hasta el siglo xv en un nivel inferior al feudalismo maduro regido por el gobierno de una clase.

También debe reiterarse que la esclavitud como modo de producción no existió en ninguna sociedad africana, aunque sí hubo esclavos en sitios en donde la desintegración de la igualdad comunista llegó a situaciones extremas. Ésta fue una característica notable de África que ilustra la autonomía de la vía africana dentro del contexto más amplio del avance universal. Un aspecto paradójico del estudio del período temprano de África es que no es posible comprenderlo plenamente si no se profundiza en el conocimiento del mundo en su totalidad y que, al mismo tiempo, sólo se llega a visualizar una imagen auténtica de las complejidades del desarrollo del hombre y de la sociedad, cuando se lleva a cabo el examen minucioso del continente africano, descuidado durante mucho tiempo. No hay forma de escapar a las comparaciones como una ayuda para una mayor claridad, aunque los paralelos se han restringido estrechamente a Europa, cuando hubieran podido ser tomados de por ejemplo la historia de Asia. Es ahí donde yace el imperialismo cultural, gracias al cual se le hace más fácil a un africano educado en Europa recordar nombres como los capetos (de Francia) y los hohenzollerns (prusianos), que los de las dinastías vietnamitas de Id y de Tran, que, o son del todo desconocidas para tal académico, o aun conociendo su existencia las considera sin importancia, o llega a encontrarlas ¡muy difíciles de pronunciar!

Varios historiadores del continente africano han señalado que cuando se estudian las regiones más desarrolladas de África durante el siglo xv, y se las compara con las de Europa en las mismas fechas, las diferencias entre ambas no se pueden esgrimir de ningún modo en detrimento de África. En efecto, fueron los mismos europeos los que llegaron a las costas orientales y occidentales de

África, declararon que su desarrollo era en muchos sentidos comparable al que ellos conocían. Para tomar un ejemplo, baste mencionar cómo describieron los holandeses la ciudad de Benin cuando la visitaron:

La ciudad parece ser muy grande. Cuando se entra en ella, se camina a lo largo de una calle grande y ancha, no pavimentada, que pareciera ser como seis o siete veces más ancha que la calle de Warmoes en Amsterdam...

El palacio del rey está formado por un conjunto de edificios que ocupan un espacio tan grande como el pueblo de Harlem, y está todo amurallado. Existe un gran número de cámaras para los ministros del príncipe y finas galerías, muchas de las cuales son tan grandes como las de la Bolsa de Amsterdam. Se sustentan sobre pilares de madera recubiertas de cobre, en donde están descritas sus victorias, y que mantienen cuidadosamente limpios.

La ciudad se compone de treinta calles principales, muy rectas y cada una como de 37 m de ancho, aparte de una infinidad de calles pequeñas que las intersectan. Las casas quedan próximas unas de otras y dispuestas en orden. Estas gentes no son en modo alguno inferiores a los holandeses en lo que a limpieza se refiere, lavan y tallan sus casas tan bien que se ven pulidas y brillantes como espejos.

Desde luego, que sería ilusorio imaginar que todo era exactamente igual entre Benin y Holanda. La sociedad europea era ya mucho más agresiva, más expansionista y más dinámica en la producción de nuevas formas. El dinamismo de Europa se debía a las clases de mercaderes y fabricantes de manufacturas. En las galerías del edificio de la Bolsa de Amsterdam se sentaban los señores de los burgos holandeses —precursores de la moderna burguesía industrial y financiera. Durante el siglo xv esta clase llegó a desplazar o a hacer a un lado a los señores feudales terratenientes. Los burgueses empezaron rechazando el conservadurismo, y generando un clima intelectual en el que lo deseable era el cambio. El espíritu de innovación en la tecnología se fue abriendo paso y se aceleró la transformación del modo de producción. Cuando Europa y África establecieron relaciones estrechas a través del comercio, ya existía por lo tanto una pequeña ventaja a favor de Europa —ventaja que representa la diferencia entre una sociedad capitalista incipiente y una sociedad que apenas surgía del comunismo.

BREVE GUÍA DE LECTURA

Son escasos los estudios de la historia africana temprana por muchas razones. La más obvia es que durante mucho tiempo los colonialistas consideraron que la historia de África tenía tan poco valor que no valía la pena reconstruirla. Otro factor decisivo es que la mayoría de los estudios sobre África son de antropólogos europeos burgueses, cuya postura filosófica frente a las "sociedades primitivas" los ha hecho separar el estudio de la sociedad africana de su contexto histórico. Tales investigadores se concentran por lo tanto en microunidades y no hacen referencia a los procesos generales. La nueva escuela africana aún no ha tenido el tiempo de existencia suficiente como para lograr una ruptura significativa. Los pocos libros citados *infra* son parte del nuevo enfoque.

B. Davidson, *La historia empezó en África*, España, Garriga, 1963.

Henri Labouret, *África before the white man*.

M. Shinnie, *Ancient African kingdoms*.

M. Panikkar, *The serpent and the crescent*.

Las publicaciones citadas *supra* son una serie de estudios hechos por no africanos con una posición de simpatía y de suficiente valor como para merecer respeto y ser usados ampliamente en el interior de África. M. Pannikar es un ejemplo raro de un académico asiático con un interés profesional por el continente africano.

J. Ajayi e I. Espie (comps.), *A thousand years of West African history*.
B. A. Ogot y J. A. Kieran (comps.), *Zamani, a survey of East African history*.

Los historiadores africanos han empezado a publicar síntesis de la historia del continente formando valiosas colecciones a menudo sobre sectores del continente, como los dos ejemplos anteriores. Desafortunadamente, la calidad varía de una selección a otra, y los escritores africanos no han llegado aún a ofrecer una visión panorámica de las regiones con las que se supone que tratan.

G. Afolabi Ojo, *Yoruba culture, a geographical analysis*.

B. M. Fagan, *Southern Africa during the Iron Age*.

Lo único que tienen en común éstas dos dispares publicaciones es la conciencia del ambiente material. Afolabi Ojo es un geógrafo nigeriano y E. M. Fagan es un arqueólogo inglés.

3. LA CONTRIBUCIÓN DE ÁFRICA AL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN EUROPA. EL PERÍODO PRECOLONIAL

El comercio británico es una magnífica superestructura de comercio y poderío naval norteamericanos sobre un cimiento africano.

MALACHI POSTLETHWAYT

El comercio africano, el gran pilar y soporte del comercio británico de plantaciones en Norteamérica, 1745.

Si hubieseis de perder cada año más de 200 millones de libras que ahora obtenéis de vuestras colonias; si no hubierais ese comercio exclusivo con vuestras colonias para alimentar vuestras manufacturas, mantener vuestra marina, hacer que la agricultura siga andando, pagar vuestras importaciones, conseguir vuestros bienes suntuarios y equilibrar favorablemente vuestro comercio con Europa y con Asia, entonces, os lo digo claramente, el reino estaría irremediabilmente perdido.

Argumentación en contra de que Francia terminara con la trata de esclavos y otorgara la libertad a sus colonias esclavas, en la Asamblea Nacional Francesa, 1791.

OBISPO MAURY (de Francia)

3.1 CÓMO EUROPA LLEGÓ A SER EL SECTOR DOMINANTE DEL SISTEMA MUNDIAL DE COMERCIO

Debido a lo superficiales que son muchos de los enfoques sobre el "subdesarrollo" y a las malinterpretaciones que de ellos resultan, es necesario subrayar una vez más que el desarrollo y el subdesarrollo no son solamente términos comparables, sino que además mantienen entre sí una relación dialéctica: es decir, una genera al otro en una constante interacción. Europa Occidental y África mantuvieron una relación que garantizó la transferencia de riqueza de África a Europa. Tal transferencia fue posible sólo después de que el comercio adoptó un carácter realmente internacional, y ello nos remonta hasta fines del siglo xv, cuando África y Europa entablaron relaciones comunes por primera vez —y en

forma simultánea, con Asia y con las Américas. Las regiones desarrolladas y subdesarrolladas del sector capitalista del mundo actual han mantenido contacto continuo durante cuatro siglos y medio. Lo que se intenta demostrar aquí es que durante ese período África contribuyó al desarrollo de Europa Occidental en la misma medida en que Europa contribuyó al subdesarrollo de África.

Un aspecto significativo de la internacionalización del comercio en el siglo xv fue que los europeos tomaron la iniciativa y empezaron a viajar a otras partes del mundo. Ningún barco chino llegó a Europa, y si hubo canoas africanas que alcanzaron las costas de América, como se sostiene a veces, no se establecieron vínculos en ambos sentidos. El llamado comercio internacional no era otra cosa que la expansión ultramarina de los intereses europeos. La estrategia del comercio internacional y el proceso productivo en que se apoyaba dicha estrategia estaban bajo control europeo, específicamente bajo el control de las naciones que hacían viajes marítimos, desde el Mar del Norte hasta el Mediterráneo. Estas naciones poseían la mayor parte de las naves del mundo, y controlaban las finanzas del comercio entre los cuatro continentes. Los africanos tenían poca información sobre los vínculos tricontinentales entre África, Europa y las Américas. Europa tenía el monopolio del conocimiento sobre el sistema internacional de intercambio porque era el único sector capaz de visualizar el sistema en su totalidad.

Gracias a la superioridad de sus naves y cañones los europeos lograron controlar las vías marítimas del mundo, empezando por el Mediterráneo occidental y la costa atlántica del norte de África. A partir de 1415, cuando los portugueses capturaron Ceuta cerca del estrecho de Gibraltar, mantuvieron desde ahí la ofensiva contra el Magreb. Durante los seis años siguientes capturaron y fortificaron puerto como Arzila, y El-Ksar-es-Seghir en Tánger. Hacia la segunda mitad del siglo xv los portugueses controlaban la costa atlántica de Marruecos y estaban en condiciones de aprovechar sus ventajas económicas y estratégicas para preparar nuevos viajes que posteriormente condujeron sus naves alrededor del Cabo de Buena Esperanza (1495). Llegados al Océano Índico intentaron con cierto éxito desplazar a los árabes de su papel de comerciantes que unían al África Oriental con la India y con el resto de Asia. En los siglos xvii y xviii los portugueses fletaban la mayor parte del marfil que entraba al mercado de la India; a la vez, los mismos portugueses, los holandeses, los ingleses y los franceses eran los que se encargaban de vender las telas y abalorios indios en el oriente y el occidente de África. Lo mismo ocurría con las cauris

de las Indias Orientales. Por lo tanto, al lograr el control de los mares, Europa dio inicio a la transformación de varias partes de África y de Asia en sus satélites económicos.

Cuando todavía tenían en sus manos el sector principal del comercio mundial los portugueses y los españoles, en la primera mitad del siglo xvii, se dedicaron a comprar algodón en la India y a cambiarlo por esclavos en África, los que a su vez se empezaron a usar para desarrollar la minería del oro en América Central y del Sur. Parte del oro de las Américas se emplearía para comprar las especias y la seda del Lejano Oriente. Los conceptos de metrópoli y dependencia cobraron vida automáticamente cuando varias zonas de África quedaron atrapadas en la red del comercio internacional. Por un lado estaban los países europeos, que decidían sobre el papel que debía desempeñar la economía africana; y por el otro, África, que representaba una extensión del mercado capitalista europeo. Para el comercio exterior, África dependía de lo que los europeos le quisieran vender o comprar.

Europa exportaba a África bienes que ya se estaban produciendo y utilizando en la propia Europa —lienzos holandeses, hierro español, peltre inglés, vinos portugueses, brandy francés, abalorios de vidrio venecianos, mosquetes alemanes, etc. Los europeos podían también descargar en el continente africano mercancías imposibles de vender en Europa. Así, una gran variedad de cachivaches encontró un mercado garantizado; sábanas viejas, uniformes de segunda mano, armas de fuego atrasadas tecnológicamente, etc. Los africanos fueron tomando conciencia gradualmente de la posibilidad de exigir y obtener mejores bienes de importación, y empezaron a ejercer cierta presión sobre los capitanes de las naves europeas; pero, en general, el tipo de mercancías que salía de los puertos europeos de Hamburgo, Copenhage y Liverpool estaba determinado casi exclusivamente por la tendencia de la producción y del consumo de Europa.

Desde el principio Europa tuvo el poder de tomar las decisiones dentro del sistema de comercio internacional. Lo ilustra de manera excelente la llamada ley internacional que regía la conducta de las naciones en alta mar, la cual no era otra cosa que una ley europea. Los africanos no participaron en su formulación y con frecuencia no fueron sino sus víctimas, pues esa ley los consideraba solamente mercancías transportables. Cuando un esclavo africano era arrojado por la borda en altamar el único problema legal que se planteaba era ¿si el barco esclavista podía reclamar o no compensación de las compañías de seguros! Ante todo, los europeos ejercían su poder de toma de decisiones al se-

leccionar los bienes que debía exportar África —para satisfacer las necesidades de Europa.

Los barcos portugueses dieron la máxima prioridad a la búsqueda del oro, por una parte basándose en las informaciones bien conocidas sobre la forma en que llegaba el oro del África Occidental a Europa a través del Sáhara, y por la otra simplemente mediante conjeturas. Lograron obtener oro en ciertas partes del África Occidental y en el oriente del África Central; igualmente, la "Costa de Oro" se convirtió en la atracción principal de los europeos durante los siglos xvi y xvii. Los fuertes construidos en esta zona dan fe de tales preocupaciones. Entre las naciones inmiscuidas se contaron, además de las potencias coloniales habituales como los ingleses, holandeses y portugueses; a los escandinavos, y a los prusianos (alemanes).

La ansiedad de los europeos por adquirir el oro se debía a que la economía monetaria capitalista tenía la necesidad urgente de acuñar monedas de ese metal. Puesto que el oro que los europeos conocían hasta entonces se restringía a zonas muy pequeñas del continente africano, la principal exportación eran los seres humanos. Sólo en casos muy específicos las exportaciones de otras mercancías llegaron a tener una importancia igual o mayor. Por ejemplo, en Senegal se compraba la goma, en Sierra Leona el cáñamo y en Mozambique el marfil. A pesar de todo, aun considerando estas cosas, puede afirmarse que Europa le asignó a África el papel de proveedor de cautivos que se emplearían como esclavos en varios lugares del mundo.

Cuando los europeos llegaron a América se percataron de su enorme potencial en oro y plata y en productos tropicales. Pero ese potencial no podía hacerse realidad sin un adecuado suministro de trabajo. La población indígena no pudo resistir las enfermedades que trajeron los europeos como la viruela negra, ni estuvo en condiciones de sobrellevar la vida de faenas organizadas de las plantaciones y minas de esclavos, habiendo salido apenas del estadio de cazadores. Por esto en islas como Cuba y Haití la población local indígena fue prácticamente exterminada por los invasores blancos. Al mismo tiempo, la propia Europa tenía muy poca población y no podía permitirse liberar la fuerza de trabajo requerida para extraer la riqueza de las Américas. Por lo tanto, recurrieron al continente más próximo, África, que por casualidad tenía una población habituada a la agricultura establecida y al trabajo disciplinado en muchas esferas. Tales fueron las condiciones objetivas que precipitaron el inicio del comercio europeo de esclavos, y tales fueron también las razones por las que los capita-

listas de Europa aprovecharon su control sobre el mercado internacional para asegurarse de que África se especializara en la exportación de esclavos.

El hecho de que Europa pudiera decirle a África qué exportar era una expresión del poderío europeo. Sin embargo, sería erróneo creer que los europeos tenían una hegemonía militar aplastante. Durante los primeros siglos del comercio se les hizo prácticamente imposible conquistar a los africanos, con algunas excepciones en puntos aislados de la costa. El poder europeo radicaba en su sistema productivo, que se encontraba en un nivel un tanto más alto que el de África en ese momento. La sociedad europea abandonaba el feudalismo y se movía hacia el capitalismo; la sociedad africana entraba en una fase comparable a la del feudalismo. Ese mismo hecho de que fuera Europa la primera región de la tierra en iniciar el paso del feudalismo al capitalismo dio a los europeos una ventaja inicial sobre el resto de la humanidad en lo que se refería a la comprensión científica del universo, el diseño de nuevas herramientas y una mayor eficiencia en la organización del trabajo. *La superioridad técnica de los europeos no se aplicaba a todos los aspectos de la producción, pero su ventaja en unas cuantas áreas clave demostró ser decisiva.* Por ejemplo, aunque las canoas africanas en el río Nilo y en la costa del Senegal eran de alta calidad, la esfera principal de operaciones era el océano, donde los barcos europeos tenían el control. Los africanos occidentales habían desarrollado la fundición de los metales hasta lograr una notable perfección artística, por ejemplo en Nigeria, pero cuando se trató de enfrentarse con Europa los bellos bronce tuvieron mucho menos importancia que el más rudimentario cañón. Los utensilios africanos de madera eran a veces trabajos de gran belleza, pero Europa producía cazuelas y calderos de muchas ventajas de orden práctico. El alfabetismo, la experiencia en la organización y la capacidad de producir en una escala de expansión permanente también contaron a favor de Europa.

Las manufacturas europeas de los primeros años del comercio con África solían ser de baja calidad, pero la gente les encontraba un atractivo por constituir nuevas variedades. Esteban Montejo, un africano que escapó de una plantación cubana de esclavos en el siglo xix, recuerda cómo a su gente se la engañaba con el color rojo para hacerla esclava:

Para mí que todo empezó cuando los pañuelos punzó. [...] el punzó los hundió a todos. Y los reyes y todos los demás se entregaron facilito. Cuando los reyes veían que los blancos, yo creo que los portugueses

fueron los primeros, sacaban los pañuelos punzó como saludando, les decían a los negros: "Anda, vé a buscar pañuelo punzó, anda." Y los negros embullados con el punzó, corrían como ovejitas para los barcos y ahí mismo los cogían.*

Esta descripción de una de las víctimas de la esclavitud es muy poética; explica cómo muchos gobernantes africanos encontraron las mercancías europeas lo suficientemente atractivas como para entregar a los cautivos que habían hecho en la guerra. Luego empezó a haber enfrentamientos entre una y otra comunidad con el único propósito de capturar prisioneros para venderlos a los europeos, y aun en el interior de una misma comunidad, un cacique podía llegar a sentirse tentado de explotar a sus propios súbditos y capturarlos para su venta. Se inició así una reacción en cadena frente a la demanda europea de esclavos (y sólo de esclavos) y a su oferta de bienes de consumo —articulándose este proceso en una gama de divisiones ya existentes en la sociedad africana.

Se dice a menudo que aquellas divisiones políticas que podían catalogarse como verticales (entre sociedades africanas distintas) favorecieron la conquista durante el período colonial. Esto se vuelve tanto más cierto cuando se analiza la forma en que África sucumbió a la trata de esclavos. Y es que de hecho la unificación nacional representa un producto del feudalismo maduro y del capitalismo. En el interior de Europa había muchas menos divisiones políticas que en África, donde el comunismo se caracterizaba por la fragmentación política y tenía por núcleo la familia extendida, y donde sólo unos cuantos Estados habían logrado una verdadera solidez territorial. Además, cuando una nación europea se enfrentaba a otra en el intento de obtener cautivos de un gobernante africano, Europa se beneficiaba de cualquier modo, independientemente de qué nación ganara el conflicto. Cualquier comerciante europeo podía llegar a las costas del África Occidental a dedicarse a explotar las diferencias políticas que allí encontrara. Por ejemplo, en el pequeño territorio que más adelante los portugueses reclamarían como Guinea-Bissau, había más de una docena de grupos étnicos. Era tan fácil enfrentar a un grupo con el otro que los europeos lo llamaron "el paraíso del mercader de esclavos".

Aunque las divisiones de clase no eran aún pronunciadas en la sociedad africana, también éstas contribuyeron a que Europa se impusiera comercialmente en grandes sectores del continente

* M. Barnett, *Biografía de un cimarrón*, México, Siglo XXI, 1968, p. 14.

africano. Los gobernantes de cierto rango y autoridad, embaucados por las mercancías europeas, empezaron a aprovechar su posición para hacer incursiones fuera de sus sociedades e incluso para practicar la explotación haciendo víctimas a sus propios súbditos. En las sociedades más simples, donde no existían siquiera los reyes, se les hizo imposible a los europeos concertar la alianzas necesarias para montar el mercado de cautivos en la costa. En las sociedades que sí tenían grupos gobernantes la asociación con los europeos se establecía fácilmente. Más tarde, Europa fue tensando las divisiones de clase internas ya existentes y creando nuevas.

En efecto, algunas peculiaridades de las sociedades africanas se convirtieron en sus debilidades con la llegada de los europeos, que representaban una fase distinta de desarrollo. Sin embargo, la sujeción de la economía africana a través del comercio de esclavos fue un proceso lento en su inicio, y en algunos casos fue necesario vencer la oposición tanto como el desinterés de los africanos. En el Congo el comercio de esclavos no logró prosperar sin las serias dudas y la oposición del rey del estado del Congo, a principios del siglo xvi. Este rey pidió que se le enviaran albañiles, sacerdotes, escribanos, médicos, etc., pero para su sorpresa, su país se vio abrumado por los barcos de esclavos enviados de Portugal, y se inició el tráfico vicioso mediante la manipulación de una parte del reino contra la otra. El rey del Congo había concebido la posibilidad de lograr un arreglo de mutuo beneficio a través de intercambios entre su pueblo y el Estado europeo, pero éste lo obligó a especializarse en la exportación de cargamentos humanos. También es interesante que el Oba (rey) de Benin, mientras por un lado se declaraba dispuesto a vender unas cuantas mujeres cautivas, hubo de costarles un gran esfuerzo a los europeos para convencerlo de vender hombres africanos, prisioneros de guerra, que de otra forma se habrían incorporado gradualmente a la estructura jerárquica de la sociedad de Benin.

Una vez iniciado el tráfico de esclavos en cualquier lugar de África, rápidamente se hizo claro que había quedado fuera de la capacidad de cualquier Estado africano el cambio de esta situación. En Angola los portugueses emplearon un número inusitado de sus propios hombres para tratar de arrebatar el poder político a los africanos. El Estado angolano de Matamba sobre el río Kwango fue fundado alrededor de 1630 como una reacción directa contra los portugueses. Bajo el liderazgo de la reina Nzinga, el reino de Matamba intentó coordinar la resistencia contra Portugal en Angola. Sin embargo, hacia 1648, los portugueses ya

llevaban las de ganar y esto dejó aislado al reino de Matamba. Y Matamba no podía mantenerse aparte eternamente. Mientras se opusiera al comercio con los portugueses sería objeto de la hostilidad de otros estados africanos vecinos que ya se habían comprometido con los europeos en la trata de esclavos. De modo que en 1656 la reina Nzinga reanudó las relaciones comerciales con los portugueses —una concesión crucial que fue decisiva para afianzar la hegemonía de los europeos en la economía angolana.

Otro ejemplo de la resistencia africana al comercio de esclavos viene de los baga, en lo que hoy se conoce como la república de Guinea. Los baga vivían organizados en Estados pequeños, y alrededor del año 1720 uno de sus líderes, de nombre Tomba, se propuso convocar una alianza para detener el tráfico de esclavos. Fue derrotado por los mercaderes residentes europeos, mulatos y otros africanos mercaderes de esclavos. No es difícil entender por qué los europeos se apresuraron a tomar todas las medidas necesarias para que Tomba y sus seguidores baga no pudieran escapar al papel que les había asignado Europa. Ello recuerda una situación paralela en China, cuando los europeos dirigieron la "Guerra del Opio" contra ese país en el siglo XIX para afianzar las ganancias de los capitalistas occidentales mientras los chinos se iban volviendo cada vez más adictos a la droga.

Desde luego que sólo como último recurso las metrópolis capitalistas hacían uso de la fuerza armada para asegurarse que se implementaran políticas favorables a ellas en las regiones dependientes. Normalmente con las armas económicas es suficiente. En la década de 1720, Dahomey se opuso a los comerciantes europeos de esclavos y dejó de recibir importaciones europeas, algunas de las cuales, para esa época, se habían vuelto necesarias. Agaja Trudo, el rey más grande de Dahomey, consideraba que la demanda europea de esclavos y el objetivo mismo de esclavizar en y alrededor de Dahomey entraba en conflicto con el desarrollo del Dahomey. Entre 1724 y 1726 mandó saquear y quemar los fuertes europeos y los campos de esclavos, y logró reducir el flujo del comercio de la llamada "Costa de Esclavos" a un mero goteo, al bloquear los caminos que conducían a los fuertes de aprovisionamiento en el interior. Los tratantes de esclavos europeos quedaron muy resentidos con Agaja Trudo y trataron de sobornar a algunos de sus colaboradores africanos para que actuaran en su contra. No tuvieron éxito, ni en destronarlo ni en aplastar el estado de Dahomey, pero Agaja, a su vez, no pudo persuadirlos de que desarrollaran nuevos renglones de actividades económicas como la agricultura local de plantaciones; en vista de ello y ansioso por

adquirir armas de fuego y cauris a través de los europeos, tuvo que aceptar la reanudación del tráfico de esclavos hacia 1730.

Después de 1730, la trata de esclavos en Dahomey quedó bajo control real y se restringió mucho. Sin embargo, el fracaso de aquellos esfuerzos empecinados demostró que ningún Estado africano de la época podía emanciparse por sí solo del dominio europeo. El pequeño tamaño de los Estados africanos y sus múltiples divisiones políticas hicieron mucho más fácil que Europa tomara el timón de las decisiones relativas a la función de África en la producción y el comercio mundiales.

El tráfico de esclavos ha generado muchas conciencias culpables. Los europeos saben que ellos condujeron la trata de esclavos y los africanos saben que el comercio hubiera sido imposible sin la cooperación de ciertos africanos con las naves esclavistas. Para desahogar su conciencia culpable, los europeos tratan de achacar la responsabilidad principal a los africanos. Un autor europeo, en un libro sobre el comercio de esclavos (apropiadamente intitulado *Pecados de nuestros padres*) explica cómo muchos individuos blancos lo instaban a que declarara que el tráfico de esclavos era responsabilidad de los jefes africanos, y que los europeos únicamente intervenían en la compra de cautivos. ¡Como si sin la demanda europea hubiera podido haber millones de cautivos sentados en las playas esperando! Tales cuestiones no son la preocupación principal de este estudio, pero sí se debe señalar que sólo es posible enfoclarlas correctamente una vez que se ha entendido bien que Europa llegó a ser el centro de un sistema mundial, y que el que puso en marcha la esclavitud y el tráfico de esclavos del Atlántico fue el capitalismo europeo.

El comercio de seres humanos desde África fue una respuesta a factores *externos*. Al principio, el trabajo esclavo se requirió en Portugal, España y en islas del Atlántico, como São Tomé, Cabo Verde y las Canarias; después siguió un período en que se necesitó remplazar a los indios que estaban siendo víctimas del genocidio en las grandes Antillas y en la tierra continental de la América hispánica; más adelante tuvieron que satisfacerse las demandas de las compañías y sociedades de plantaciones del Caribe y del propio continente americano. En libros de registro de la época se demuestra el nexo directo que había entre los niveles de exportación de África y la demanda europea de trabajo esclavo en las distintas regiones de la economía de plantación americana. Cuando los holandeses tomaron Pernambuco en Brasil, en 1634, el director de la Compañía Holandesa del Caribe informó inmediatamente a sus agentes en la "Costa de Oro" que podían tomar

las medidas pertinentes para extender el comercio de esclavos a la costa oriental adyacente al río Volta, región que pasó a llamarse con el nombre infame de "Costa de Esclavos". Cuando las islas inglesas del Caribe iniciaron el cultivo de la caña de azúcar, Gambia fue uno de los primeros sitios en responder. Los ejemplos de este tipo de control externo pueden seguirse hasta el final mismo del comercio de esclavos, lo que comprende también al África Oriental, puesto que los mercaderes europeos en las islas del Océano Índico continuaron teniendo importancia hasta los siglos XVIII y XIX; y también porque la demanda en sitios como el Brasil provocaba que se embarcaran mozambiqueños alrededor del Cabo de la Buena Esperanza.

3.2 LA CONTRIBUCIÓN DE ÁFRICA A LA ECONOMÍA Y LAS CREENCIAS DE LA EUROPA CAPITALISTA TEMPRANA

El tipo de beneficios que Europa consiguió con el control del comercio internacional es relativamente bien conocido, aunque curiosamente sólo se suele reconocer la importante contribución de África al desarrollo europeo en trabajos dedicados específicamente a ese tema, mientras en Europa los académicos se refieren muy a menudo a la economía europea como si fuera algo enteramente independiente. Los economistas europeos del siglo XIX ciertamente no se hacían ilusiones sobre las interconexiones entre sus economías nacionales y el mundo en general. J. S. Mill, un vocero del capitalismo británico, decía por lo que tocaba a Inglaterra: "El comercio con las Indias Occidentales (el Caribe) apenas si debe considerarse como un comercio externo, puesto que se parece más al tráfico entre la ciudad y el campo..." Con "comercio con las Indias Occidentales", Mill quería decir el comercio entre África, Inglaterra y las Indias Occidentales, ya que sin el trabajo africano las Indias Occidentales carecían de valor. Karl Marx también describió en sus escritos la forma en que los capitalistas europeos ataron a África, a las Indias Occidentales y a América Latina al circuito del sistema capitalista; pero siendo Marx el más acerbo crítico del capitalismo no tardó en agregar que todo lo bueno que poseían los europeos se había obtenido a costa del sufrimiento indecible de los africanos y de los indios de América. Marx anotaba sobre esto que "El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborigen, la conquista y saqueo de

las Indias Orientales, la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista." *

Se han hecho algunos intentos por cuantificar las dimensiones reales de las ganancias monetarias que redituó el tráfico de esclavos a los europeos. No es fácil precisar su cuantía exacta, pero las ganancias fueron fabulosas. John Hawkins hizo tres viajes al África Occidental en la década de 1560, en los que se dedicó a secuestrar africanos que vendió a los españoles en América. A su regreso a Inglaterra, después de su primer viaje, sus ganancias eran ya tan atractivas que la reina Isabel I se interesó vivamente en participar de manera directa en su próxima aventura. Para tal efecto le ofreció un barco llamado el *Jesús*. Hawkins partió con el *Jesús* a robar más africanos y retornó a Inglaterra con tales dividendos que la reina Isabel lo hizo caballero. Hawkins escogió como su escudo de armas una representación de un africano encadenado.

Desde luego que, inevitablemente, hubo viajes que fracasaron, barcos que se perdieron en el mar, etc. En algunas épocas el comercio de África iba viento en popa, en otras era la ganancia de las Américas la que se volvía realmente sustancial. Al emparejar como con una plancha, todas las altas y bajas, el nivel de ganancias tuvo que ser lo suficientemente alto como para justificar una participación sostenida en esa forma de comercio durante siglos. Unos cuantos académicos burgueses han tratado de sugerir que el comercio de esclavos europeo no producía una recuperación monetaria que valiera la pena. Preferirían hacernos creer que esos mismos empresarios a quienes elogian en otros contextos como los héroes del desarrollo capitalista, eran tan distraídos respecto a la esclavitud y al tráfico de esclavos, ¡que durante siglos se enfrascaron en negocios improductivos! Más que un tema que merezca seria consideración, este tipo de argumentos no sirven para otra cosa que para ejemplificar el tipo de distorsiones de que es capaz la academia burguesa blanca. Además, muy aparte del problema de la acumulación del capital, el comercio de Europa con África proporcionó muchos otros estímulos al crecimiento de Europa.

El oro y la plata de América Central y del Sur —extraídos de las minas por africanos— fueron un factor medular que hizo posible acuñar la suficiente cantidad de moneda requerida por la economía monetaria capitalista en expansión de la Europa Occidental, y, simultáneamente, el oro africano también fue un factor decisivo en este respecto. El oro de África ayudó a los portugueses

* Karl Marx, *El capital*, t. I, vol. 3, México, Siglo XXI, 1975, p. 939.

a financiar más navegaciones alrededor del Cabo de Buena Esperanza y a viajar a los países de Asia a partir del siglo xv. El oro africano fue también la principal fuente de moneda de oro en Holanda en el siglo xvii, e hizo posible que Amsterdam se convirtiera en la capital financiera de Europa en ese período. Agregado a todo esto, no fue por accidente que los ingleses emitieron una nueva moneda de oro en 1663, a la que llamaron "guinea". La *Enciclopedia Británica* explica que la guinea fue: "una moneda de oro de uso común que en una época era de uso corriente en el Reino Unido. Se acuñó por vez primera en 1663, durante el reinado de Carlos II, con oro importado de la Costa de Guinea en el África Occidental, por una compañía de comerciantes permissionaria bajo decreto de la Corona Británica —de ahí su nombre."

Durante el período que cubre los siglos xvii y xviii y la mayor parte del siglo xix la explotación de África y del trabajo africano continuó siendo fuente de acumulación de capital, que se reinvertía en Europa Occidental. La contribución africana al crecimiento del capitalismo europeo se fue ampliando y manifestando en sectores tan vitales como el marítimo, el de los seguros, en la formación de compañías, en la agricultura capitalista, en la tecnología y en la fabricación de maquinaria. Los efectos de dicha contribución alcanzaron tal magnitud que muchos rara vez se traen al conocimiento del público lector. Por ejemplo, la industria pesquera francesa de St. Maló resucitó al abrirse los mercados con las plantaciones de esclavos francesas; y de manera similar, en Europa los portugueses dependían para su industria textil de tinturas traídas de África y de América, como el índigo, el palo de leva, las maderas de Brasil y las cochinillas. La goma de África también se necesitó en la industria textil, que se ha reconocido como una de las maquinarias más potentes del crecimiento económico en el seno de Europa. Se agregaban a esta lista las exportaciones de marfil de África, que enriquecieron a muchos comerciantes en el "Mincing Lane" de Londres y abastecieron de materias primas a muchas industrias de Inglaterra, Francia, Alemania, Suiza y Norteamérica, fabricantes de artículos que incluían desde empuñaduras de cuchillos hasta teclas de pianos.

La incorporación de África a la órbita de Europa Occidental aceleró el desarrollo tecnológico de esta última. Por ejemplo, la evolución de los astilleros europeos del siglo xvi hasta el siglo xix fue consecuencia lógica de su monopolio del comercio marítimo en ese período. Durante estos siglos, los africanos del norte quedaron encajonados en el Mediterráneo y aunque inicialmente fueron ellos mismos los que prestaron a los europeos gran parte de

su instrumentación y tecnología náutica, los norafricanos ya no hicieron más avances sustanciales. Donde los europeos no tenían una ventaja de partida que fuera suficiente para asegurarles su supremacía, lo que hacían era minar deliberadamente los esfuerzos de otros pueblos. La marina india, por ejemplo, hubo de sufrir los efectos de las rígidas leyes de navegación inglesas. Y a pesar de todo esto, los gastos necesarios para la construcción de nuevas y mejores naves europeas tenían que solventarlos precisamente las ganancias del comercio ultramarino de la India, África, etc. Los holandeses se adelantaron a otros europeos en mejorar las carabelas que habían llevado a portugueses y a españoles a través del Atlántico, y la sucesión de compañías mercantes holandesas que operaban en Asia, África y América fueron las encargadas de experimentarlas. Hacia el siglo xviii los ingleses empezaron a aprovechar la experiencia Holandesa para superar a los propios holandeses y tomar el Atlántico como su laboratorio. Se decía en esa época que el comercio de esclavos era el campo de entrenamiento de los marinos británicos. Probablemente más significativo que ese comentario sea recordar el hecho de que el comercio del Atlántico fue un estímulo que llevó a avances de fondo en la tecnología naviera.

En Europa, el efecto más espectacular del comercio africano fue el crecimiento de las ciudades de los puertos marítimos, especialmente Bristol, Liverpool, Nantes, Burdeos y el fluvial de Sevilla. Directa o indirectamente conectados con estos puertos a menudo aparecieron junto a ellos nuevos centros manufactureros que dieron finalmente origen a la "Revolución industrial". En Inglaterra, el primer centro de la Revolución industrial fue el condado de Lancashire, cuyo progreso económico dependió ante todo del crecimiento del puerto de Liverpool, a través del comercio de esclavos.

Las conexiones entre esclavitud y capitalismo en crecimiento en Inglaterra están bien documentadas en el conocido libro de Eric Williams *Capitalismo y esclavitud*. Williams presenta un cuadro muy claro de los numerosos beneficios que Inglaterra obtuvo del comercio y de la explotación de esclavos, e identifica por su nombre a varias de las personalidades y empresas capitalistas que fueron los beneficiarios. Ejemplos muy prominentes de ello fueron David y Alexander Barclay, que participaron en el tráfico de esclavos en 1756 e hicieron uso más adelante del botín para montar el banco Barclays. El banco Lloyds tiene una historia parecida: de ser una pequeña cafetería londinense llegó a transformarse en una de las casas bancarias y de seguros más grandes del mundo, tras haberse sepultado con las ganancias del comercio de esclavos y

otros usos de la esclavitud. También está James Watt, que habría de expresar su eterno agradecimiento a los propietarios de esclavos del Caribe por financiar directamente su famosa máquina de vapor y llevarla de la mesa del dibujante a la fábrica.

Un cuadro similar se obtendría del estudio detallado del capitalismo francés y la esclavitud dado que durante el siglo XVIII el Caribe representaba el 20% del comercio exterior de Francia (cifra mucho mayor que la de toda el África en el presente siglo). Naturalmente, los beneficios no fueron siempre directamente proporcionales a la magnitud de la participación de cada Estado europeo en el comercio del Atlántico. Las enormes ganancias de las empresas portuguesas ultramarinas se movilizaron rápidamente fuera del control de la economía portuguesa y pasaron a manos de naciones más desarrolladas de Europa Occidental, que proveían a Portugal de capital, barcos y mercancías. Alemania quedaba dentro de esta categoría, junto con Inglaterra, Holanda y Francia.

El comercio proveniente de África ayudó considerablemente a fortalecer los nexos transnacionales en el interior de la economía de Europa Occidental, teniendo presentes, igualmente, que las mercancías de América se generaban con el trabajo africano. Por ejemplo, en el siglo XVII, las maderas de colorantes de Brasil se reexportaban de Portugal al Mediterráneo, el Mar del Norte y el Báltico, y se incorporaban a la industria textil continental. Inglaterra y Francia reexportaban el azúcar del Caribe a otros sitios de Europa, a tal grado que Hamburgo en Alemania se había vuelto el centro de refinación de azúcar más grande de Europa en la primera mitad del siglo XVIII. Alemania suministraba productos manufacturados a los países escandinavos, Holanda, Inglaterra, Francia y Portugal para su reventa en África. Inglaterra, Francia y Holanda estimaron necesario intercambiar varias clases de mercancías para negociar mejor con los africanos a cambio de sus remesas de oro, esclavos y marfil. Los capitalistas financieros y los mercaderes de Génova eran el poder que estaba realmente detrás de las operaciones de los mercados de Lisboa y de Sevilla; en tanto, los banqueros holandeses desempeñaban un papel similar con respecto a Escandinavia e Inglaterra.

Europa Occidental fue la región de Europa donde hacia el siglo XV se empezó a hacer manifiesto que el feudalismo estaba dando paso al capitalismo.* En Inglaterra los campesinos estaban siendo desalojados de sus tierras, y la agricultura se convertía a toda prisa en una operación capitalista. También la tecnología

* En Europa Oriental el feudalismo todavía tenía fuerza en el siglo XIX.

se volvía más avanzada, y producía los alimentos y las fibras textiles necesarias para sostener a una población mucho más numerosa, y proveer una base mucho más sólida particularmente a las industrias de hilados y tejidos. Asimismo se transformaba la base tecnológica de la industria, al igual que su organización social y económica. El comercio africano dio un gran impulso a muchos de estos aspectos, incluyendo la integración de Europa Occidental, como ya se dijo antes. Por ello es que el contacto con África no solamente contribuyó a un crecimiento económico (cuantitativo) sino también a un desarrollo verdadero y exponencial de la capacidad de crecimiento e independencia.

Al referirse al comercio de esclavos europeo se debe hacer mención de los Estados Unidos de América, no solamente porque la mayor parte de su población era europea, sino también porque Europa transfirió sus instituciones capitalistas a Norteamérica de manera más completa que a cualquier otra parte del globo, y estableció una poderosa forma de capitalismo —después de haber exterminado a los habitantes locales de aquella parte de América y explotado el trabajo de millones de africanos. Igual que otras partes del Nuevo Mundo las colonias americanas de la corona británica sirvieron como medio de acumulación de capital primario para su reexportación a Europa. Pero de éstas las colonias del norte también tuvieron un acceso directo a los beneficios de la esclavitud, establecida en el sur de Estados Unidos y en el Caribe británico y francés. Como en Europa, en Norteamérica las ganancias del esclavismo y del comercio de esclavos se dirigieron en primer lugar a los puertos comerciales y a las áreas industriales, lo que en este caso significó fundamentalmente la región de la provincia costera del noreste conocida como Nueva Inglaterra y el estado de Nueva York. El panafricanista W. E. B. Du Bois, en un estudio sobre el comercio de esclavos norteamericano cita lo siguiente de un informe de 1862:

El número de personas mezcladas en el comercio de esclavos y el monto del capital que se embarca rebasan nuestra capacidad de cálculo. La ciudad de Nueva York ha sido hasta la fecha (1862), el principal puerto del mundo en este infame comercio; aunque las ciudades de Portland y Boston la siguen en importancia en esta distribución.

El desarrollo económico norteamericano hasta mediados del siglo XIX dependía completamente del comercio extranjero, cuyo pivote era el esclavismo. En la década de 1830 el algodón, cultivado por los esclavos, daba cuenta de alrededor de la mitad del valor de todas las exportaciones de los Estados Unidos. Más aún,

nuevamente se puede observar, en el caso de las colonias norteamericanas del siglo XVIII, cómo contribuyó África a su desarrollo en muy diversas maneras —la una apoyando a la otra. Por ejemplo, en Nueva Inglaterra, el comercio de esclavos y de productos cultivados por esclavos, con África, Europa y el Caribe suministraba la carga para la marina mercante, fomentaba el crecimiento de la industria de construcción de navíos, erigía sus pueblos y ciudades, y hacía posible la explotación más eficiente de los bosques, de las zonas pesqueras y de la tierra. Por último, ese acarreo comercial de esclavos entre el Caribe y Europa era lo que estaba detrás de la emancipación de las colonias norteamericanas del mandato británico, y no fue por casualidad que la lucha por la independencia norteamericana empezara en Boston, la ciudad principal de Nueva Inglaterra. En el siglo XIX, el nexo con África continuó influyendo indirectamente en el crecimiento político de Norteamérica. De partida, las ganancias de las actividades esclavistas fueron a parar a las arcas de los partidos políticos; y lo que fue aún más importante, los estímulos de África y el trabajo negro desempeñaron un papel fundamental al extender el control europeo sobre el territorio actual de los Estados Unidos especialmente en el Sur, aunque también en el llamado "Wild West", donde trabajaban vaqueros negros.

Si bien el esclavismo resultó útil para una etapa inicial de acumulación de capital, su rigidez constituyó un obstáculo para el desarrollo industrial. Las burdas herramientas irrompibles con que trabajaban los esclavos se convirtieron en factores de retraso de la agricultura y de la industria. Esto explica en parte el hecho de que las zonas norteamericanas de Estados Unidos obtuvieran mayores beneficios industriales del esclavismo, que el sur, en donde realmente estaban las instituciones esclavistas, y que finalmente se alcanzara la etapa en que los capitalistas del norte combatieron por la abolición de la esclavitud dentro de las fronteras de los Estados Unidos en la Guerra Civil norteamericana, para hacer posible el avance del país entero a un nivel más alto de capitalismo.

Puede decirse que para la segunda mitad del siglo XIX las relaciones esclavistas en el sur de Estados Unidos habían entrado en conflicto con las potencialidades de expansión de la base productiva del país en su conjunto y que ello provocó un choque violento que no cesó hasta que se generalizaron las relaciones capitalistas de trabajo legalmente libre en todo el país. Europa mantenía el esclavismo en lugares físicamente distantes de la sociedad europea, y por eso mismo dentro de la propia Europa las relaciones capitalistas establecidas continuaron sin ser afectadas por el esclavismo

de las Américas. Con todo, aun en el caso de Europa, llegó el momento en que los principales Estados capitalistas consideraron que el comercio de esclavos y la utilización del trabajo esclavo ya no iba de acuerdo con los intereses de su desarrollo consecutivo. Inglaterra tomó esta decisión a principios del siglo XIX, seguida después por Francia.

Puesto que el capitalismo, como cualquier otro modo de producción, es un sistema total que implica un aspecto ideológico, es necesario también examinar con cuidado los efectos que tuvieron los lazos con África sobre las ideas plasmadas en la superestructura de la sociedad capitalista europea. El efecto más impresionante fue sin duda la aparición del racismo, elemento que se difundió ampliamente y que echó profundas raíces en el pensamiento europeo. El papel que desempeñó el esclavismo en estimular los prejuicios y la ideología racista se ha estudiado con cuidado en algunos casos, particularmente en los Estados Unidos. El simple hecho es que ningún pueblo puede esclavizar a otro durante siglos sin alimentar un sentimiento de superioridad, y si el color y otras características físicas del pueblo sojuzgado eran bastante diferentes, era inevitable que el prejuicio adoptara un carácter racista. Dentro de la propia África, lo mismo puede decirse de la situación prevalente en la provincia del Cabo de Sudáfrica, donde los blancos se dedicaron a imponer su supremacía militar y social sobre los no blancos desde 1650.

Probablemente sería generalizar demasiado decir que todos los prejuicios raciales y de color en Europa provenían del esclavizamiento de los africanos y de la explotación de los pueblos no blancos durante los primeros siglos del comercio internacional. En fechas más tempranas había existido el antisemitismo en el interior de Europa y siempre ha existido un elemento de sospecha e incompreensión cuando pueblos de distintas culturas se encuentran. Sin embargo sí se puede afirmar categóricamente que el racismo blanco que ha llegado a penetrar al mundo es parte integral del modo de producción capitalista. Tampoco radicaba el asunto exclusivamente en cómo tratara la persona blanca a la persona negra. El racismo de Europa configuraba un conjunto de generalizaciones y de suposiciones carentes de base científica pero que se incorporaron y racionalizaron en cada esfera de la superestructura, desde la teología hasta la biología.

De vez en cuando se sostiene erróneamente que los europeos esclavizaron a los africanos por razones racistas. Los dueños europeos de las plantaciones y de las minas sojuzgaron a los africanos por razones económicas, con el objeto de explotar su trabajo. Hu-

biera sido imposible abrirse paso en el Nuevo Mundo y llegar a usarlo como una fuente constante de riqueza sin el trabajo de los africanos. No había más alternativas: la población americana (indígena) fue prácticamente eliminada y la población europea era demasiado pequeña como para establecer asentamientos ultramarinos en aquella época. Así, habiendo alcanzado un grado extremo de dependencia del trabajo africano, los europeos tanto en casa como en el extranjero simultáneamente necesitaron justificar la explotación en términos racistas. La opresión sucede lógicamente a la explotación, puesto que garantiza la continuidad de ésta. La opresión de los pueblos africanos sustentada en criterios puramente racistas acompañó y fortaleció a la opresión por razones económicas hasta confundirse con ella al punto de volverse indistinguibles.

C. L. R. James, destacado panafricanista y marxista escribió alguna vez que:

En la política, el problema racial es subsidiario del problema de clases y pensar en el imperialismo en términos de razas sería desastroso. Pero descuidar el factor racial tratándolo como si fuera algo meramente incidental sería un error apenas menos grave que el de hacerlo fundamental.

Se puede agregar otro punto crítico al señalar que el racismo blanco del siglo XIX llegó a institucionalizarse de tal manera en el mundo capitalista (especialmente en los Estados Unidos) que no era raro que se le considerara por encima de la obtención de la máxima ganancia, como motivo para oprimir a los pueblos negros.

A corto plazo parecería como si el racismo europeo no hubiera infringido ningún daño a sus autores, y que éstos lo hubieran seguido esgrimiendo impunemente para justificar su dominación sobre los pueblos no europeos durante la época colonial. Pero la proliferación internacional de las ideas fanáticas y anticientíficas racistas, a la larga habría de tener consecuencias negativas. Cuando los europeos se dedicaron a meter a millones de sus hermanos (los judíos) en los hornos crematorios bajo el nazismo, se hizo evidente que los pollos estaban llegando a casa a rostizarse.* Tal comportamiento dentro de la Europa "democrática" no era tan insólito como se pretendió a veces. Siempre hubo una contradicción entre la forma en que se planteaban las ideas en Europa y la forma en que los europeos ejecutaban prácticas autoritarias y gangsteriles con los africanos. Cuando se encendió la llama de la Revo-

* *The chickens were coming home to roost*, expresión en inglés traducida literalmente que se aboca al ejemplo *ad hoc* [r.]

lución francesa en nombre de la "Libertad, Igualdad y Fraternidad", ésta no se extendió para iluminar a los africanos que los franceses esclavizaban en el Caribe y en el Océano Índico. De hecho, Francia luchó contra los esfuerzos de emancipación de aquellos pueblos y los dirigentes de su revolución burguesa declararon lisa y llanamente que no se había hecho a nombre de la humanidad negra.

Ni siquiera es cierto que el capitalismo desarrollara la democracia en casa (Europa) pero no en el extranjero. En "casa", el capitalismo proclamaba cierta retórica de libertad que nunca se hizo extensiva de la burguesía a los trabajadores oprimidos. Y el tratamiento que se daba a los africanos seguramente indujo a que la hipocresía se volviera algo habitual en la vida europea, especialmente entre la clase gobernante. ¿De qué otra forma se puede explicar el que la Iglesia cristiana participara a plenitud en el mantenimiento del esclavismo y que todavía se permitiera hablar de la salvación de las almas! La hipocresía alcanzó su clímax en los Estados Unidos. El primer mártir de la guerra de independencia nacional de los norteamericanos contra los colonialistas británicos en el siglo XVIII fue un descendiente de africanos llamado Crispus Attucks; y en el ejército de Washington tanto los africanos libres como los esclavos desempeñaron un papel clave. Y no obstante, la constitución norteamericana sancionaba con su famoso preámbulo de "Todos los hombres son creados iguales" la continuación del esclavizamiento de los africanos. En tiempos más recientes algunos elementos liberales han manifestado su preocupación de que los Estados Unidos sean capaces de crímenes de guerra del orden del de My Lai en Vietnam. Pero la realidad es que los My Lais empezaron hace mucho tiempo, con la esclavitud de los africanos y de los indios americanos. El racismo, la violencia y la brutalidad fueron los compañeros del sistema capitalista, a medida que se fue extendiendo al extranjero en los primeros siglos del comercio internacional.

BREVE GUÍA DE LECTURA

El tema de la contribución de África al desarrollo europeo adolece de varios problemas que limitan la capacidad del escritor de representar la realidad. El lenguaje y la nacionalidad, por ejemplo, son barreras efectivas para la comunicación. Con demasiada frecuencia las obras en inglés no incluyen el efecto que produjo en Francia, Holanda y Portugal su participación en la esclavitud y en otras formas de comercio con

las que explotaron a África durante el período colonial. A tales lagunas ideológicas obedece el hecho de que los académicos burgueses puedan escribir sobre fenómenos como la Revolución industrial en Inglaterra sin referirse una sola vez al mercado de esclavos europeo como factor primario de la acumulación de capital. Y aunque Marx hizo mucho hincapié en las fuentes de la acumulación de capital ultramarino, incluso marxistas tan prominentes como Maurice Dobb y E. J. Hobsbawm durante mucho tiempo se han concentrado en examinar la evolución del capitalismo a partir del feudalismo en el interior de Europa refiriéndose sólo marginalmente a la explotación masiva de los africanos, los asiáticos y los indios americanos.

Eric Williams, *Capitalism and slavery*.

Oliver Cox, *El capitalismo como sistema*, España, Fundamentos, 1972.

Cox, autor afronorteamericano, señala el punto crucial de que el capitalismo ha sido un sistema internacional desde hace mucho tiempo. Eric Williams, caribeño, ilustra en forma precisa y detallada el nexo entre el capitalismo británico y el esclavizamiento de los africanos.

W. E. B. du Bois, *The suppression of the Atlantic slave trade to the USA*.

Richard Pares, *Yankees and Creoles: the trade between North America*.

Estas dos obras contienen información sobre la contribución del trabajo africano al desarrollo del capitalismo en los Estados Unidos durante las épocas de la esclavitud.

Leo Huberman, *Los bienes terrenales del hombre*, Bogotá, Oveja Negra.

F. Clairemonte, *Economic liberalism and underdevelopment*.

El libro de Huberman es una excelente revisión general del desarrollo del capitalismo (a partir del feudalismo) en Europa. Incluye una sección donde se profundiza en el papel de la esclavitud. La obra de Clairemonte hace un reconocimiento también del papel que desempeñó el subcontinente indio en la construcción de Europa.

P. Curtin, *The image of Africa*.

Winthrop Jordan, *White over Black: American attitudes towards the Negro*.

Estos dos textos tienen un interés particular por lo que atañe al ascenso del racismo blanco, aunque ninguno de los dos hace suficientemente explícito el nexo entre racismo y capitalismo.

4. EUROPA Y LAS RAÍCES DEL SUBDESARROLLO AFRICANO HASTA 1885

La relación entre el grado de destitución de los pueblos africanos y la duración y la naturaleza de la explotación que tuvieron que padecer es evidente. África continúa aún marcada con los crímenes de los mercaderes de esclavos: hasta la fecha, sus potencialidades están restringidas por su despoblamiento.

AHMED SEKOU TOURE,
República de Guinea, 1962

4.1 EL COMERCIO EUROPEO DE ESCLAVOS COMO UN FACTOR FUNDAMENTAL DEL SUBDESARROLLO AFRICANO

Examinar el comercio entre africanos y europeos durante los cuatro siglos anteriores al régimen colonial significa en esencia examinar el comercio de esclavos. En rigor, un africano pasaba a ser esclavo propiamente dicho sólo hasta que llegaba a la sociedad en que había de trabajar como esclavo. Antes de eso era primero hombre libre y después cautivo. No obstante, cabe hablar de comercio de esclavos para referirse al envío de cautivos desde África a los distintos lugares del globo en que tendrían que vivir y trabajar como propiedad de europeos. Se ha eligido deliberadamente el título de esta sección para señalar a la atención del lector que los cargamentos de seres humanos siempre fueron hechos por europeos, y enviados a mercados controlados por europeos, y que esto se realizó únicamente en interés del capitalismo europeo. Se puede hacer alusión al caso del África Oriental y el Sudán donde se habla de la captura de muchos africanos por árabes, que los vendían a compradores árabes, y que se conoce (en los libros europeos) como el "Comercio árabe de esclavos". Precisamente por esto, debe quedar claro que siendo los europeos los que principalmente se encargaron de embarcar africanos para compradores también europeos, se trató siempre del "Comercio europeo de esclavos" desde África.

Puede afirmarse aquí que, en general, con excepciones como la de Hawkins, cuando los europeos se dedicaron a la compra de cautivos, la transacción entre ellos y los africanos fue una forma de mercado. Igualmente puede aceptarse que en ocasiones un cau-

tivo podía ser vendido y vuelto a vender durante el transcurso de su recorrido desde el interior hasta el puerto en que tendría que embarcarse; y podríamos añadir que también eso fue una forma de comercio. Pero, a pesar de todo, visto en forma global, el proceso mediante el cual los europeos obtuvieron cautivos en tierra africana no fue de ninguna manera el comercio. Fue, sí, la guerra, el engaño, el bandidaje y el secuestro. Cada vez que se intenta evaluar el impacto del mercado de esclavos en el continente africano, es muy importante recordar que lo que se está midiendo es el impacto de la violencia social, más que los efectos de un mercado en cualquier sentido normal de la palabra.

Aún hay mucho de incierto sobre el tráfico de esclavos y sus consecuencias en África, pero ello no resta claridad a la imagen general de destrucción que lo caracterizó, destrucción que fue una consecuencia lógica (que puede demostrarse) de la manera en que se obtenían los cautivos en África. Uno de los puntos de incertidumbre es la cantidad de africanos que fueron exportados. Por mucho tiempo esto ha sido objeto de gran especulación, y los cálculos oscilan entre algunos millones y cifras que sobrepasan los cien millones. Un estudio reciente sugiere que alrededor de diez millones de africanos desembarcaron vivos en las costas de América, las islas del Atlántico y Europa. Como esta cifra es relativamente pequeña, ya la han empezado a manejar los académicos europeos que fungen como los apologistas del sistema capitalista y de su largo registro de brutalidad en Europa y en el extranjero. Estiman conveniente, en primer término, minimizar las cifras para poder disfrazar el mercado de esclavos europeos. La verdad es que cualquier cálculo del número de africanos exportados que se ciña a los registros de los sobrevivientes tenderá inevitablemente a ser bajo; entre otras razones, porque en esa época hubo un gran número de individuos interesados en mantener el mayor sigilo sobre el asunto, a fin de poder establecer y llevar a cabo el contrabando de esclavos (y ocultar los datos). De cualquier forma, si se llegara a aceptar la cifra reducida de diez millones como base para la evaluación del impacto de la esclavitud en la totalidad de África, las conclusiones legítimas que pudieran desprenderse confundirían a los que intentaran echar luz sobre ese proceso del rapto de africanos, que se extendió durante todo el período comprendido entre 1445 y 1870.

Sobre cualquier cifra de base que se establezca de la cantidad de africanos que desembarcaron vivos en las costas de América, deben hacerse varias ampliaciones, empezando por los cálculos que cubran la mortalidad durante el recorrido transoceánico. En

el cruce del Atlántico o "pasaje intermedio", como lo llamaban los esclavistas europeos, era notable el número de muertes que ocurrían, cuyo promedio oscilaba entre un 15 y un 20%. Por otro lado, también en la misma África moría una gran cantidad de africanos entre el momento de su captura y el de su embarque, especialmente en los casos en que los cautivos tenían que viajar cientos de millas para llegar a la costa. Pero dado que la guerra fue el medio principal de procurarse esclavos, es aún más imperativo hacer algún cálculo estimativo de la cantidad de población, entre muertos y heridos, que hubo de sacrificarse para que fuera posible la extracción de millones de secuestrados vivos y en buen estado de salud. La cifra resultante sería muchas veces mayor que la de los millones que desembarcaron con vida fuera de África. Y ésta sería la cifra representativa del número de africanos que fueron separados directamente del resto de la población y de la fuerza laboral de África, con la instauración del sistema de producción de esclavos por los europeos.

La pérdida masiva de la fuerza de trabajo africana adquiere contornos de mayor gravedad cuando se considera que ésta estaba compuesta por los hombres y mujeres jóvenes más hábiles. Los compradores de esclavos seleccionaban a sus víctimas entre las edades de 15 y 35 años, preferiblemente apenas entrados en los 20 años, y la proporción de los sexos era de alrededor de dos hombres por cada mujer. Los europeos aceptaban con frecuencia niños africanos más jóvenes, pero muy rara vez a gente de más edad. Embarcaban en general a los más sanos, siempre que ello pudiera determinarse, teniendo el cuidado de elegir a los que ya hubieran sobrevivido un ataque de viruela y estuvieran por lo tanto inmunes a la enfermedad, que era una de las pestes que más diezmaron a la población en aquella época.

La falta de datos sobre el volumen de la población de África en el siglo xv dificulta cualquier intento de determinar en forma científica qué resultados tuvo el flujo de población al exterior. Empero, nada sugiere que haya habido incrementos en el crecimiento de la población del continente durante los tiempos del esclavismo, aunque en otros lugares del mundo sí se observaba justamente esa tendencia. Durante ese período obviamente nacieron menos niños de los que hubieran nacido de no haberse eliminado grupos enteros en edad de procreación. Añadido a esto, se debe recordar que el comercio a través del Atlántico no fue el único nexo que los europeos mantuvieron con el esclavizamiento de África. Durante tanto tiempo se ha llamado al comercio de esclavos del Océano Índico el "Comercio de esclavos del África

Oriental" y el "Comercio árabe de esclavos" que casi se ha llegado a olvidar hasta qué punto fue también un comercio europeo de esclavos. En la época en que el tráfico de esclavos del oriente africano estaba en su apogeo, durante el siglo XVIII y aun en el inicio del siglo XIX, el destino de la mayor parte de los cautivos eran las economías de plantaciones propiedad de europeos en las islas de Mauricio, Reunión y Seychelles, así como las tierras de América, navegando alrededor del Cabo de Buena Esperanza. Entre los siglos XVIII y XIX hubo asimismo africanos trabajando como esclavos en ciertos países árabes donde servían en última instancia al capitalismo europeo que había provocado ya la demanda de los productos cultivados por los esclavos en las plantaciones, como el clavo que sembraban en la isla de Zanzíbar los africanos bajo la supervisión de sus amos árabes.

Nadie ha llegado a proponer una cifra que represente las pérdidas totales que tuvo la población africana, mediante la extracción de fuerza laboral esclava de todas las regiones y enviada hacia todos los destinos, durante los numerosos siglos que existió el comercio de esclavos. Sin embargo, debe observarse que en todos los demás continentes a partir del siglo XV la población tuvo un incremento natural constante y a veces espectacular, y llama la atención que no ocurriera lo mismo con el continente africano. Un académico europeo hizo las siguientes estimaciones (en millones) de la población mundial, por continente.

	1650	1750	1850	1900
África	100	100	100	120
Europa	103	144	274	423
Asia	257	437	656	857

Ninguna de las cifras anotadas es en realidad precisa, pero nos indican que hay un consenso entre los investigadores de población respecto a que el enorme continente africano tuvo un récord anormal de estancamiento con relación a su crecimiento demográfico, y no existen otros factores causales que se puedan invocar, aparte del tráfico de esclavos.

Destacar la pérdida de población es sumamente pertinente al desarrollo socioeconómico. En Europa el crecimiento de la población desempeñó un papel fundamental en el desarrollo, al suministrar el trabajo, los mercados y las presiones que condujeron a mayores avances. En Japón el crecimiento de la población tuvo efectos positivos semejantes; y en otros lugares de Asia que perma-

necieron en estadios precapitalistas, fue el tamaño de la población el que hizo posible una explotación mucho más intensiva de la tierra, como no se ha visto aún en el continente africano, cuya población continúa siendo dispersa y escasa.

En tanto permanecía baja la densidad de población, los seres humanos vistos como unidades de trabajo eran mucho más importantes que otros factores de producción tales como la tierra. Es fácil encontrar ejemplos de cómo los pueblos africanos, de un extremo a otro del continente, tenían clara conciencia de que la población era el factor más importante de la producción, dadas las circunstancias por las que atravesaban. Los bembas, por ejemplo, consideraban que el número de pobladores era algo más importante que la tierra. Entre los shambalas de Tanzania el mismo sentir se expresaba con el dicho de "El rey es el pueblo". Para los balantas de Guinea-Bissau el número de manos en cada familia capaces de cultivar la tierra representaba su fuerza. No hay duda de que muchos de los gobernantes que se volvieron cómplices del tráfico de esclavos europeo lo hicieron por motivos de su exclusivo interés personal, puesto que con ninguna escala de valores racional hubieran podido catalogar aquel flujo de población como algo que no fuese sino desastroso para las sociedades africanas.

La pérdida de población afectó la actividad económica de África tanto directa como indirectamente. Por ejemplo, cuando el número de habitantes de una región determinada se reducía por abajo de cierta cifra, en un medio infestado con la mosca tsetse el resto de la población tenía que abandonar el área. En efecto, la agresión esclavista estaba desarmando a aquella gente en su lucha por enfrentar y dominar la naturaleza, que es un primer requisito del desarrollo. La violencia significó, paralelamente, inseguridad. Las oportunidades que ofrecía la presencia de los mercaderes europeos de esclavos llegaron a constituir el motivo principal (si bien no el único) de los enfrentamientos que en escala considerable tuvieron lugar entre distintas comunidades africanas, y aun en el interior de éstas. La violencia adoptó la forma sobre todo de ataques relámpagos y secuestros, y no tuvo propiamente el carácter de una guerra formal, hecho que justamente contribuyó a alimentar el miedo y la incertidumbre en la vida diaria.

Todas las potencias europeas llegaron a manifestar en el siglo XIX, abierta o implícitamente, que se habían percatado de la incongruencia que había entre sus actividades relacionadas con la obtención de esclavos y sus demás objetivos económicos. Era la época en que Inglaterra, en particular, necesitaba que los africanos se dedicaran a recolectar productos de palma y de goma y a pro-

ducir cultivos comerciales, en vez de servir a la trata de esclavos, y ya era claro que las operaciones de captura de esclavos entraban en conflicto con tales metas en el África Occidental, Central y Oriental. Incluso mucho antes de aquellas fechas, los europeos ya reconocían esta contradicción cuando sus intereses se veían comprometidos. Por ejemplo, en el siglo xvii los portugueses y holandeses prefirieron no alentar el comercio de esclavos en la "Costa de Oro", porque se dieron cuenta de que no sería compatible con el comercio del oro. Más adelante, sin embargo, hacia finales del mismo siglo, se descubrió oro en Brasil, hecho que restó importancia a las remesas de oro de África. Dentro del contexto total del Atlántico, los esclavos africanos se volvieron más importantes que el oro, y entonces el oro brasileño se comenzó a mercar a cambio de cautivos en la zona de Whydah (Dahomey) y de Accra. En aquel momento, el esclavismo empezó a socavar la economía de la "Costa de Oro" y a destruir el comercio del oro. Los saqueos en busca de futuros esclavos y los secuestros, hicieron insegura la minería y el transporte del oro, y en poco tiempo quedó claro que era "más ventajoso" dedicarse a la captura de prisioneros que a la extracción del oro. Un europeo presente en aquel escenario observaba "cómo una ronda con suerte hace a los nativos ricos en una noche, ahora, por tanto, se dedican más a la guerra, al robo y al saqueo que a su viejo negocio de escarbar en busca de oro".

Dicho cambio de la minería del oro a la captura de prisioneros tuvo lugar en el corto período comprendido entre 1700 y 1710, al término del cual la "Costa de Oro" suministró entre 5 000 y 6 000 cautivos por año. Hacia fines del siglo xviii el número de cautivos exportados descendió, pero el daño ya se había consumado. Vale la pena destacar una especie de rotación mediante la cual los europeos intentaron asignarle a distintos lugares del África Occidental y Central, en distintos momentos, la función de proveedores principales de esclavos para las Américas. De este modo, prácticamente todos los sectores que cubren la extensa costa occidental, desde el río Senegal hasta el río Cunene sufrieron durante varios años la experiencia de un intenso comercio de esclavos, con todas las consecuencias que aquello acarrearaba. Hubo períodos de varias décadas en la historia de la Nigeria occidental, del Congo, del norte de Angola y del Dahomey, en que las exportaciones mantuvieron promedios de muchos miles al año. La mayor parte de estas regiones tenía un desarrollo relativamente alto para el contexto africano. Eran de hecho fuerzas directrices en el continente, cuyas energías se podrían haber dedicado a su propio mejoramiento, y al avance y progreso del continente en su conjunto.

El cambio hacia actividades belicosas y el secuestro debe haber afectado a todas las ramas de la actividad económica, en particular a la agricultura. Si bien esporádicamente en ciertas localidades se incrementó la producción de alimentos, en general para ofrecer suficientes provisiones a los barcos de esclavos, las consecuencias del esclavismo sobre las actividades económicas fueron negativas. Una de las razones fue que el comercio esclavista despojó a la agricultura de mano de obra y mantuvo las condiciones de trabajo en medio de la incertidumbre. Dahomey, por ejemplo, que se sabe con certeza que en el siglo xvi exportaba alimentos a Togo, en el siglo xix padecía hambrunas. Las generaciones actuales de África pueden todavía recordar cómo acechaba la hambruna durante el período colonial y cómo trastornaba la rutina del trabajo agrícola cuando los hombres más diestros abandonaban sus hogares para irse de trabajadores migratorios. Está claro que el tráfico de esclavos representó de hecho una migración de mano de obra mil veces más brutal y perturbadora.

Uno de los requisitos del desarrollo económico es el de aprovechar al máximo el trabajo y los recursos naturales del país. Esto suele darse sólo en condiciones de paz, aunque hayan habido momentos en la historia en que ciertos grupos sociales se fortalecieron a base de saquear a sus vecinos en busca de mujeres, ganado y mercancías, porque posteriormente aprovecharon ese "botín" para beneficio de su comunidad. El esclavizamiento de África ni siquiera tuvo ese sentido redimible. Los cautivos se embarcaban al exterior, en vez de utilizarse dentro de una comunidad africana, para ir a crear riqueza en otros sitios trabajando el medio natural. Y en efecto, casi parecía un accidente que en algunas regiones los europeos hubieran reclutado ciertas cantidades de esclavos para trabajar para ellos, y sólo porque los amos se llegaron a percatar de que así se mantendrían mejor. En cualquier caso, el esclavismo impidió que la población se dedicara eficazmente a la agricultura y a la industria, y organizó cazadores profesionales de esclavos y soldados cuyo único objetivo era el de destruir. Muy aparte del aspecto moral y del inmenso sufrimiento que ocasionó, el comercio europeo de esclavos fue totalmente irracional desde el punto de vista económico, para el desarrollo del África.

Por razones de análisis, es preciso especificar más y pasar a referirse al tráfico de esclavos no ya desde una perspectiva continental y general, sino desde su diferente impacto en las distintas regiones. La intensidad relativa de los ataques para la captura de esclavos en distintas zonas es bien conocida. Aunque se recuerda que los boers esclavizaron a ciertos pueblos del África del Sur y los

Europeos cristianos a algunos pueblos musulmanes del norte de África, éstos fueron episodios menores. Las zonas principales de exportación de seres humanos fueron, en primer término, el África Occidental desde Senegal hasta Angola, todo a lo largo de un corredor que penetraba unas 200 millas al interior, y en segundo lugar, la región del África Oriental y Central, que hoy comprende Tanzania, Mozambique, Malawi, el norte de Zambia y el oriente del Congo.* Aun en el interior de cada una de estas grandes zonas se pueden hacer distinciones más detalladas.

Podría parecer, por lo tanto, que el comercio de esclavos no afectó a las regiones donde o no existió dicho tráfico, o donde no alcanzó un nivel muy alto. Muy por el contrario, si se afirma que el comercio de esclavos fue un factor de subdesarrollo para el continente en su totalidad, es simplemente porque no es posible concebir que los sectores africanos que se mantuvieron al margen del mercado con Europa quedaran completamente libres de las demás influencias que ejerció Europa. Tuvo tanto efecto, por un lado, el que los europeos se colaran a lo más profundo del continente, produciendo una competencia indiscriminada, como por el otro, aun con mayor impacto, el que al orientar las actividades de extensas zonas de África a la exportación de cargamentos humanos se cancelaran inevitablemente muchas interacciones favorables.

La proposición anterior puede ilustrarse y comprenderse más plenamente con algunas comparaciones. En toda economía los diversos componentes reflejan el bienestar de los demás. Cuando se produce una depresión en un sector, invariablemente se transfiere ésta, en cierta medida, a los demás sectores. De manera análoga, cuando hay abundancia en un sector los demás se benefician. En forma que recuerda al ecosistema en las ciencias biológicas, se puede advertir lo que, según los ecólogos, puede provocar un cambio único, por ejemplo el que acontece al desaparecer una especie de caracol, que desencadena toda una serie de reacciones positivas y negativas, incluso en esferas que parecen no tener ninguna relación con dicha especie. Las regiones de África que "quedaron libres" de la práctica de exportación de cautivos deben haberse visto afectadas por la tremenda dislocación en formas que no son fáciles de comprender, ya que hay tanto que depende de lo que *hubiera podido* pasar.

Las preguntas hipotéticas como "¿Qué habría ocurrido si...?" suelen conducir a especulaciones absurdas. Pero en este caso es absolutamente legítimo y necesario preguntarse: "¿Qué habría

* Hoy Zaire [r.]

ocurrido en la tierra de barotse, en el sur de Zambia, si no se hubiese generalizado el tráfico de esclavos a todo lo largo del cinturón centroafricano que se encuentra inmediatamente al norte de la región barotse?" "¿Qué habría ocurrido en Buganda si los katangueses se hubiesen podido concentrar en venderle cobre a los bagandas en vez de esclavos a los europeos...?"

Durante la época colonial los británicos obligaban a los africanos a cantar:

*Rule Britannia, Britannia rule the waves
Britons never never never shall be slaves.*

Los propios británicos empezaron a entonar esta canción a principios del siglo XVIII, en pleno apogeo de su utilización de los africanos como esclavos. "¿Qué nivel de desarrollo hubiese tenido Inglaterra si hubiera puesto a trabajar como esclavos a millones de sus habitantes lejos de su tierra de origen y secuestrados sin interrupción durante un período de cuatro siglos?" Y se podría especular aún más: incluso suponiendo que aquellos maravillosos muchachos nunca nunca nunca hubiesen podido ser esclavos, "¿qué efectos habría tenido sobre el desarrollo de Inglaterra el que Europa continental hubiera sido esclavizada?" En tal situación, sus vecinos más próximos habrían desaparecido del ámbito de los fructíferos negocios de Inglaterra, dejándola sola. Y en efecto, se puede destacar aquí el reconocimiento unánime en el medio académico de que los primeros estímulos para el crecimiento de la economía inglesa, aun antes de su expansión ultramarina a fines del feudalismo e inicios del capitalismo, provinieron de sitios como el Báltico y el Mediterráneo.

Una de las tácticas más socorridas de los académicos europeos (incluyendo los norteamericanos) es la de explicarnos que el mercado europeo de esclavos fue, sin duda, un fenómeno *moralmente malo*, pero *económicamente favorable* para África. Este tipo de argumentaciones apenas si merecen aquí una rápida ojeada, sólo para mostrar lo ridículas que pueden llegar a ser. Un argumento que se destaca mucho es el de que los gobernantes africanos y otros individuos al cambiar mercancías europeas por cautivos recibían "riqueza". Se olvida por completo que varios de los productos de exportación europeos competían con la producción africana y de hecho la estrangulaban; se olvida que de la larga lista de artículos europeos ninguno era del tipo que entrara en el proceso productivo, sino que más bien se trataba de artículos, o para su consumo inmediato, o para almacenarse inútilmente

en alguna parte. Y de manera increíble se disimula el hecho de que la mayor parte de esos productos importados eran de pésima calidad, incluso como bienes de consumo: ginebra barata, pólvora barata, calderos y cacerolas agujerados, cuentas de vidrio como los abalorios y toda una serie de basura surtida.

Sugieren, continuando con esta idea, que incluso ciertos reinos africanos se fortalecieron económica y políticamente gracias al comercio con los europeos, y citan como ejemplos los reinos más grandes del África Occidental, como Oyo, Benin, Dahomey y Asante. Oyo y Benin eran ya grandes mucho antes de la llegada de los europeos, y en los casos de Dahomey y Asante, aunque crecieron algo más durante el periodo del comercio europeo de esclavos, las raíces de su progreso datan de tiempos mucho más antiguos. Por otra parte —y aquí se descubre una de las falacias principales de los apologistas del comercio de esclavos— el hecho de que un Estado africano fortaleciera su estructura política y estuviera al mismo tiempo mezclado en la venta de cautivos a los europeos, no permite atribuir automáticamente tal avance a un beneficio derivado del comercio de esclavos. De la misma manera, la población de un país podía seguir creciendo aun si una epidemia de cólera mataba a miles de sus habitantes. Tal incremento ocurría, obviamente *a pesar* del cólera y no gracias a él. La misma lógica simple escapa a los que hablan de los beneficios del comercio de esclavos en África. La tendencia destructiva del comercio de esclavos puede establecerse claramente; y por doquiera que un Estado progresó durante la época del comercio de esclavos, la conclusión debe ser simplemente que lo hizo a pesar de los efectos adversos de un proceso que fue mucho más dañino que el cólera. Éste es el cuadro que se desprende del estudio cuidadoso de Dahomey, por ejemplo; y en último análisis aunque Dahomey hizo lo que pudo por continuar su expansión política y militar aun atado al comercio de esclavos, esta forma de actividad económica minó gravemente la base de su economía y lo dejó en condiciones mucho peores.

Otros argumentos de los que describen los beneficios del comercio de esclavos en África llegan a decir, ni más ni menos, que la exportación de millones de cautivos por los europeos fue una manera de evitar el hambre en África. Responder a esto sería doloroso, y a la vez una pérdida de tiempo. Aunque una versión ligeramente más sutil del mismo argumento sí exige respuesta: es la de que África ganó mucho porque en el proceso de la trata de esclavos se introdujeron nuevos cultivos de alimentos procedentes del continente americano, que llegaron a ser la base de la alimen-

tación en África. Tales cultivos eran el maíz y la yuca o tapioca que, hacia finales del siglo XIX, se convirtieron en alimentos básicos en África y continúan siéndolo. Pero la difusión de las cosechas de alimentos es uno de los fenómenos más comunes de la historia humana. La mayoría de los cultivos se originaron por lo general en un solo continente, y después por medio de los contactos entre sociedades, pasaron a otros lugares del mundo. El comercio de esclavos no tuvo ningún atributo especial que fomentara la difusión de los cultivos: cualquier forma de comercio hubiera hecho lo mismo. En la actualidad el alimento básico de los italianos es el trigo (duro) en la forma de alimentos como los espaguetis y los macarrones, y casi todos los europeos dependen de la papa. Los italianos tomaron la idea de la preparación del espagueti de los fideos chinos, una vez que Marco Polo los hubo traído de sus viajes por esas latitudes, y el resto de los europeos adoptaron la papa de los indios americanos. En ningún caso fue necesario esclavizar a los europeos para que gozaran de los beneficios de esa herencia lógica de la humanidad, pero a los africanos se les explica que el comercio europeo de esclavos los desarrolló al traerles el maíz y la yuca.

Todas las argumentaciones se han extraído de publicaciones recientes en libros y artículos que se presentan como el fruto de la investigación de las principales universidades de Inglaterra y Estados Unidos. Tal vez no sean los puntos de vista más comunes entre los académicos burgueses europeos, pero sí representan una tendencia que va en rápido ascenso y que bien podría llegar a convertirse en la nueva ortodoxia aceptada por los países capitalistas metropolitanos, en parte porque coincide a la perfección con la lucha de Europa en contra de cualquier nuevo intento de descolonización, tanto económica como mental. En un sentido sería preferible ignorar toda esa basura y ahorrarle a nuestra juventud tales insultos, pero desafortunadamente uno de los elementos del subdesarrollo actual de África es que las publicaciones disponibles y la misma educación están dominadas por los editores capitalistas y los académicos burgueses, que se dedican a formar la opinión a todo lo ancho del mundo. Ésta es la razón de que escritos como los que justifican el comercio de esclavos, deban exponerse como propaganda burguesa racista, sin ninguna relación con la realidad y con la lógica. No es un asunto meramente histórico, sino de la lucha de liberación contemporánea de África.

4.2 EL ESTANCAMIENTO TECNOLÓGICO Y LA DISTORSIÓN DE LA ECONOMÍA AFRICANA EN LA ÉPOCA PRECOLONIAL

Se ha indicado ya que la tecnología europea en el siglo xv no era del todo superior a la de otras partes del mundo. Tenía ciertas características específicas que dieron a Europa grandes ventajas, como algunos adelantos en la tecnología marítima y (en menor grado) en la tecnología de las armas de fuego. Los europeos que comerciaban con África en ese mismo siglo requerían hacer uso de bienes de consumo de Asia y de África, mostrando así que su sistema productivo no era absolutamente superior. Llama particularmente la atención el que durante los primeros siglos del comercio transoceánico los europeos dependieran en alto grado de las telas de la India para su reventa en África, y que se dedicaran también a comprar telas en la costa del África Occidental, para revenderlas en otros sitios. Así, Marruecos, Mauritania, Senegal, la Costa de Marfil, Benin, Yoruba y Loango se convirtieron en exportadores a otras partes de África a través de intermediarios europeos. Sin embargo, para cuando África entró a la época colonial, se dedicaba ya por completo a la exportación de algodón crudo y a la importación de tejidos de algodón. Este notable retroceso está ligado al avance de la tecnología europea y al estancamiento tecnológico de África, que se debió exclusivamente al comercio con Europa.

La manufactura de tela en el mundo pasó por una etapa de telares de mano y de producción artesanal en pequeña escala. Hasta el siglo xvi ése fue el patrón general de producción tanto de África como de Asia y Europa, siendo los manufacturadores de textiles asiáticos los más experimentados del mundo. La India es el ejemplo clásico en que los británicos utilizaron todos los medios a su alcance para acabar con la industria textil local de manera que la tela inglesa se pudiera comerciar hasta el último rincón del mundo, incluida la propia India. En África la situación no fue tan nítida, ni se requirió un esfuerzo tan concienzudo de los europeos para destruir la manufactura de tela africana, pero la tendencia general fue la misma. Europa se beneficiaba tecnológicamente de sus contactos mercantiles en el extranjero, mientras África o no llegaba a mejorar su situación, o lisa y llanamente perdía. Las invenciones e innovaciones vitales aparecieron en Inglaterra a finales del siglo xviii, una vez reinvertidas las ganancias del comercio exterior. La nueva maquinaria representaba la inversión del capital primario acumulado a partir del comercio y del esclavismo. Los mercaderes de África y de Asia (India) for-

talecieron a la industria inglesa, la cual a su vez aplastó toda otra industria que se mantuviese en pie en los que hoy se llaman los países "subdesarrollados".

La demanda africana de tela creció rápidamente durante los siglos xv, xvi y xvii, de tal forma que había mercado para toda la tela producida localmente e incluso la importada de Europa y de Asia. Pero la industria europea dirigida por una clase capitalista cada vez más adquisitiva fue incrementando su capacidad de producir en gran escala mediante la utilización de la energía del viento, del agua y del carbón. La industria textil europea tenía ya la capacidad de copiar los diseños de moda africanos e hindúes de mayor demanda, y, a la larga, remplazarlos. Por una parte, con la imposición de un cerco asfixiante para la distribución de productos textiles de toda la costa de África, y por la otra al provocar un estancamiento de las mercancías locales mediante la importación de tela al por mayor, los comerciantes europeos lograron finalmente triunfar, poniendo un alto a la expansión de la manufactura textil de África.

Muchos y diversos son los factores que se combinan para determinar el momento en que una sociedad rompe con la tecnología artesanal en pequeña escala para desarrollar una maquinaria destinada a dominar la naturaleza de tal forma que el trabajo se vuelva más efectivo. Para que esto ocurra una de las premisas principales es que exista una demanda superior a la cantidad de productos que pueden hacerse a mano durante cierto tiempo específico, de tal manera que se exija que la tecnología responda a una necesidad social determinada, como la demanda de telas. Cuando la tela europea logró dominar el mercado africano ello significó que los productos africanos quedaron aislados de la demanda creciente. Los artesanos productores, o abandonaron sus faenas ante la abundante y barata tela europea, o continuaron con los mismos instrumentos pequeños trabajados a mano creando estilos y piezas para mercados localizados. Hubo, por lo tanto, lo que puede llamarse un "paro tecnológico" o estancamiento, y en algunos casos una auténtica regresión tecnológica,* puesto que la

* La contribución de Rodney a la economía política, particularmente en este aspecto, genera nuevos conceptos y preguntas: ¿es la "regresión tecnológica" la operación de la ley del valor y el plusvalor en el nivel internacional? Pero, a diferencia del caso de la eliminación de una industria por otra en el país central, en la colonia el excedente producido *no permanece* en el país en la forma de capital constante (fábricas, máquinas) y en mínimo grado en capital variable (salarios), porque se exporta. Esto parecería modificar la ecuación de la composición orgánica del capi-

gente se olvidó hasta de las técnicas más simples de sus antepasados. Probablemente el ejemplo más significativo de regresión tecnológica fue el abandono de las técnicas tradicionales de la fundición del hierro en la mayor parte de África.

El desarrollo significa tener la capacidad de crecer en forma autosostenida. Significa que la economía registra avances que a su vez promueven mayor progreso. La pérdida de la industria y de la experiencia en África fue muy pequeña, si la medimos desde el punto de vista de los avances científicos modernos, o incluso desde los niveles que llegó a alcanzar Inglaterra a finales del siglo XVIII. Pero a pesar de esto, debemos tener en mente lo que significa detenerse en una etapa: claramente, la imposibilidad de proceder a las etapas siguientes. Cuando un individuo se ve obligado a abandonar la escuela apenas dos años después de iniciada su educación primaria, no hay forma de culparlo de estar académica o intelectualmente menos desarrollado que el que tuvo la oportunidad de terminar su educación hasta el nivel universitario. Lo que África experimentó en los siglos iniciales del comercio con Europa fue precisamente la pérdida de la *oportunidad* para desarrollarse, y ello tiene la máxima importancia.

Uno de los rasgos que caracterizan al avance tecnológico es el espíritu de investigación científica que se relaciona estrechamente con el proceso productivo. Es un impulso que conduce a la innovación y a la inventiva. Durante el período de surgimiento del capitalismo en Europa ésa fue precisamente la tendencia, y los historiadores han destacado siempre aquel espíritu de inventiva que tenían los ingleses en el siglo XVIII. Hoy, las sociedades socialistas no dejan las invenciones meramente al azar o a la buena suerte. Se dedican a cultivar activamente las tendencias innovadoras. Por ejemplo en 1958, en la República Democrática Alemana, la juventud montó una "Feria de innovadores juveniles", haciendo un llamado a la creatividad intelectual del joven socialista, de tal manera que en los siguientes 10 años se presentaron más de 2 000 nuevos inventos a la feria. El tipo de relación que mantuvo África con Europa a partir del siglo XV sirvió para bloquear, tanto directa como indirectamente este espíritu de innovación tecnológica.

Una forma de bloqueo directo fue el comercio de esclavos europeo, que sustrajo millones de jóvenes y adultos jóvenes, que

tal: ¿se descubre en ella cómo se subdesarrolla la colonia? La ecuación de Marx resiste la prueba de Rodney porque los capitalistas reducen al extremo su inversión en capital variable en la colonia, y la tendencia de la $oc = c/v$, sigue siendo el ascenso [T.]

son los principales agentes de la raza humana generadores de inventiva. Los que quedaron en las regiones seriamente amenazadas por los ataques para capturar esclavos, se preocuparon más por su libertad que por lograr mejoras en la producción. Además, en el occidente, el centro y el oriente de África hasta el más dedicado africano tuvo que participar mucho más en el comercio que en la producción, porque así lo había determinado la naturaleza de la economía que se derivó de sus contactos con Europa, y tal situación no fue conducente en modo alguno a la introducción de adelantos tecnológicos. Los grupos de mayor dinamismo comercial en extensas zonas de África fueron aquellos que lograron relacionarse con el comercio externo —principalmente los intermediarios afroportugueses de la Alta Guinea, las mujeres de los mercados del Akan, los mercaderes de la ribera en Biafra, los mulatos de Angola, los comerciantes yao de Mozambique y los swahilis y wanyamwezis del África Oriental. Su comercio se basó en productos de exportación como los cautivos y el marfil, para los cuales no se requería inventar maquinaria. Además, ellos mismos fueron los agentes distribuidores de las importaciones europeas.

En la época en que Inglaterra era la primera potencia económica mundial, se solía describirla como una nación de tenderos; pero debe entenderse que la mayor parte de las mercancías que los ingleses guardaban en sus tiendas las producían ellos mismos, y que era precisamente al hacer frente a los problemas que se presentaban en la producción que aparecían sus ingenieros con toda clase de invenciones. En África los grupos de mercaderes no podían contribuir en forma alguna a mejorar la tecnología porque el papel que debían desempeñar y las preocupaciones que absorbían sus mentes y energías los alejaban de la producción.

Aparte de la inventiva, debemos considerar igualmente el préstamo de tecnología. Cuando una sociedad por cualesquiera razones se ve tecnológicamente a la zaga de otras puede alcanzarlas o ponerse al corriente no tanto mediante invenciones independientes propias como pidiendo prestada tecnología. En efecto, son muy pocos los descubrimientos científicos importantes que han hecho separadamente distintos individuos en distintos sitios. Una vez que se llega a conocer un principio científico o un instrumento, éste se difunde hacia los demás pueblos. ¿Por qué falló entonces la tecnología europea en llegar a África durante todos esos siglos que duró el contacto entre ambos continentes? La razón fundamental fue que el mercado afroeuropeo por su propia naturaleza era en sí altamente desfavorable para la puesta en marcha y el intercambio de ideas positivas y de técnicas entre el sistema

capitalista europeo y el sistema precapitalista africano (comunalista, feudal y prefeudal) de producción.

La única sociedad que llegó a tomar prestadas algunas cosas eficazmente y se volvió capitalista fue el Japón. Japón tenía una sociedad feudal altamente desarrollada que se dirigía o progresaba ya en el mismo siglo XIX hacia sus propias formas capitalistas de producción. Su pueblo, que no fue ni esclavizado ni colonizado por Europa, mantenía relaciones de comercio externo bastante ventajosas. Por ejemplo, las manufacturas textiles japonesas prosperaban con el estímulo de su propio mercado interno en crecimiento y con los de muchos otros mercados en Asia y Europa. En tales circunstancias la joven clase capitalista japonesa dentro de la que se contaban muchos antiguos terratenientes de la economía feudal pidió prestada cierta tecnología de Europa y la aclimató con éxito antes de terminar el siglo XIX. Este ejemplo fuera de África nos permite subrayar que para que África hubiera podido recibir tecnología la demanda de tal tecnología tendría que haber provenido del interior de la misma África y, muy probablemente, de una clase o grupo que viera ciertas posibilidades de ganancia en la nueva tecnología. Tenía que haber habido tanto el deseo de los europeos de transferir tecnología como las estructuras socioeconómicas africanas capaces de aprovecharla e incorporarla.

La cacería de elefantes y de cautivos no produjo habitualmente en África otra demanda de tecnología que no fuera la de las armas de fuego. Las principales ramas de la actividad económica o eran destructivas, como el esclavismo, o eran fundamentalmente en el mejor de los casos, de extracción, como la cacería del marfil y la tala de árboles de madera de leva. No había, por tanto, ninguna razón para clamar por la importación de la "maestría" de los europeos. Las economías africanas sólo habrían podido aceptar o dar acogida a tales conocimientos tecnológicos de haberse detenido por completo las exportaciones con efectos deletéreos y negativos. Un hecho notable, que rara vez se trae a colación, es que efectivamente hubo varios gobernantes africanos, en distintos sitios del continente, que vieron claramente esta situación y que intentaron incorporar tecnología europea para el desarrollo interno, con la cual pretendieron remplazar el tráfico de esclavos.

Los europeos ignoraron deliberadamente todas las solicitudes africanas para que Europa pusiera ciertas técnicas y destrezas a su disposición. Estas circunstancias privaban en el reino del Congo al inicio del siglo XVI, como ya se mencionó. Ocurrió lo mismo en Etiopía, a pesar de que en este país no se llegó a establecer ningún

tráfico de esclavos con los europeos. En 1520 una delegación diplomática portuguesa llegó a las cortes etíopes. Habiendo examinado las espadas, mosquetes, ropas, libros y otros objetos de los portugueses, el emperador Lebna Dengel concibió la utilidad y conveniencia de introducir ciertas técnicas europeas en Etiopía. Se estableció así una correspondencia entre el emperador etíope y gobernantes europeos como los reyes Manuel I y Juan II de Portugal y el papa León X, en la cual se hicieron solicitudes de asistencia europea a las industrias etíopes. Pero hasta bien entrado el siglo XIX aún se seguían repitiendo las peticiones etíopes con el mismo propósito, con poco o ningún éxito.

En la primera mitad del siglo XVIII hubo otros ejemplos de gobernantes africanos que apreciaron la tecnología europea y declararon preferir tales destrezas a los barcos de esclavos. Cuando Agaja Trudo, del Dahomey, intentó detener el tráfico de esclavos, elaboró un comunicado a los artesanos europeos y envió para tal efecto un embajador a Londres. Un europeo que residió en la corte de Dahomey a fines de la década de 1720, decía lo siguiente a sus compatriotas: "Si conocéis un sastre, carpintero, herrero, o cualquier otra clase de hombre blanco que esté libre para venir aquí, decidle que encontrará una muy buena acogida e incentivos." También el Ashantene, Opoku Ware (1720-1750) pidió a los europeos que instalaran fábricas y destilerías en Asante, pero no recibió respuesta.

Teniendo presente el ejemplo de la historia del Japón, se debe destacar que los que hicieron las primeras solicitudes de asistencia técnica fueron los imperios del Congo y de Etiopía, que en el siglo XVI indudablemente se encontraban en un nivel comparable al de la mayoría de los estados feudales europeos, con la importante diferencia o salvedad de que no habían producido la semilla del capitalismo. En el siglo XVIII los grandes estados africanos de Dahomey y Asante alcanzaron gran prominencia: habían concluido su paso a través de la etapa comunalista y tenían por lo tanto una forma de estratificación en clases, a la par que una especialización y división del trabajo que cubría actividades tan diversas como el trabajo del oro, el hierro y la industria textil. La sociedad de Asante bajo el reinado de Opoku Ware había demostrado ya su capacidad de buscar innovaciones, por ejemplo cuando se dio al trabajo de deshilar la tela de seda de importación para combinarla con hilo de algodón y producir la famosa tela *kente*. En otras palabras, aquellas sociedades africanas no habrían tenido ninguna dificultad en dominar las técnicas europeas y llenar la

brecha más bien estrecha que las separaba de la Europa de aquel tiempo.

Ya bien entrado el siglo XIX Europa seguía mostrando la misma indiferencia a las solicitudes de ayuda práctica que le hacía África, a pesar de que para entonces tanto los gobernantes africanos como los capitalistas europeos hablaban ya de cómo reemplazar el comercio de esclavos. A principios del mismo siglo un rey de Calabar (al oriente de Nigeria) escribía a los ingleses pidiéndoles un ingenio de azúcar; al tiempo que, en 1804, el rey Adandozan de Dahomey tuvo la audacia de pedir incluso ¡una fábrica de armas de fuego! También en aquellas fechas, muchas partes del África Occidental se iban a la guerra con las armas de fuego y la pólvora de los europeos. En Dahomey se difundía el siguiente decir: "El que fabrica la pólvora gana la guerra..." Así se expresaba el pleno reconocimiento por los africanos de que tarde o temprano habrían de sucumbir frente a la superioridad de los europeos en el campo de la tecnología de las armas. Por supuesto que los europeos también se habían percatado de que su tecnología de armas era decisiva, y no había ni la más remota posibilidad de que aceptaran ayudar a los africanos a fabricar armas y municiones.

Las condiciones del comercio de África con Europa no fueron favorables a la creación de una demanda africana consecuente con la aparición de la tecnología necesaria para el desarrollo; y toda vez que apareció tal demanda o fue ignorada o rechazada de plano por los capitalistas. Después de todo, no estaba en el interés de los capitalistas el desarrollo de África. En fechas más recientes, bajo el mandato de Kwame Nkrumah en Ghana, los capitalistas occidentales se negaron a construir una presa sobre el río Volta, hasta que se dieron cuenta de que los checoslovacos harían el trabajo; se negaron a construir la presa de Aswan en Egipto, haciendo necesario que la Unión Soviética llegara al rescate a construirla; y en circunstancias semejantes fueron poniendo obstáculos a la construcción del ferrocarril de Tanzania a Zambia, hasta que el Estado socialista de China se adelantó para manifestar su solidaridad con los campesinos y obreros africanos de una manera práctica. La apreciación del problema en su conjunto desde una perspectiva histórica permite ver cómo el capitalismo siempre ha desalentado la evolución tecnológica de África y cómo obstruye el acceso de África a su propia tecnología. Más adelante se ilustrará cómo el capitalismo introdujo en África sólo los aspectos más limitados de su cultura material, apenas aquellos que fueron indispensables para lograr una explotación más eficaz; y cómo, en

general, la tendencia fue que el capitalismo subdesarrollara a África en materia de tecnología.

El comercio europeo de esclavos y el comercio europeo ultramarino en general, tuvieron lo que se conoce como "efectos multiplicadores en el desarrollo de Europa, en una dirección muy favorable. Esto quiere decir que los beneficios que se derivaron de los contactos con el extranjero se fueron extendiendo a muchos niveles de la vida europea no directamente conectados con el comercio extranjero, y que la sociedad entera fue quedando así mejor equipada, más capacitada para llevar a cabo su propio desarrollo interno. En cuanto a África, lo que ocurrió fue precisamente lo contrario, y no sólo en la esfera de la tecnología, sino también en lo referente al tamaño y la utilidad de todas las economías africanas. En un proceso evolutivo normal el tamaño de una economía crece a un ritmo constante, de tal manera que si hay dos economías vecinas éstas tienden a fundirse en una sola. Fue precisamente de esta forma que se estructuraron las economías nacionales de los estados de Europa Occidental, mediante una combinación gradual y progresiva de economías que antes estuvieron separadas. El comercio con África, de hecho, ayudó también a Europa a lograr que dicho proceso se llevara a cabo, culminando con una mayor fusión de las economías nacionales. Empero, lo que en África produjo fue la desintegración, el rompimiento de la estructura económica en el nivel local. Hizo asimismo que cada economía local dejara de estar orientada exclusiva o aun primariamente a satisfacer las necesidades de sus habitantes, y que (independientemente de que los africanos lo reconocieran o no) todos los esfuerzos económicos quedaran subordinados a intereses ajenos y se tornaran dependientes de aquellas fuerzas externas cuyo centro se situaba en Europa Occidental. De esta manera la economía africana vista en su conjunto fue desviada de su trayecto anterior y sufrió una profunda deformación.

Es ya del conocimiento común que en el África de hoy uno de los motivos principales por los que no puede materializarse con facilidad una verdadera industrialización es que el mercado de bienes manufacturados en cualquier país africano es muy pequeño, y que no hay una integración de los mercados a lo largo de grandes zonas de África. La relación de África con Europa tuvo desde su inicio una dirección opuesta a la integración de las economías locales. Ciertos vínculos interterritoriales que se habían establecido con el continente, se rompieron después del siglo XV debido al comercio europeo. Ejemplos de ello se encuentran especialmente a todo lo largo de la costa occidental de África hasta

Angola, porque en esas regiones el comercio europeo fue más voluminoso y los registros escritos que sobreviven son también más abundantes.

Cuando los portugueses llegaron a la región de lo que hoy es la Ghana moderna, hacia la década de 1470, tenían muy pocas mercancías que ofrecer a sus habitantes a cambio del oro tan codiciado por Europa. Sin embargo, pudieron agenciárselas para transportar desde Benin en Nigeria cargamentos de tejidos de algodón, abalorios y mujeres esclavas, que podían venderse en la "Costa de Oro". Los portugueses respondían así a una demanda que se daba en la "Costa de Oro" por lo que se presume que existió un comercio previo entre los pueblos de Benin y de la "Costa de Oro", particularmente de Akan. Los akanes eran productores de oro, y las gentes de Benin eran artesanos especializados que producían un excedente de tejidos y abalorios que manufacturaban ellos mismos. Como gran Estado expansionista, con un ejército considerable, Benin disponía también de prisioneros de guerra, mientras que al reino de Akan parecía preocuparle más el crecimiento de su propia población y de su fuerza de trabajo, de manera que compraba mujeres cautivas de Benin y las integraba rápidamente como esposas. Cuando los portugueses intervinieron, este intercambio se vio subordinado a los intereses del comercio europeo. Una vez que Portugal y las demás naciones europeas tuvieron la suficiente mercancía para no depender ya de la reexportación de ciertos bienes de Benin, entonces todo lo que quedó fueron los vínculos de la "Costa de Oro" con Europa, por un lado, y de Benin con Europa, por el otro.

Probablemente los productos de Benin llegaban anteriormente a la "Costa de Oro" a través de las caletas detrás de la costa de lo que hoy son Dahomey* y Togo. Por lo tanto, debió haber sido más conveniente el tránsito directo cuando los europeos lo establecieron a través del mar abierto. Como ya se ha señalado la superioridad de los europeos en alta mar unida a su capacidad de organización tuvo el máximo valor estratégico. Ejemplos de esto se dieron en varios sitios, empezando por el Magreb y Mauritania. Una vez que los portugueses se aseguraron el control de la costa del Atlántico en el noroeste de África, pudieron asegurarse asimismo la adquisición de caballos, productos de lana y abalorios, que embarcaban más al sur para el África Occidental, a cambio de oro y esclavos. Y hasta el siglo xvi, el principal artículo de comercio que trajeron los portugueses a Senegambia fue el caballo.

* Recientemente Dahomey adoptó el nombre de Benin [r.]

A cambio de un caballo recibían tanto como quince cautivos. También utilizaron la lana y los abalorios para comprar oro sobre el río Gambia, y más al sur en Sierra Leona.

Es necesario recordar que el Sudán Occidental mantenía relaciones con la costa del África Occidental y con el África Septentrional, y que mucho antes de la llegada de los europeos se llevaban caballos del norte de África para cruzarlos con los caballos locales del occidente africano. También mucho antes de la llegada de los europeos, los árabes y los mauritanos viajaban al río Senegal y más al sur para encontrarse con los mercaderes mandingas del Djola y entregarles productos tales como los abalorios hechos en Ceuta y los hilados de lana de borrego del norte de África. Con la ventaja de la rapidez del transporte por mar en contraste con la demora de los viajes a través del desierto, lo que efectivamente estaban haciendo los portugueses era desbaratar la integración económica de la región. Tal como en el caso de Benin y Akan, es preciso observar que una vez que los portugueses se convirtieron en intermediarios, tuvieron en sus manos la oportunidad de producir un nuevo patrón de comercio según el cual tanto África Noroccidental como África Occidental tuvieron que mirar a Europa y olvidarse la una de la otra.

En la costa de la Guinea Septentrional se presentó un fenómeno semejante, pero en este caso la explotación europea contó con la ayuda de la presencia de los colonos blancos en las islas de Cabo Verde. Los portugueses y los colonos de Cabo Verde irrumpieron en el patrón de comercio de la Guinea Septentrional desde la década de 1470. Intervinieron en todas las formas de transporte de algodón crudo y de tintura de índigo entre una y otra comunidad africana, y los colonos blancos de Cabo Verde establecieron una floreciente industria de cultivo y manufactura de algodón. Utilizaban el trabajo y las técnicas de la tierra continental y exportaban los productos elaborados a todo lo largo de la costa hasta Accra.

Los portugueses se apoderaron, además, del comercio de cauris en el reino del Congo y en las islas vecinas, del comercio de sal a lo largo de la costa angoleña, y del comercio de palma de alta calidad entre el norte y el sur de Angola. En algunos casos lograron imponerse no sólo gracias a sus naves y su experiencia comercial, sino también al uso de la fuerza —siempre y cuando operaran desde la costa y pudieran hacer uso de sus cañones. En el África Oriental, por ejemplo, los portugueses usaron la violencia para acaparar el comercio de los árabes y los swahilis. La misma tendencia siguió la destrucción del comercio africano entre la

Costa de Marfil y la Costa de Oro. Éste consistía de un pujante comercio efectuado en canoas entre ambas regiones, con el que los pobladores del Cabo Lahou (en la Costa de Marfil actual) navegaban cruzando el Cabo de las Tres Puntas para vender sus telas en sitios tan distantes como Accra. Los portugueses erigieron un fuerte en Axim, cerca del Cabo de las Tres Puntas, para dar servicio al comercio del oro de los distritos interiores; una de sus funciones era la de atajar el comercio africano costero entre este y oeste. Prohibían a los residentes de Axim el paso al Cabo Lahou, y detenían las canoas de la Costa de Marfil que intentaban viajar hacia el este, más allá de Axim. El propósito era obviamente hacer que ambas zonas se constituyeran en entidades económicas independientes, ligadas exclusivamente a Europa.

El comercio africano antes mencionado demostró tener raíces profundas. Los holandeses lo encontraron aún funcionando cuando llegaron a Axim en 1637. Los empleados de la Compañía Holandesa Occidental de Indias que operaban en la Costa de Oro, deseaban poner un alto total al comercio africano; y al no poder lograrlo trataron de obligar a la gente de la Costa de Marfil a comprar una determinada cantidad de mercancías holandesas. Dictaminaron que todo conductor de canoa que se dirigiera al Cabo Lahou debía cargar mercancías holandesas por un valor de cuatro onzas de oro. Ello con el objeto de convertir a un comercio exclusivamente interafricano en uno euroafricano.

Doblemente dañino para los esfuerzos africanos por integrar sus propias economías fue el hecho de que en el momento en que los europeos se convirtieron en intermediarios de las redes de comercio locales, lo hicieron fundamentalmente con el fin de facilitar la extracción de cautivos, y subordinaron por lo tanto toda la economía al comercio europeo de esclavos.

En la Guinea Septentrional y en las islas de Cabo Verde, los portugueses y sus descendientes mulatos se dedicaron a una gran variedad de intercambios en que se contaban el algodón, las tinturazas, las nueces de cola y los productos europeos. Su objetivo era llenar las bodegas de los barcos de esclavos. En el Congo y en Angola aparece el mismo cuadro. Con la sal, las cauris y la tela de palma que llegaban a sus manos, los portugueses cubrían sus carencias de bienes para comerciar y las utilizaban para comprar cautivos en varios puntos de la costa o bien en el interior del continente.

El elemento de subordinación y dependencia tiene una importancia crucial para entender el subdesarrollo africano en la actualidad, y puede advertirse que sus raíces se remontan muy lejos, en

la era del comercio internacional. También se debe señalar que existió un tipo de falsa o seudointegración, que suele ser el camuflaje de la dependencia. En los tiempos contemporáneos esta seudointegración ha tomado la forma de las áreas de libre comercio en las regiones del mundo anteriormente colonizadas. Tales áreas de libre comercio se establecen para ajustar las regiones a la penetración de las compañías multinacionales. Fue a partir del siglo xv que apareció la seudointegración, presentándose como una articulación de las economías africanas en sitios muy distantes de la costa, de tal manera que facilitó el tránsito de cautivos y de marfil asegurando que pudieran salir de un punto determinado en el interior, y llegar a un puerto también determinado, en los océanos Atlántico o Índico. Por ejemplo, los cautivos eran transportados desde el Congo a través de lo que hoy es Zambia y Malawi hasta Mozambique, donde pasaban a las manos de los compradores portugueses, árabes o franceses. En ninguna forma se trataba de una integración genuina de las economías africanas. Tal comercio meramente representaba la expansión de la penetración extranjera, que iba apagando uno a uno a los comercios locales.

El mercado del oro del África Occidental no fue destruido, pero se volvió directamente dependiente de los compradores europeos al ser desviado de sus rutas hacia el norte a través del Sáhara. Desde el siglo v en adelante, el comercio aurífero a través del Sáhara había nutrido, a una de las regiones de mayor desarrollo político en toda el África dentro del cinturón de sabanas del Sudán Occidental. Pero era más conveniente para Europa obtener el oro de la costa occidental que a través de sus intermediarios norafricanos, y sólo nos resta especular sobre qué habría pasado en el Sudán Occidental de no haberse interrumpido el crecimiento constante del comercio del oro, durante los siglos xvii y xviii. De todas formas, hay algo que se puede agregar a favor del comercio africano con Europa en lo que atañe a esta mercancía en particular. La producción de oro supuso la existencia de una minería y de un sistema de distribución estructurado en el interior de África. En el país de Akan y en ciertas zonas de Zimbabue y de Mozambique se mantuvieron florecientes sistemas sociopolíticos hasta el siglo xix, en gran medida gracias a la producción aurífera.

También se obtuvieron ciertos beneficios de la exportación del marfil. La búsqueda de marfil llegó a ser la actividad más prominente de varias sociedades del África Oriental, en una u otra época, a veces combinada con el comercio de cautivos. Los wan-yamwezi de Tanzania fueron los comerciantes más conocidos del

África Oriental —adquirieron su reputación por su afán en transportar mercancías a lo largo de cientos de millas entre el lago Tangañica y el Océano Índico. Cuando los wanyamwezi se concentraron en la exportación de marfil, se desató el desarrollo de otras actividades provechosas, como por ejemplo el comercio cada vez mayor de azadores, de alimentos y sal, entre ellos y sus vecinos.

Pero como el marfil era un producto que se agotaba rápidamente en cualquier región, la lucha por asegurarse nuevas provisiones podía llevar a una violencia comparable a la que acompañaba la búsqueda de cautivos humanos. Añadido a esto, la limitación principal del comercio del marfil era lógicamente que no tenía su origen ni en las necesidades ni en la producción locales. En ninguna sociedad africana había demanda de grandes cantidades de marfil, y ninguna sociedad africana se dedicó a la caza del elefante y a la recolección de colmillos de marfil en gran escala, mientras no llegó la demanda de Europa y de Asia. Cualquier sociedad africana que tomara en serio la exportación de marfil tenía que reestructurar consecuentemente su economía para asegurar el éxito del comercio de este producto. Ello a su vez generaba una excesiva e indeseable dependencia del mercado ultramarino y de una economía externa. Aunque podía crecer el volumen del comercio y podían aumentar ciertos beneficios colaterales, a la vez disminuía la posibilidad de lograr la independencia económica que hubiera permitido un progreso social autosostenido. Además, no debe olvidarse en ningún momento el opuesto dialéctico del comercio de África: es decir, la producción en Europa y en América bajo control europeo. Los escasos subproductos socialmente útiles que se derivaron de la caza de elefantes fueron insignificantes al compararlos con las ganancias, la tecnología y la experiencia que se obtuvieron en relación con este producto en Europa. De esta manera, la brecha entre África y Europa se fue ensanchando incesantemente, y ha sido sobre la base de esta brecha que hemos llegado al desarrollo y al subdesarrollo.

4.3 EJEMPLOS DE DESARROLLO POLÍTICO-MILITAR CONTINUADO EN ÁFRICA, DE 1550 A 1885

Los historiadores nacionalistas africanos contemporáneos insisten, y con razón, en que África tuvo un pasado significativo antes de la llegada de los europeos. También subrayan que los pueblos africanos continuaron haciendo su historia por mucho tiempo después

de su contacto con Europa, y de hecho hasta el período mismo de la colonización. Tal enfoque sobre el pasado del continente es perfectamente compatible con el que destaca el papel transformador o deformador de las fuerzas externas, como los mercados de ultramar de esclavos, de oro, de marfil, etc. La conciliación de ambos enfoques se hace más fácil si se toman en cuenta los factores siguientes:

a) Que el impacto externo (y principalmente europeo) hasta 1885 fue muy desigual desde el punto de vista geográfico, siendo obviamente las costas las más afectadas.

b) Que el comercio con los europeos afectó distintos aspectos de la vida africana en diversos grados, mientras se conservaban prácticamente intactos los aspectos políticos, militares e ideológicos.

c) Que las características más dinámicas de la evolución africana independiente (como se ilustró en el capítulo 2) continuaron vigentes después de 1500.

Ya se ha señalado que podría ser confuso el dividir a África en compartimentos, en zonas que fueron afectadas y zonas que no fueron afectadas por el comercio de esclavos, porque la verdad es que el continente entero tuvo que sufrir el daño que causó. Con todo, para los propósitos de esta sección, baste distinguir *grosso modo* las partes de África que quedaron atrapadas directamente en las actividades generadas por los europeos, y las que, a juzgar por las apariencias, continuaron con formas de vida tradicionales.

En ciertas zonas, como el África Central, algunas sociedades continuaron su desarrollo porque la población mantuvo la libertad de seguir por el camino trazado por la interacción de los pueblos africanos con el ambiente africano de las localidades en cuestión. Incluso hubo avances en aquellas sociedades que fueron objeto de los ataques más sostenidos del esclavismo. El tráfico de esclavos condujo a la dominación comercial de África por Europa, en el contexto del comercio internacional, pero en muy pocos casos pudieron los europeos desplazar a la dirección política africana de los diversos sistemas. Así, aun los estados africanos en estrecho contacto con Europa durante el período precolonial, tuvieron a pesar de todo cierta capacidad de maniobra política y su evolución pudo continuar.

La conquista militar de África no se produjo sino con la contienda imperialista para apoderarse del control. En los siglos de contacto con Europa, previos a la colonia, seguía habiendo ejér-

citados africanos, con todas las implicaciones sociopolíticas que se asocian con el sector armado de la sociedad. Igual importancia tenía el hecho de que las importaciones culturales e ideológicas de Europa eran prácticamente nulas. El cristianismo intentó de manera esporádica y ambivalente producir cierto impacto en algunas partes del continente, pero la mayoría de los escasos misioneros que llegaban al Congo, Angola y Guinea Septentrional se ocupaban sólo en bendecir a los africanos que serían embarcados a través del Atlántico, hacia la esclavitud. En esas circunstancias el cristianismo prosperaba solamente en Etiopía, donde tenía raíces locales. En cualquier otro lado florecían el islamismo y otras religiones que no tenían nada que ver con el comercio europeo. Como en épocas anteriores, la religión continuó actuando como un elemento de la superestructura, lo que era crucial para el desarrollo del Estado.

En tanto siga existiendo el control político y se pueda seguir movilizándolo a la población para el uso de las armas, y en tanto una sociedad continúe teniendo la opción de definir su propia ideología y cultura, el pueblo de esa sociedad seguirá teniendo en sus manos parte del control de su destino, a pesar de las restricciones existentes, como las que se impusieron en el continente africano a medida que se deslizaba hacia la órbita de los satélites de la Europa capitalista. Aunque el desarrollo histórico es inseparable de las condiciones materiales y del estado de la tecnología, también controla parcialmente la conciencia de los pueblos en sus distintas etapas. Ello es la parte de la interdependencia de la base y la superestructura a la que se hizo referencia al principio.

La revolución es la manifestación más dramática de la toma de conciencia de un pueblo o de una clase social en cierto estadio de la historia. Sin embargo, la propia clase gobernante de cualquier sociedad está siempre mezclada en el proceso de desarrollo, como instrumento consciente del cambio o del mantenimiento del statu quo. En esta sección se prestará especial atención a la política, y a su acompañante en el poder, lo militar. En esas áreas, los africanos alcanzaron a sobresalir, aun frente al comercio de esclavos.

El desarrollo político-militar de África entre 1500 y 1885 implicaba que los conjuntos sociales africanos habían alcanzado una mayor capacidad de defender sus intereses en contraposición con los de los pueblos foráneos. Significaba también que el individuo dentro de un Estado políticamente maduro y militarmente fuerte estaba protegido de cualquier amenaza externa de eliminarlo físicamente y que por lo tanto tenía mayores probabilidades de

aplicar sus conocimientos en campos tan diversos como el arte de trovar y el labrado del bronce, todo bajo la protección del Estado. Podía también aplicar su capacidad creadora e inventiva para perfeccionar la religión de su pueblo o las nuevas técnicas guerreras, idear una legislación o constitución más aceptable y estimular el progreso de la agricultura y el comercio. Esos beneficios, desde luego, recaían principalmente en un pequeño sector de la sociedad africana, tanto dentro como fuera de la zona del esclavismo, ya que, a medida que retrocedía el comunismo, se iba debilitando el principio de distribución igualitaria. Estas características se aprecian en ejemplos concretos tomados de la historia de todo el continente durante el período precolonial.

a) Los yorubas

En un párrafo anterior se citó el Estado yoruba de Oyo como uno de los representantes más sobresalientes del desarrollo africano hasta que llegaron los europeos en el siglo xv. Se han podido estudiar acuciosamente las notables producciones artísticas del reino de Oyo y de su Estado, Ife, que le dio origen, así como del Estado también relacionado de Benin, porque pudieron preservarse muchas esculturas de marfil, terracota y bronce. Los bronzes más antiguos son los mejores, advirtiéndose un deterioro progresivo en su diseño a partir del siglo xvi y hasta entrado el xviii. Políticamente, los estados como Oyo y Benin siguieron progresando durante un tiempo mucho mayor después de la llegada de los europeos a la costa africana. Como los pueblos oyo y yoruba se encontraban en una zona de esclavizamiento intensivo, su destino entre 1500 y 1885 tienen considerable significación. El reino de Oyo se mantuvo casi al margen del tráfico de esclavos hasta fines del siglo xviii, concentrándose sus habitantes en la producción y en la consolidación y expansión del comercio local. Aunque el núcleo del reino de Oyo se había cimentado ya en el siglo xv, en los tres siglos siguientes se expandió hasta controlar todo lo que se llamaría más tarde la Nigeria Occidental, extensos territorios al norte del río Níger y toda la superficie del actual Dhomey. Era en efecto un imperio, gobernado por un Alafin conjuntamente con una aristocracia. Hacia los siglos xvi, xvii y xviii se cristalizaron los sutiles mecanismos constitucionales que regulaban las relaciones entre el Alafin y sus súbditos principales y entre la capital y sus provincias.

Este reino empleaba la costa como puerto de exportación de textiles antes que de esclavos. Localizado un tanto al interior, el

pueblo yoruba de Oyo se concentraba en sus relaciones con las regiones centrales, manteniendo los nexos comerciales con la zona del Sudán Occidental. Del norte, Oyo obtenía los caballos que hacían temer y respetar a sus ejércitos. Oyo es un primer ejemplo de desarrollo africano con raíces muy profundas en el pasado y en las contradicciones entre el hombre y su medio. Su pueblo continuaba desarrollándose al impulso tanto de fuerzas que no manipulaba conscientemente como de la utilización deliberada de la técnica política.

Para comienzos del siglo XIX tanto Oyo como el territorio de Yoruba empezaron a exportar cautivos en cantidades considerables. Se obtenían con campañas militares fuera de Yoruba y también comprándolos en el mercado local de esclavos. La obtención de esclavos locales implicaba secuestros, asaltos armados a la población, incertidumbre y falta de unidad. Todo ello, junto con las tensiones institucionales internas y las amenazas provenientes del norte musulmán, precipitaron la caída del imperio de Oyo hacia 1830. También fue despojada la cuna ancestral de los yorubas en Ife y sus habitantes se convirtieron en refugiados, a causa del enfrentamiento entre los propios yorubas motivados por los secuestros para la venta de esclavos.

Sin embargo, testimonio del desarrollo logrado en aquella parte de África es que aún en los años siguientes, sus habitantes pudieron reconstruir nuevos estados políticos, principalmente los de Nuevo Oyo, Ibadan, Ijaye, Abeokuta e Ijebu —cada uno centrado en un asentamiento y con suficiente tierra para una próspera agricultura. Hasta que llegaron los ingleses a imponer amablemente "el orden" en Nigeria, los pueblos yoruba continuaron experimentando una sucesión de distintas estructuras políticas, con fuerte presencia del elemento militar, y manteniendo la religión de sus antepasados.

Con la conciencia de sus límites territoriales, los habitantes y monarcas de un Estado tenían enfrentamientos con los estados vecinos. Los estados de la época feudal en Europa y Asia se preocupaban muy especialmente de su potencia militar. La clase gobernante incluía parcial o totalmente a las fuerzas bélicas profesionales del Estado. Una explicación con la que justificaban el gozar de la mayor parte de los excedentes que generaba la sociedad era que ofrecían protección armada al siervo o campesino común. Esa racionalización se empleaba por igual y con tanta validez en el país de los yorubas del siglo XIX como en Prusia y en el Japón. Sin duda, los africanos de esa región seguían una trayectoria de desarrollo igual que la que llevó a una organización social comparable

al feudalismo en Europa, Asia y otras partes de África, como Etiopía y el Magreb, que se encontraban en ese estadio algunos siglos antes.

En el imperio de Oyo predominaba el poder civil, y los generales y militares eran servidores del rey. Más adelante, sin embargo, los militares usurparon el poder político. Por ejemplo, el estado de Ajaye fue fundado por Kurunmi, del que se decía había sido el más grande general yoruba en aquellos tiempos turbulentos que siguieron a la caída de Oyo. Kurunmi se granjeó una ascendencia militar personal en Ajaye. Ibadan fue un tanto distinto, en cuanto a que ahí mandaba un grupo de oficiales que formaban colectivamente una élite política. Los intentos por restablecer el poder civil eran titubeantes y no tuvieron nunca éxito. Después de todo, el pueblo mismo había nacido de un campamento militar.

El Estado-ciudad de Abeokuta fue tal vez el que hizo los intentos más sistemáticos por convertir a las fuerzas militares en instrumento del Estado civil. No obstante, lo que más importaba era la defensa de las poblaciones dentro de las murallas fortificadas de Abeokuta. Contra ellas se habían estrellado muchos ejércitos rivales y en esas circunstancias los *ologun* o jefes militares eran el poder supremo, social y político.

En el período en que se llevaba a cabo la militarización de la política en el país yoruba, empezaron a ocurrir cambios en la estructura de la sociedad que generaron una estratificación de clases más pronunciada. La guerra producía gran número de cautivos, con lo cual el país alcanzó fama como proveedora de esclavos, la que duró hasta el decenio de 1860. Muchos prisioneros de guerra se retuvieron localmente, en condiciones que se aproximaban ya fuera a la esclavitud como a la servidumbre, según se tratara o no de la primera generación de cautivos. A veces, los refugiados que huían de los pueblos destruidos se quedaban sin más opción que la de volverse clientes o siervos de otros yorubas libres. Se obligaba a tales refugiados a ofrecer servicios a los nuevos amos cultivando la tierra, a cambio de la protección armada. Los siervos también se empleaban como soldados, dándoseles acceso a los medios de producción (la tierra) una vez que satisfacían ciertas obligaciones militares. Esto indica hasta qué punto se había debilitado el principio del parentesco, y muestra que, a diferencia de la típica comunidad de aldea, los estados como el yoruba en el siglo XIX distribuían responsabilidades y derechos a sus ciudadanos sobre la base de las obligaciones recíprocas características del feudalismo.

Durante el período que se ha considerado, se acentuó la divi-

sión del trabajo entre los yoruba, con la aparición de los soldados profesionales o "jóvenes de la guerra" como se les llamaba. Los soldados profesionales, hijos de aristócratas, desdénaban la agricultura, dejándola a cargo de prisioneros y siervos, cuya gran mayoría era la que aseguraba la abundancia de la producción agrícola. También florecieron otras ramas de la actividad económica, como la industria textil, la fabricación de aceite de palma, y la comercialización de diversos productos. Todas esas actividades se desarrollaban pese a la pérdida de trabajadores a causa de la exportación de esclavos y aun la mano de obra que se dedicaba a su captura. Los visitantes europeos que llegaron al país Yoruba a mediados del siglo XIX podían aún admirar el nivel de su cultura material, así como los aspectos llamativos y floridos de su cultura espiritual, como los festivales del ñame y los ritos religiosos de Shango, Ogboni, etcétera.

Uno de los artículos de la tecnología europea que los africanos anhelaban y que podían obtener fácilmente era el arma de fuego. De 1820 en adelante los yorubas adquirieron grandes cantidades de armas de fuego europeas y las incorporaron a su patrón de consumo y a sus estrategias política y militar. Poco antes de la era colonial los generales yorubas empezaron a obtener fusiles de retrocarga e incluso petardos; pero Europa se interpuso demasiado rápidamente como para que aquellas medidas llegaran demasiado lejos. Con una serie de empresas que comenzaron a llevar a cabo en 1860 en la población de Lagos (que iban desde la infiltración de misioneros hasta las invasiones armadas) los ingleses lograron someter a esa parte de África bajo su férula colonial.

El desarrollo económico equivale a un incremento de la capacidad productiva, y está ligado a las formas de tenencia de la tierra y a las relaciones de clase. Estas relaciones básicas se manifestaron tanto positiva como negativamente en la historia de los yorubas, en los decenios anteriores a la pérdida de la independencia. Mientras no se trastornara la producción agrícola, podía mantenerse fuerte un Estado yoruba. Ibadan fue una vez la principal potencia militar del país yoruba, vendiendo cautivos y reteniendo muchos para explotarlos en su propio beneficio. Pero la guerra llegó a asolar las tierras de cultivo de Ibadan, y los monarcas del Estado empezaron simultáneamente a retirar prisioneros de la agricultura y a venderlos a los europeos en vez de hacerlos labrar la tierra. Esto se había vuelto necesario porque Ibadan requería armas de fuego, que sólo podían obtenerse vendiendo cautivos. Fue en ese momento que verdaderamente se sintió el efecto aniquilante de la

presencia de los compradores europeos de esclavos, quienes se enseñorearon de la situación.

Al vender a sus cautivos y siervos, Ibadan socavaba su propia base socioeconómica. Si se quería que los prisioneros se convirtieran en una auténtica clase de siervos, había que garantizarles su permanencia en el campo y ofrecerles protección de los intentos de venderlos. Fue por ello que en Europa el esclavismo como modo de producción cedió el paso a la servidumbre y al feudalismo. Efectivamente, en condiciones normales, la sociedad yoruba habría garantizado rápidamente la inamovilidad de los cautivos al integrarlos a su producción local. Pero el vendaval que desencadenó la presencia de los europeos compradores de esclavos fue irresistible, y cualquier esperanza de resolver el problema se esfumó con la pérdida del poder político bajo el régimen colonialista.

Muy a menudo los historiadores han señalado el fracaso de los estados yoruba en el siglo XIX para unificarse y producir una agrupación tan grande como el anterior imperio de Oyo. Sin embargo, cabe recordar en primer lugar, que el tamaño de una entidad política no es automáticamente el criterio más importante para evaluar los logros de su población; y en segundo, que un pueblo puede desintegrarse políticamente y reintegrarse más tarde de manera todavía más efectiva. Los estados yoruba de Ibadan, Abeokuta, Ijaye, etc., tenían poblaciones de hasta 100 000 habitantes —tan grandes como la mayoría de los Estados-ciudades, principados y condados palatinos de la Alemania feudal. Esta comparación, que vale la pena destacar, era justamente la que impresionaba a los europeos que visitaban el país yoruba a mediados del siglo XIX.

Alemania tenía ya una larga tradición de una cultura y un lenguaje comunes cuando logró la unidad política bajo el Sacro Imperio Romano entre los siglos XII y XV. Sin embargo, después de la Reforma y el derrumbe de ese imperio los pueblos de Alemania se dividieron en tantas unidades políticas como tiene días el año, algunas no más grandes que un parque público. Sin embargo, continuaron evolucionando las relaciones internas de clase y las fuerzas productivas en toda Alemania, y finalmente, hacia 1870, se logró de nuevo imponer la unidad, con la que el feudalismo había cedido el paso a un poderoso Estado-nación plenamente capitalista. Del mismo modo, los yoruba constituían una entidad cultural muy extendida con un lenguaje común. Después de la caída del imperio de Oyo, el ritmo de desarrollo se volvió más lento por la influencia simultánea de factores externos e internos, pero el proceso no se detuvo. Fue necesario que llegara el colonialismo europeo para que ello ocurriera.

En el ámbito del esclavizamiento del África Occidental y Central continuó la construcción de estados en distintos grados. Por ejemplo, el sistema estatal de Akán creció de manera tan impresionante como el imperio de Oyo. Por fortuna para los pueblos de Akán, las exportaciones de esclavos no alcanzaron proporciones alarmantes sino hasta la primera mitad del siglo XVIII. Hacia aquella época, el estado de Asante había afianzado sus raíces lo suficientemente como para resistir los efectos adversos del esclavismo. Continuaba incorporado, en el interior, con el corazón del Sudán Occidental, y hacia la década de 1870, cuando los ingleses trataron de doblegar a los asantes, esos connotados pueblos africanos no se rindieron sin una heroica lucha armada. Al mezclarse Asante en el siglo XVIII en la exportación de esclavos, sus monarcas se concentraron en un expansionismo que hizo posible obtener cautivos mediante la guerra, los saqueos, el tributo, y mediante artículos de comercio de las regiones en las que se les había hecho prisioneros. Desde el siglo XV, el país de Akán se dedicaba a incorporar más que a exportar recursos humanos; se integraba a los cautivos localmente al seno de la sociedad; además, poco antes de la era colonial, formaban una proporción importante de la sociedad de Asante los *odonko-ba* —descendientes de antiguos cautivos— que eran la población trabajadora de la tierra. El desarrollo se había logrado, no mediante la exportación y pérdida del trabajo, sino mediante su incremento y mejor aprovechamiento.

b] Dahomey

El vecino oriental de Asante, al otro lado del río Volta, era el Dahomey. Como el Dahomey estuvo aún más profundamente mezclado en el comercio europeo de esclavos y durante un tiempo mucho mayor, se examinará su experiencia con mayor detenimiento.

En los siglos XVIII y XIX el Dahomey tuvo una población estacionaria si no francamente en descenso y una economía casi sin más puntal que la exportación de esclavos. Lo que el Dahomey logró a pesar de esto es testimonio de los alcances del hombre en el continente africano. Cabe señalar que los fundamentos del desarrollo político de los pueblos de Aja o Fon del Dahomey se sentaron en el período anterior a la influencia de Europa en el África Occidental. Hacia el siglo XV existían ya los estados de los aja, Allada y Whydah, que habían perdido su conexión con los yoruba e Ife. Dahomey fue un retoño del reino de Allada

en el siglo XVI, y hacia comienzos del siglo XVIII se había expandido ya e incorporaba tanto a Allada como a Whydah.

Los reyes de Allada y de Whydah habían cometido el error o de no poder proteger a sus propios súbditos de la esclavitud o de haberla tolerado. Dahomey no siguió nunca esa política, que era contraria y directamente antagónica al mantenimiento del mismo Estado. Se convirtió, en cambio, en el país en que se llevaban a cabo las incursiones repentinas al resto del África Occidental, al fallar sus intentos por lograr la aceptación de los europeos de otros productos que no fueran los seres humanos.

Para alcanzar ese objetivo, Dahomey tuvo primero que construir un Estado militar fuertemente organizado, cuyo monarca se parecía más a un déspota autoritario que al Alafin de Oyo o al Asantehene de Asante. Después, tuvo que dedicar gran cantidad de tiempo e imaginación a su ejército, para poder proteger a sus ciudadanos y sostener la guerra en el exterior.

En la historia de Europa, se destaca Esparta como un Estado completamente dedicado a la guerra. Los europeos que viajaban a África en los siglos XVIII y XIX se referían invariablemente al Dahomey como la Esparta negra. A través de todo el siglo XVIII, la caballería de Oyo fue un rival demasiado fuerte para los soldados del Dahomey, y el reino continuó ofreciendo su tributo al imperio de Oyo. Pero con la caída de Oyo, Dahomey pasó a ser el Estado militar supremo de la región, y cobró venganza contra sus antiguos señores yorubas. Era necesaria la guerra para conseguir esclavos fuera del Dahomey, y para aprovisionarse de armas. Era de hecho esencial para la supervivencia.

La profunda preocupación de Dahomey por las actividades castrenses puede ilustrarse de varias maneras. Su sistema de valores, por ejemplo, premiaba al valiente y al victorioso y despreciaba sin piedad e incluso liquidaba a los que mostraran cobardía o fueran derrotados en el campo de batalla. Los dos ministros principales del rey eran los comandantes de sus ejércitos "Izquierdo" y "Derecho", y otros oficiales mantenían altos puestos políticos. También la expresión artística se nutrió constantemente del tema de la guerra. Aparecieron bellos mosaicos y pinturas en las paredes de los palacios de Dahomey —todas ellas describiendo victorias militares. Las crónicas que transmitían los trovadores profesionales reflejaban la misma tendencia; y los trabajadores textiles se dedicaban afanosamente a diseñar los emblemas, las banderas y estandartes y las sombrillas para los generales y sus regimientos.

Dos innovaciones únicas elevaron al Dahomey por encima de

sus vecinos e incluso permiten afirmar que se trató de un avance especial en la organización feudal y semifeudal. Primeramente, el Dahomey estimulaba a los niños a que se iniciaran como aprendices en la guerra. A la edad de 11 o 12 años, el niño quedaba asignado a un soldado veterano ayudándolo a cargar sus provisiones y presenciando la batalla. La segunda innovación (y la que más daba motivo a todo orden de comentarios) era el reclutamiento de mujeres en el ejército dahomeyano. Aparentemente fueron las mujeres de los miembros del palacio real las que empezaron por formar una guardia ceremonial en el siglo XVIII, que fue progresando hasta convertirse en parte integral de la maquinaria de guerra del Dahomey, en condiciones de plena igualdad en cuanto al peligro afrontado y las recompensas recibidas. La población del Dahomey en el siglo XIX probablemente no excedía las 200 000 personas; y el Estado se las ingeniaba para enviar entre 12 000 y 15 000 activos a sus campañas anuales. De ellos, se calcula que en 1845 unos 5 000 eran mujeres —las llamadas “Amazonas del Dahomey”, temidas por su ferocidad en el combate.

A la larga, el comercio de esclavos hizo mella en Dahomey. Las campañas esclavistas eran caras y no siempre se compensaban con el número de cautivos. Los compradores europeos no aparecían a veces durante años, según las condiciones en Europa; por ejemplo, durante la guerra de independencia de Estados Unidos, la Revolución francesa y otras guerras posteriores, hubo una disminución en las remesas de dahomeyanos, simplemente porque aparecieron menos barcos europeos que se dedicaran al tráfico durante esas épocas. Sin poder vender cautivos para comprar más armas de fuego, Dahomey presintió el ocaso de su gloria militar. Se recurrió entonces a los sacrificios humanos, en un intento de compensar la decadente reputación del reino y de su monarca, como sucedió con el *Oba* de Benin en el siglo XIX.

Cabe sí aclarar que esa historia de vandalismo se exageró increíblemente. Porque era ese mismo Estado de Dahomey el que se dedicaba al mismo tiempo a funciones tan delicadas como el levantamiento de un censo de población; el que llevó adelante relaciones de diplomacia tan distantes como extendidas, con todas las sutilezas y protocolos que uno sólo escucha de los estados europeos “civilizados”; y el que estableció un sistema de espionaje o inteligencia, articulado como ingrediente esencial de su seguridad. Cabe además destacar, aunque sea brevemente, el papel del artista en la sociedad dahomeyana. Si bien era cierto que una buena parte del arte del África en esa época se generaba de la elaboración de objetos que cumplirían una función útil, como

la cerámica y la ropa, no lo era menos que la religión y el poder en el Estado estimulaban el arte. Por ejemplo, las obras en latón y bronce de Ife se ejecutaron bajo el patrocinio del culto religioso y se asocian con el *Oni* de Ife y la familia real. En efecto, la práctica de que la clase gobernante feudal diera protección y aun mantuviera y diera su reconocimiento a los artistas era un fenómeno común y difundido. Lo mismo ocurría en la China de los Mandarines con los artífices y los artistas de la porcelana; en la Italia renacentista del siglo XVI; y en el Dahomey del siglo XVII al XIX.

Aunque el artista dahomeyano permaneció en el anonimato durante la época precolonial independiente, en todo momento, distintos individuos tuvieron la oportunidad del autodescubrimiento y de servir a la sociedad en su conjunto. Su tarea era producir placer y captar los anhelos y las aspiraciones de su pueblo en las pinturas murales de los palacios, las esculturas de hierro forjado, los diseños estampados en las telas tejidas en telar para la realeza, los intrincados grabados de los mangos que coronaban los báculos de salvoconducto de los embajadores del rey y, en fin, en los vivos relatos de cómo nació, del vientre de un leopardo, el fundador del reino del Dahomey. Era un arte concentrado en la vida de la realeza y las castas nobiliarias, pero al mismo tiempo era también un producto nacional y un puntal de identificación del pueblo en su totalidad. Posteriormente, desaparecieron esas habilidades, o se degradaron hasta convertirse en curiosidades que compraban los colonialistas ignorantes.

Aún se sostiene en algunos círculos que el desarrollo del Dahomey en ciertos campos se debe acreditar al comercio de esclavos. Para demostrar de manera concluyente que el desarrollo político y militar de África en el siglo XIX tenía sus fundamentos en épocas muy tempranas, es preferible examinar la evolución de zonas en las que no existía la influencia extranjera. La zona interlacustre ofrece justamente tal ejemplo.

c] Los estados orientales interlacustres

En un análisis anterior se examinó el caso del reino de Bunyoro Kitara como la formación sociopolítica más avanzada del África Oriental hasta el siglo XV. Su dinastía gobernante, los bachwezi, declinó por razones que no son aún evidentes y dio paso a abrumadoras inmigraciones del norte. Aunque no se sabe todavía a ciencia cierta si los bachwezi eran originarios de Etiopía, se ha establecido ya con certidumbre que los inmigrantes eran unos que

poblaban la región de la vertiente del Nilo que fluye a través del Sudán.

Después de las migraciones de los luos, en el reino de Bunyoro asumió el poder la dinastía llamada Babito. Subieron al trono igualmente en otros sitios varias ramas de la misma dinastía, a veces separándose del tronco principal (en Toro, por ejemplo, se instauró un reino babito separado del resto en una fecha tan tardía como el siglo XIX. Entre tanto, los bachwezis o bahimas habían preparado su retorno a las regiones del sur, agrupándose con el nombre de bahindas. Los bahindas fueron alguna vez uno de los grupos nómadas del viejo Estado de Bunyoro-Kitara, y del siglo XV en adelante se emplazaron en los pueblos de Ankole y Kagarawe.

Tan pronto como llegó, la nueva clase gobernante de los babitos intentó apoderarse de la tierra, pero, según la costumbre establecida en aquella región africana, no tardaron en proclamarse propietarios originales de la tierra, más que usurpadores. En Busoga, donde había varios pequeños reyes babitos, un investigador relata el siguiente diálogo, entre un miembro del clan real y un plebeyo:

MIEMBRO DEL CLAN REAL: "Este lugar nosotros lo encontramos vacío y logramos hacer que valiera algo. Ustedes llegaron después a rogarnos que les diéramos tierra, y fuimos generosos y los asistimos. Naturalmente, ahora son nuestros esclavos..."

PLEBEYO: "¡Oh, qué mentira! *Mucho tiempo* antes de que ustedes llegaran nosotros ya estábamos aquí. Ustedes se hicieron del poder mediante el engaño. ¡Ustedes, príncipes, siempre han sido unos canallas!

En ningún momento de la historia independiente de estos reinos interlacustres llegó a ser la tierra propiedad puramente personal, monopolizada por una clase, como el modelo clásico de la Europa feudal. Para muchos académicos éste es un requisito previo indispensable para conceder que hubo feudalismo; pero estos estudiosos omiten considerar la realidad de que la distribución de los productos (el usufructo) de la tierra, estaba claramente en manos de unos cuantos individuos; y olvidan también que en todo sitio donde el ganado era la forma principal de la riqueza, la propiedad privada de los rebaños fue también una parte del proceso mediante el cual los productores eran separados de los medios de producción. Concretamente, los que eran propietarios del ganado eran los bahindas y otros bahimas o las nuevas familias babito, en tanto que los que fungían como contribuyentes

eran sus clientes, siervos, prácticamente de aquellos propietarios. En lo concerniente a la tierra, el campesino que la labraba tenía que pagar fuertes impuestos, en la forma de cosechas, ya fuera a los dirigentes de los clanes o a las autoridades gubernamentales, para que se les permitiera a éstos vivir sin necesidad de recurrir al trabajo agrícola.

Es necesario recordar que en el proceso de la evolución independiente de todos los continentes el incremento de la capacidad productiva se ha visto acompañado por un incremento en la desigualdad en todas las etapas excepto el socialismo. Decir que la zona interlacustre continuó desarrollándose ininterrumpidamente hasta la llegada del colonialismo significa descubrir la expansión de la capacidad productiva de aquellos reinos y, a la vez, reconocer francamente que fue el resultado de una mayor explotación no sólo de los recursos naturales sino también del trabajo de la mayoría de la población. Ésta era desposeída y oprimida para hacerla que trabajase por los intereses de unos cuantos que vivían en los palacios.

Los reinos interlacustres se ubicaban principalmente en lo que hoy es Uganda, Ruanda y Burundi. Al noreste de Tanzania hay aún representantes del complejo interlacustre de estados. El noreste de Tanzania fue la parte más desarrollada durante el período precolonial, porque el resto del país estaba compuesto por infinidad de pequeños reinos que no habían superado del todo la etapa comunalista. Pero el noreste de Tanzania fue también la región de ese país donde se gestaron los problemas que trajeron consigo una nueva ideología de la igualdad que se diseminaba y predicaba en la época posterior al período colonial, porque existía ya un régimen de desigualdad en la distribución de la tierra y sus productos y en los derechos concedidos a los individuos. Era, de hecho, en cualquier sentido político lógico, una región feudal.

Existe cierto desacuerdo sobre los orígenes del importante Estado interlacustre de Buganda. Según algunas tradiciones tendría el mismo origen luo que el reino de Bunyoro, mientras otras fuentes tienden a sostener que se trataba de un enclave sobreviviente de los bachwezis. Su estructura social ciertamente se parecía mucho a la del reino de Bunyoro de los babitos. A diferencia de Ankole, en Buganda los bahimas no tenían las riendas del poder político. Se asociaban solamente con la clase gobernante poseedora del ganado, a menudo en calidad de pastores subordinados. De cualquier manera, la historia de Buganda fue una historia de expansión y consolidación graduales, a expensas de Bunyoro y otros

vecinos. Hacia el siglo XVIII, se había convertido en la fuerza dominante de toda la región.

El Estado baganda* tenía una sólida base en la agricultura, con el plátano o banano como alimento básico** y la disponibilidad de productos ganaderos. Los artesanos elaboraban manufacturas de tela de corteza para exportación, y la producción local de hierro y de calderos se apoyaba en las importaciones de otras comunidades africanas vecinas. La falta de sal resultó un estímulo para la ampliación de su red de intercambio a fin de obtener las cantidades requeridas; y tal como ocurrió con el Sudán Occidental, con esa ampliación de la red del mercado se fueron en efecto integrando a éste los recursos productivos de un área extensa. Carl Peters, agente de avanzada del colonialismo alemán, señalaba entonces: "Muy poca atención se ha puesto en el comercio interno entre las tribus cuando se consideran los asuntos políticos y comerciales del África Oriental. El comercio del trueque en Buganda desafía toda cuantificación directa..." La ausencia del tráfico de esclavos en Buganda debe haber sido un factor importante en el incremento y ampliación de la producción y el comercio internos, que favoreció el establecimiento de un sólido cimiento para la superestructura política.

Los reyes de Buganda establecieron una pequeña guarnición armada que les servía de guardaespaldas, y el resto del ejército nacional se reclutaba cuando era necesario. La administración política estaba bajo el control central del *Kabaka*, y los gobernantes de cada distrito eran designados por el *Kabaka* y su Consejo, más que por la acción de clanes u otros mecanismos como la transmisión familiar por herencia. Había un derroche de ingenio en la formulación de los planes administrativos de este gran reino, que eran ejecutados por una maraña de funcionarios locales. Tal vez el mejor reconocimiento de aquella complejidad política provino de los ingleses, cuando en el siglo XIX conocieron Buganda y otros señoríos feudales. Y era éste el mejor reconocimiento porque provenía a regañadientes de racistas blancos y colonialistas cuya arrogancia cultural les impedía admitir que los africanos fueran capaces de nada. De hecho los europeos estaban tan sorprendidos por lo que vieron en la zona interlacustre que idearon la tesis de que aquellos Estados políticos no podían ser obra de los

* *Baganda* es el patronímico del reino Buganda [T.].

** El alimento de consumo básico en Uganda consiste principalmente en una masa de plátano hervido conocido como "matoko". En Kenia, Tanzania, y en el África Central y del Sur es el maíz, que ha remplazado al mijo y al sorgo [T.].

africanos, y que seguramente habían sido erigidos en fechas anteriores por los "hamitas" blancos de Etiopía. Reforzaba este mito el que se dijera que los bachwezis habían sido de piel clara. Sin embargo, aun de haber venido los bachwezis de Etiopía, habrían sido africanos negros o de color moreno; en segundo lugar, como ya se observó, las culturas del África Oriental eran la síntesis de los avances locales y de contribuciones africanas ajenas a dichas localidades. Ciertamente no fueron importaciones extranjeras.

Suponiendo que los bachwezis o bahimas hubieran venido de Etiopía, habría que suponer también que perdieron su lenguaje y adoptaron las lenguas bantúes de sus súbditos. Lo mismo le ocurrió a la dinastía babito de origen luo, lo que indica que fue absorbida por la cultura local. Además, los babitos y los bahimas-bahindas también entablaron estrechos vínculos, entre los siglos XVI y XIX. Los diferentes grupos étnicos, castas y clases dieron origen a diversas "nacionalidades". La "nacionalidad" se entiende como la agrupación que precede a la formación del Estado-nación, y cabe anotar que esta definición se aplicaba por igual tanto a los pueblos de Buganda, Bunyoro, Ankole, Karagwe y Toro, como a los de Ruanda y Burundi.

d) Ruanda

La región occidental de la zona interlacustre comprendía los reinos de Ruanda y Burundi. Los dos países, que hoy llevan los mismos nombres, tuvieron su origen y crecieron en torno a esos reinos. Se detallan aquí las experiencias de Ruanda.

Al igual que el viejo reino de Bunyoro-Kitara y su vecino norteño en Ankole, el reino de Ruanda estaba formado por dos grupos sociales principales. Aunque los agricultores conocidos como los bahutus conformaban la mayor parte de la población, el poder político estaba en manos de los pastoralistas batutsis, que representaban un 10% del pueblo de Ruanda. También existía un grupo minoritario más, de menor tamaño (cerca del 1%) los batwas, que se encontraban en un nivel muy bajo de organización social preagrícola.

Los contrastes en fisonomía de los tres segmentos de la sociedad ruandesa constituyen elementos interesantes para examinar el desarrollo de los seres humanos como especie. Los batutsis se cuentan entre los grupos humanos más altos del mundo; los bahutus son de corta estatura y de complexión gruesa; y los batwas son pigmeos. Las diferencias se explican en gran medida por las distintas ocupaciones sociales y la dieta. Los batwas no vivían en

asentamientos agrícolas permanentes; se dedicaban a merodear en pequeñas bandas, ciertos sitios en busca de caza, y a desenterrar raíces, razón por la cual no alcanzaban a proporcionarse una dieta suficiente ni bien equilibrada. En el otro extremo, los pastoralistas batutsis subsistían con una dieta siempre accesible y rica en leche y carne. Los bahutus estaban más adelantados socialmente que los batwas y comían más y con mayor regularidad que aquéllos porque por su agricultura no tenían que depender enteramente, como los batwas, de los caprichos de la naturaleza ni de una caza imprevisible y poco abundante. Sin embargo, la calidad de su alimentación no podía competir con la dieta rica en proteína de los batutsis. Por consiguiente, el desarrollo físico del hombre también está relacionado en un sentido amplio con la expansión de la capacidad productiva y la distribución de los alimentos.*

En cualquier caso, más que la estatura fueron los logros políticos y militares los que distinguieron a los batutsis desde el punto de vista histórico. Su contribución al reino de Ruanda se remonta al siglo xiv, en un período contemporáneo al de los bachwezi. Existían, en efecto, notables paralelos (y auténticos vínculos) entre Ruanda y Ankole y entre Karagwe y Burundi. Pero a diferencia de Bunyoro-Kitara, Ruanda en los siglos xiv y xv estaba lejos de ser una entidad política única. Había una multitud de cacicazgos pequeños, y a medida que se expandió el clan tutsi del centro de Ruanda, gradualmente se fue creando un diminuto y compacto Estado en el siglo xvii. Más tarde aún, la Ruanda central comenzó a extender sus fronteras, y estaba dedicada a ello cuando llegaron los colonialistas. Este proceso lo ilustra, por ejemplo, el hecho de que los gobernantes de Mpororo (en Ankole) estuviesen ya pagando tributo a Ruanda, que crecía a expensas de Ankole.

A la cabeza del reino de Ruanda estaba el *Mwami*. Como tantos otros monarcas africanos, estaba investido de poder divino y toda su persona estaba rodeada del ritual religioso. A menudo los reyes feudales de Europa trataron de hacer creer a sus súbditos que su autoridad real emanaba de Dios y que, por lo tanto, el rey gobernaba por "mandato divino". Los súbditos de los reyes africanos, como el *Mwami*, se encontraban en una situación muy pa-

* Obsérvese cómo el estado nutricional confirma la existencia de tres modos de producción (que pasan a constituir clases, al imponerse uno de ellos, pero conservando ciertas características originales) en la formación social de Ruanda. Esto sigue siendo cierto en, por ejemplo, la formación social europea, donde los lapones, con un modo de producción de "cazadores-recolectores" tienen la más baja talla; y en la de Norteamérica, con los esquimales [r.]

recida, aunque desde luego, la autoridad del rey debía fundarse en un poder auténtico, hecho que al *Mwami* de Ruanda no se le había escapado.

Rujigira fue un famoso *Mwami* del siglo xviii, y el último de la línea independiente fue Rwabugiri (también conocido como Kigeri IV), muerto en 1895. Gahindiro es otro rey que recibió las alabanzas en los cantos de los músicos e historiadores de la corte ruandesa. A cada uno de estos reyes se le adjudica una o más contribuciones al refinamiento y la organización de la estructura del poder del Estado. Todos ellos incorporaron a esa estructura determinados elementos de fuerzas históricas, nacionales y de clase.

En el siglo xviii el *Mwami* Rujigira introdujo la medida de dejar el control de cada zona fronteriza bajo la autoridad exclusiva de un único comandante militar, estacionando en cada zona grandes contingentes de soldados. Tal medida era importante porque en el proceso de crecimiento de todo Estado las zonas de mayor incertidumbre son sin duda sus fronteras, o las llamadas "provincias fronterizas" o en disputa, en la terminología de la Europa feudal. Lo que de hecho hizo Rujigira fue colocar a las provincias fronterizas bajo control militar, lo que significó también establecer campos militares permanentes en lugares estratégicos.

Hacia los inicios del siglo xix, el *Mwami* Gahindiro hizo una revisión radical de la administración civil. En cada provincia estableció un cacique de la tierra y un cacique de la ganadería; el uno tenía la responsabilidad de recoger la renta de la tierra y el otro los impuestos del ganado. Había también autoridades de menor calibre conocidas como los "jefes de colinas" en todas las provincias, todos ellos miembros de la aristocracia batutsi. Fuera por accidente o con toda intención, los administradores responsables de los distintos asuntos y regiones tenían celos unos de otros, y ello mismo les impedía unirse para conspirar contra el *Mwami*. Los "jefes de colina" fueron durante mucho tiempo cargos hereditarios, hasta que Rwabugiri los hizo cargos de designación —lo cual de nuevo fortaleció al gobierno central. Entre tanto, los funcionarios del gobierno y los consejeros —conocidos colectivamente como el *Biru*— recibían gratificaciones en tierras que estaban al margen de la intervención de los caciques de la tierra y la ganadería, todo lo cual cimentaba su lealtad al trono.

El sistema de relaciones que surgió en Ruanda fue mucho más jerárquico y feudal que en otras partes de África. La jerarquía y la interdependencia social y jurídica de las clases y los

individuos eran característicos del ejército, la administración civil y la urdidumbre misma de la sociedad. La clave para todo lo demás se cifraba en el control del ganado por medio de una institución conocida como la *ubahake*. Esto quería decir que el pobre (en ganado) y el de bajo estatuto (por nacimiento) podían acercarse a quien fuera que tuviera más ganado y ofrecerle su trabajo físico a cambio de animales y protección. El ganado nunca se vendía como propiedad, sino que al cliente en cuestión sólo se le ofrecía su usufructo. Por lo tanto, el cliente podía hacer uso del ganado mientras correspondiera entregando leche y carne a su señor, y mientras se mantuviera leal. Desde luego, el campesino también tenía que prestar sus servicios trabajando la tierra y entregando tributo en la forma de alimentos.

La aristocracia batutsi cumplía con su función de ofrecer "protección" a sus súbditos en parte ofreciéndoles representación en la corte del *Mwami* o defendiéndolos en casos legales. Pero la protección provino sobre todo de la especialización en la rama militar. Ya desde el siglo xv existió un servicio militar obligatorio entre ciertos linajes batutsis. Los hijos de la aristocracia batutsi se convertían en pajes reales y recibían toda su educación en el contexto militar. Cada nuevo *Mwami* seleccionaba una partida fresca que añadía a sus fuerzas. A algunos bahatus se les incorporaba a ciertos regimientos dedicados especialmente al acarreo de las provisiones; y a los batwas se les reclutaba como arqueros profesionales (que utilizaban flechas envenenadas).

Indudablemente la "protección" que los batutsis ofrecían a los bahatus no era más que un mito, pues lo que realmente protegían era la explotación de los mismos bahatus. Los defendían de enemigos externos para que la población alcanzara densidad y plenitud. Conservaban a los bahatus para que éstos pudieran aplicar sus elevados conocimientos agronómicos para producir excedentes. Más aún, el estrato superior de los batutsis era el de propietarios del ganado, cuyo cuidado dejaban a otros batutsis, de menor rango, explotando por lo tanto su trabajo y también su vasto conocimiento empírico acumulado de su tradición pastoralista. Como en Europa y en Asia, tal fue la base socioeconómica en que se sustentó la vida de ocio e intrigas de la aristocracia batutsi.

Como no era frecuente el matrimonio entre batutsis y bahatus se les ha considerado castas. También así pueden clasificarse los batwas. Pero como las castas se colocaban jerárquicamente una sobre la otra, se trataba también de una situación de clase, y existía, hasta cierto punto una movilidad de ascenso y descenso, entre una clase y otra. Al mismo tiempo, los batutsis, los bahatus

y los batwas evolucionaban juntos formando la nación de Ruanda, con intereses comunes que defender frente a los batutsis, bahatus y batwas que conformaban el reino vecino de Burundi. El pueblo ruandés no fue el único en desarrollar un Estado y una conciencia nacional experimentando al mismo tiempo el surgimiento de clases y castas agudamente diferenciadas. Lo importante es que tuvieron la libertad para desarrollarse, relativamente poco afectados por la influencia extranjera, y manteniéndose fuera del área de los embates directos del tráfico de esclavos.

e] Los ama-zulúes

Esa misma ausencia de tráfico de esclavos se dio en el África del Sur, porque la exportación del África Occidental se concentró en Angola, y la del África Oriental en Mozambique y en regiones más al norte. La región al sur del Limpopo había tenido una de las formaciones sociales más simples hasta el siglo xv. La vertiente oriental estuvo escasamente poblada hasta fechas tardías, por los pastores khoi khoi, que fueron desplazados gradualmente por los pueblos de habla bantú. Cuando los barcos europeos avistaron la tierra de Natal en el siglo xvi era todavía una región de viviendas dispersas en zonas muy distantes una de la otra, pero en los años que siguieron, la población alcanzó mayor densidad y se pudo llevar a cabo un importante avance político-militar.

Cualquiera que haya leído la historia más elemental de África recordará el nombre de Shaka, el dirigente zulú que más personificó los cambios sociales y políticos que acontecieron en la zona oriental de Sudáfrica. Un biógrafo (europeo) dijo lo siguiente sobre Shaka:

Napoleón, Julio César, Aníbal, Carlomagno... hombres así han surgido de tiempo en tiempo en la historia del mundo para encender el fuego de un trayecto de gloria que los ha llevado alto, muy por encima del nivel común. Tal hombre era Shaka, tal vez el más grande de todos.

Esta canción de elegía apareció en la contraportada de la biografía en cuestión, y, dado que los editores capitalistas tratan a los libros como si fueran cajas de detergente en polvo, no hay más remedio que desconfiar de cualquier anuncio diseñado para vender un libro. De todas maneras, todos los comentaristas de Shaka (tanto africanos como europeos) lo suelen comparar favorablemente con los "grandes hombres" de la historia europea. Conviene, pues, analizar la sociedad ama-zulú hasta el siglo xix

con miras a entender el papel del líder en relación con el desarrollo de la sociedad en su conjunto.

Shaka nació en 1781, y aquí sólo cabe enumerar someramente las impresionantes realizaciones que se le atribuyen, en los escasos 40 años que duró su vida. Hacia 1816, era el jefe de un clan pequeño de ama-ngonis, conocido como el ama-zulú. En unos cuantos años lo había reorganizado militarmente —tanto en cuanto a sus armas como a las tácticas y la estrategia de guerra— por lo que el clan de los ama-zulúes se convirtió en una fuerza de combate que inspiraba temor. Con la guerra y la maniobra política, unificó y dirigió a los ama-ngonis que antes habían estado divididos en docenas de clanes independientes y semi-independientes. En cierto momento, pareció que Shaka iba a unificar bajo su mando a toda la región de lo que hoy es Natal, Lesotho y Swazilandia, lo que no llegó a suceder por encontrar Shaka la muerte en 1828, ni tampoco sus sucesores pudieron mantener el trayecto y el equilibrio que él había logrado. Con todo, en las postrimerías del siglo XIX la nación de los ama-zulúes cubría cien veces más terreno que las 100 millas cuadradas de su patrimonio original, según lo heredó Shaka en 1816. Y fue también un país ama-zulú ya debilitado y en decadencia el que infringió a los ingleses en 1876 una de las derrotas más apabullantes de toda la historia de sus aventuras de ultramar —en la batalla de Isandlwana.

La infancia de Shaka transcurrió en la época en que los ama-ngonis se planteaban por primera vez la necesidad de unirse y formar un ejército eficiente. Anteriormente había imperado la tendencia contraria: los clanes —que en general tenían un solo jefe o cacique— tendían a segmentarse y romperse en unidades cada vez más pequeñas. Esto se observaba cuando, a medida que crecía, el hijo mayor del clan se preparaba para abandonarlo y fundar su propio *kraal*,* dando así origen a un clan joven o subordinado, puesto que el clan de su padre retenía el mando que pasaría al hijo mayor de la “gran esposa”. Ese patrón de segmentación sólo podía mantenerse mientras la densidad de población fuera baja y abundaran las tierras agrícolas y de pastura para el ganado. En tales condiciones había escasa competencia por los recursos o el poder político, y las guerras no llegaban a ser más peligrosas que un partido de fútbol en América Latina. Por lo general los clanes tenían rivalidades tradicionales; se conocían muy bien y sus campeones combatían con un espíritu festivo. Podía suceder que incluso uno o dos encontraran la muerte, pero habiendo ocurrido

* En África del Sur significa poblado [r.]

el incidente todos retornaban a casa hasta el momento del desquite, en la siguiente tanda de combates.

Hacia principios del siglo XIX la vida y la política de los ama-zulúes habían cambiado considerablemente. Con una población mucho mayor, había cada vez menos espacio para que los miembros más jóvenes del clan pudieran iniciar “su propia colmena”. Esto implicaba también que había menos tierra para apacentar al ganado y que se producían disputas sobre los animales y la tierra. A medida que los ama-zulúes fueron combatiendo con más frecuencia, aprendieron, naturalmente, a luchar con mayor eficiencia. Al mismo tiempo, los dirigentes más altos empezaron a reconocer la necesidad de establecer una estructura política que favoreciera la unidad, el aprovechamiento óptimo de los recursos y la reducción al máximo posible de los conflictos internos.

Shaka se propuso resolver ambos problemas, el político y el militar en la tierra de Zulú ya que en su opinión eran dos caras de la misma moneda. Concebía que la aceptación pacífica de un gran Estado político se lograría sólo mediante el reforzamiento y la superioridad militar del núcleo político centralizante, respetado también porque tendría la capacidad de aplastar sin demora todo conato de oposición.

Aunque en la era de conflicto y enfrentamiento bélico en la tierra zulú, a comienzos del siglo XIX, fueron muy frecuentes los enfrentamientos de tropas en este período se trataba aún de ataques con unas lanzas muy ligeras conocidas como *umkhotono*. Para el combate cuerpo a cuerpo, el arma asida con la mano resultaba mucho más dañina —como lo descubrieron también los ejércitos feudales de Europa y de Asia; por ello se recurrió a la espada y a la pica. Shaka durante su vida de servicio como soldado, encontró la solución: diseñó una *assegai* (especie de daga) pesada y corta, usada sólo para apuñalar, más que para lanzarla. Eliminó también las sandalias para alcanzar una mayor velocidad al perseguir al enemigo y una mayor destreza en el combate cuerpo a cuerpo. La experiencia fue enseñando a Shaka y a sus jóvenes compañeros a descubrir las técnicas específicas que les permitirían emplear sus escudos y *assegais* en la mejor forma posible.

La guerra no implica, desde luego, sólo el encuentro de soldados individuales, sino (más importante aún) el sistema de tácticas y estrategias desarrolladas en relación con las fuerzas enemigas en su conjunto. Este aspecto de la guerra también mereció la atención de Shaka, y su sorprendente innovación fueron los *izimpi* (regimientos) que se desplegaban en forma tal que permitían que quedara atrás de la fuerza combatiente un contingente de reserva,

y dos flancos o "cuernos" laterales capaces de rodear los flancos del enemigo. Por último era de máxima importancia entrenar, disciplinar y organizar el ejército a fin de que se constituyera en una entidad vital tanto durante la guerra como en tiempos de paz. Shaka creó regimientos que incluían hombres hasta la edad de 40 años; manteniendo a sus *izimpis* en ejercicios y simulacros de guerra constantes y "fatigas" para que cada soldado tuviera la condición física y la eficiencia necesarias, mientras el ejército en su conjunto se sincronizaba siguiendo los deseos de sus comandantes.

El ejército zulú era algo más que una fuerza de combate: era una institución donde se impartía educación a los jóvenes y un instrumento para establecer lazos y lealtades que se extendían a través de los clanes, y que podían por lo tanto considerarse nacionales. El ascenso se conseguía por mérito, y no por clan u origen regional. Puede por ello afirmarse que el uso obligatorio del lenguaje zulú (rama de la familia de lenguajes ama-zulúes) fue también un esfuerzo en dirección a la creación de una conciencia nacional. En una región de más de 12 000 millas cuadradas los ciudadanos se llamaban a sí mismos "ama-zulúes", relegando los nombres de sus clanes a un segundo plano. Sobre un área aún mucho mayor, se hacía sentir profundamente la influencia de los zulúes. Por ejemplo, la política de domeñar los excesos de los adivinos y brujos (*izanusis*), aunada al hecho de que la tierra zulú estaba libre de luchas intestinas condujo a una migración de población desde fuera de sus fronteras —con el consiguiente beneficio del incremento de los recursos del Estado zulú.

Los viajeros europeos que han dejado crónicas escritas sobre la tierra zulú en tiempos de Shaka también se sorprendieron de la limpieza (como en Benin en el siglo xv) y les asombró igualmente el orden social, el que no se robara, la sensación de seguridad, etc. (igual que a los árabes que viajaron al Sudán Occidental en sus épocas de esplendor). En verdad, el hecho era que aquella limpieza y aquella seguridad de la vida y de la propiedad que disfrutaban los zulúes se habían producido mucho tiempo atrás, y que lo que ahora se observaba en el reinado de Shaka no era sino una ampliación de las mismas cosas, con un Estado más grande que les extendía su ala protectora, y que esa amplitud era la que impresionaba. Los asombrados eran los europeos, y el testimonio europeo era el mejor en cuanto a que difícilmente se hubiera podido catalogar de propaganda pro africana. Un blanco visitante que vio el desfile de quince regimientos de Shaka escribía:

Era una escena que nos producía gran excitación, sorprendente para nosotros, que no hubiéramos imaginado que una nación llamada de "salvajes" pudiera mantenerse con tanta disciplina y con tanto orden.

Podría añadirse mucho más aún con respecto a las instituciones políticas y al ejército de los ama-zulúes. Pero lo que interesa aquí es entender por qué podía existir un Shaka en el África del siglo xix, antes de la venida del gobierno colonial.

Y en efecto, si Shaka hubiera sido un esclavo de algún hacendado algodonero del Mississippi, probablemente habría tenido una oreja o una mano cercenada por ser un "negro recalcitrante"; o, en el mejor de los casos, se habría destacado por haber dirigido una revuelta de esclavos. Y esto porque los únicos grandes hombres que llega a haber entre los *no libres* y entre los oprimidos son los que luchan por *destruir* al opresor. En la plantación de esclavos, Shaka no habría podido construir un ejército ni un Estado zulú —esto no deja lugar a duda. Pero tampoco hubiera podido ningún africano bajo el colonialismo *construir* nada, por mucho genio que hubiera tenido. Shaka fue, en la realidad, primero un pastor y después un guerrero. Durante su juventud apacentó sus rebaños en los llanos abiertos —*libre* para desarrollar sus propias potencialidades y aplicarlas a su ambiente. Shaka tuvo la posibilidad de aplicar su talento y su energía creadora a la útil empresa de la construcción. No era su preocupación combatir a favor o en contra de los mercaderes de esclavos; ni le interesaba el problema de cómo revender las mercancías producidas en Suecia o en Francia. Su preocupación se cifraba en cómo desarrollar la región de los zulúes, dentro de los límites que imponían los recursos de su pueblo.

Se debe reconocer que aspectos tales como los de las técnicas militares, constituyen respuestas frente a necesidades reales; que el trabajo del individuo se genera y se sostiene sobre la base de la acción de la sociedad en su conjunto; e igualmente que todo lo que haya logrado un dirigente debe haber estado uncido a las condiciones históricas y al nivel de desarrollo; y que éstos son los factores que determinaban hasta que punto puede el individuo descubrir, primero, incrementar, luego, y desarrollar en última instancia sus potencialidades.

Para fundamentar los anteriores enunciados puede destacarse la inventividad de Shaka cuando creó las pesadas dagas *assegai*, al darse cuenta de que la lanza que se arroja, se rompe al intentar emplearla para acometer directamente. Y más importante aún es destacar el hecho de que lo que Shaka llegó a descubrir dependió

de los esfuerzos colectivos de los ama-zulúes. Shaka podía ordenar que se fundiera un *assegai* más fuerte porque los ama-ngonis llevaban ya mucho tiempo trabajando el hierro y porque había herreros especializados dentro de ciertos clanes. Y fue gracias a la capacidad de organización y al desarrollo agrícola de la sociedad en su conjunto que se pudo alimentar y tener en pie a un ejército de 30 000 hombres, reequiparlos con nuevas armas de hierro, y ofrecerle, a cada soldado, el largo escudo zulú hecho de cuero vacuno.

Como no existían aún las condiciones experimentales y las bases científicas necesarias en la sociedad zulú, Shaka no pudo diseñar un arma de fuego, por mucho genio que tuviera. No obstante, pudo impulsar a su gente para que forjara mejores armas, como se explicó anteriormente, y su pueblo pudo mejorar la práctica de selección de cruas al introducir rebaños reales destinados al efecto, porque su pueblo poseía el vasto acervo de conocimiento empírico sobre el ganado y la dedicación a la profesión ganadera.

En la esfera político-militar, Shaka seguía los pasos de su protector original, Dingizwayo, y hasta cierto punto los de Zwide, que fue rival tanto de Dingizwayo como del mismo Shaka. Dingizwayo inició el comercio con los portugueses en 1797 en la bahía de Delagoa (principalmente en el marfil) y estimuló el arte y los talleres artesanales. Sus innovaciones más notables fueron patentes en el ejército, donde instauró un sistema de reclutamiento de regimientos a base de grupos de edad. Anteriormente, cada regimiento tendía a ser dominado por una localidad determinada, y en todo momento la gente acostumbraba a luchar lado a lado con miembros de su propio *kraal*, localidad y clan. Sin embargo, cuando se empezaron a reunir hombres del mismo grupo generacional en el mismo regimiento, se fortaleció el sentimiento nacional, y creció también el poder de Dingizwayo en su competencia con los dirigentes de los clanes menores.

Dingizwayo fue el jefe del gran clan de los ama-mthethwas, y logró establecer su supremacía en lo que más tarde llegaría a ser la porción sureña de la tierra zulú. En el norte, Zwide de los amandwande se dedicaba igualmente a la consolidación del poder político. Shaka prestaba sus servicios en uno de los regimientos de las generaciones juveniles de Dingizwayo, y se mantuvo fiel a ese poder centralizante hasta que Dingizwayo encontró la muerte a manos de Zwide en 1818. De ahí en adelante, Shaka incorporó muchas de las técnicas políticas y militares de Dingizwayo, y las perfeccionó en gran medida. El desarrollo es eso. La posibilidad de construir sobre lo que se ha heredado y de avanzar lentamente,

siempre y cuando no aparezca alguien que lo viene a "civilizar" a uno.

CONCLUSIÓN

Las regiones de Yoruba, Dahomey, los reinos interlacustres y zulú que se han discutido hasta aquí, son ejemplos de corrientes de avanzada en el desarrollo político que se estaba llevando a cabo en África poco antes de la colonia. No eran las únicas fuerzas directrices. Aun donde los estados tuvieron territorios más pequeños se podían observar avances en la organización política.

Las áreas de África más avanzadas en el siglo xv generalmente mantuvieron su nivel de desarrollo, con escasas excepciones, como el reino del Congo, que sufrió cambios irreversibles. En el norte de África y en Etiopía, por ejemplo, las estructuras feudales se mantuvieron intactas, aunque sorprendentemente sin un crecimiento continuo. En el Sudán Occidental, los estados hausa heredaron la tradición política y comercial de los grandes imperios posteriores a la caída de Songhai, en el siglo xvii; y apenas entrado el siglo xix apareció el califato musulmán de Sokoto, cuyo centro era el país de los hausa. El imperio Sokoto fue una de las unidades políticas más grandes establecidas en el continente africano, pero sufrió varios cismas internos por falta de los mecanismos necesarios para mantener la integración de un territorio tan vasto. En el Sudán Occidental continuaron los intentos por resolver el problema de la unidad, y la religión musulmana desempeñó el papel unificador deseado. Se estableció así un estado democrático musulmán al otro lado del río Níger, bajo el mandato de Ahmadu Ahmadu, a mediados del siglo xix; y se creaba al mismo tiempo otro Estado en el Níger alto, regido por Al Haj Omar, su fundador. Destacaba sobre todo el Estado mandinga, erigido bajo el liderazgo de Samori Touré hacia el decenio de 1880. Samori Touré no era un hombre de letras como los renombrados Uthaman dan Fodio y Al Haj Omar, que antes de él fueron los arquitectos de los estados islámicos; pero Samori Touré fue un genio militar tanto como un innovador político, que superó a los demás al establecer una administración política en la que prevalecía el sentido de la lealtad en el orden nacional, por encima de los clanes, las localidades y los grupos étnicos.

También el reino de Zimbabwe progresaba, con sólo una leve interferencia de los europeos. Localmente, el centro de poder se

desplazó de Mutapa a Changamira; y a la postre, ya en el siglo XIX, distintos grupos ngunis (que huían del poder de los zulúes) asolaron Zimbabwe. Como los ngunis eran bandas guerreras en marcha fueron muy destructivos, pero hacia mediados del siglo XIX este mismo pueblo había difundido sus propios métodos de *construcción del Estado* a Mozambique y a lo que hoy es la Rhodesia del Sur;* y *se habían unido a la población local* en la empresa de establecer nuevos y mayores reinos —infundidos con el sentido de la nacionalidad, como era el caso de los zulúes.

Entre tanto, a través de las vastas regiones del África Central, ocurrían cambios notables en la esfera política. Hasta el siglo XV, el nivel de organización social fue relativamente bajo en el área comprendida entre los reinos del Congo y Zimbabwe. Precisamente en esta región apareció un grupo de estados conocido como el complejo de Luba-Lunda. Sus estructuras políticas más que su extensión territorial fueron las que le dieron renombre; sus avances se registran pese a la intromisión constante de las actividades esclavistas.

En la gran isla de Madagascar los numerosos pequeños estados de la antigüedad habían dado lugar, hacia el siglo XVIII, al poderoso reino feudal de Merina. Con mucha mayor frecuencia que en otros casos se ha olvidado a Madagascar en los estudios generales del continente africano, aunque (tanto en un sentido físico como cultural) la historia de África se ha escrito en gran medida a costa del pueblo malgache. También este pueblo sufrió la pérdida de su población por la exportación de esclavos, pero el reino de Merina toleró mejor el rapto que otros estados esclavistas, porque el cultivo intensivo del arroz de alto rendimiento en los pantanos, y la ganadería de cruzas compensaron la pérdida de fuerza de trabajo. Ésta es una situación que nos enseña que el desarrollo *acompañado* del tráfico de esclavos no debe atribuirse superficial e ilógicamente a la exportación de la población y a los trastornos consiguientes a las batidas para capturar esclavos. Las bases del desarrollo político del reino de Merina y de todos los demás estados (hubieran o no participado en la trata de esclavos) hay que buscarlas en su propio medio —en sus recursos naturales, sus recursos humanos, su tecnología y sus relaciones sociales. Sólo cuando una sociedad africana podía al menos mantener sus avances, que representaban el patrimonio transmitido de muchos siglos de evolución, podía la superestructura continuar su expansión y

* República de Zimbabwe en 1980 [r.].

seguir ofreciendo oportunidades a grupos enteros de la población, a las clases sociales y a los individuos.

Al comenzar esta sección se señaló que era preciso conciliar el reconocimiento del desarrollo africano hasta 1885 con la conciencia de las pérdidas que sufrió el continente en esa misma época, a consecuencia de la naturaleza del contacto con la Europa capitalista. Ese hecho debe también traer a colación aquí. Es ridículo sostener que los contactos con Europa construyeron o beneficiaron al África en el período precolonial. Tampoco es objetivo ni se conforma con la realidad sugerir (como lo hizo alguna vez el presidente Leopoldo Senghor) que el comercio de esclavos asoló África como un incendio forestal, no dejando nada en pie. La verdad es que una África en desarrollo recibió los embates del mercado de esclavos y de las relaciones comerciales con Europa como un vendaval que hizo zozobrar a algunas sociedades, desvió de su curso a muchas otras y desaceleró en general el impulso del crecimiento. Sin embargo (siguiendo con la metáfora), cabe señalar que los capitanes africanos continuaron timoneando o tomando aún las decisiones, incluso durante todo el período que llega hasta 1885, aunque ya operaban las fuerzas que habrían de aumentar progresivamente la presión que ejercían los europeos capitalistas causando a la postre su triunfo al lograr apoderarse del mando.

4.4 LA LLEGADA DEL IMPERIALISMO Y DEL COLONIALISMO

En los siglos anteriores al régimen colonial, Europa fue aumentando su capacidad económica en forma vertiginosa, mientras África parecía haberse quedado casi estática. En el siglo XIX aún podía describirse a África como parcialmente comunalista y parcialmente feudal, aunque Europa Occidental había superado ya por completo el feudalismo y llegaba de pleno al capitalismo. Para dilucidar la tesis principal de este estudio, es necesario examinar, no sólo el desarrollo de Europa y el subdesarrollo de África, sino analizar cómo llegaron a combinarse en un solo sistema —el del imperialismo capitalista.

La economía europea estaba produciendo un volumen mucho mayor de mercancías, aprovechando sus propios recursos y fuerza de trabajo, así como los recursos del resto del mundo. Se empezaban a generar muchos cambios cualitativos en la economía de Europa, que acompañaron e hicieron posible el incremento en la cantidad de la producción. Por ejemplo, en este período eran ya

las máquinas y las fábricas, más que la tierra, las que representaban la fuente principal de riqueza y hacía mucho tiempo que el trabajo había dejado de organizarse sobre la restringida base de la familia. Se había destruido brutalmente al campesinado, y se explotaba sin piedad el trabajo de los hombres, las mujeres y los niños. Estas son, en efecto, consecuencias malignas del capitalismo que no deben olvidarse. Sin embargo, en el contexto de las economías comparadas, el hecho pertinente es que lo que apenas era una ligera diferencia entre ambas economías cuando los portugueses navegaron al occidente de África en 1444, era ya una brecha colosal para la fecha en que los grandes estadistas ladrones de Europa se sentaron en una mesa de Berlín, 440 años más tarde, para decidir quién se dedicaría a robar en qué partes de África. Esta brecha generaba tanto la necesidad como la oportunidad de que Europa pasara a la era imperialista, y de que colonizara y subdesarrollara todavía más al África.

Esa brecha tecnológica y económica cada vez más grande entre Europa occidental y África, era una parte de aquella tendencia del capitalismo, de dirigirse hacia la concentración o polarización extremas de la riqueza y la pobreza.

En el interior de la propia Europa occidental, algunas naciones se enriquecieron a expensas de otras. Inglaterra, Francia y Alemania eran las naciones más prósperas. En Irlanda, Portugal, España y el sur de Italia, prevalecía la pobreza. Dentro de las economías inglesa, francesa y alemana, la polarización de la riqueza se manifestaba con los capitalistas por un lado y los trabajadores y algunos campesinos por el otro. Los grandes capitalistas se fueron volviendo cada vez más grandes y los pequeños fueron eliminados. En muchos campos importantes de la actividad económica como los de la siderurgia, la industria textil y sobre todo la banca, era ya evidente que la mayor parte de los negocios los monopolizaban dos o tres compañías. Los bancos mantenían además una posición de mando, dentro de la economía en su conjunto, al proporcionar el capital a las grandes empresas monopólicas industriales.

Las empresas monopólicas europeas luchaban incesantemente por el control de las materias primas, los mercados y los medios de comunicación. Competían también por ser las primeras en invertir en nuevas y lucrativas empresas dentro de su sector de actividad —ya fuera en sus países de origen o en el extranjero. En efecto, una vez que empezaron a sentir que el margen de expansión de sus economías nacionales era limitado, concentraron su atención en aquellos países cuyas economías estaban menos

desarrolladas, y las que, por lo tanto, ofrecían poca o ninguna resistencia a la penetración del capitalismo extranjero. Esa penetración a escala mundial a partir de fines del siglo XIX es lo que llamamos "imperialismo".

El imperialismo ha significado expansión capitalista. Ha significado que los capitalistas europeos (y los norteamericanos y japoneses) se hayan visto impelidos, por la misma lógica interna de sus sistemas competitivos, a buscar en el extranjero, en los países con menor desarrollo, las oportunidades que les permitieran obtener el control de las remesas de materias primas y encontrar los mercados y los campos de inversión que les ofrecieran las máximas ganancias. Los siglos de comercio con África contribuyeron en gran medida a que se llegara a esta situación, en la que los capitalistas europeos se vieron en la necesidad de expandirse en gran escala fuera de sus economías nacionales.

Había ciertas partes de África en que las inversiones europeas podían obtener utilidades superlativas de inmediato. En esta categoría se encontraban las minas de Sudáfrica, los préstamos a los gobiernos del norte de África y la construcción del canal de Suez. El canal de Suez garantizó también la extensión de las enormes utilidades generadas con las inversiones en la India y el comercio con ese país. Sin embargo, el máximo valor de África para Europa a principios de la era imperialista era como fuente de materias primas para productos tales como los de la palma, el cacahuete, el algodón y el caucho. La demanda de tales productos derivó de la expansión de la capacidad económica de Europa, con nuevas y grandes máquinas; y de su población asalariada en crecimiento con su nueva capacidad adquisitiva. Todo esto se había desarrollado en los cuatro siglos anteriores, y debemos reiterar que uno de los factores más importantes de ese proceso fue el comercio desigual con África.

El imperialismo es un fenómeno esencialmente económico: no lleva necesariamente al control político directo ni a la colonización. En el período de la expoliación o "arrebato de África" los europeos se apoderaron de todo lo que pensaban podría ofrecerles dividendos, e incluso adquirieron conscientemente muchas áreas que no se ofrecían a una explotación inmediata, pero prometían hacerlo en el futuro. Cada nación europea que tenía este tipo de intereses a corto y largo plazo clavó su bandera en las distintas partes de África y estableció el régimen colonial. Aquella brecha, que se había producido durante el período precolonial de comercio, daba ahora a Europa el poder de imponer su dominación política en África.

El comercio precolonial de esclavos, marfil, oro, etc., se llevaba a cabo desde las costas de África. En las costas, los barcos europeos tenían completo dominio, y en caso necesario, se podían construir fuertes. Antes del siglo XIX, Europa era incapaz de penetrar al interior del continente africano, porque la correlación de fuerzas era tal, que las que estaban a su disposición eran inadecuadas. Pero los mismos cambios tecnológicos que crearon la necesidad de penetrar dentro de África también crearon el poder para conquistarla. Las armas de fuego de la época imperialista representan un salto cualitativo. Los rifles con carga de repetición y las ametralladoras eran muy distintos de los antiguos arcabuces con escopetas de cañón liso y los fusiles de yesca de épocas anteriores. Los imperialistas europeos hacían alarde de que lo que hacía la diferencia en África era que ellos contaban con metralletas "Maxim" y los africanos no.

Curiosamente los europeos a menudo buscaron la justificación moral del imperialismo y el colonialismo en las características del comercio internacional tal y como era conducido antes del régimen colonial. Los ingleses fueron los principales portavoces de esta posición, según la cual el deseo de colonizar se fundaba en gran parte en sus buenas intenciones de poner coto a la trata de esclavos. Ciertamente es que los ingleses en el siglo XIX se oponían al tráfico de esclavos, en la misma medida que lo habían favorecido en otras épocas. Múltiples cambios dentro de Inglaterra habían transformado la necesidad de esclavos del siglo XVII en la necesidad de borrar los vestigios del esclavismo en África del siglo XIX, a fin de poder organizar la explotación local de la tierra y el trabajo. El esclavismo se rechazaba porque había llegado a ser una rémora para el avance del capitalismo, sobre todo en el África Oriental, donde el comercio árabe de esclavos continuó hasta el propio siglo XIX. Así, los ingleses se impusieron gozosamente el deber moral de poner atajo al comercio árabe de esclavos y de derrocar a varios gobernantes aduciendo que estaban implicados en ese tráfico. En esas mismas fechas, sin embargo, se dedicaban a aplastar a los dirigentes políticos de Nigeria, como Jaja y Nana, que para entonces habían cesado de exportar esclavos, y se concentraban en productos como el aceite de palma y el caucho. Así también, los alemanes en el África Oriental pretenderían ser los más acérrimos oponentes de monarcas como Bushiri, que estaban coludidos con el tráfico de esclavos, aunque eran igualmente hostiles hacia los dirigentes africanos con escaso interés en el esclavismo. El común denominador que compartían los derrocamientos de los gobernantes africanos del oriente, occidente, cen-

tro, norte y sur de África era que estorbaban la satisfacción de las necesidades imperiales de Europa. Era el único factor que importaba, en el que la expresión de los sentimientos antiesclavistas era, en el mejor de los casos superflua, y en el peor, la más calculada hipocresía.

El rey Leopoldo de Bélgica también utilizó la excusa antiesclavista para introducir en el Congo el trabajo forzado y la esclavitud moderna. Para colmo, los europeos habían adquirido ideas de superioridad racial y cultural entre los siglos XV y XIX, mientras tomaban parte en el genocidio y el esclavizamiento de los pueblos no blancos. ¡Hasta el Portugal, una empobrecida y atrasada nación europea en la época imperialista podía permitirse presumir que tenía el destino de civilizar a los nativos de África!

Existe una curiosa interpretación sobre la expoliación y el reparto de África que equivale casi a una declaración de que el colonialismo apareció debido a las necesidades de la propia África, más que a las de Europa. África, nos dicen sus voceros, necesitó la colonización europea para poder superar la etapa de atraso que había alcanzado en el siglo XIX. Evidentemente, no se daban cuenta de que con ese razonamiento se estaba sugiriendo que África podía desarrollarse si se le administraban dosis aún más grandes de la misma pócima que había iniciado su subdesarrollo; que podría desarrollarse sólo al perder los últimos vestigios de su libertad de elección, ya deteriorada con el comercio precolonial; que podría desarrollarse cuando su economía quedara más integrada con la de Europa en condiciones dictadas unilateralmente por ésta. Este tipo de falacia y sus repercusiones son patentes para el que intenta comprender el proceso de desarrollo antes de ponerse a hacer pronunciamientos sobre cualquier época en particular del desarrollo humano de África.

En todo el siglo XIV los gobernantes africanos demostraron gran iniciativa en la búsqueda de formas más amplias de contacto cultural con Europa. En el África Occidental se intentaba encontrar sucedáneos del tráfico de esclavos. Dahomey, uno de los estados más mezclados en ese tráfico, fue un país que, en los últimos años de su independencia, intentó en repetidas ocasiones encontrar las condiciones que hicieron posible un intercambio cultural saludable con los europeos.

En 1850, el rey dahomeyano en el poder, Ghezo, dictó un decreto por el cual todas las palmas de aceite jóvenes debían limpiarse de sus parásitos, y en el cual se instauraban severas penas a los que cortaran palmas. Ghezo, cuyo reinado duró de 1818 a 1857 era un reformista: desplegó los esfuerzos más sinceros por

disipar las críticas a sus políticas que le hacían grupos como los misioneros y los promotores del antiesclavismo; pronto, sin embargo, comprendió que los europeos no tenían la menor intención de que el Dahomey resurgiera como un Estado fuerte, sino que se dedicaban a buscar las excusas y las condiciones objetivas para justificar y llevar a cabo su propuesta colonización del pueblo del Dahomey. En esas condiciones, el último monarca dahomeyano, Glele, se atrincheró en su capital de Abomey, e instituyó las políticas que consideró más congruentes con la dignidad y la independencia de Dahomey. Invadió Abeokuta, donde se encontraban los conversos al colonialismo que ya se conocían como "personas protegidas por Inglaterra"; expulsó a los franceses de Porto Novo indicándoles que se fueran al diablo; y en general resistió hasta que fue derrotado militarmente por los franceses en 1889.

Algunos grupos africanos que tenían poca o ninguna relación con el comercio y la exportación de esclavos, también intensificaron sus esfuerzos por integrarse en un mundo más amplio en el siglo XIX. Gungunhana, el gobernante nguni de la región de Gaza en Mozambique, pidió un médico misionero suizo y lo mantuvo en su corte durante varios años hasta que los portugueses conquistaron su reino en 1895. Una vez que los portugueses instauraron el régimen colonial, habría de pasar mucho tiempo antes de que los africanos vieran otro médico europeo.

Resulta aleccionador recordar el ejemplo de Egipto bajo Muhammed Alí, que gobernó entre 1805 y 1849. La Europa capitalista había dejado atrás al África del Norte feudal en el curso de los siglos XVII y XVIII. Muhammed Alí estaba consciente de ello, y deliberadamente intentaba alcanzar a Europa. Instituyó una serie de reformas, siendo las más importantes las de naturaleza económica. Egipto cultivaba y manufacturaba su propio algodón, y producía su propio vidrio, papel y otros bienes industriales. No había por lo tanto motivos para que lo usaran como vertedero de las mercancías europeas, que irían socavando la industria local; de tal manera que impuso aranceles aduanales como protección para sus "industrias infantiles". Esto no quería decir que Egipto quedara aislado del resto del mundo. Por el contrario, Muhammed Alí tomó prestados expertos de Europa e incrementó el comercio extranjero con Egipto.

Los ideales de Muhammed Alí podrían describirse con el idioma de la ciencia social moderna como la creación de una economía viable, autoimpulsada, que sentaba las bases de la independencia nacional. Tales ideales eran diametralmente opuestos a las necesidades del capitalismo europeo. Los industriales britá-

nicos y franceses querían ver a Egipto, no como un país manufacturero de productos textiles, sino como un país proveedor de algodón en bruto para exportación, y como un importador de manufacturas europeas. Los financieros europeos querían que Egipto fuera una fuente de inversión, y en la segunda mitad del siglo XVIII habían hecho del Sultán de Egipto un pordiosero internacional, que hipotecaba al país entero con los monopolios financieros internacionales. Finalmente, los estadistas europeos querían que el suelo egipcio sirviera como base para la explotación de la India y de Arabia. Por lo tanto, el canal de Suez se construyó con la orden de que lo excavasen egipcios en suelo egipcio, pero cuya propiedad era de Inglaterra y Francia, quienes así extendían su dominio político a Egipto y al Sudán.

La educación fue indudablemente uno de los sectores de la vida europea que creció de manera más patente durante la época capitalista. Mediante la educación y el empleo intensivo de la palabra escrita, los europeos se colocaron en la posición de transferir a otros pueblos los principios científicos del mundo material que se habían descubierto, a la vez que un cuerpo de reflexiones varias de orden filosófico sobre el hombre y la sociedad. Entre los pueblos africanos, aquellos que no tenían un lenguaje escrito pudieron apreciar muy pronto las ventajas derivadas de la educación letrada. En Madagascar, el reino de Merina hizo varios intentos por impulsar la lectura y la escritura. Para tal efecto empleaban su lenguaje y la escritura árabe y veían con buenos ojos la colaboración de los misioneros europeos. Ese intento consciente de tomar prestados elementos culturales sólo fue posible mientras mantuvieron su libertad para elegir. El colonialismo, lejos de "surgir de las necesidades de los malgaches" de hecho se interpuso a cualquier intento de "modernización", como el que realizaron los reyes de Merina en las décadas de 1860 y 1870. También en la historia de Túnez se advierte un ejemplo similar antes de que cayera el hachazo de la partición.

En muchas partes del mundo el capitalismo y su forma imperialista aceptaron que se debía dejar cierto grado de soberanía política a la población local. Esto ocurrió en Europa oriental, en América Latina, y en menor grado, en China. Sin embargo, los capitalistas europeos llegaron a la decisión de mantener a África colonizada directamente. Hay pruebas de que esa evolución no fue del todo planeada. Inglaterra y Francia, hasta los decenios de 1850 y 1860, hubieran preferido repartirse el África informalmente en "esferas de influencia". Ello significaba que habrían concertado (por ejemplo) un acuerdo de caballeros de que Nigeria

sería explotada por los mercaderes británicos mientras el Senegal sería explotado por los franceses. Además, tanto los ingleses como los franceses habrían podido comerciar en pequeña escala dentro del imperio informal del otro. Sin embargo, por una parte, había un desacuerdo sobre quién explotaría cuál zona de África (máxime porque Alemania quería unirse a la explotación); por la otra, en el momento en que una potencia europea declaraba un área de África su protectorado o colonia, establecía aranceles o tarifas contra los comerciantes europeos de otras nacionalidades, y esto obligaba a su vez a la competencia a tener colonias y tarifas discriminatorias. Una cosa llevaba a la otra, y no pasó mucho tiempo antes de que seis naciones capitalistas europeas se dedicaran a caer una sobre la otra para establecer el control político directo en regiones específicas de África. Que no quepa duda: los "caballeros" como Karl Peters, Livingstone, Stanley, Harry Johnston, de Brazza, el general Gordon y sus amos en Europa lo que estaban haciendo era arrebatarle literalmente el África. Apenas si evitaron por centímetros una conflagración militar de mayor envergadura.

Junto a estos factores, que causaron la reacción en cadena de la explotación de África, los europeos estaban además motivados racialmente en su búsqueda del dominio político sobre el continente. En el siglo XIX se expresó de manera más abierta y violenta el racismo blanco en las sociedades capitalistas, con los Estados Unidos como punto focal y con Inglaterra a la cabeza de los países europeos occidentales capitalistas. Inglaterra aceptó concederles la categoría de dominios a sus antiguas colonias de emigrantes blancos en Canadá, Australia y Nueva Zelandia, pero retiró el autogobierno del Caribe cuando los hacendados blancos fueron sacados de las asambleas legislativas por ciudadanos negros (o "morenos"). En lo concerniente a África, los ingleses se opusieron violentamente al autogobierno negro, como sucedió en la Confederación de Fante en la Costa de Oro durante la década de 1860. Trataron también de socavar la autoridad de los criollos negros de Sierra Leona. En 1874, cuando la Universidad de la Bahía de Fourah solicitó y obtuvo su afiliación a la Universidad de Durham, el *Times* de Londres declaró que la Universidad de Durham debía a continuación afiliarse al zoológico de Londres. El racismo más perverso y acendrado inspiró al imperialismo, como una variante ahora independiente, de las justificaciones económicas que inicialmente dieron origen al racismo. Era la economía la que determinaba que Europa invirtiera en África y controlara las materias primas y el trabajo del continente. Y era el racismo el que

confirmaba la decisión de que la forma de control debía ser el gobierno colonial directo.

Por todas partes lucharon los africanos contra el régimen político extranjero, y tuvieron que doblegarse frente a una fuerza superior. Pero un grupo minoritario de cierta consideración llegó a insistir en que sus lazos comerciales con Europa debían permanecer intactos, lo que indicaba hasta qué grado se habían vuelto dependientes de Europa. La ilustración más dramática de esta dependencia fue la obstinación con que lucharon algunos africanos contra el cese del tráfico europeo de esclavos.

Para la mayoría de los estados capitalistas europeos, la esclavitud de los africanos había cumplido ya su objetivo hacia mediados del siglo XIX; pero para los africanos que se dedicaban a ese tráfico su abrupta terminación representó una crisis. En muchas zonas habían ocurrido ya cambios sociales importantes para facilitar un servicio eficiente al tráfico europeo de esclavos —siendo uno de los más obvios la aparición de la "esclavitud doméstica" y de varias otras formas de sometimiento de clase y de casta. Los gobernantes y comerciantes africanos que veían amenazada su existencia social por los primeros edictos legales como la Ley británica de 1807 contra el tráfico de esclavos, siguieron buscando maneras de mantener contacto con los europeos que todavía querían esclavos.

En el África al sur del Sáhara, y especialmente en el África Occidental, las exportaciones de esclavos declinaron en forma rápida donde los europeos podían comprar otras mercancías. Tan pronto como los habitantes de cualquier región se percataban de que tenían un producto que interesaba a los europeos en lugar del tráfico de esclavos, se aprestaban a poner un máximo esfuerzo en organizar tales alternativas: marfil, caucho, productos de palma, cacahuete, etc. Una vez más se demostraba la determinación de un pequeño pero decisivo porcentaje de los africanos. Era una determinación fundada en el deseo de obtener productos del comercio europeo, muchos de los cuales habían dejado de ser meros artículos exóticos o suntuarios y se consideraban ya como necesidades.

Los primeros cuatro siglos del comercio afroeuropeo afianzaron en un sentido muy real las raíces del subdesarrollo africano. Así, el colonialismo pudo florecer muy rápidamente desde el punto de vista de los europeos, debido a que ya se habían establecido muchas de sus características en el período precedente. Una de las más determinantes de esas características fue la existencia de africanos que servían como agentes de la economía, la política y la cultura

de los colonialistas europeos. Dichos agentes o "compradores" ya habían estado al servicio de los intereses europeos durante el período precolonial. El impacto del comercio con Europa había reducido a muchos gobernantes a la categoría de intermediarios de ese comercio; había elevado a otros ciudadanos comunes al mismo papel de intermediarios comerciales; y había creado un nuevo grupo mestizo también dedicado al comercio —los hijos de padres europeos o árabes. Todos estos tipos de agentes podían catalogarse como "compradores", que desempeñaron un papel clave en extender la actividad europea de la costa al interior cuando los europeos pensaron en apoderarse del control político. Un ejemplo sobresaliente fue la forma en que los colonialistas franceses usaron a africanos y mulatos de la costa de Senegal como agentes para diseminar el control francés a miles de millas de distancia, en áreas que hoy cubren Senegal, Malí, Chad, Alto Volta y Níger. Aquellos negros o mulatos vivían en los puertos mercantes de Gorée, Dakar, Saint Louis y Rufisque, y durante largo tiempo habían mantenido vínculos con el comercio atlántico.

Los africanos que se dedicaban al comercio en nombre de los europeos no sólo eran sus agentes comerciales, sino también sus agentes culturales, puesto que era inevitable que estuvieran fuertemente influidos por el pensamiento y los valores europeos. La búsqueda de la educación europea se inició en África aun antes del período colonial. Los gobernantes y comerciantes costeros reconocían la necesidad de compenetrarse aún más profundamente con el modo de vida del hombre blanco que había llegado del otro lado del mar. Los hijos mulatos de los comerciantes blancos y los hijos de los gobernantes africanos eran los que más esfuerzos hacían por aprender las costumbres del hombre blanco. Esto les ayudaba para llevar a cabo sus negocios de manera más eficiente. Un gobernante de Sierra Leona del siglo XVIII explicaba que tenía el deseo de "aprender de libros a ser tan rapaz como el hombre blanco", y había muchos otros que se daban cuenta de las ventajas prácticas de saber leer y escribir. Sin embargo, el proceso educativo significaba también empaparse de los valores que más adelante estimularon el subyugamiento de África. Un africano occidental educado en este período escribió una tesis de doctorado en latín justificando la esclavitud. El reverendo Thomas Thompson, que fue el primer educador europeo de la Costa de Oro, escribió en 1778 un panfleto intitulado: *Demostración de cómo el mercado africano de esclavos negros es congruente con los principios de la humanidad y las leyes de la religión revelada*.

Uno de los aspectos más impresionantes de la historia del África

Occidental del siglo XIX fue la manera en que los africanos vultos de la esclavitud ayudaron a sus amos europeos a instaurar el régimen colonial. Ello ocurrió especialmente con los africanos que regresaron del Caribe y Norteamérica a Sierra Leona o que fueron liberados en los barcos de esclavos y desembarcados en Sierra Leona. Ello sucedió también en menor grado, con africanos que alguna vez estuvieron en el Brasil. Estos individuos, asimilados a los valores capitalistas promovieron como la mayor parte de los misioneros europeos, todo tipo de actividades que convenían al régimen colonial. En un contexto un tanto diferente, también se puede argüir que los árabes de Zanzíbar y de la costa oriental africana se transformaron igualmente en agentes del colonialismo europeo. Al principio se resistieron porque el colonialismo europeo afectaba sus propias ambiciones expansionistas, tierra adentro en el África Oriental; pero a la postre llegaron a un acuerdo que dio a los europeos poderes máximos. Los europeos convirtieron así a las pequeñas congregaciones de árabes en instrumentos políticos y económicos del imperialismo.

La superioridad de los europeos sobre los árabes en el oriente y el norte de África y en el Levante (Medio Oriente) demuestra categóricamente que el imperialismo moderno es inseparable del capitalismo, y subraya el papel de la esclavitud en el contexto del capitalismo. Los árabes habían adquirido africanos como esclavos durante siglos, pero los explotaban en un medio feudal. Los esclavos africanos en manos de los árabes se convirtieron en sirvientes domésticos, soldados y siervos agricultores. Ningún excedente que produjeran se destinaba a la reinversión y a la multiplicación del capital, como sucedía en los sistemas esclavistas de Norteamérica y el Caribe, sino que se empleaba para el consumo de una élite feudal. En efecto, a menudo los esclavos se mantenían más por prestigio social que para obtener beneficios económicos.

Las principales excepciones a esta regla fueron Zanzíbar durante el siglo XIX, y Egipto bajo el reinado de Muhammed Alí. En ambos casos se explotaba el trabajo africano para producir utilidades en el sistema de plantaciones; y esto debe haber sucedido probablemente también en la producción de dátiles en Arabia. Pero ya Europa había estado explotando el trabajo africano para obtener el máximo excedente durante los tres siglos precedentes, y la contribución de los sistemas de plantaciones al desarrollo capitalista europeo fue tan grande, que Europa Occidental en el siglo XIX ya había engullido los sistemas de explotación más pequeños de Zanzíbar y Arabia y, tras la muerte de Muhammed Alí en 1849, mantenía firmemente maniatada a la economía de Egipto.

to. En otras palabras, el clavo, el algodón y los dátiles producidos en Zanzíbar, Egipto y Arabia, respectivamente, en épocas previas a la colonización, sirvieron para fortalecer el comercio y la producción europeos. A la postre, no fue problema serio para los capitalistas mercaderes de esclavos de Europa extender su dominio político sobre los mercaderes árabes feudales y usarlos como agentes del colonialismo en el África Oriental.

Volviendo a la cuestión de los agentes africanos del gobierno colonial europeo en África, debe reconocerse que los europeos reclutaban africanos para que combatieran en los ejércitos que de hecho conquistaron África en el sangriento período entre 1880 y la primera guerra mundial en 1914. Una característica muy difundida del colonialismo es su capacidad de encontrar agentes de la represión entre las propias víctimas colonizadas. Sin embargo, de no haber existido un comercio en siglos anteriores entre África y Europa, no les hubiera sido posible a los europeos reclutar tan fácilmente a los *askaris** y cargadores que hicieron posible la conquista militar.

Los residentes africanos de los puertos senegaleses mencionados antes, fueron los que vistieron el uniforme del ejército francés, y los que combatieron para establecer el gobierno francés en el interior y en otras partes de la costa, como Dahomey. Cuando los británicos derrotaron a Asante en 1874, tenían entre sus fuerzas tropas africanas de los pueblos costeros vecinos a los fuertes de la Costa de Oro. El contacto de esos africanos con los europeos se remontaba al siglo xvii, y desde entonces se identificaban a sí mismos como "holandeses", "daneses" e "ingleses", según fuera la nacionalidad del fuerte que los empleaba. Habían combatido en batallas a favor de una nación europea contra la otra, y hacia finales del siglo xix era pan comido ponerlos a luchar contra sus compañeros africanos en nombre del poderío colonial de Inglaterra.

En los territorios portugueses, los orígenes de la policía y el ejército colonial negros también se remontan al período precolonial. Alrededor de los fuertes de Luanda y Benguela en Angola, y de Lourenço Marques y Beira en Mozambique, aparecieron comunidades de africanos, mulatos y aun indios que ayudaron a "pacificar" áreas muy extensas a favor de los portugueses en fechas posteriores a la Conferencia de Berlín. Eran los comerciantes de Mozambique y del resto del oriente, el occidente y el centro de África los que proporcionaban los cargadores que llevaban las

* Significa soldados en swahili [T.]

pesadas ametralladoras, cañones y equipo auxiliar; eran ellos los que proveían a los futuros colonialistas europeos con la información y la estrategia militares que podrían facilitar la conquista; y eran ellos los intérpretes que hacían entender la voz de los europeos en tierra africana. Igualmente fue cierto que muchos africanos que tenían poca o ninguna relación con el mercado precolonial se aliaron con los forasteros de Europa. A este respecto, resultaba crucial la brecha entre los niveles de organización política de Europa y África. El desenvolvimiento de la unidad política en la forma de grandes estados se llevaba a cabo a buen paso en África en aquel entonces. Pero aun así, para el momento de la Conferencia de Berlín, África era todavía un continente cubierto por gran número de agrupaciones sociopolíticas que no tenían un propósito común. Por lo tanto, se le hacía fácil al intruso europeo usar la maniobra clásica de divide y vencerás. De esta manera ciertos africanos llegaron a ser aliados inconscientes de Europa.

Muchos gobernantes africanos buscaron "alianzas" con los europeos para poder enfrentarse a vecinos con los que estaban en conflicto. Pocos de aquellos monarcas llegaron a concebir la importancia de sus actos. No podían saber que los europeos habían llegado con la intención de quedarse para siempre, ni que habían llegado a conquistar no a unos, sino a todos los africanos. Esta percepción parcial e inadecuada del mundo era en sí misma testimonio del subdesarrollo africano *relativo* a Europa, la que hacia el siglo xix tenía ya plena confianza para embarcarse a buscar la dominación de todos los rincones del mundo.

Las divisiones políticas de África no son señal ni de inferioridad innata ni de atraso. Ésas eran las condiciones en que se encontraba el continente en ese momento —un instante en el largo camino que recorrieron también otras regiones. El impacto comercial de Europa frenó el proceso de amalgama y de expansión políticas, en abierto contraste con la fuerza con que el mismo comercio de África fortaleció a los Estados nacionales de Europa. Cuando el capitalismo europeo tomó la forma de imperialismo y comenzó a subyugar a África políticamente, los conflictos políticos *normales* de la situación africana precapitalista se transformaron en *debilidades* que permitieron a los europeos instaurar su dominio colonial.

Es obvio que para comprender la llegada del colonialismo a África, debe estudiarse en general tanto la evolución histórica previa de África como la de Europa; y en particular deben considerarse las formas en que sus lazos comerciales influyeron en forma recíproca sobre ambos continentes, a fin de aclarar cómo el co-

mercio precolonial fue una etapa preparatoria de la era de dominación colonial.

Se reconoce ampliamente que África fue colonizada a causa de su debilidad. El concepto de debilidad comprende tanto la militar como la capacidad económica inadecuada, así como ciertas debilidades políticas, a saber, una evolución incompleta hacia el establecimiento de los estados nacionales, que dejó al continente dividido y con escasa conciencia del mundo en su totalidad, que se había transformado ya en un sistema unitario con la expansión de las relaciones capitalistas.

BREVE GUÍA DE LECTURA

La sección tercera de este capítulo que trata sobre la sociedad africana es continuación del capítulo 2; y los textos generales que se citan allí son igualmente útiles en este contexto. Se presentan más escritores africanos en este período precolonial reciente, que es sin duda un aspecto de la lucha nacional. También hay más y mejores monografías sobre regiones y temas específicos. Sin embargo, la llegada del imperialismo no se ha documentado seriamente aún desde una perspectiva africana, y hay una carencia total de una teoría que articule los distintos hechos que se han determinado plenamente en la actualidad sobre lo sucedido en África entre 1500 y 1885.

J. Webster y A. Boahen, *The revolutionary years: West Africa since 1800*.

B. Davidson con J. E. Mhina, *The growth of African civilization: East and Central Africa to the late nineteenth century*.

Estos dos textos deben añadirse a la lista de tratados generales que ofrecen una vasta panorámica regional de largos períodos. Tienen la ventaja de ser interpretaciones coherentes y no solamente colecciones de ensayos.

W. Rodney, *West Africa and the Atlantic slave trade*, East African Publishing House, 1967.

E. Alpers, *The East African slave trade*, East African Publishing House, 1967.

I. A. Akinjogbin, *Dahomey and its neighbours*.

Los primeros dos son descripciones breves del impacto de las exportaciones de esclavos en las regiones africanas a las que se refieren. El tercero es una historia detallada de la intromisión de los europeos en el Dahomey hecha por un escritor nigeriano.

J. Eghareva, *A short history of Benin*.

B. A. Ogot, *History of the Southern Luo*.

I. Kimambo, *A political history of the Pare*.

J. Vansina, *Kingdoms of the Savannah*.

E. Alpers, *The East African slave trade*.

Las primeras tres publicaciones son buenos ejemplos de trabajos académicos preparados por africanos sobre el desarrollo histórico, que comienzan antes del contacto con Europa. Se caracterizan por emplear las tradiciones orales africanas como base para sus interpretaciones. El cuarto texto, por un europeo, fue un trabajo innovador en su medio que se apoyó fuertemente en la tradición oral para reconstruir la historia del África central.

J. Ajayi, *Christian missions in Nigeria, 1845-1891*.

E. A. Ayandale, *The missionary impact on modern Nigeria*.

Uno de los aspectos de la época imperialista en el que han sondeado los historiadores africanos (y muchos no africanos) es el de los misioneros cristianos, como se aprecia en las obras citadas.

5. LA CONTRIBUCIÓN DE ÁFRICA AL DESARROLLO CAPITALISTA DE EUROPA. EL PERÍODO COLONIAL

Las colonias han sido creadas por la metrópoli para la metrópoli.

Dicho francés.

Las operaciones de ventas en los Estados Unidos y las gerencias de las catorce plantas (Unilever) son dirigidas desde la Casa Lever en la elegante Avenida Park de Nueva York. Al mirar aquella alta e impresionante estructura de vidrio y acero, uno no puede sino preguntarse cuántas horas de trabajo negro mal pagado, y cuántos miles de toneladas de aceite de palma depreciado, de cacahuete y de cacao, se necesitaron para construirla.

W. ALTHEUS HUNTON

5.1 LA EXPATRIACIÓN DEL EXCEDENTE AFRICANO BAJO EL COLONIALISMO

a] *El capital y el trabajo asalariado africano*

El África colonial cayó dentro de esa parte de la economía capitalista internacional de la que se extraía el excedente para alimentar al sector metropolitano. Como se vio anteriormente, la explotación de la tierra y del trabajo son imprescindibles para el avance social del hombre, pero siempre y cuando el producto de esa explotación quede al alcance de la región en que se lleva a cabo. El colonialismo no era únicamente un sistema de explotación, sino un sistema cuyo propósito esencial era el de exportar las ganancias a la "madre patria". Desde una perspectiva africana, ello significó la expatriación constante del excedente generado por el trabajo africano a partir de los recursos africanos. Significó el desarrollo de Europa como parte del mismo proceso dialéctico en que África fue subdesarrollada.

Comparado con cualesquiera otras condiciones, el trabajo de África fue siempre barato, y ello entrañó que el excedente extraído del trabajador africano haya sido enorme. El patrón bajo el colonialismo pagaba salarios extremadamente bajos, salarios que solían ser insuficientes incluso para mantener al trabajador físicamente vivo —y que por lo tanto, lo obligaban a cultivar alimentos para sobrevivir. Ello regía sobre todo para el trabajo agrícola de

las plantaciones, el trabajo de las minas y ciertas formas de empleo urbano. Cuando se impuso el colonialismo europeo en África, los africanos podían ganarse el sustento a partir de la tierra. Muchos mantuvieron algún grado de contacto con la tierra en los años que siguieron, y se dedicaron a trabajar en sus *shambas** para poder pagar los impuestos o porque se les obligó a hacerlo. En Europa, terminado el feudalismo, el trabajador dejó de tener otra fuente de subsistencia que no fuera la de vender su trabajo a los capitalistas. Por lo tanto, en cierta medida, el empleador era responsable de asegurar la supervivencia física del trabajador al darle un "salario para vivir". En África, ése no fue el caso. Los europeos ofrecían los salarios más bajos posibles y se apoyaban en una legislación que, con el ejercicio de la fuerza, se encargaba de hacer el resto.

Por varias razones el trabajador africano fue explotado de forma mucho más cruda que su contraparte europeo durante el presente siglo. En primer lugar, el Estado colonial extranjero tenía el monopolio del poder político, que obtuvo una vez aplastada toda oposición mediante una fuerza armada superior. En segundo lugar, la clase trabajadora africana era pequeña, se encontraba muy dispersa y tenía la inestabilidad que entrañan las prácticas migratorias. En tercer lugar, si bien el capitalismo siempre estuvo dispuesto a explotar a los trabajadores donde le fuera posible, en África añadió pretextos raciales para tratar injustamente al trabajador africano. De la teoría racista de la inferioridad del negro debía desprenderse que éste merecía salarios más bajos, aunque resulta interesante observar cómo los racistas blancos franceses trataban a las poblaciones árabes y berberiscas del África del Norte como "negros", a pesar de su pigmentación más clara. Al combinarse los factores mencionados a los africanos se les hizo extremadamente difícil organizarse. Sólo con su organización y determinación la clase trabajadora puede protegerse de la tendencia natural del capitalismo de explotarla al máximo. Por ello era que cada vez que los trabajadores africanos tomaban conciencia de la necesidad de la solidaridad sindicalista, los regímenes coloniales ponían a su paso todo tipo de obstáculos.

Los salarios que se pagaban en Europa y Norteamérica eran muy superiores a los salarios que se pagaban a los trabajadores africanos en categorías comparables. El minero nigeriano del carbón en Enugú, ganaba un chelín diario por trabajo subterráneo

* *Shamba*: tierra de cultivo, parcela, en lengua kiswahili, África Oriental. El verbo "chambear" empleado en México, que equivale a "trabajar", como muchas otras palabras, tiene origen africano [T.]

y 9 peniques por trabajo en la superficie. Tan miserable paga quedaba fuera de toda comprensión para el minero del carbón en Escocia o Alemania, quien prácticamente ganaba en una hora lo que el minero de Enugú recibía por una semana de seis días. Los archivos de la gran compañía naviera norteamericana, la Farrel Lines, demuestran que en 1955, del total de los gastos asignados a la carga y descarga de mercancías entre África y América, cinco sextos se pagaban a los trabajadores norteamericanos y un sexto a los africanos. Sin embargo, el volumen que se cargaba y descargaba era el mismo en ambos continentes. Y a pesar de esto, los salarios que se daba a los estibadores norteamericanos y a los mineros del carbón europeos, estaban concebidos para que los capitalistas pudiesen obtener sus ganancias. Lo que se intenta ilustrar aquí es lo incommensurablemente más alta que era la tasa de explotación de los trabajadores africanos. Cuando salían a la luz discrepancias como las anteriores, durante el período colonial y en épocas más recientes, los defensores del colonialismo respondían de inmediato que el nivel o el costo de la vida era mucho más alto en los países capitalistas. La realidad era que ese mismo nivel de vida superior había sido posible sólo gracias a la explotación de las colonias; y no había ninguna justificación que valiera para haber mantenido a África con niveles de vida tan ínfimos en una época en que era mucho más lo que se podía hacer, sobre todo considerando que era esa misma situación la que había permitido los altos niveles de vida de los europeos, obtenidos del rendimiento del trabajo de los africanos.

La prueba más palmaria de cómo se mantenía este alto nivel de vida (sustentado en el trabajo de los africanos) son los altos salarios y el estilo de vida de los blancos dentro de la misma África.

El trabajador africano fue discriminado por los gobiernos coloniales en los niveles de dirección o de mando. Siempre que un trabajador blanco y uno negro pudieron ocupar la misma plaza, el blanco podía tener plena seguridad de que recibiría un salario mucho mayor. Esto ocurría en todos los planos, desde las plazas de los trabajadores del Estado hasta las de los trabajadores de las minas. Aunque los obreros asalariados africanos en las colonias inglesas de la Costa de Oro y Nigeria tuvieron condiciones un poco mejores que las de muchos de sus hermanos en otros lugares del continente, siempre estuvieron reducidos a la categoría de "personal auxiliar", en la burocracia estatal. En el período previo a la última guerra mundial los burócratas europeos en la Costa de Oro recibían un promedio de 40 libras esterlinas al mes, más

vivienda asegurada y otros privilegios. Los africanos recibían un salario promedio de 4 libras esterlinas. Había casos en que un solo europeo en una de estas instituciones ganaba tanto como veinticinco de sus ayudantes africanos juntos. Fuera de la burocracia, los africanos obtenían empleos en proyectos de construcción, en las minas o como sirvientes —todos empleos con sueldos extremadamente bajos. Era una explotación irresponsable y sin afeites. Cuando en 1934 murieron 41 africanos en un derrumbe de una mina de oro en la Costa de Oro, la compañía capitalista indemnizó a sus dependientes con tres libras esterlinas por cada trabajador.

En los países en que se estableció una gran cantidad de colonos blancos, la diferencia en los salarios se hacía más patente. En el África del Norte, los sueldos de los marroquíes y argelinos eran en promedio entre un 16 y un 25% de lo que recibían los europeos. En el África Oriental, la situación era mucho peor, especialmente en Kenia y Tangañica. El contraste más agudo se revela en la comparación de las percepciones y el nivel de vida de un solo colono blanco, con los salarios increíblemente bajos de los africanos. Cuando Lord Delamere controlaba 100 000 acres de las mejores tierras kenianas, el nacional de ese país tenía que transitar con su pase o *kipande* en su propia patria para ir a mendigar un pago de 15 o a lo más 20 chelines mensuales. El extremo absoluto de esta brutal explotación había de encontrarse en las regiones más sureñas del continente, por ejemplo en la Rhodesia del Sur, donde los trabajadores agrícolas rara vez percibían más de 15 chelines mensuales. Los mineros recibían algo más si su trabajo era semicalificado, pero en condiciones laborales mucho más intolerables. Los obreros no calificados de las minas de Rhodesia del Norte solían cobrar sólo 7 chelines mensuales. El conductor de un camión en la famosa zona del cinturón del cobre correspondía a la categoría de los trabajadores semicalificados; y mientras en una mina el europeo recibía por la misma faena 30 chelines al mes, en otra el africano la ejecutaba por 3 chelines al mes.

En el decenio de 1930, en todos los territorios coloniales los salarios descendieron aún más; debido a las crisis que cimbraron al mundo capitalista, y no se les restituyó la pérdida ni se les ofreció el menor incremento sino hasta después de la segunda guerra mundial capitalista. En 1949 los empleados municipales africanos de Rhodesia del Sur recibieron el "premio" de un salario de entre 35 y 75 chelines al mes. Esto representó un aumento considerable con respecto a los años anteriores, pero al mismo

tiempo los trabajadores blancos (con una jornada de 8 horas contra la de los africanos de 10 a 14 horas) recibían un salario mínimo de 20 chelines *diarios*, más vivienda gratuita y otras prestaciones.

Rhodesia constituía una versión en miniatura de lo que era el sistema sudafricano del *apartheid*, que se dedicaba a explotar a la clase trabajadora más numerosa del continente. En la Unión Sudafricana trabajaban los obreros africanos en lo más profundo de las minas, en condiciones infrahumanas, condiciones que no habrían tolerado los obreros europeos en las minas de Europa. En consecuencia, los mineros sudafricanos negros debían extraer el oro de depósitos que en otros sitios se habrían declarado como no comerciales. Y al mismo tiempo era la fracción blanca de la clase obrera la que recibía todos los beneficios que pudiesen conseguirse en cuanto a salarios y prestaciones. Los jerarcas de la administración colonial reconocían que las compañías podían otorgar a los blancos salarios mucho más altos que en otros lugares del mundo debido a las ganancias colosales que obtenían pagando salarios de hambre a los trabajadores negros.* Los jefes se quedaban en Europa y Norteamérica, a donde se remitían todos los años los fabulosos dividendos del oro, los diamantes, el manganeso, el uranio, etc., que el trabajo africano extraía del subsuelo sudafricano. Durante años la propia prensa capitalista cantó las glorias de Sudáfrica como la región de máximas ganancias, que cobrarían por regla todas las inversiones que a ella se destinaran. Incluso en los mismos primeros años del "arrebato de África" hubo individuos que amasaron fortunas a base del oro y los diamantes de Sudáfrica, como un tal Cecil Rhodes. En el presente siglo se han multiplicado tanto las inversiones como los flujos de capitales al exterior del país. Las inversiones se han concentrado principalmente en la minería y en las finanzas, donde se obtienen las mayores ganancias. A mediados de 1950 se calcula que las inversiones inglesas en Sudáfrica alcanzaron un monto de 860 millones de libras esterlinas, que generaron una ganancia del 15%, es decir, alrededor de 129 millones de libras esterlinas al año. La mayoría de las compañías mineras tuvieron ganancias muy superiores a este promedio. La compañía De Biers Consolidated Mines obtuvo réditos que eran a la vez colosales y sostenidos —entre 26 y 29 millones de dólares anuales durante toda la década de 1950.

Los intereses del complejo minero sudafricano rigieron no sólo

* Como bien se sabe, esas condiciones continúan en la actualidad. Sin embargo, en este capítulo se emplea el tiempo pretérito para describir la época colonial [A.]

en Sudáfrica sino también en el África del Sudoeste (Namibia), Angola, Mozambique, Rhodesia del Norte y del Sur y el Congo. El Congo fue una fuente permanente de inmensa riqueza para Europa, porque desde los tiempos de la intervención que impuso el régimen colonialista hasta 1906, el rey Leopoldo de Bélgica atesoró cuando menos 20 millones de dólares del caucho y del marfil. El período de la explotación de minerales se inició muy temprano, y llegó a su punto culminante cuando el control político pasó de las manos del rey Leopoldo al Estado belga en 1908. El total del flujo de inversiones extranjeras (según los cálculos de los belgas) en el Congo entre 1887 y 1953 ascendió a 5 700 millones de libras esterlinas. El valor del capital producido y exportado en ese mismo período alcanzó la cifra de 4 300 millones de libras, sin contar las ganancias que se retuvieron en el Congo. Como ocurrió en todo el continente, la exportación de excedentes desde el Congo fue en aumento a medida que se fue aproximando el fin del período colonial. En los cinco años que precedieron a la independencia el flujo neto de capitales entre el Congo y Bélgica alcanzó enormes proporciones.

La mayor parte del excedente expatriado estaba en manos de uno de los principales monopolios financieros europeos, la Société Generale. Y la Unión Minière de Haute Katanga, su filial más importante, monopolizó la producción congoleña desde 1889 (cuando se la conocía como la Compagnie de Katanga). La Union Minière llegaba a tener dividendos de 27 millones de libras en un solo año, lo que era un hecho conocido.

No es de extrañar, por lo tanto, que de la riqueza total producida por el Congo en cualquier año del período colonial, más de la tercera parte saliera del país en la forma de ganancias de las grandes empresas y en salarios para el personal "expatriado". Pero la cifra respectiva para Rhodesia del Norte bajo los británicos llegaba hasta el cincuenta por ciento. Al menos en Katanga, la Union Minière tenía la reputación de dejar atrás una fracción de la ganancia en, por ejemplo, viviendas y servicios de maternidad para los trabajadores africanos. En cambio las compañías de la región del cinturón del cobre de Rhodesia exportaban las ganancias sin ningún remordimiento de conciencia.

No debe olvidarse que fuera de África del Sur existieron otros proyectos mineros de consideración durante el período colonial. En el norte de África el capital extranjero explotaba recursos naturales como los fosfatos, el petróleo, el plomo, el zinc, el manganeso y el mineral de hierro. En Guinea, Sierra Leona y Liberia había importantes obras dedicadas a la extracción de oro, dia-

mantes, mineral de hierro y bauxita. Agréguese a todo ello el estaño de Nigeria, el oro y el manganeso de Ghana, el oro y los diamantes de Tangañica y el cobre de Uganda y del Congo Brazaville. En cada caso, para llegar a comprender la situación que imperaba, es preciso comenzar por investigar cuál era el grado de explotación de los recursos y el trabajo africano, para luego proceder a determinar y seguir los distintos destinos del excedente fuera de África —es decir, a las cuentas bancarias de los capitalistas que controlaban la mayoría de las acciones en los inmensos complejos mineros multinacionales.

En el ámbito de las compañías dedicadas a la agricultura, la clase obrera africana produjo un excedente exportable un poco menos espectacular. Las plantaciones proliferaron al norte, al oriente, y al sur de África; y aparecieron también en el occidente en menor proporción. Sus ganancias dependían de los salarios increíblemente bajos y de las arduas condiciones de trabajo que impusieron a los trabajadores del agro africano, así como del hecho de que invertían muy poco capital para obtener la tierra, pues las potencias coloniales la robaban al por mayor a los africanos para venderlas a los blancos a precios nominales. En Kenia, por ejemplo, una vez que se declaró a las tierras montañosas "tierras de la Corona" los ingleses le entregaron a lord Delamere 100 000 acres de las de mejor calidad al precio de un penique por acre. Lord Francis Scott compró 350 000 acres; la East African Estates Limited otros 350 000 acres, y el East African Syndicate obtuvo otros 100 000 acres, contiguos a la hacienda de lord Delamere —todos a precios de regalo. Huelga recordar que aquellas haciendas producían enormes dividendos, si bien con tasas de ganancia inferiores a las de una mina de oro sudafricana o una mina de diamantes angoleña.

En el período colonial, Liberia era un país supuestamente independiente, pero es innegable que de hecho no fuera sino una colonia de Estados Unidos. En 1926, la compañía hulera Firestone, de Estados Unidos, se las ingenió para adquirir un millón de acres de tierras forestales en Liberia a un precio de 6 centavos de dólar por acre, y un 1% de interés sobre el valor de la goma producida para exportación. Debido a la demanda y a la estratégica situación del caucho, las ganancias obtenidas de la tierra y el trabajo de Liberia colocaron a la Firestone en el vigésimo quinto lugar entre los consorcios gigantes de Norteamérica.

b) *Las compañías mercantiles europeas contra el campesino africano*

Hasta aquí, esta sección se ha ocupado de la parte del excedente producido por los asalariados africanos de las minas, las plantaciones, etc. Pero la clase trabajadora africana en el colonialismo era extremadamente pequeña, y la gran mayoría de los africanos que participaban en la economía monetaria colonial eran campesinos independientes. ¿Cómo puede afirmarse entonces que estos campesinos que trabajaban por cuenta propia contribuyeron a la expatriación del excedente africano? Los defensores del colonialismo arguyen que cada vez que se les ofrecía la oportunidad de crear excedentes, mediante la siembra de sus cosechas o la recolección de productos como el cacao, el café, el aceite de palma, etc., los campesinos recibían considerables beneficios. Es indispensable esclarecer esta interpretación tergiversada.

El campesino, ya fuera el de los cultivos comerciales o el de los productos recolectables, era explotado por una larga cadena de individuos que se iniciaba con el comerciante local. A veces los comerciantes locales eran europeos. Muy rara vez llegaban a ser africanos, y con la mayor frecuencia pertenecían a un grupo minoritario traído del exterior, que fungía como intermediario entre los colonialistas blancos y el explotado campesino africano. En el África Occidental este papel lo ejecutaban los libaneses o los sirios, y en el África Oriental los indios, que habían ascendido a esa posición. En Zanzíbar también los árabes desempeñaron esa función de intermediarios, al igual que en otros cuantos lugares de la costa oriental africana.

Los campesinos de los cultivos comerciales jamás poseyeron un capital propio. Vivían con lo que obtenían de cada cosecha, dependiendo tanto de las buenas estaciones como de los buenos precios. Cada vez que fallaba la cosecha o bajaban los precios, el campesino tenía que endeudarse para poder juntar el dinero requerido para los impuestos y para comprar los artículos necesarios. Para tener tal seguridad hipotecaban sus cosechas futuras con los agiotistas, otros individuos pertenecientes a la categoría de los acaparadores o intermediarios. La omisión en el pago de la deuda podía llevar, y de hecho llevaba, a la pérdida de la tierra a manos de los prestamistas. La tasa de interés por cada préstamo era siempre increíblemente alta, llegando a la denominación más conocida como "usura". En el África Oriental las cosas iban tan mal que incluso el propio gobierno colonial inglés decidió interce-

der para proteger a los campesinos africanos de los negociantes asiáticos, mediante la "Ordenanza de Crédito a los Nativos".

A pesar de todo este aparato, y si bien llegó a haber algunas fricciones entre los colonialistas y sus intermediarios, en general fueron uña y carne del mismo sistema de explotación. En resumen, los libaneses y los hindúes se encargaban de los trabajos menores que no interesaban a los europeos. Tenían la propiedad de cosas como las despepitadoras de algodón que servían para separar la semilla de las hilazas, en tanto los europeos por supuesto se concentraban en los molinos algodoneros en Europa. Los intermediarios también solían salir a los poblados rurales, mientras los europeos preferían quedarse en las ciudades. Ya en los poblados, los hindúes y los libaneses se apoderaban prácticamente de todo lo que pudiera venderse o comprarse, devolviendo la mayor parte de las ganancias de nuevo a los europeos en las ciudades o en el extranjero.

La parte de las ganancias con que se quedaban los intermediarios era insignificante en comparación con los dividendos que reeditaban los grandes intereses financieros europeos y los propios gobiernos europeos. La institución capitalista que mayor contacto tenía con los campesinos africanos era la compañía mercantil colonial: es decir, la compañía especializada en movilizar mercancías hacia fuera y dentro de las colonias. Las más connotadas fueron, en las colonias de Francia, la *Compagnie Française d'Afrique Occidentale* (CFAO), y la *Société Commerciale Ouest Africaine* (SCOA); y en las de Inglaterra, la *United Africa Company* (UAC). Estas empresas fueron las responsables de la expatriación de una gran proporción de la riqueza africana producida por el trabajo siempre asiduo del campesino.

Varias de las compañías mercantiles de la colonia tenían ya las manos manchadas de sangre africana desde los tiempos del comercio de esclavos. Así, ocurrió, por ejemplo, que una vez que los comerciantes franceses de Burdeos hubieron amasado sus fortunas en la trata de esclavos, reinvirtieron este capital en el comercio del cacahuate en Senegal y en Gambia hacia mediados del siglo XIX. Esas compañías continuaron con sus operaciones durante el período colonial, aunque fueron cambiando de dueños y fusionándose una y otra vez. En Senegal, Mauritania y Malí eran bien conocidos los nombres de la *Maurell & Prom*, los *Maurell Brothers*, la *Buhan & Teyssere*, y la *Delmas & Clastre*. A la postre varias de estas compañías se incorporaron a la SCOA, controlada por consorcios franceses y suizos. En el puerto de Marsella, un proceso paralelo condicionó la transferencia de capital del comercio de

esclavos al comercio directo entre África y Francia. Terminada la primera guerra mundial la mayor parte de las compañías de Marsella habían sido absorbidas por la enorme CFAO, que se dedicaba a importar desde el África Occidental Francesa todo tipo de mercancías europeas que pudiera introducir al mercado local, y a exportar a su vez la producción agrícola generada básicamente por el trabajo campesino. La CFAO tenía asimismo capitales ingleses y holandeses, y sus actividades se extendían a Liberia y a las colonias británicas y belgas. Se decía que tanto la SCOA como la CFAO obtenían ganancias de hasta un 90% en los años buenos y de alrededor del 25% en los malos.

En Inglaterra, el connotado puerto esclavista de Liverpool fue el primero en efectuar el cambio al mercado del aceite de palma, a principios del siglo XIX, cuando el comercio de esclavos se tornó difícil o imposible. Ello significaba que las compañías de Liverpool ya no se dedicarían a explotar al África despojándola físicamente de su fuerza de trabajo para llevarla a otros lugares del mundo. Ahora explotarian el trabajo y las materias primas de África dentro de África. Todo el resto del siglo XIX y ya en el seno del período colonial, el puerto de Liverpool se concentró en la importación de la producción agrícola campesina. Apoyado por los distritos industriales de Manchester y Cheshire ahora el puerto inglés tenía el control de una gran parte del mercado británico y europeo con África —justamente lo mismo que había hecho en el período del comercio de esclavos. Otro sitio que tuvo un interés particular por el comercio colonial fue Glasgow, así como los comerciantes y los grandes intereses financieros de Londres. Hacia 1929 Londres ya remplazaba a Liverpool como puerto principal dedicado a las operaciones africanas de importación y exportación.

Como se ha indicado, la UAC era la compañía inglesa más conocida en el mundo de los negocios. Era subsidiaria del gigante monopolio anglo-holandés, Unilever; sus agencias estaban ubicadas en todas las colonias británicas del África Occidental y en menor grado en las del África Oriental. Unilever también controlaba la *Compagnie du Níger Français*, la *Compagnie Française de la Côte d'Ivoire*, la SCOA en Chad, la *nosoco* en Senegal, la NSCA en la Guinea Portuguesa y la *John Walker & Co.* en Dahomey. Hubo algunas otras compañías británicas y francesas que, sin tener representación en todas las colonias, obtuvieron ganancias considerables en los sitios en donde se atrincheraron. Una de ellas fue la *John Holt* de Nigeria.

En el África Oriental el negocio de importación/exportación tendía a aglutinar a compañías más pequeñas que las del África

Occidental, pero con todo había cinco o seis que, mucho mayores que el resto, se apropiaban de los dividendos más grandes. Una de las más antiguas era la Smith Mackenzie, rama de la compañía escocesa Mackinson & Mackenzie, consorcio que había sido la punta de lanza de la colonización británica de la misma África Oriental, y signatario a la vez de algunos intereses en la India. Se agregan a este grupo otras empresas comerciales importantes como la Wigglesworth & Co., la Dolgetty, la Leslie & Anderson, la Ralli Bros, la Michael Cotts, la Jos Hansen, la African Mercantile y la Twenstche Overseas Trading Co. Algunas de éstas se amalgamaron antes de concluir el régimen colonial, y todas tuvieron varias filiales, las que mantenían a su vez lazos con compañías metropolitanas de mayor envergadura. La UAC también recibió su tajada en el comercio de importación del África Oriental, que obtuvo al comprar la compañía Gailey & Roberts, fundada por los colonos blancos en 1904.

Es fácil seguir la mecánica de la apropiación del excedente en el África Oriental, puesto que los mecanismos extractivos se concentraron o centralizaron en Nairobi y en el puerto de Mombasa. Todas las grandes compañías operaban desde Nairobi, con oficinas importantes en Mombasa dedicadas a almacenar, embarcar, asegurar, etc. Se sumaban al cuadro Uganda y Tanganyika, a través de sus ciudades capitales de Kampala y Dar es-Salam, donde había representantes de los grandes consorcios. Iniciada la última guerra, el volumen del mercado del África Oriental descendió considerablemente, pero dio un gran salto de recuperación después de esa reducción. A guisa de ilustración, el valor de las importaciones en Kenia subió de 4 millones de libras esterlinas en 1938, a 34 millones en 1950, y a 70 millones en 1960. Naturalmente que ascendió al mismo tiempo el valor de las exportaciones; y entre los principales beneficiarios del crecimiento del comercio extranjero estuvieron las compañías comerciales.

Las empresas mercantiles atesoraban enormes fortunas a partir de inversiones relativamente pequeñas en aquella parte de África, donde la agricultura de los campesinos dedicados a los cultivos comerciales alcanzó grandes proporciones. Las compañías no tenían que gastar un sólo céntimo en este proceso de producción comercial. El campesino africano se había incorporado a la agricultura comercial por varias razones. Una minoría aprovechó la ansiada oportunidad de adquirir productos europeos, a los que ya se había acostumbrado durante el período precolonial. Pero fueron muchos más los que, en todos los rincones del continente africano, tuvieron que dedicarse a ganar dinero en efectivo por-

que se les obligó a pagar diversos tipos de impuestos en efectivo, o simplemente porque se les esforzó a participar en este tipo de trabajo. Buenos ejemplos de cómo se obligó a los africanos a trabajar en los cultivos comerciales a punta de fusil y látigo pueden encontrarse en Tanganyika bajo el régimen alemán, en las colonias portuguesas, en el África Ecuatorial Francesa y el Sudán Occidental en la década de 1930.* En cualquiera de estas situaciones eran muy pocos los casos en que se pudiera decir que el campesino africano se mantenía por completo con el dinero que percibía. Y las compañías comerciales sacaban pleno provecho de este hecho. Como sabían que el campesino africano y su familia se mantendrían vivos con sus propias *shambas* de cultivos de alimentos, las compañías no se sentían en la obligación de pagar precios suficientes para que se mantuvieran. En cierta manera lo que estaban haciendo era simplemente recibir el tributo de un pueblo conquistado, sin tener la necesidad de complicarse por saber de qué manera se producían aquellos bienes tributarios.

Las compañías tenían también sus propios medios de transporte en el interior de África, como barcos de motor y camiones de carga. Pero con frecuencia transferían el fardo de los costos del transporte a los campesinos, a través del intermediario libanés o hindú. Estas compañías capitalistas mantenían al campesino en un doble aprieto, controlando tanto el precio con que pagaban la cosecha como el precio de los bienes importados, las herramientas agrícolas, la ropa, y hasta las bicicletas que podían tal vez aspirar a conseguir. Por ejemplo, la UAC y otras compañías mercantiles de Nigeria redujeron fuertemente los precios de los productos de palma en 1929, al tiempo que el costo de la vida subía al ascender los impuestos a los bienes de importación. En 1924 el precio del aceite de palma era de 14 chelines el galón. En 1928 bajó a 7 chelines y el año siguiente a medio penique. Aunque en los años de la depresión las compañías recibieron menos por cada tonelada de aceite de palma que vendían, su margen de ganancia aumentó demostrándose así las sinvergüenzas maniobras con que estrujaban al campesino para obtener un mayor excedente. En plena depresión económica la UAC recuperaba ganancias atractivas. Éstas ascendían a 6 302 875 libras esterlinas en 1934, y se pagaba un dividendo del 15% a las acciones ordinarias.

* Estos hechos salían dramáticamente a la luz en el mundo exterior cuando los africanos recurrían a la violencia. Por ejemplo, uno de los agravios que provocó el estallido, tanto de las guerras maji maji en Tanganyika, como de la revuelta nacionalista en Angola en 1960, fue el cultivo forzado del algodón [r.].

Los años de la depresión siguieron en la misma situación descrita en todos los rincones del África colonial. En 1930, en el país de Sukuma en Tangañica el precio del algodón descendió de 50 centavos (60 peniques) a 10 centavos la libra. En las colonias francesas el golpe llegó algo más tarde, debido a que el efecto de la depresión no se sintió sino hasta 1931 en la zona monetaria francesa. En ese momento el precio del cacahuete senegalés bajó a la mitad. El café y la cocoa se hundieron aún más porque representaban en cierta forma artículos de lujo para el comprador europeo. De nuevo en este caso se puede observar cómo las compañías francesas, como la CFAO y la SCA, a pesar de encontrar los precios más bajos al vender las materias primas en Europa, nunca absorbieron las pérdidas. Eran los campesinos y trabajadores africanos los afectados por estas presiones, incluso cuando ellos quisiera decir llevarlos al trabajo forzado. Los campesinos africanos en los territorios franceses tenían que afiliarse por fuerza a las llamadas sociedades cooperativas que se encargaban de hacerlos cultivar determinadas cosechas como el algodón y aceptar cualquier precio que se les ofreciera.

No bien hubo terminado la depresión cuando empezó la guerra en Europa. Las potencias occidentales arrastraron entonces a los africanos ¡a luchar por la libertad! Las compañías mercantiles aumentaron en franca escalada sus actividades de saqueo en el nombre de Dios y de la patria. En la Costa de Oro pagaban la tonelada de semillas de cacao a 10 libras esterlinas contra las 50 libras que se pagaban antes de la guerra. Al mismo tiempo los precios de los bienes importados se duplicaron o triplicaron. Muchos artículos de primera necesidad quedaron fuera del alcance del hombre común. También en la Costa de Oro, la pieza de algodón que antes de la guerra costaba 12 chelines y 6 peniques subió a 90 chelines en 1945. En Nigeria, la yarda de tela *khaki* que en la preguerra se compraba por 3 chelines subió a 16; el paquete de sábanas planchables de 30 chelines subió a 100, etcétera.

Los trabajadores urbanos fueron los más directamente afectados por el alza de los precios, porque tenían por fuerza que comprar en dinero todo lo que necesitaban, y porque parte de los alimentos que consumían eran de importación. El descontento de los trabajadores puso al desnudo la situación de explotación del período de la posguerra. Estallaron varias huelgas. En la Costa de Oro en 1948 surgió un movimiento de boicot a las importaciones, que sentó las bases del famoso preludio de autogobierno que se organizó bajo la dirección de Nkrumah.

También los campesinos atravesaron por un momento de franca intranquilidad frente a las reducciones de los precios de sus productos y la carestía de los bienes de importación. En Uganda, la situación se hizo intolerable para los agricultores del algodón, hacia 1947, y aunque aún no podían poner sus manos en los grandes consorcios de exportación e importación, impugnaron por lo pronto a los intermediarios africanos e hindúes. Marcharon contra las despepitadoras de algodón propiedad de los hindúes, y las manifestaciones llegaron a las puertas del palacio del Kabaka, —el gobernante heredero que a menudo fungía como agente de Uganda al servicio de Inglaterra.

Para asegurarse que el margen de ganancia se mantuviera alto en todo momento, las compañías mercantiles encontraron una forma conveniente en la instauración de *pools*. Estos fijaban los precios que debía pagar el agricultor africano y mantenían al mínimo los precios de venta de sus productos. Por añadidura, las compañías extendieron hasta donde les fue posible los mecanismos de extracción de excedentes en todas las áreas de la vida económica de la colonia en las que pudieran continuar con su extracción desmedida. Por ejemplo, la Compagnie General du Maroc empezó a controlar las grandes haciendas, granjas ganaderas, aserraderos, minas, pescaderías, ferrocarriles, puertos y centrales hidroeléctricas en Marruecos. Igualmente, los grandes consorcios, como la CFAO y la UAC, metieron mano en todo lo imaginable. Los intereses de la CFAO cubrían para entonces un amplio espectro económico que iba desde las acciones en las plantaciones de cacahuete hasta la participación financiera en las empresas marítimas, como la Fabre & Frassiniet. Los habitantes de Ghana y de Nigeria se topaban con la UAC en cualquier dirección que volvieran la mirada. La UAC controlaba, indistintamente, el comercio mayorista y minorista; era propietaria de las fábricas de mantequilla, los aserraderos, las fábricas de jabón y de ropa interior, las plantas y almacenes de refrigerio, los talleres mecánicos y de reparación de motores, los remolcadores y embarcaciones costeras, etc. Algunas de estas empresas explotaban directamente la mano de obra asalariada, mientras las demás de una u otra forma acaparaban lo mejor del producto del trabajo campesino en el sector de los cultivos comerciales.

En algunos casos, las compañías que compraban los productos de África se dedicaban también a la manufactura, a partir de esas mismas materias primas agrícolas. Por ejemplo, las dos empresas más importantes fabricantes de cocoa y chocolate en Inglaterra la Cadbury y la Fry, fungían como compradores en las costas

occidentales de África; al mismo tiempo, en el África Oriental, la empresa de manufactura de té, Brooke Bond, se dedicaba tanto a su cultivo como a su exportación. Muchas de las compañías mercantiles de Marsella, Burdeos y Liverpool se dedicaban igualmente a la fabricación de artículos como el jabón y la margarina en sus países de origen. Éste era, ni más ni menos, el caso de la UAC y el del poderoso grupo francés Lesieur, fabricante de aceites y grasas en Francia, que mantenía un mercado de compradores comerciales en África. A pesar de todo esto se pueden separar las actividades comerciales de las actividades industriales: estas últimas representaban una etapa final —de algún modo la más dañina— en el largo proceso de la explotación del campesinado africano.

Los campesinos trabajaban muchas horas para poder producir un determinado cultivo comercial, y el precio que obtenían por su producto representaba el pago de esas largas horas de trabajo. Como las materias primas de África siempre se mantuvieron con precios muy bajos, se deduce que sus compradores estuvieron siempre mezclados en la explotación en masa del campesinado.

Esta generalización vale también para el algodón, uno de los cultivos más comunes en África. El agricultor ugandés cultivaba un algodón que a la postre iba a dar a una fábrica en Lancashire o en la India, también propiedad de ingleses. El propietario de la fábrica de Lancashire pagaba el mínimo posible a sus trabajadores, pero esta explotación del trabajo estaba sujeta a ciertas restricciones. Empero su explotación del campesino ugandés no tenía límites debido al poder que le confería el estado colonial, que se aseguraba de que los ugandeses trabajaran largas horas por muy poco. Encima de todo, al regresar a Uganda el algodón era tan caro que no estaba al alcance del campesino, que era quien lo había cultivado. Dichas diferencias entre los precios de las materias primas africanas exportadas y los precios de su importación ya en la forma de manufacturas, eran en sí otra de las relaciones de intercambio desigual. A lo largo de todo el período colonial, la desigualdad del intercambio fue creciendo. Los economistas lo describen como un proceso de deterioro de las condiciones del comercio. En 1939, con la misma cantidad de materias primas las colonias podían comprar sólo un 60% de las manufacturas que compraban en la década de 1870, antes de la época colonial. Para 1960 la equivalencia en manufacturas de las materias primas africanas había descendido aún más. No existía ninguna ley económica objetiva que pudiera haber determinado tal reducción del precio de las materias primas. Efectivamente, los

países desarrollados podían vender las mismas materias primas —por ejemplo, la madera y el trigo— a precios mucho más altos de los que podían reclamar las colonias. La explicación es, en efecto, que el intercambio desigual fue impuesto a África por la supremacía política y militar de los colonizadores, de la misma manera que, en la esfera internacional, se forzó a los pequeños territorios independientes de América Latina a aceptar acuerdos desiguales. Este carácter desigual del comercio entre la metrópoli y las colonias quedó acuñado en el concepto del “mercado protegido”, que no quería decir otra cosa sino que hasta el más ineficiente productor metropolitano podía encontrar un mercado garantizado en la colonia donde su grupo usurpaba el poder político. Al respecto, como en la época previa del mercado precolonial, los fabricantes europeos pudieron revivir e introducir otras ventajosas ramas colaterales de productos que se consideraban “inferiores” o por abajo del nivel aceptable en sus propios mercados, sobre todo en el sector de la industria textil. El agricultor europeo podía así ganar más divisas por estos conductos vendiendo su mantequilla barata, por ejemplo, tal como el pescador escandinavo podía prosperar con la exportación del bacalao salado. África no representaba un gran mercado para productos europeos si se la compara con otros continentes, pero tanto los precios de compra como los de venta eran fijados por los capitalistas europeos. Es indudable que esto permitió a los fabricantes y comerciantes europeos un mayor acceso al excedente de la riqueza producida en África, acceso que no habrían tenido de haber tenido los africanos la posibilidad de subir los precios de sus propias exportaciones.

c) Los servicios navieros y bancarios

Los conductos para la explotación del continente no se limitaron a las compañías mercantiles y a los intereses de los consorcios industriales. Las compañías navieras constituyeron otro canal de explotación que no debe perderse de vista. Las compañías navieras más grandes eran las que llevaban las banderas de las potencias coloniales, especialmente la de Inglaterra. Los jefes navieros prácticamente seguían sus propias leyes, por la alta consideración en que los tenían sus propios gobiernos, que los tomaban por los campeones de las ganancias abundantes, promotores de la industria y el comercio, emisarios de su correo y colaboradores con la marina en tiempos de guerra. Los campesinos africanos no tenían el menor control sobre la forma en que se fijaban las tarifas de fletes

que se les imponían, y tenían que pagar montos muy superiores a los que se fijaban en otras tierras. Los fletes para la harina entre Liverpool y el África Occidental eran de 35 chelines por tonelada, en clara contraposición a los fletes de sólo 7 chelines de Liverpool a Nueva York, cuya distancia es medianamente equivalente. Las tarifas de los fletes variaban normalmente con el volumen del cargamento transportado, pero esto no ocurrió con el flete del cacao, el cual se fijó a 50 chelines la tonelada a principios del siglo XIX, cuando las exportaciones eran aún relativamente pequeñas, y se mantuvo así durante todo el período de incremento de la exportación de este grano. El café embarcado en Kenia con destino a Nueva York durante la década de 1950 procuraba a los consorcios marítimos 40 dólares (alrededor de 280 chelines) por tonelada. En teoría eran los comerciantes europeos los que pagaban los fletes a la compañía naviera. En la realidad, era la producción campesina la que solventaba todos los costos, pues los comerciantes efectuaban los pagos con las ganancias que se habían embolsado al comprar barato a los campesinos. En forma similar los colonos blancos, dueños de las plantaciones, pagaban los cargos según el valor fijado en Kenia, para recuperarlo a base de aumentar la explotación de los asalariados rurales.

Otra forma en que las compañías navieras mantuvieron altos índices de ganancia, fue una práctica semejante a la de los *pools* o fondos de las empresas comerciales. Establecieron lo que se llegó a llamar las "líneas de conferencia" o "asociadas", que permitían a dos o tres grupos navieros compartir los cargamentos de los distintos fletes de la manera más ventajosa. Sus ganancias con tales inversiones fueron tan escandalosas y su voracidad tan incontrolable que incluso los comerciantes de las potencias coloniales protestaron. Entre 1929 y 1931 la UAG (con el apoyo de Unilever) declaró una guerra económica contra la West African Lines Conference compuesta por el consorcio británico Elder Dempster, la línea Holland West Africa y la German West Africa. En esa coyuntura el monopolio mercantil ganó la batalla contra el monopolio naviero; pero fue una lucha de dos elefantes, y mucho fue lo que se dañó el pasto bajo de ellos. Invariablemente al final de estos conflictos el gran perdedor era el campesino africano, porque a fin de cuentas los comerciantes y los jefes navieros hacían sus ajustes o arreglaban sus diferencias bajando los precios que pagaban a los africanos.

Detrás del telón colonial revoloteaban siempre los bancos, las compañías de seguros, los aseguradores marítimos y otras empresas financieras. Y cabe decir "detrás del telón", porque el campesino

prácticamente nunca lidió con dichas instituciones, y en general no estaba consciente de sus funciones de explotación: ni el campesino ni ningún otro trabajador africano tuvo jamás acceso a los préstamos bancarios, porque no ofrecían "garantías" directas o "colaterales", en, por ejemplo, bienes hipotecables. Las empresas bancarias y financieras se ocupaban únicamente de otros capitalistas que pudieran demostrar que en cualesquiera condiciones el banco recuperaría su dinero y podría proseguir obteniendo sus ganancias. En la época del imperialismo los banqueros pasaron a ser los aristócratas del mundo capitalista, de modo que, en otro sentido, se encontraban en primer plano. Era colosal la proporción del excedente de la producción campesina que pasaba a los bolsillos de los banqueros metropolitanos. Las divisas que obtenían sobre el capital invertido eran más cuantiosas incluso que las que obtenían las compañías mineras, y cualquier inversión directa que programaran auguraba una nueva escalada en el despojo de los frutos del trabajo africano. Además, de hecho, cada inversión en las colonias implicaba una nueva o mayor penetración de los grandes consorcios financieros, puesto que hasta las más pequeñas compañías mercantiles tenían su asidero en el capital bancario. En las colonias las inversiones produjeron siempre ganancias visiblemente mayores que las que se hacían en las metrópolis, razón por la cual los capitalistas dedicados a las finanzas hicieron su agosto con los beneficios que fueron generando los proyectos coloniales.

En los primeros años del colonialismo los bancos que se podían ver en África eran pequeños y relativamente independientes. Estaba, por ejemplo, la Banque de Senegal, fundada ya en 1853, y el Bank of British West Africa, que inició sus operaciones como rama de la línea naviera Elder Dempster. Sin embargo, las grandes casas bancarias de Europa que ya desde 1880 mantenían el control remoto de las actividades de este tipo, se movilizaron para apoderarse del control directo del medio bancario en cuanto el volumen de sus transacciones hizo que tal acto valiera la pena. En 1901, la Banque de Senegal se fusionó con la Banque de l'Afrique Occidentale (BAO) estrechando vínculos con el pujante Banco de Indochina, que a su vez era una creación especial de varias poderosas compañías bancarias francesas en las metrópolis. En 1924, se estableció en los territorios coloniales la Banque Commerciale de l'Afrique (BCA), ligada al Crédit Lyonnais y a la BNCI con sede en Francia. Para esta fecha el Bank of British West Africa tenía el respaldo financiero de los bancos Lloyds, Westminster, Standard, y National Provincial, todos en Inglaterra. La otra gran compa-

ña bancaria inglesa, el Barclays Bank, se movió directamente a África, compró el Colonial Bank y lo reinaguró con el nombre de Barclays DCO (dominio y colonia).

Dos empresas, el Banco del África Occidental Británica (que cambió a Banco del África Occidental en 1957) y el Barclays, se repartieron el pastel de todos los negocios bancarios del África Occidental bajo la dominación inglesa; y de manera similar los banqueros de la BAO y la BCA compartieron el control de los territorios del África Occidental y Ecuatorial francesa. Hubo también una fusión de capital bancario francés e inglés de toda el África Occidental, al fundarse el Banco Británico y Francés del África Occidental en 1949. Asimismo coincidieron la explotación belga y francesa en la esfera de las finanzas, pues tanto belgas como franceses tenían sus capitales en la Société Générale. Este consorcio daba su apoyo a los bancos del África francesa y el Congo. Las potencias coloniales más débiles recibían igualmente los servicios de bancos internacionales como el Barclays, dejando al mismo tiempo que sus colonias sirvieran de pastizales para sus bancos nacionales. El Banco di Roma y el Banco di Napoli llevaban a cabo sus operaciones en Libia, tal como el Banco Ultramarino hacía lo mismo en los territorios portugueses.

En el África del Sur la empresa bancaria más conocida era el Standard Bank of South Africa Ltd., fundado en 1862 en la Colonia del Cabo por negociantes con vínculos muy estrechos con Londres. Su casa matriz estaba justamente en aquella ciudad, y se dedicaba a acumular una fortuna financiando todos los golpes de suerte que pudieran hacerse con el oro y los diamantes y administrando los botines de Cecil Rhodes y De Beers. En 1895 el Standard Bank abrió nuevas sucursales en Bechuanalandia,* Rhodesia y Mozambique, y pasó a ser el segundo banco británico en el África Oriental Británica. Sus dividendos reales eran formidables. En un libro publicado con el patrocinio oficial de este banco, el autor concluía modestamente:

Poca atención se ha otorgado en este texto a los logros financieros de las actividades del Standard Bank, pero debe reconocerse que su alto rendimiento ha sido un resultado inevitable de su lucha por la supervivencia, destinada a ser su objetivo primordial de principio a fin.

En 1960 el Standard Bank hizo una ganancia neta de 1 181 000 libras esterlinas, pagando dividendos del 14% a sus accionistas. La mayor parte de éstos eran blancos residentes en Europa o en

* Hoy Botswana, país productor de diamantes [r.]

Sudáfrica; en tanto que los productores de esta ganancia eran los pueblos negros del África del Sur y Oriental. Por añadidura, estos bancos europeos transferían las reservas de sus sucursales africanas a la oficina matriz en Londres, con el objeto de que se reinvirtieran en el mercado monetario londinense. Este tipo de transferencia era el modo más rápido de expatriar el excedente africano a las metrópolis.

El primer banco establecido en el África Oriental, en el decenio de 1890, fue una sucursal de un banco inglés en la India, su centro de operaciones. En la vecina Tangañica, los alemanes establecieron el Banco Alemán del África Oriental en 1905; pero después de la primera guerra mundial perdieron el monopolio de la actividad bancaria en este territorio, que quedó en manos de los ingleses. Durante el período colonial hubo un total de 9 bancos extranjeros en el África Oriental, de los cuales los tres mayores fueron: el National & Grindlays, el Standard Bank y el Barclays Bank. El África Oriental nos proporciona un ejemplo muy interesante de la forma tan eficiente en que los bancos extranjeros sirvieron para despojar al África de su riqueza. Allí prácticamente todos los servicios financieros estaban destinados a los colonos blancos, cuya única noción de "hogar" era Inglaterra. En consecuencia, cuando se acercó el fin del mandato colonial y los colonos blancos vieron amenazados sus intereses, se apresuraron a enviar todo su dinero a Inglaterra. Por ejemplo, cuando el gobierno inglés decidió conceder la autonomía a Kenia en 1960, los colonos blancos de Tangañica transfirieron de inmediato la cantidad de 40 millones de chelines a "lugar seguro" en Londres. Esta cifra, junto con otras remesas enviadas por los bancos coloniales, representaba la explotación de los recursos de la tierra y el trabajo africanos.

d] La administración colonial como un sistema de explotación económica

Además de las compañías privadas, el Estado colonial también tuvo injerencia en la explotación económica y la pauperización de África. En cada país colonialista existía el equivalente de una Oficina de Colonias, que trabajaba conjuntamente con los gobernadores y funcionarios gubernamentales en África para llevar a cabo una serie de funciones, entre las cuales destacaban las siguientes:

- a] Proteger los intereses nacionales de la competencia de otros capitalistas.

- b] Fungir como árbitro en los conflictos entre los capitalistas locales del país colonial.
- c] Garantizar las condiciones óptimas para la explotación de los africanos por las compañías privadas.

Este último objetivo era sin duda el más importante: era en virtud del mismo que los gobiernos coloniales repetían constantemente sus declaraciones sobre su responsabilidad de "mantener la ley y el orden", queriendo decir su responsabilidad de mantener las condiciones más favorables para la expansión del capitalismo y el saqueo de África. Tal cometido incluía, entre otras cosas, la premura de los gobiernos coloniales por recaudar impuestos.

Uno de los objetivos principales del sistema tributario colonial era el de proveerse de los medios necesarios para la administración de la colonia, su sustrato de explotación. Los colonialistas europeos se aseguraron de que los africanos pagaran desde el salario del gobernador hasta el del último policía, es decir, todo el aparato que servía de perro guardián del capital privado. En efecto, en el siglo XIX subieron tanto los impuestos como las tarifas aduanales, con el objeto de que el gobierno colonial recuperara los costos de las fuerzas armadas que se habían despachado para conquistar África. Por ello es que el gobierno colonial no gastó un penique en las colonias en cualquiera de sus períodos. Todos los gastos se sufragaron con la explotación del trabajo y los recursos naturales del continente; y desde cualquier óptica de donde se vean, los gastos de mantenimiento de la maquinaria del gobierno colonial fueron siempre una forma de enajenación de los productos del trabajo africano. Las colonias francesas en especial fueron víctimas de este proceso de extracción gubernamental, sobre todo a partir de 1921, en que la recaudación local de impuestos hubo de solventar todos los gastos del presupuesto e incluso acumular una reserva.

Una vez que organizaron su policía, su ejército, su burocracia y su sistema judicial en suelo africano, las potencias coloniales pudieron intervenir mucho más directamente que antes en la vida económica de los pueblos de África. Uno de los problemas serios que confrontaban los capitalistas en África era el de cómo inducir a los africanos a que trabajaran para ellos, en sus industrias extractivas y cultivos comerciales. En algunas regiones, como el África Occidental, los africanos habían llegado a habituarse a las manufacturas europeas que se introdujeron y difundieron durante el período inicial del comercio, que por propia iniciativa hacían todo lo posible por incorporarse a la economía monetaria colonial.

Pero este fenómeno no fue en modo alguno una reacción universal. En la mayoría de los casos los africanos no concebían que los incentivos monetarios fueran suficiente justificación para el cambio de vida que los transformaría en trabajadores o en cultivadores de productos comerciales. En este caso más frecuente, el gobierno colonial intervino abiertamente recurriendo a la ley, los impuestos y la fuerza para obligar a los africanos a seguir el camino favorable al interés capitalista.

Al apoderarse los gobiernos colonialistas de la tierra africana, consiguieron dos cosas simultáneamente: por una parte, pudieron satisfacer a sus ciudadanos (que pedían concesiones mineras y de tierras de cultivo) y por otra, crearon las condiciones para que la población desplazada de esas tierras se viera obligada a trabajar en el sistema no sólo para poder pagar los impuestos sino para sobrevivir. En los países en que se establecieron colonos blancos, como Kenia y Rhodesia, el gobierno colonial les impedía a los africanos incluso dedicarse a la siembra de los cultivos comerciales, para dejarlos directamente disponibles como mano de obra barata para los blancos. El coronel Grogan, uno de los colonos blancos en Kenia, describía esta situación sin muchos escrúpulos cuando se refería al campesino kikuyu: "Le hemos robado su tierra. Ahora tenemos que robarle las piernas. El trabajo obligatorio es el corolario de nuestra ocupación de este país..."

En las regiones del continente donde la tierra seguía en manos de los africanos, los gobiernos coloniales dispusieron que se les forzara a trabajar en los cultivos comerciales, sin importar cuán bajos eran sus precios de venta: para esto su técnica predilecta consistía en introducir impuestos. En este proceso fue cuando se promulgaron los impuestos *en especie*, que podían pagarse en cualquier forma de bienes: ganado, tierra, viviendas y hasta los propios individuos. Así, el dinero para pagar los impuestos sólo podían obtenerlo los africanos en las haciendas de cultivos comerciales o en las minas de los europeos. En el África Ecuatorial francesa esta maniobra del colonialismo se plasmó en forma muy evidente: los funcionarios franceses simplemente prohibían a la gente de Mandja (en el actual Congo Brazzaville) dedicarse a la caza, no dejándoles otro recurso que dedicarse al trabajo del algodón. Esto lo hacían los franceses a sabiendas de que en la región había muy poco ganado y que la caza era prácticamente la única posibilidad de aquella población de proveerse de carne.

Finalmente, cuando todas las maniobras fallaban, los colonialistas recurrían a la coerción para obtener el trabajo forzado, desde luego, con el apoyo de disposiciones legales, porque "legal" era

todo lo que el gobierno colonial se propusiera imponer. Y en efecto las leyes y enmiendas que se promulgaron en el África Oriental británica fueron claras formas de coerción, por ejemplo las que decretaron que el campesino debía siempre reservar cierta cantidad de acres de su parcela a los cultivos comerciales, como el algodón y el cacahuate. No obstante, el Estado colonial no consideraba esto bajo el rubro de "trabajo forzado".

La forma más simple de trabajo forzado era la que exigían los gobiernos coloniales para la ejecución de "obras públicas". Para ello se hizo obligatoria la participación durante cierto número de días al año en el trabajo gratuito de las "obras públicas", es decir, la construcción de palacios para los gobernadores, de prisiones para los africanos, de barracas para las tropas y de *bungalows* para los funcionarios del Estado colonial. Gran parte del trabajo forzado se dedicaba a la construcción de caminos, vías férreas y puertos, que de hecho prácticamente servían sólo para dotar de la infraestructura necesaria a las inversiones de las empresas capitalistas privadas, y para facilitar la exportación de los cultivos comerciales. Para tomar sólo un ejemplo, en la colonia británica de Sierra Leona, uno se encuentra con que el ferrocarril iniciado a finales del siglo XIX requirió del trabajo forzado de miles de campesinos expulsados de sus poblados. En ese proyecto, las espantosas condiciones en que se ejecutaba el trabajo pesado llevaron a la muerte a gran número de trabajadores obligados a participar en la construcción del ferrocarril. En los territorios británicos esta forma de trabajo forzado, que incluía el trabajo juvenil, llegó a tener tal difusión que llevó a la formulación de una "Ordenanza de Autoridad para los Nativos", que decretaba restricciones para el uso del trabajo forzado en la construcción de instalaciones de carga en muelles y otros locales, vías férreas y caminos. Pero con mayor frecuencia de lo que podía esperarse esta legislación sólo se quedaba en el papel. Incluso en 1930 todas las potencias coloniales fueron signatarias de un Convenio Internacional sobre el Trabajo Forzado, que nuevamente en la práctica sólo fue objeto de burla.

El gobierno colonial francés tenía otra forma muy astuta de obtener trabajo gratuito: su exigencia de que se reclutara como soldado francés a todo africano del sexo masculino, que después pasaba a formar parte de un ejército de trabajadores sin salario. Esta y otra forma de legislación conocida como la "prestación", se usaron ampliamente en vastas áreas del Sudán francés y del África Ecuatorial francesa. Debido a que en estas zonas la economía del cultivo comercial no había sido bien establecida, se utili-

zaba otro método para extraer el excedente que consistía en desplazar a la población hacia las regiones costeras, donde sí se hacían dichos cultivos. Los países conocidos actualmente como Alto Volta, Chad y el Congo Brazzaville fueron grandes proveedores de trabajo forzado bajo el colonialismo. Los franceses obligaron a los africanos a construir el ferrocarril de Brazzaville a Pointe-Noire que, iniciado en 1921, no se terminó sino hasta 1933. Durante cada uno de los años de su construcción se movilizaron unas 10 000 personas a la zona de trabajo, a veces desde lugares a más de 1 000 kilómetros de distancia. Por lo menos un 25% de esta fuerza de trabajo moría todos los años de hambre y enfermedades, siendo el peor período entre 1922 y 1929.

Prescindiendo del hecho de que las "obras públicas" tenían un valor directo para los capitalistas, el gobierno colonial asistió a esos mismos capitalistas ofreciéndoles mano de obra reclutada por la fuerza. Esto fue especialmente patente durante los primeros años del colonialismo, pero persistió en distintos grados hasta la segunda guerra mundial e incluso hasta el fin del colonialismo en algunos sitios. En los territorios ingleses la práctica revivió durante la depresión económica de 1929-1933 y la guerra que la siguió. En Kenia y Tangañica se reintrodujo el trabajo forzado para mantener en funcionamiento a las plantaciones de los colonos blancos durante la guerra. En Nigeria las compañías del estaño fueron las beneficiarias de la legislación del trabajo forzado, que les permitía pagarles a sus trabajadores a su antojo: la cantidad de 5 peniques al día más raciones. Durante la mayor parte del período colonial el gobierno francés prestó este mismo tipo de servicio a las grandes compañías madereras, que tenían inmensas concesiones en los territorios de Gabón y Costa de Marfil.

Los regímenes coloniales portugueses y belgas fueron los más sinvergüenzas en la práctica de obligar a los africanos a trabajar para las compañías privadas en condiciones muy comparables a la esclavitud. En el Congo la explotación más brutal e intensa se inició bajo el rey Leopoldo en el siglo pasado. Fue tal la cantidad de africanos que murieron o quedaron lisiados bajo los esbirros de Leopoldo que ello ganó el repudio de otros europeos, incluso en plena época de atrocidades generalizadas. Cuando Leopoldo entregó el mando al gobierno belga en 1908, ya había amasado una gran fortuna; y el gobierno prácticamente no hizo nada para reducir la intensidad de la explotación de la población congoleña.

Los portugueses tuvieron la peor reputación por sus prácticas abiertamente esclavizantes, y también en repetidas ocasiones fueron objeto de la condena de la opinión pública. Una característica

peculiar del colonialismo portugués era que no sólo proporcionaba mano de obra forzada a sus propios ciudadanos, sino también a capitalistas fuera de las fronteras de sus colonias. Así se exportaban angoleños y mozambiqueños a las minas de Sudáfrica a laborar por su supervivencia, en tanto los capitalistas de Sudáfrica pagaban al gobierno portugués cierta suma por cada trabajador que les ofreciera.*

En el ejemplo citado *supra* los colonialistas portugueses cooperaban con los capitalistas de otras nacionalidades para lograr la máxima explotación del trabajo africano. Debe anotarse que simultáneamente hubo durante todo el período colonial tanto cooperación del tipo referido como competencia entre las potencias metropolitanas. En general las potencias europeas intervenían cuando las ganancias de sus burguesías nacionales se veían amenazadas por las actividades de otras naciones, y es que, después de todo, el objetivo mismo de la implantación de los gobiernos coloniales en África era proteger los intereses económicos de los monopolios del país colonialista. Así, el gobierno belga se dedicaba a legislar asegurándose de que los fletes desde y hacia el Congo fueran transportados principalmente por las compañías navieras belgas; el gobierno francés hacía otro tanto al imponer fuertes impuestos aduaneros al cacahuate transportado a Francia por compañías extranjeras, otra forma de garantizar que el cacahuate del África francesa fuese transportado por buques franceses. En cierto sentido esto significaba únicamente que los africanos perdían su excedente por un canal en lugar de por otro; pero también significaba que la explotación total era mayor, ya que de no haberse tolerado tal competencia probablemente los costos de los servicios habrían sido bajos, y los precios a pagar por los productos agrícolas más elevados.

El comercio con la "madre patria" hizo sufrir mucho a los africanos en los casos en que ésta era un país atrasado. Los campesinos de las colonias portuguesas obtenían precios más bajos por sus cosechas y pagaban más por los artículos importados. Sin embargo, incluso Inglaterra, el mayor país colonialista de África, se enfrentaba a la competencia de los capitalistas más poderosos de Alemania, Estados Unidos y Japón. Por ello los comerciantes e industriales británicos presentaban propuestas a las cámaras para que el gobierno pusiera barreras a la competencia. Por ejemplo, el incremento de las exportaciones de las telas japonesas al África Oriental británica, de 23 millones de metros en 1927 a 57 600 000

* La exportación de africanos a Sudáfrica aún continúa [1972 T.].

en 1933, indujo a Walter Runciman, presidente de la Cámara de Comercio de Inglaterra, a presionar al Parlamento para fijar elevadas tarifas a las mercancías japonesas que arribaran a las colonias inglesas. Esto significaba que los africanos tendrían que pagar precios más altos por importaciones de primera necesidad, pues la tela inglesa era más cara. Para el campesino africano todos estos procedimientos competitivos se tradujeron indefectiblemente en una enajenación más desmesurada de los frutos de su trabajo.

La conducta de las Juntas de Comercialización de Productos Agrícolas ilustra en forma excelente la identidad de intereses que existía entre los gobiernos coloniales y sus ciudadanos burgueses. Los orígenes de estas juntas se remontan a la "huelga del cacao" en la Costa de Oro, en 1937. Durante varios meses los agricultores del cacao se negaron a vender sus cosechas exigiendo precios más elevados. Hubo en apariencia un desenlace favorable a los huelguistas, que consistió en un acuerdo del gobierno inglés de establecer una Junta de Comercialización cuya función sería la de comprar el cacao a los campesinos en lugar de a los grandes consorcios de negociantes como la UAC y la Cadbury, que hasta entonces habían sido los compradores. En 1938 se fundó la Junta de Comercialización de la Cacao del África Occidental, que el gobierno utilizó como parapeto para ocultar a los capitalistas privados y seguir permitiéndoles la obtención de ganancias exorbitantes. En teoría la Junta o Comité de Comercialización debía pagar al campesino un precio razonable por su cosecha: se encargaría de vender los productos en el extranjero y retendría el excedente requerido para fomentar la agricultura y conceder a los campesinos precios estatales cuando los precios del mercado mundial declinaran. Pero en la práctica, las juntas fijaron los precios siempre bajos a los campesinos durante los años en que los precios del mercado internacional fueron en ascenso. Los africanos nunca recibieron esos beneficios. El hecho fue que se distribuyeron dentro del mismo gobierno británico y las compañías privadas, que el gobierno empleaba de todas formas como intermediarios en la venta y compra de la producción agrícola. A las grandes compañías como la UAC y la John Holt se les ofrecieron cuotas para que mediaran a nombre de las Juntas de Comercialización, que ahora como agentes del gobierno, quedaban a salvo de ataques directos tanto como sus ganancias, las que tuvieron así una forma de resguardo.

La idea de las Juntas de Comercialización se fue granjeando el apoyo de los más altos funcionarios del gobierno británico ya

que justo para aquellas fechas llegó la guerra, y el gobierno estaba ansioso por tomar todas las medidas que fueran necesarias para garantizar el abastecimiento de ciertos productos coloniales en la cantidad requerida y en el momento oportuno, en parte porque para esa fecha había una cantidad limitada de barcos destinados al comercio. También quería salvar a los capitalistas privados que se habían visto afectados adversamente por los acontecimientos relacionados con la guerra. Por ejemplo, el henequén del África Oriental cobró una importancia vital para Inglaterra y sus aliados durante la guerra, cuando los japoneses interrumpieron las remesas de fibras duras del mismo tipo procedentes de Filipinas y las Indias Orientales holandesas. En realidad, aun antes del inicio de las hostilidades, el gobierno inglés ya compraba henequén a granel para asistir a los propietarios no africanos de las plantaciones que habían perdido mercados en Alemania y en otras partes de Europa. En forma similar las Juntas de Comercialización compraban la semilla de aceite (como los productos de palma y el cacahuate) hacia septiembre de 1939, como medida previsoría para paliar la escasez de mantequilla y de aceites marinos.

Con respecto a lo que ocurría con la mayoría de los campesinos dedicados a los cultivos comerciales, las Juntas de Comercialización de Productos Agrícolas en ningún momento dejaron de efectuar la compra de sus productos a precios muy por debajo de los que se ofrecían en el mercado mundial. Por ejemplo, la West African Produce Board pagaba a los nigerianos la cifra de 16 libras esterlinas con 15 peniques por cada tonelada de aceite de palma en 1949, y la vendía, a través del Ministerio de Alimento, a 95 libras esterlinas, siendo éste un valor más próximo al precio en el mercado mundial. El cacahuate, que se pagaba en las Juntas de Comercialización a 15 libras la tonelada, se vendía después en Inglaterra a 110 libras esterlinas la tonelada. Además, los gobiernos coloniales cargaban los impuestos aduaneros de exportación a las ventas de las Juntas, y ello constituía otro cargo indirecto a los campesinos. La situación llegó a tal punto que los campesinos se vieron obligados en repetidas ocasiones a tratar de eludir el control de las juntas. En Sierra Leona en 1952, el precio del café se redujo en tal forma que los productores no tuvieron otro recurso que dedicarse al contrabando, introduciendo sus cosechas a los territorios franceses contiguos. Hacia esas mismas fechas, los campesinos de Nigeria decidieron abandonar el aceite de palma y dedicarse a la recolección de la goma y a la tala de árboles madereros que todavía estaban fuera de la jurisdic-

ción de las Junta de Comercialización. Para el que reconoce que el gobierno siempre es servidor de una clase en particular, se hace perfectamente entendible por qué los gobiernos coloniales se mantuvieron siempre coludidos con los capitalistas, para extraer todo el excedente que les fuera posible de África a Europa. Pero incluso cuando no se parte de esa premisa (marxista) se hace imposible negar o ignorar la evidencia de que los gobiernos coloniales fungieron como comités mediadores de los grandes capitalistas. Los gobernantes de las colonias tenían que ser todo oídos para los representantes locales y directores de las compañías. En efecto, había incluso representantes de compañías que influían en varias colonias al mismo tiempo. Por ejemplo antes de la primera guerra mundial, sir Alfred Jones gozó, él solo, de un reconocimiento máximo en toda el África Occidental británica: era presidente de la Elder Dempster Lines, gerente del Bank of West Africa, presidente de la British Cotton Growing Association. En el África Occidental francesa, hacia finales de la década del cuarenta el gobernador francés trataba por todos los medios de complacer a un tal Marc Rucart, individuo que controlaba acciones mayoritarias en varias de las compañías mercantiles francesas. Este tipo de ejemplos se pueden encontrar en cada una de las colonias, durante varias etapas de su historia; si bien también hubo casos en que la influencia de los colonos blancos llegó a ser aún mayor que la de los negociantes individuales de las metrópolis.

Los accionistas en Europa no sólo se dedicaron a pasearse en los pasillos del Parlamento, sino que controlaron realmente a la propia administración. El presidente del Comité del Cacao en el Ministerio del Alimento era ni más ni menos que John Cadbury, el director de la compañía Cadbury Brothers, que controlaba la compra de productos procedentes de aquel *pool* de explotación de los campesinos del cacao que era el África Occidental. Igualmente ciertos ex funcionarios de la Unilever tenían puestos clave en la División de Aceites y Grasas del Ministerio de Alimento... y continuaban recibiendo sus cheques de la Unilever. La División de Aceites y Grasas entregaba la partida de cuotas de compra de las Juntas de Comercialización a la Asociación de Comerciantes del África Occidental, controlada por una subsidiaria de la Unilever, la UAC.

No es de sorprender que el Ministerio del Alimento enviara a un prominente negociante libanés la directiva de que firmara un acuerdo suscrito por la UAC; ni sorprende tampoco saber que las compañías recibían el apoyo del gobierno tanto para mantener los precios bajos en África como para proporcionarles el

trabajo forzado donde fuera necesario. Y menos sorprende aun que la Unilever vendiera jabón, margarina, etc., a precios muy ventajosas en el mercado que le mantenía seguro el gobierno británico.

Desde luego que los gobiernos metropolitanos también se aseguraban de que cierto porcentaje del excedente de las colonias fuera a parar directamente a las arcas del Estado. Tenían, igualmente, otras formas de inversión directa en las empresas capitalistas. El gobierno belga invertía en la minería, mientras el portugués era copropietario de la Compañía Angolana de Diamantes. El gobierno francés estuvo siempre dispuesto a hacerse socio del sector financiero. Cuando los bancos franceses de las colonias atravesaban por períodos de dificultades, podían contar con que el gobierno vendría a su rescate; y, efectivamente, también un porcentaje de sus acciones pasaba a manos del gobierno francés. El gobierno colonial británico era probablemente el que se mostraba menos interesado por mezclarse directamente en los negocios cotidianos de las empresas, pero a cambio, por ejemplo, controlaba las minas del oriente de Nigeria —además de los ferrocarriles.

Las Juntas de Comercialización ayudaban a la potencia colonial a tener siempre a la mano dinero en efectivo. La Junta del Cacao vendía las cosechas al Ministerio inglés a precios muy reducidos, y el Ministerio por su parte vendía a los empresarios manufacturas británicas acotando una ganancia que ascendía hasta los 11 millones de libras esterlinas en el curso de unos cuantos años. Aún mayor trascendencia tenía el hecho de que la Junta vendía a Estados Unidos, que representaba el mercado más grande y el que ofrecía los precios más altos. Ninguna de estas ganancias retornaba al campesino africano, sino, por el contrario, se transformaba en el intercambio monetario externo británico en dólares norteamericanos.

Desde 1943 Inglaterra y Estados Unidos se enfrascaron en lo que se conoció como el *reverse lend lease*. Esto significaba que los préstamos de Estados Unidos a Inglaterra en tiempos de guerra se pagarían en parte con materias primas enviadas de las colonias británicas a Estados Unidos. En este sentido el estaño y el caucho de Malasia tuvieron singular importancia, mientras que África ofrecía una amplia variedad de productos, tanto mineros como agrícolas. El cacao era el tercer producto con que Inglaterra obtenía dólares, después del estaño y el caucho. En 1947 el cacao del África Occidental produjo dividendos de más de 100 millones de dólares (o de 38 millones de libras esterlinas) que

ingresaron al balance británico en moneda norteamericana. A este respecto, como (Sud) África, prácticamente tenía el monopolio de la producción de diamantes, esta colonia podía venderlos igualmente a Estados Unidos para así obtener más dólares para Inglaterra. En 1946, Harry F. Oppenheimer se dirigió a sus directores y colegas en la De Beers Consolidated Mines para comunicarles que "las ventas de diamantes durante la guerra han asegurado a Gran Bretaña alrededor de 300 millones de dólares norteamericanos".

Fue en este respecto que el gobierno colonial llevó a cabo todas las maniobras imaginables para garantizar que la riqueza de África desbordara los cofres del Estado metropolitano. Todos los estados mantenían cierto grado de inversión directa en las empresas capitalistas. Por el lado británico, fueron los bancos privados los que emitieron las primeras monedas y billetes del imperio. Luego esta función pasó a manos de los Departamentos de la Moneda del África Occidental y del África Oriental, que se fundaron respectivamente en 1912 y 1919. La moneda que emitían estos dos departamentos debía tener el respaldo de las "reservas en esterlinas" que no eran otra cosa que dinero ganado en África. El sistema funcionaba de la siguiente manera: cuando una colonia acumulaba moneda (principalmente) extranjera mediante sus exportaciones, estas divisas se transferían a Inglaterra, donde se guardaban en libras esterlinas. Se emitía para su circulación una cantidad de moneda local equivalente, fuera en el Oriente o en el Occidente de África, y las libras esterlinas se invertían entonces como parte de los fondos del gobierno británico, lo que generaba por consiguiente aún más ganancia para Inglaterra. Los bancos comerciales trabajaban mancomunados con el gobierno metropolitano y los Departamentos de Moneda, para facilitar el funcionamiento del sistema. Juntos establecían una intrincada red de finanzas que servía para implementar el objetivo común de enriquecer a Europa a costa de África.

Las contribuciones que aportaba cualquiera de las colonias a las reservas de esterlinas eran un regalo a la Tesorería británica, a cambio del cual la colonia recibía un pequeño interés. Hacia fines de la década de 1950 las reservas en esterlinas producidas por una pequeña colonia como Sierra Leona habían alcanzado la cifra de 60 millones de libras; y para 1955 se almacenaban ya 210 millones de libras esterlinas, obtenidas de la venta del cacao y los minerales de la Costa de Oro. También Egipto y Sudán fueron grandes contribuyentes de Inglaterra. Y el total de la contribución de África al balance de la bolsa de libras esterlinas de

Inglaterra fue, en 1945, de 446 millones de libras; ascendiendo para 1955 a 1 446 millones de libras esterlinas —más de la mitad de las reservas totales de Inglaterra y de la Commonwealth en oro y dólares, que llegaba entonces a un monto de 2 120 millones de libras esterlinas. Hombres como Arthur Creech Jones y Oliver Lyttleton, figuras principales de la administración de la política colonial británica, admitían que a principios de la década de 1950 Inglaterra estaba viviendo de las ganancias en dólares de sus colonias.

El gobierno inglés fue superado por su contrapartida belga en lo referente a la recaudación del tributo de sus colonias, especialmente durante y después de la última guerra. Al caer Bélgica bajo la dominación alemana se instaló en Londres un gobierno en el exilio. El Secretario Colonial de aquel gobierno exiliado, el Sr. Godding, admitía que,

Durante la guerra, el Congo ha logrado financiar todos los gastos del gobierno belga en Londres, incluyendo el servicio diplomático y los gastos de nuestras fuerzas armadas en Europa y África, que alcanzaron un valor de 40 millones de libras esterlinas. De hecho, gracias a los recursos del Congo, el gobierno belga en Londres no tuvo necesidad de pedir en préstamo ni un solo chelín o dólar, y la reserva de oro de Bélgica se pudo dejar intacta.

Desde la guerra, todos los excedentes de las ganancias hechas por el Congo en monedas distintas al franco belga, fueron a parar al Banco Nacional de Bélgica. Por lo tanto, muy aparte de todo lo que robaron los capitalistas privados en el Congo, el gobierno belga fue también un beneficiario directo de millones de francos anuales.

El análisis del colonialismo francés en este contexto nos llevaría a repetir en gran medida lo que se ha señalado para el inglés y el belga. Guinea era supuestamente una colonia "pobre", pero en 1952 ganó para Francia un millón de francos (antiguos), es decir alrededor de 5.6 millones de dólares, en moneda extranjera, que se obtuvieron con la venta de la bauxita, el café y el plátano. Los métodos empleados por los financistas franceses eran ligeramente diferentes a los de otras potencias coloniales. Francia tenía la tendencia a utilizar más sus bancos comerciales, en vez de establecer casas o departamentos de moneda que funcionaran por separado. Francia también prefería exprimir lo más posible a los africanos, imponiéndoles levas de reclutamiento con objetivos militares. El gobierno francés vestía africanos con el uniforme del ejército francés, y los usaba para combatir contra otros

africanos, para luchar contra otros pueblos colonizados (como los vietnamitas) y para combatir en las guerras europeas. Los presupuestos coloniales tenían que sufragar los costos referentes al envío de soldados africanos "franceses" a la muerte, y si volvían con vida les tenían que pagar pensiones a base de fondos africanos.

En suma, el colonialismo significó una gran intensificación de la explotación en el interior de África, que alcanzó un nivel muy superior al que había privado anteriormente bajo el comunismo u otras sociedades de tipo feudal. Significó, también, la exportación de ese excedente producido —en proporciones colosales, pues tal fue el propósito central del colonialismo.

5.2 EL FORTALECIMIENTO DE LOS ASPECTOS TECNOLÓGICOS Y MILITARES DEL CAPITALISMO

a) Examen preliminar de los beneficios no monetarios del colonialismo para Europa

Todavía hoy existen propagandistas burgueses que declaran abiertamente que el colonialismo no fue una inversión que rindiera grandes beneficios, de la misma forma que en su época hubo quienes declararon que el mercado de esclavos no generó ganancias para los europeos. No vale la pena dedicarse a refutar directamente dichos puntos de vista, pues esto consumiría un tiempo que podría aprovecharse mejor. La sección anterior nos dio una idea de los niveles reales que llegaron a alcanzar las ganancias monetarias de las potencias coloniales en África. Pero la contribución del continente al capitalismo europeo fue aún mucho mayor que las meras ganancias monetarias: el sistema colonial hizo posible el rápido desarrollo de la tecnología y la maestría técnica en los sectores metropolitanos del imperialismo. Favoreció también la elaboración de las técnicas modernas de organización de la empresa capitalista y del imperialismo en su conjunto. En efecto, el colonialismo dio al capitalismo nuevos ímpetus de vida, y le garantizó una existencia prolongada en Europa Occidental, región que fue la cuna del sistema.

Al inicio del colonialismo, la aplicación de la ciencia y la tecnología en el proceso productivo tenía ya una base firme en Europa, situación que se relacionaba básicamente con su comercio ultramarino, como ya se ha explicado. Europa estaba entrando

entonces en la era de la electricidad, de la metalurgia avanzada del hierro y otros metales, y de la proliferación de productos químicos manufacturados. Todas estas innovaciones habrían de llegar muy lejos, durante el período colonial. Los aparatos eléctricos alcanzaron un nivel cualitativamente nuevo en la electrónica, que incluía la producción de equipos en miniatura, el progreso fantástico de las telecomunicaciones, y la creación de las computadoras. La industria química comenzó a producir una diversidad de sustitutos sintéticos de las materias primas, y la nueva rama de la petroquímica cobró vida íntegramente. También la combinación de los metales mediante innovaciones en la metalurgia implicó que los fabricantes tendrían ahora la posibilidad de cumplir con toda una serie de especificaciones y requisitos de la demanda, como la resistencia al calor, la ligereza, la fuerza acompañada de elasticidad, etc.; y hacia el final del período colonial Europa estaba ya en el umbral de otra época: la época de la energía nuclear.

Es ya sabido que la brecha entre la producción de las metrópolis y las colonias se ensanchó de unas 15 a 20 veces de lo que había sido antes de la época colonialista. Y que, sobre cualquier otra cosa, la causa de tal brecha entre los niveles de productividad de África y Europa Occidental hacia fines del colonialismo, fue el avance de la técnica científica en las metrópolis. Por lo tanto, es esencial entender cuál fue el papel que desempeñó el propio colonialismo, en el logro de tal progreso técnico en las metrópolis, y en su aplicación a la industria.

Tal vez sería una aseveración extremadamente simplista decir que el colonialismo en África (y en otras latitudes) *causó* el desarrollo de la ciencia y la tecnología en Europa. Las tendencias a la innovación tecnológica y a la renovación eran intrínsecas al mismo capitalismo, ya que las alimentaba la premura por la ganancia. Sin embargo, sería perfectamente justo afirmar que el colonialismo en África y en otras partes del mundo constituyó un eslabón indispensable en la cadena de acontecimientos que hicieron posible la transformación tecnológica de la base del capitalismo europeo. Sin este eslabón, el capitalismo europeo no habría podido producir bienes y servicios al nivel que llegó a alcanzar en 1960. En otras palabras, incluso los mismos parámetros que empleamos hoy para medir el desarrollo y el subdesarrollo de las naciones habrían sido distintos.

Las ganancias del colonialismo africano se sumaron a las ganancias producidas por las demás fuentes y sirvieron así para financiar la investigación científica. Esto fue cierto también en un

sentido general si concebimos que fue la abundancia de la sociedad capitalista en el presente siglo la que proporcionó los fondos y el tiempo libre necesarios para la investigación. Y fue cierto igualmente en cuanto a que el desarrollo del capitalismo en su etapa imperialista permitió que la división del trabajo siguiera su curso, *dentro de las metrópolis capitalistas*, hasta tal punto que la investigación científica llegó a convertirse en una rama de esa división del trabajo, y una de las más importantes. La sociedad europea se fue olvidando de ese concepto de investigación científica como algo *ad hoc*, personal y hasta caprichoso, generado en el descubrimiento accidental, y lo transformó en un sistema regulado, al que tanto los gobiernos como los ejércitos y los capitalistas privados daban prioridad. A la investigación ahora se la financiaba y se la guiaba. Estudiando este proceso con atención, uno se percató de que tanto las fuentes de los fondos que apoyaron la investigación como la dirección que se les imprimió, se vieron profundamente influidos por la situación colonial. Debe recordarse, en primer lugar, que las ganancias que Europa obtenía en África representaban *excedentes invertibles*. La ganancia no era un fin en sí mismo. Así, las casas o departamentos de moneda del África Oriental y Occidental invertían en la bolsa del gobierno británico, en tanto los bancos comerciales y las compañías de seguros invertían sus acciones depositándolas en bonos gubernamentales y cédulas hipotecarias e industriales. Estos fondos de inversión, adquiridos de las colonias, se distribuían por muchos sectores dentro de las metrópolis, y beneficiaban incluso a las industrias que nada tenían que ver con la elaboración de los productos comerciales.

No obstante, es más fácil determinar el impacto de la explotación colonial en las industrias que estuvieron directamente conectadas con las importaciones coloniales. Tales industrias debían improvisar y perfeccionar la maquinaria que mejor utilizara las materias primas de las colonias. Ello llevó, por ejemplo, a la producción de la maquinaria necesaria para triturar las pepas de la palma; y a la creación de un proceso para utilizar el café de sabor menos delicado transformándolo en un polvo soluble, que habría de darse a conocer muy pronto como el "café instantáneo". Los comerciantes e industriales de las metrópolis consideraron también formas de modificar las materias primas de las colonias, con el objeto de que cumplieran con las especificaciones de las empresas fabricantes europeas en cuanto a la calidad y la cantidad. Se encuentran ejemplos de este tipo al leer, por ejemplo, cómo los holandeses en Java y los norteamericanos en Liberia se dedicaron

a cruzar e injertar nuevas variedades de plantas de hule (caucho), logrando que dieran un mayor rendimiento y que desarrollaran resistencia a las enfermedades. En última instancia, esta búsqueda por obtener materias primas de mayor calidad se complementaba con la búsqueda de materias primas que harían al capitalismo menos dependiente de las regiones coloniales —y con eso se llegó a los productos sintéticos.

En el campo de la técnica naviera, se apreciaba de inmediato que varias de las modificaciones e innovaciones tecnológicas se relacionan con el hecho de que un gran porcentaje de los buques se empleaban para enlazar a las colonias con las metrópolis. Los barcos tenían que estar refrigerados para transportar bienes no perdurables; debían tener bodegas capaces de contener cargamentos voluminosos, o líquidos, como el aceite de palma; etc. También fue así como el transporte de petróleo crudo desde el Medio Oriente, el África del Norte y otras partes del mundo hacia Europa, llevó a la producción de los buques petroleros, una clase especial de embarcación. A su vez, tanto el diseño de los barcos como la naturaleza de sus distintos cargamentos, afectaban el tipo de instalaciones portuarias que habrían de recibirlos en las metrópolis.

Incluso en aquellas áreas con nexos remotos o en apariencia inexistentes, se puede demostrar que el colonialismo fue un factor central en la revolución tecnológica europea. A medida que continuó desarrollándose la ciencia en el presente siglo, sus interconexiones se multiplicaron, y fueron adquiriendo un grado de mayor complejidad cada vez. Aunque es imposible determinar el origen de cada idea y de cada invento, para los historiadores de la ciencia serios, ha quedado bien claro que el crecimiento de ese cuerpo de conocimientos científicos y de su aplicación a la vida cotidiana, depende de un gran número de fuerzas que operan en el interior de la sociedad y como parte de un conjunto, y no únicamente de las ideas generadas dentro de cada rama de la ciencia en particular. Con el surgimiento del imperialismo, una de las fuerzas más poderosas dentro de las sociedades capitalistas metropolitanas emanaba precisamente de las regiones coloniales y semicoloniales.

Las consideraciones anteriores se aplican perfectamente al examen de los aspectos militares del imperialismo, dado que la protección del imperio ha sido uno de los factores que más han estimulado la ciencia de los armamentos en una sociedad que ya tenía inclinaciones militaristas desde la época feudal. La nueva dimensión colonial de los intereses militares europeos se manifestó

particularmente en una aguda rivalidad entre las marinas de guerra de Inglaterra, Alemania, Francia y Japón, que se hizo evidente antes y durante la primera guerra mundial. Las rivalidades por las colonias y por las esferas de inversión capitalista produjeron nuevos tipos de navíos de guerra como los destructores y los submarinos. Hacia el fin de la segunda guerra mundial, la investigación militar alcanzó el más alto nivel de organización de la investigación científica, gozando del más amplio subsidio de los estados capitalistas, obtenido de las ganancias de la explotación internacional.

Durante el período de entreguerra, la contribución más importante de África a la evolución de las técnicas de organización en Europa se descubre en el fortalecimiento del capital monopolístico. Antes de la guerra de 1914 los panafricanistas Duse Muhammad Ali y W. E. B. du Bois, identificaron al capital monopolístico como el elemento dirigente del imperialismo en expansión. Y el que hizo el análisis más concienzudo y conocido de este fenómeno fue el líder revolucionario ruso, Lenin. Lenin fue prácticamente profético, porque a medida que siguió avanzando la época colonial, se hizo cada vez más obvio que los que obtendrían los máximos beneficios serían los intereses monopolísticos, y especialmente los que operaban en el área de las finanzas.

África (junto con Asia y América Latina) contribuyó a la elaboración de esa estrategia que hizo posible que la competencia entre pequeñas compañías cediera el paso a la dominación por un puñado de grandes consorcios, impuesta en un amplio espectro de actividades económicas. Fue en las rutas mercantiles de la India donde las diversas compañías navieras iniciaron por primera vez las "Líneas de Conferencia", alrededor de 1875. Esta práctica monopolística se diseminó rápidamente al mercado del África del Sur y ascendió en rápida pendiente hasta el África Occidental durante los primeros años del presente siglo. En la esfera comercial, fue en el África Occidental donde tanto franceses como ingleses obtuvieron considerable experiencia en la creación de fondos comunes y en la integración de acciones mercantiles; aparte del hecho de que las pequeñas compañías iban siendo engullidas sistemáticamente por las grandes —proceso que abarcó todo el colonialismo.*

Y fue en el África del Sur donde surgieron las estructuras más cuidadosamente diseñadas, tales como los directorados entrelazados, las compañías arrendatarias y las corporaciones gigantes, que

* Véase el inciso 5.1 en la página 176.

eran multinacionales tanto por sus abonos de capital como por el hecho de que sus actividades económicas se extendieron a todo el mundo. Hubo empresarios individuales, como Oppenheimer, que hicieron grandes fortunas en suelo sudafricano, pero el África del Sur en realidad nunca pasó por la era de los negocios individuales y familiares, característica de Europa y Norteamérica hasta principios del presente siglo. Las grandes compañías eran entidades profesionales impersonales. Tenían toda la infraestructura logística necesaria en cuanto a personal, producción, mercadeo, publicidad, etc., y podían hacerse cargo de responsabilidades a largo plazo. En todo momento, las fuerzas productivas internas dieron al capitalismo su impulso hacia la expansión y la dominación. Era el sistema el que se expandía. Pero, por añadidura, se puede identificar en África, y en su región sureña en particular, el ascenso de una superestructura capitalista tripulada por individuos capaces de planificar conscientemente la explotación de los recursos incluso hasta bien entrado el próximo siglo, y apuntando hacia la dominación racista de los pueblos negros de África hasta el fin de los tiempos.

Desde el siglo xv Europa tuvo el control estratégico del comercio mundial y de los aspectos legales y organizativos del movimiento de mercancías entre los continentes. Europa incrementó su poder con el imperialismo (con o sin mandato colonial) porque el imperialismo se traducía en inversiones, y las inversiones confirieron a los capitalistas europeos el control de la producción en todos los continentes. El volumen de los beneficios cosechados por el capitalismo creció de conformidad, puesto que Europa pudo especificar tanto la cantidad como la calidad de las distintas materias primas que tenían que hacerse confluir en momentos precisos en aras de los intereses del capitalismo como un todo y de la clase burguesa en particular. Por ejemplo, la producción de azúcar en el Caribe se unía durante el período colonial a la producción de cacao en la misma África, de forma tal que ingresaran juntas a la industria del chocolate de Europa y Norteamérica. En el campo de la metalurgia, el mineral del hierro de Suecia, Brasil o Sierra Leona podía transformarse en distintos tipos de acero al unirse con el manganeso de la Costa de Oro o el cromo de Rhodesia del Sur. Tales ejemplos podrían multiplicarse casi al infinito para cubrir el inmenso espectro de la producción capitalista durante el período colonial.

Recordando las palabras de John Stuart Mill, el comercio entre Inglaterra y el Caribe en el siglo xviii era como el comercio entre la ciudad y el campo. En el presente siglo estos vínculos se

han estrechado aún más, y ahora se hace mucho más evidente que la ciudad (Europa) está viviendo a costa del campo (África, Asia y América Latina). Cuando se declaraba que las colonias debían existir para las metrópolis ofreciéndoles materias primas y comprando sus bienes manufacturados, lo que suponía en teoría tal declaración era la introducción de una *división internacional del trabajo* que cubriría a todos los trabajadores en cualquier rincón del mundo. Esto implicaba a la vez que hasta ese momento, cada sociedad podía asignar a sus miembros las distintas funciones de la producción: que unos individuos cazaran, que otros fabricaran el vestido, que otros más construyeran las viviendas, etc. Pero con la instauración del colonialismo, serían los capitalistas quienes determinarían qué tipo de trabajo debía desempeñar cada trabajador, en toda la extensión del planeta. Los africanos tendrían por lo tanto que extraer minerales del subsuelo, cultivar productos agrícolas, recolectar productos naturales y ejecutar una multitud de otras actividades secundarias y triviales como la reparación de bicicletas. Dentro de Europa, Norteamérica y Japón, los trabajadores refinarian los minerales y las materias primas para fabricar las bicicletas.

Así, el proyecto de la división internacional del trabajo que llegó a África con el imperialismo y el colonialismo, garantizaba que los niveles más altos de conocimiento técnico y de pericia quedaran restringidos siempre a las naciones capitalistas. Para escarbar el suelo africano en busca de minerales y para cultivarlo, lo único que se requería era la fuerza física; en tanto en Europa, esa misma extracción de distintos metales, del mineral en bruto y de su manufactura consecutiva, promovía cada vez más, a medida que pasaba el tiempo, la tecnología y la experiencia. Consideremos el ejemplo de la industria del hierro y el acero. La manufactura moderna del acero se deriva del sistema del fogón abierto de Siemens y del proceso conocido con el nombre de su inventor, Bessemer, ambos perfeccionados hacia la segunda mitad del siglo xix. Los dos procesos se sometieron a una serie de modificaciones importantes, con las cuales la manufactura del acero se transformó, pasando de un estadio de operaciones intermitentes a otro en el que se requerían enormes hornos eléctricos que funcionaban ininterrumpidamente. En fechas más recientes se ha ido reemplazando a los trabajadores especializados por sistemas automáticos y de informática; pero esto no obsta para que lo ganado en cuanto a tecnología y experiencia haya sido enorme, cuando se contemplan en retrospectiva los años anteriores a que el imperialismo empezara a funcionar en Europa.

Podría parecer desatinado haber elegido como ejemplo el mineral del hierro, puesto que no era una de las exportaciones principales del continente; empero, el hierro fue sin duda un factor muy importante en las economías de Sierra Leona, Liberia y el África del Norte. Puede por tanto emplearse para ilustrar aquella tendencia que impuso la división internacional del trabajo de que la experiencia y la tecnología se promovieran y crecieran únicamente en las metrópolis. Asimismo, debe recordarse que África fue una fuente básica de los minerales que son esenciales para la fabricación de las distintas aleaciones del acero, sobre todo del manganeso y el cromo. El manganeso era indispensable en el proceso Bessemer. Se extraía de las minas de varias regiones de África, entre las cuales, la mina de Nouta en la Costa de Oro contenía el depósito único de manganeso más grande del mundo. Las compañías norteamericanas eran las dueñas de las minas de la Costa de Oro y del norte de África, e incorporaban el producto en las industrias de acero de Estados Unidos. El cromo de Sudáfrica y de Rhodesia del Sur también desempeñó un papel similar en la industria metalúrgica del acero, siendo un elemento esencial en la manufactura del acero inoxidable.

Otro de los minerales africanos valiosos para la creación de aleaciones de acero fue la columbita. Por su alta resistencia al calor, uno de sus usos principales fue en la producción de acero para motores de propulsión a chorro. En primer término, el rápido desarrollo de la industria y la tecnología fue lo que hizo que la columbita adquiriera valor. Hasta 1952 era un subproducto que se descartaba, por ejemplo en la minería del estaño en Nigeria. Luego, una vez que se empezó a aprovechar, dio nuevos ímpetus a la tecnología europea en la especializada esfera de la producción de aero-motores.

Obviamente que, de acuerdo con la división internacional del trabajo que prevaleció durante el colonialismo, los que tuvieron acceso a la experiencia necesaria para el trabajo con la columbita fueron los trabajadores norteamericanos, canadienses, ingleses y franceses, y no los obreros nigerianos que extraían el mineral del subsuelo. Unos años más tarde, bajo nuevas circunstancias, la demanda de la columbita sufrió una baja importante, pero ya en el período previo había contribuido a incrementar todavía más la adelantada y experta práctica del obrero metalúrgico de Europa. De esta manera la columbita estaba asistiendo en la promoción de un desarrollo y crecimiento autosostenido en las metrópolis y también a abrir la brecha que actualmente se hace evidente en cual-

quier comparación entre las economías desarrolladas y las subdesarrolladas.

También el cobre ajusta perfectamente en la categoría que estamos considerando. Para conseguir el mineral de exportación se requería del trabajo productivo no calificado de los africanos, y de allí seguía su refinamiento en las plantas capitalistas de Europa. El cobre era el principal producto mineral de exportación de África. Siendo un excelente conductor eléctrico se hizo indispensable en la industria eléctrica capitalista. Pasó a ser un componente esencial en la producción de generadores, motores, locomotoras eléctricas, teléfonos, telégrafos, líneas de luz y fuerza, motores automotrices, edificios, municiones, radios, refrigeradores y una serie de artículos más. Una era tecnológica habitualmente se define por su fuente principal de energía. En la actualidad, se habla de la era nuclear porque, en efecto, las potencialidades de la energía nuclear son inmensas. La Revolución industrial en Europa durante los siglos XVIII y XIX fue la era del vapor. De manera paralela, la época colonial fue la era de la electricidad. Por lo tanto, las exportaciones vitales de cobre del Congo, de Rhodesia del Norte y de otros países de África, contribuyeron en este período a impulsar el sector dominante de la tecnología europea. Desde una perspectiva estratégica sus efectos se multiplicaron en innumerables formas, y tuvieron un valor incalculable para el desarrollo capitalista.

En el contexto del estudio del problema de las materias primas, de nuevo se debe hacer especial mención del área militar. Los minerales africanos fueron decisivos; tanto con respecto al perfeccionamiento de las armas convencionales, como con respecto a la apertura introducida con las armas atómicas y nucleares. Y fue del Congo belga donde Estados Unidos empezó a obtener uranio durante la segunda guerra mundial, paso que fue un requisito para la construcción de la primera bomba atómica. En todo caso, hacia el final del período colonial la industria y la maquinaria de guerra de las naciones colonizadoras habrían de volverse inseparables, manteniendo una maraña de interrelaciones, a tal grado que cualquier contribución para una, era indefectiblemente una contribución para la otra. Por lo tanto, la contribución masiva de África a lo que inicialmente parecían propósitos pacíficos como la fabricación de alambre de cobre y las aleaciones de acero, tomó en última instancia la forma de artefactos explosivos, portaaviones, y de una multitud de otros productos bélicos.

No fue sino hasta que las armas de fuego alcanzaron un grado suficiente de eficiencia en la Europa del siglo XIX que se le hizo

posible al blanco colonizar y dominar el mundo entero. De la misma manera, la invención a granel de toda una serie de productos y nuevos instrumentos de destrucción en las metrópolis pasó a constituir un elemento de disuasión tanto psicológica como práctica de todo intento de los pueblos colonizados por recuperar su fuerza e independencia. Se recordará de inmediato que el propulsor básico del colonialismo fue "la política del barco y el cañón" a la que Europa recurrió siempre en momentos en que la policía y las fuerzas armadas locales parecían incapaces de mantener la ley y el orden del colonialismo. Desde el punto de vista de los colonizados, el fortalecimiento del aparato militar de las potencias europeas mediante la explotación colonial incurrió en un doble daño. No sólo aumentó la brecha tecnológica general entre la colonia y la metrópoli, sino que ensanchó incommensurablemente otra brecha en un área muy sensible, la que se relaciona con conceptos como el poder y la independencia.

La división internacional del trabajo del período colonial aseguró que habría un crecimiento de la oportunidad del empleo en Europa, aparte de los millones de colonos blancos y expatriados que vivían en y de África. Los productos agrícolas en bruto se procesaban de manera que sus subproductos constituyeran industrias en todo el sentido de la palabra. La alta cifra de empleos que creó en Norteamérica la exportación de minerales de África, Asia y América Latina se puede descubrir en las enormes listas de empleos de instituciones como las industrias del acero, las fábricas de automotores, las plantas de óxido de aluminio y de aluminio metálico, las compañías de cables de cobre, etc. Además, estas mismas empresas a su vez estimularon el desarrollo de la industria de la construcción, de la industria del transporte, de la industria de municiones, y así en adelante. La minería que se llevó a cabo, en África, dejó sólo agujeros en el suelo; y el sistema de producción agrícola dejó sólo suelos empobrecidos; en Europa, en cambio, las importaciones mineras y agrícolas construyeron un complejo industrial colosal.

En las fases más tempranas de la organización humana la producción se mantuvo en una condición dispersa y atomizada. Es decir que las familias, produciendo en su trabajo cotidiano mantenían una identidad separada. Pasado el tiempo, la producción fue adoptando un carácter cada vez más social, y se transformó en un trabajo mucho más interrelacionado. Por ejemplo, en una de las etapas de madurez de la economía mercantil feudal, la confección de un par de zapatos implicaba a un criador de ganado, un curtidor de cuero y un zapatero —a diferencia de los tiempos

en que el campesino tenía que matar al animal para fabricarse él mismo los zapatos, como ocurría bajo el comunismo autosuficiente. Este grado en que las sociedades van alcanzando una interdependencia social es un índice de desarrollo, del desarrollo que se produce al aumentar la especialización y la coordinación del trabajo.

Indudablemente que el capitalismo europeo adquirió un carácter cada vez más social de su producción. Integró al mundo entero, y con el importante estímulo de la experiencia colonial, integró también muy estrechamente cada elemento de su economía —desde la agricultura hasta la banca. Pero la *distribución* del producto de ese trabajo no tenía un carácter social. Los frutos producidos por el trabajo humano se quedaban en manos de una clase integrada por una minoría; una clase que pertenecía a la "raza blanca" y que radicaba en Europa y en Estados Unidos. Éste es el meollo del proceso dialéctico del desarrollo y del subdesarrollo, en la forma que evolucionó a través del período colonial.

b) El caso de Unilever: ejemplo de un beneficiario máximo de la explotación africana

Así como fue necesario seguir el movimiento del excedente africano a través de los canales de explotación, tales como los bancos y las compañías mineras, se debe igualmente seguir con cuidado la contribución no monetaria de África al capitalismo europeo. Ello se puede hacer por ejemplo, siguiendo la evolución de las compañías ya mencionadas. A continuación se presenta un breve perfil de las características más evidentes del desarrollo de una de estas compañías, Unilever, en su relación con la explotación de los recursos y de los pueblos de África.

En 1885, mientras África estaba siendo esculpida en la mesa de conferencias, un tal William H. Lever se dedicaba a hacer jabón en el poblado de Merseyside, cerca de Liverpool, en Inglaterra. Al jabón le puso el nombre de *Sunlight* y en los pantanos donde se erguía su fábrica fue creciendo un pueblo llamado Port Sunlight. Diez años más tarde, la compañía Lever estaba vendiendo 40 000 toneladas de jabón anuales únicamente en Inglaterra, y se dedicaba a montar un negocio de exportación y de construcción de fábricas en otras partes de Europa, así como en Norteamérica y en las colonias británicas. Fue entonces que aparecieron los jabones *Lifebuoy*, *Lux* y *Vim*; y en otros diez años más, Lever llegaba a vender 60 000 toneladas de jabón en la propia Inglaterra, y tenía asimismo fábricas produciendo y vendiendo

en Canadá, Estados Unidos, Sudáfrica, Suiza, Alemania y Bélgica. Sin embargo, el jabón no crecía en ninguno de estos países. El ingrediente básico para su manufactura era la estearina, obtenida de grasas y aceites. Excluyendo el sebo animal y el aceite de ballena, el resto de las materias primas provenían del trópico: es decir, del aceite de palma, del aceite de pepa de palmera, del aceite de cacahuete y del aceite de copra. Y sucedía que el África Occidental era la principal región productora de derivados de la palma, e igualmente una de las principales productoras de cacahuete o maní.

En 1887, la compañía austriaca Schicht, que más adelante se habría de incorporar al combinado Unilever, construyó el primer molino para triturar pepas de palma, en la misma Austria, cuyas materias primas provenían de una compañía de comerciantes de aceite en Liverpool. Ello no era una mera coincidencia, sino parte integral de la lógica de la apertura imperialista en África, como su fuente y reserva de materia prima para Europa. Ya en una fecha tan temprana como 1902 Lever enviaba sus "exploradores" a África, que no tardaron en llegar a la conclusión de que el Congo era el sitio donde más productos de palma podrían recogerse, en parte porque el gobierno belga le había prometido a esta compañía ofrecerle cuantiosas concesiones de tierras donde crecían innumerables palmas. Lever obtuvo las concesiones necesarias en el Congo y exportó la maquinaria para extraer el aceite de pepa de palma.

Pero para entonces los principales expertos en el procesamiento del aceite de palma se ubicaban en la costa del norte del Congo. Por lo tanto, en 1910, Lever compró la compañía W. B. McIver, una pequeña empresa de Liverpool instalada en Nigeria, y a esta operación siguió la adquisición de otras dos compañías pequeñas en Sierra Leona y Liberia. En efecto la empresa Lever (que para ese momento llevaba el nombre de Lever Bros) establecía asideros en todas las colonias del África Occidental, logrando este primer gran salto con la compra de la compañía del Níger en 1920 por 8 millones de libras esterlinas. Más tarde, en 1929, se unió en sociedad con la African and Eastern, su último competidor mercantil, y el consorcio resultante pasó a llamarse la United Africa Company (UAC).

Durante la guerra de 1914-1918, Lever había empezado a fabricar margarina, cuyos ingredientes eran los mismos que los del jabón: es decir, aceites y grasas. Los años siguientes vieron el proceso mediante el cual las compañías más grandes en esta rama de actividad se fueron ampliando constantemente, a base de li-

quidar a otras pequeñas empresas, o haciéndose cargo o fundiéndose con ellas. Los nombres más conocidos en el continente europeo en la manufactura del jabón y la margarina eran las compañías holandesas Jurgens y Van der Bergh y los consorcios austriacos Schicht y Centra. Al principio las compañías holandesas tomaron la delantera, pero su dominio llegó hasta 1929, el año en que ocurrió la gran fusión de su combinado con el de Lever, que se había mantenido ocupada en comprar prácticamente a todos sus competidores. La fusión de 1929 hizo de Unilever un monopolio único, que por razones de conveniencia se dividía en la Unilever Ltd (registrada en Inglaterra y la Unilever N. V. (registrada en Holanda).

Para su remesa masiva de aceites y grasas, Unilever dependía en gran medida de su subsidiaria la UAC, que se había constituido como tal en el mismo año. La UAC nunca dejó de crecer. En 1933, se apoderó del control de la importante compañía mercantil G. B. Ollivant; y en 1936, compró la Compañía Mercantil Suiza en la Costa de Oro. Hacia la misma fecha ya no dependía simplemente de las palmas silvestres del Congo, sino que había organizado varias plantaciones. Las fábricas de Lever en Estados Unidos obtenían sus insumos de aceite principalmente del Congo y ya en 1925 (antes de la aparición de la Unilever y la UAC como tales) las empresas de Lever en Boston lograban ganancias de 250 000 libras esterlinas.

Unilever floreció por igual tanto en tiempos de guerra como en tiempos de paz. Sólo la llegada del socialismo en Europa Oriental la llevó a la pérdida de sus fábricas al ser nacionalizadas. Ya para el fin del período colonial Unilever se había transformado en una fuerza mundial que vendía jabones comunes, detergentes, margarina, mantecas y tocinos, mantequilla de búfalo (*ghee*), aceite para cocinar, alimentos enlatados, velas, glicerina, pasteles de aceite, y artículos de baño como la pasta de dientes. ¿De dónde obtenía o succionaba este pulpo gigante la mayor parte de su sustento? Dejemos que la respuesta nos la ofrezca la División de Información de la Casa Unilever en Londres:

Lo más impresionante de todo en el desarrollo de posguerra de Unilever, fue el progreso de la United Africa Company. Durante la más severa de las depresiones, la gerencia de Unilever no dejó de invertir su dinero en la UAC, justificando su acción, más que en la consideración particular de las expectativas inmediatas de la UAC, en su fe general depositada en el futuro de África. Su recompensa llegó con la gran prosperidad de posguerra del productor primario, que había hecho de África un mercado para todo tipo de artículos, desde los chicharos congelados hasta

los automotores. El centro de gravedad de Unilever se ubica en Europa, pero en la distancia, su miembro más grande (la UAC) depende casi íntegramente para su sustento (representado por la cifra de una transferencia de 300 millones de libras esterlinas) del bienestar del África Occidental.

En algunos casos las empresas africanas de Lever tenían pérdidas en el sentido estricto de la contaduría de costos. Tomó años antes de que las plantaciones del Congo se pagaran a sí mismas y empezaran a obtener ganancias. También requirió cierto tiempo el que se justificaran el haber comprado la Compañía del Níger en 1920; en tanto, la SCKN en Chad no llegó a generar ganancias monetarias que valieran la pena. Pero aun durante los peores años financieros las ramas subsidiarias que constituían la UAC representaron bienes de capital de un valor incalculable, en cuanto permitieron a la sección manufacturera de la UAC tener el control de una fuente garantizada de materias primas esenciales. Desde luego que la misma UAC proveía a su matriz de dividendos monetarios muy atractivos, pero lo que se intenta señalar aquí no son las ganancias financieras de la UAC y de la Unilever, sino cómo su explotación de África generó en múltiples formas el desarrollo de la técnica y de la organización en Europa.

Tanto la industria del jabón como la de la margarina, tenían sus propios problemas científicos y técnicos que reclamaban solución. El avance científico es en su generalidad una respuesta a necesidades reales. Los aceites de la margarina y el aceite de cocinar tenían que desodorizarse; se debían encontrar sustitutos para la manteca natural; y cuando el mercado de la margarina tuvo que enfrentar la competencia de la mantequilla barata, se presentó la necesidad de producir una margarina de alta calidad con suplementos vitamínicos. En 1916 dos expertos de la Lever publicaron en una revista científica inglesa los resultados de sus pruebas que demostraban el impacto de los concentrados de vitaminas en el crecimiento de animales de laboratorio al añadirlos a la margarina. Estos expertos se mantenían en contacto con los científicos de la Universidad de Cambridge que investigaban el problema; y así, en 1927, la margarina enriquecida con vitaminas estuvo lista para el consumo humano.

Con respecto al jabón (y en menor grado a la margarina) era imprescindible diseñar un proceso para solidificar los aceites en grasas —especialmente el aceite de ballena, pero también los aceites vegetales. Este proceso, que se conocería como “hidrogenación”, atrajo la atención de los científicos en los primeros años del

presente siglo. Las compañías rivales aumentaban sus salarios y les apremiaban a que concluyeran su trabajo; compañías del jabón como la Lever y otras compañías europeas que más tarde absorbería este consorcio en el combinado Unilever.

Uno de los momentos que ilustran en forma impresionante las ramificaciones científicas y tecnológicas del procesamiento de las materias primas coloniales, se descubre en el campo de los detergentes. El jabón común también puede considerarse un detergente o “agente lavador”; pero los jabones ordinarios adolecen de limitaciones severas, como la tendencia a descomponerse al sumergirlos en aguas duras y en ácidos. Tales limitaciones sólo podrían resolverse mediante “detergentes no jabonosos” desprovistos del tipo de base grasa de los jabones anteriores. Al bloquearse las remesas de provisiones coloniales de aceites y grasas a Alemania durante la primera guerra imperialista, se estimuló a los científicos alemanes para que diseñaran los primeros experimentos para la producción de detergentes a partir del alquitrán de hulla. Más tarde, hacia la década de 1930, las compañías de productos químicos empezaron a manufacturar detergentes de este tipo en una escala mayor, especialmente en Estados Unidos. Dos de estas compañías, que de inmediato se adentraron en la investigación de los detergentes, fueron la Unilever y la Procter & Gamble, un combinado jabonero con su casa matriz en Cincinnati, EU. A primera vista parecería extraño que a sabiendas de que los detergentes eran los competidores del jabón común, fueran las mismas compañías jaboneras las que se dedicaran a promoverlos. Ello era necesario para evitar que la totalidad de su capital quedara atrapado en productos que parecían estar pasando de moda. Las empresas del jabón no podían permitirse dejarle los detergentes a las compañías químicas, pues de lo contrario sus propios jabones duros, en escamas y en polvo, habrían sufrido las consecuencias, y dichas empresas no hubieran podido seguir siendo las que traían las nuevas marcas al mercado. De manera que la Unilever dedicó un gran esfuerzo para impulsar la química de los detergentes, reteniendo, en medida considerable, los aceites vegetales, si bien modificándolos químicamente. Este tipo de investigación ya no se dejaba a la suerte o a los inventores privados. Ya en 1960, Unilever tenía cuatro grandes laboratorios de primera línea —dos en Inglaterra, uno en Holanda y otro más en Estados Unidos. Los cuatro, junto con otras unidades de investigación de menor tamaño empleaban más de 3 000 personas, entre las cuales un tercio eran científicos calificados y tecnólogos.

Se pueden seguir aún, con cierta exactitud, los efectos mul-

tipificadores que irradian de la explotación colonial de Unilever. Al triturarse las pepas de palma los residuos formaban un pastel que ofrecía excelentes resultados en la alimentación del ganado. Igualmente otro producto colateral de la industria del jabón era la glicerina, que se utilizaba para la fabricación de explosivos. Los europeos se mataban unos a los otros con cierta proporción de estos explosivos, aunque otra parte se dedicaba a propósitos pacíficos, como la minería, las canteras y las presas, o la construcción. Varios otros productos se relacionaban con el jabón a través de la base común de aceites y grasas —en forma muy importante los cosméticos, el shampoo, las pastas de rasurar, las tinturas y las pastas de dientes. Un escritor decía de estos productos: "sirvieron para ensanchar la base comercial en la que descansaba Unilever, haciendo pleno uso del banco de conocimientos que tenía ya el tecnólogo de los aceites y las grasas". Por otra parte, estas operaciones estaban creando además cientos de miles de nuevos empleos para los trabajadores europeos.

La manufactura del jabón y la margarina requería de otros insumos de materias primas además de los aceites y las grasas. La producción del jabón consumía grandes cantidades de sosa cáustica, motivo por el cual en 1911 Lever compró tierras en Cheshire, Inglaterra, donde se podría fabricar el álcali. Los consorcios capitalistas gigantes, nutridos por el colonialismo y el imperialismo, podían llevar a cabo sus planes realmente en grande. Cuando a Lever le hicieron falta abrasivos, la compañía compró una mina de piedra de cal en Bohemia; y cuando Unilever quiso asegurarse la provisión de papel para envolturas, compró una fábrica de papel.

Otro elemento clave fue el transporte, que estimuló el crecimiento en el extremo europeo del consorcio. A un mes de haber comprado la Compañía del Níger en 1920, la Lever se embarcó en un proyecto de construcción de instalaciones en Mersey capaces de recibir barcos transoceánicos de gran calado que transportaban cargamentos del África Occidental. La UAC fue la pionera en la construcción de barcos que podían acarrear aceite de palma en grandes volúmenes, contenidos dentro de tanques adecuados para este propósito; y la empresa Van der Bergh llegó a considerar la posibilidad de comprar los astilleros para este tipo de barcos unos años antes de su fusión con la Lever. Esto no se materializó, pero Unilever efectivamente adquirió muchos de estos barcos, incluyendo los navíos recién construidos en aquellos astilleros, siguiendo las especificaciones de la compañía.

Un área más vinculada con las industrias Unilever era la de

la distribución al por menor. Sus productos tenían que venderse al ama de casa, y así las compañías holandesas que se unieron más tarde a Unilever habían decidido contar en su haber con tiendas de comestibles que les aseguraran sus ventas. La compañía Jurgens controlaba una cadena de estas tiendas en Inglaterra, apropiadamente llamadas "Home and Colonial" (del hogar y la colonia). Otra empresa, la Van der Bergh —para aquellas fechas aún su rival— no se quedó atrás, apoderándose de la mayoría de las acciones en otra cadena de tiendas propiedad de la Lipton, ya con el reconocimiento del té Lipton. Todas estas tiendas pasaron a Unilever. El negocio de las tiendas de comestibles pronto dejó de concebirse como una mera salida para el jabón y la margarina, y se convirtió en un fin en sí mismo.

A veces, los efectos de multiplicación de la inversión dan la impresión de no guardar relación unos con otros. Visto superficialmente, no parecía haber ninguna razón para que la Lever se dedicara a instalar toda una cadena al por menor conocida como la Mac Fisheries ¡para ponerse a vender pescado! En efecto, poco tienen en común el jabón, las salchichas y los helados —pero la Lever compró la Compañía Walls, dedicada a la venta de salchichas, y más tarde inauguró una fábrica de helados. El nexo por abajo de todo esto era el intento del dominio del capital. El capital crece, se esparce e intenta apoderarse de todo lo que le queda a la vista. La explotación de África concedió al capital monopolístico europeo amplias oportunidades para consentir a sus tendencias de expansión y de dominación.

Antes de dejar el tema del desarrollo de Unilever, se debe anotar en conclusión hasta qué grado una compañía como aquella llegaba a marcar el camino del cambio dentro del sistema capitalista. El acuerdo de aquella estructura dual de la Unilever Ltd., y de la Unilever N. V., fue una innovación que se empleó por vez primera al fusionarse las empresas Schicht y Centra de Europa Central con las empresas holandesas Jurgens y Van der Bergh, con el objeto de reducir los impuestos. La Unilever comprendía dos compañías troncales, con los mismos cuerpos de gobierno y con acuerdos para transferir e incorporar equitativamente las ganancias. Fue una compañía profesional desde su inicio. Todas las compañías que participaron en la fusión tenían años de experiencia en reclutar el personal más adecuado, mejorar las plantas de producción y perfeccionar los procedimientos de mercado. La empresa Schicht fue una de las primeras en diseñar sistemas de contaduría de costos y control de finanzas. La misma compañía Lever había sido la pionera de la publicidad masiva en Europa, y

en el mismo medio competitivo de Estados Unidos. La Unilever heredó y perfeccionó las técnicas de producción y mercadeo publicitario para lograr imponer el consumo en masa.

A largo plazo se aprecia aún más claramente la importancia que tuvieron estos cambios en la organización, cuando se compara la compleja organización internacional de la Unilever con las de las compañías concesionarias de los siglos xvi y xvii, que tenían serios problemas en la administración de sus finanzas. Los métodos eficientes de contaduría y administración de empresas que se supone caracterizan a los consorcios capitalistas de hoy no cayeron del cielo. Fueron el resultado de su evolución histórica, en la cual la explotación de África desempeñó un papel clave —desde la era de las compañías concesionarias y a través de todo el período colonial.

c] *Contribuciones del colonialismo a las potencias coloniales individuales*

El análisis de los beneficios no monetarios obtenidos por los colonizadores durante el período que comprende el régimen colonial puede desde luego efectuarse con mayor rigor al abordarse en el marco de las relaciones entre cada colonia y su "madre patria", tal como se aprecia una situación similar en el marco de la compañía individual, que se ha examinado previamente en cierto detalle. Mediante el enfoque convencional del estudio de la metrópoli europea y de sus colonias se revela un gran número de efectos positivos o favorables para aquélla, aunque dichos beneficios variaron en su alcance de una colonia a otra. Portugal fue la menor de las potencias coloniales en África, y sin sus colonias no representaba nada en Europa; tanto que llegó a insistir que Angola, Mozambique y Guinea eran parte integral de la nación, tal como cualquier otra de sus provincias europeas. Francia a veces proponía la misma cosa, con lo cual Argelia, Martinica y Vietnam constituían supuestamente "la Francia de ultramar".

Inglaterra y Bélgica no proclamaron la doctrina de una Gran Bretaña mayor o de una Bélgica de ultramar, pero en la práctica estaban tan empecinadas como las otras potencias coloniales en asegurarse de que su sustento fluyera sin interrupción o impedimento de la colonia a la metrópoli. Muy pocas facetas de la vida nacional de esos países europeos occidentales quedaron sin recibir los beneficios de las décadas de explotación parasitaria de las colonias. Un nigeriano escribía, tras de visitar Bruselas en 1960,

Ví por mí mismo los enormes palacios, museos y otros edificios públicos que se pagaron con el marfil y el caucho del Congo.

Iguamente en fechas recientes se han sorprendido los escritores e investigadores africanos al descubrir las dimensiones del tesoro africano robado que se almacena por ejemplo dentro del Museo Británico y asimismo hay colecciones comparables, si bien un tanto menores, de arte africano en París, Berlín y Nueva York. Esto es parte del botín que, agregada a la riqueza monetaria, permiten definir a las metrópolis como desarrolladas y "civilizadas".

El tributo de las colonias a sus colonizadores se hace más obvio y más determinante en el caso de las contribuciones que representaban los soldados provenientes de los pueblos colonizados. Sin tropas coloniales no podría haber habido "fuerzas británicas" combatiendo en el frente asiático durante la guerra de 1939-1945, porque las filas de las "fuerzas británicas" se llenaban con indios y otros habitantes de las colonias, incluyendo africanos y caribeños. Era una característica general del colonialismo el que la metrópoli utilizara la mano de obra de las colonias. Los romanos habían usado soldados de naciones conquistadas para a su vez conquistar otras naciones y para defender a Roma de sus enemigos. Inglaterra aplicó este mismo método en África a partir del siglo xix, cuando envió el Regimiento del Caribe a través del Atlántico a proteger los intereses británicos en las costas del África Occidental. El Regimiento del Caribe incluía asimismo irlandeses entre sus hombres (de la colonia) que fungían como soldados rasos, e ingleses, como los oficiales. Hacia el fin del siglo xix este regimiento incorporó también cierto número de sierraleoneses.

La fuerza más importante en la conquista de las colonias del África Occidental fue la Fuerza de la Frontera Africana Occidental, al servicio de los ingleses —cuyos soldados eran africanos y sus oficiales ingleses. En 1894 se le unió el Regimiento del África Occidental, formado para asistir en el aplastamiento de la llamada "Guerra por los impuestos de las chozas" que se llevó a cabo en Sierra Leona, como la expresión de una resistencia muy extendida a la imposición del régimen colonial. En el África Oriental y Central la unidad que se encargó de barrenar las fuerzas combatientes africanas a nombre de Inglaterra fue la de los Rifles Africanos del Rey. Los regimientos africanos reforzaban el aparato militar metropolitano en diversas formas. En primer lugar, se les empleaba como fuerzas de emergencia dedicadas a aplastar levantamientos nacionalistas en las distintas colonias. En segundo lugar, servían para combatir a otros ejércitos europeos dentro de África,

destacando especialmente durante la primera y segunda guerras mundiales. Y en tercer lugar, se les transportaba a campos de batalla en Europa y a otros escenarios de guerra fuera de África.

Esta participación africana destacó muy vivamente en las operaciones militares europeas, como en el frente africano oriental, cuando Inglaterra y Alemania se enfrascaron en la lucha por apoderarse del África Oriental, durante la primera guerra mundial. Al comienzo de la guerra, los alemanes tenían en Tangañica, una fuerza regular de 216 europeos y 2 540 *askaris** africanos. En el transcurso de la guerra se reclutaron 3 000 europeos más, y otros 11 000 africanos. Del lado británico la fuerza principal eran los Rifles Africanos del Rey (RAR) compuestos principalmente por africanos orientales y otros soldados traídos de Nyasalandia. Para noviembre de 1918, los batallones de los RAR estaban constituidos por más de 35 000 hombres, de los cuales 9 de cada 10 eran africanos.

Muy al principio de su campaña en el África Oriental los ingleses trajeron una fuerza expedicionaria compuesta de punjabis y sikhs, así como de regimientos africanos occidentales. También venían con ellos algunos sudaneses y caribeños. Al principio algunos colonos blancos se incorporaron al combate porque creyeron que era como un día de campo, pero pasado un año los residentes blancos del África Oriental británica se mostraban muy renuentes a unirse a las tropas locales combatientes. Lo que ocurrió, por lo tanto, fue que lucharon africanos contra africanos para ver qué potencia europea los iba a gobernar. Los alemanes y británicos sólo tenían que proveer los oficiales. De acuerdo con los libros de historia los "británicos" ganaron la batalla en el África Oriental.

Francia fue la potencia colonial que se aseguró el mayor número de soldados en África. En 1912 se introdujo el reclutamiento en gran escala de soldados africanos en el ejército francés. Durante la guerra de 1914-1918 se reclutaron 200 000 soldados en el África Occidental francesa mediante métodos reminiscentes del tráfico de esclavos. Los soldados "franceses" sirvieron contra los alemanes en los frentes de Togo y Camerún, así como en la misma Europa. En los campos de batalla de Europa perdieron la vida aproximadamente unos 25 000 africanos "franceses", y muchos más regresaron mutilados, porque se los usaba como carne de cañón en la guerra capitalista europea.

Francia estaba tan bien impresionada por las ventajas militares que le confería su mandato colonial que cuando la Liga de las

* *Askari*: soldado, en swahili [r.]

Naciones le asignó una parte del Camerún, los franceses insistieron en mantener la prerrogativa de utilizar las tropas africanas de Camerún para objetivos no relacionados con la defensa del Camerún. Naturalmente que Francia también habría de hacer el máximo uso de esas tropas africanas durante la última guerra mundial. Porque los africanos salvaron a Francia tras las pérdidas iniciales cuando, tanto la propia nación europea, como parte del África Occidental francesa, cayeron en manos de los alemanes y de los fascistas franceses de Vichy. En el África Ecuatorial francesa, Félix Eboué, un hombre negro, demostró su lealtad a las fuerzas del general de Gaulle al movilizar a la población contra los franceses y alemanes fascistas. África proporcionó la base y una buena parte de la fuerza de combate con la que se lanzó el contraataque, que ayudó al general de Gaulle y a los "franceses libres" a volver al poder en Francia.

El uso de las tropas africanas por los franceses no terminó con la última guerra. En 1948, Francia envió africanos occidentales a Madagascar, donde se encargaron de sofocar a las fuerzas nacionalistas en la forma más sangrienta. También se emplearon tropas africanas para combatir contra los pueblos de Indochina en 1954; y más tarde todavía, se usaron tropas del Senegal específicamente contra el movimiento de liberación de Argelia.

Aún no se han llevado a cabo estudios suficientemente vastos que detallen el papel que desempeñaron los africanos en los ejércitos de las potencias coloniales en toda una serie de contextos. Sin embargo, hay indicaciones de que tales estudios revelarían un patrón similar del que han descubierto los historiadores al observar la función de los soldados negros en los ejércitos, controlados por blancos, como por ejemplo, el de Estados Unidos; es decir, que existió siempre una intensa discriminación contra los combatientes negros, a pesar de que esos mismos soldados negros hicieron grandes contribuciones por las que no se les dio ningún reconocimiento, ya fuera en las victorias importantes dirigidas por los oficiales blancos de Estados Unidos, o en las de las potencias coloniales. La discriminación se detecta por una parte en reglamentos como el que prohibió el uso de zapatos a los soldados africanos que lucharon con el Regimiento Africano Occidental; y por la otra, en el hecho de que hubo múltiples motines raciales en las campañas europeas, y asimismo las tropas de hombres negros que combatieron por Estados Unidos siguieron amotinándose hasta el momento de la guerra de Vietnam.

Algunos africanos sirvieron como soldados coloniales con orgullo, porque tenían la esperanza errónea de que el ejército sería el

medio para exhibir el valor y la dignidad de los africanos; o incluso de que les permitiría obtener la libertad del continente, al plasmarse en alguna forma la satisfacción y el agradecimiento de los europeos. Las esperanzas eran infundadas desde sus raíces, pues los colonialistas se dedicaron a manipular a los africanos maliciosamente, como peones para la preservación del colonialismo y del capitalismo en general. Esto se hizo evidente en forma muy impresionante en el caso de Nyasalandia (hoy Malawi) donde John Chilembwe dirigió un levantamiento nacionalista en 1951. Nyasalandia era entonces una colonia británica, y a pesar de que los ingleses se encontraban en pleno combate con los alemanes, despacharon inmediatamente una columna de los RAR para contender contra el movimiento de Chilembwe. Además, antes de la llegada de los Rifles Africanos del Rey, fue un teniente alemán el que organizó la resistencia de los colonos blancos de Nyasa contra la lucha de Chilembwe por la libertad. A la luz de esa evidencia, un escritor comentaba:

Mientras sus paisanos en Europa combatían en la guerra más sangrienta que jamás se haya conocido, en África los europeos eran instintivamente primero hombres blancos, y después alemanes y británicos, (porque) John Chilembwe era parte de algo que al final haría naufragar sus sueños coloniales.

Los colonialistas utilizaron al continente y al pueblo de África en formas muy curiosas para impulsar sus fuerzas y sus técnicas militares. Por azar, el norte de África y el Sáhara quedaron al alcance de la mano como un laboratorio para perfeccionar y estimular la evolución de sus técnicas de guerra con artefactos blindados, en el período en que Rommel y Montgomery se enfrentaron para demostrar su superioridad. Y allí, por decreto, se usó a los etíopes como conejillos de indias, con los cuales los fascistas italianos pusieron a prueba sus gases venenosos. Ello siguió a su cruenta invasión en 1935 de aquella pequeña porción de África que aún se aferraba a cierta forma de independencia política. En aquella época los italianos declaraban que era absolutamente necesario que los frutos del colonialismo se mantuvieran al alcance de Italia, si era que iba a tomar "su sitio bajo el sol". Pero era todavía más significativo el que tanto Inglaterra como Francia hubieran visto ya tanto del sol y de los productos de África que se les hacía difícil refutar los reclamos de Italia.

Inglaterra y Francia gobernaban la mayor parte tanto del África colonial como de otras partes del mundo, ya que tenían los imperios más vastos. La existencia íntegra del capitalismo y

de su desarrollo en Inglaterra y Francia entre 1885 y 1960 estaba íntimamente ligada a la colonización, en la que África cumplió una parte principal. La posesión de las colonias africanas implicó la apropiación del excedente en gran escala; condujo a innovaciones y a nuevos avances en la tecnología y en la organización de la empresa capitalista; y reforzó el sistema capitalista en casa y en el extranjero, con combatientes para defenderlo. A veces da la impresión de que estas dos potencias principales arrancaron tantos de los beneficios del colonialismo que sufrieron un "atracción de demasiadas buenas cosas".

Ciertamente que en el caso de Inglaterra puede decirse que el colonialismo hizo la vida fácil a su industria, y que en ciertas esferas decisivas de la producción y el mercadeo ese país se fue volviendo más perezoso. Por ejemplo, en el siglo XIX ya no se renovaban o remplazaban las industrias instaladas, y muy poco dinamismo se imprimía a la venta de las nuevas líneas de productos. Alemania, por contraste, al ser despojada de sus colonias en 1918, fue obligada a vivir a base de sus propios recursos e ingenio (si bien sólo parcialmente). No obstante, aun cuando esta idea nos permite tener una imagen colonial al detalle muy interesante, debe tenerse presente siempre que el colonialismo es sólo un aspecto del imperialismo. El colonialismo se basó en el gobierno político extranjero y quedó restringido a ciertas regiones del mundo. El imperialismo, por el contrario, se extendió a todo el resto del mundo (exceptuando los países donde lo remplazaron las revoluciones socialistas) e hizo posible la participación de todas las naciones capitalistas. Por lo tanto, la falta de colonias para una nación capitalista no constituyó una barrera para que pudiera disfrutar de los frutos de la explotación del mundo colonial, que era el patio trasero del capitalismo metropolitano.

d) *El colonialismo como un puntal de las economías metropolitanas y del capitalismo como sistema*

La historia de Unilever debiera permitirnos comprender que el colonialismo no fue simplemente un asunto de lazos o vínculos entre una colonia en particular, y su país "madre", sino de vínculos entre el conjunto de las colonias por un lado, y el de las metrópolis por el otro. El capital alemán de Unilever se unía al inglés para explotar a África y al holandés para explotar a las Indias Orientales. De tal modo se diseminaron los beneficios así sustraídos en toda la extensión del sistema capitalista, que hasta las naciones capitalistas que no tuvieron colonias se beneficiaron de

ese saqueo. Las fábricas Unilever establecidas en Suiza, Nueva Zelandia y Canadá, y en Estados Unidos, fueron participantes de la expropiación del excedente africano, y lo emplearon para su propio desarrollo.

Alemania siempre estuvo apostada en el África colonial, incluso después de 1918 cuando las otras potencias capitalistas la privaron de sus colonias. La industria naviera alemana revivió en la década de 1920 y participó muy activamente en el África Oriental, Occidental y del Sur. Las empresas financieras alemanas también tenían contactos con África, siendo los más directos los del Banco Twentsche en el África Oriental. Igualmente participaron las compañías marítimas holandesas con las alemanas e inglesas en las "Líneas de Conferencia" del África Occidental, mientras que los empresarios navieros escandinavos tenían la fama de dedicarse a alquilar navíos "vagabundos", que fletaban cargamentos entre África y Europa fuera de las líneas reconocidas. También la East African Trading Company contó con el apoyo del capital danés. Los suizos no tuvieron colonias en África, pero mantuvieron una partida nada despreciable dentro de la scoa, desempeñaron un papel clave en la banca imperialista, y declararon estar al margen de las guerras en que combatieron otros capitalistas para poder comerciar con ambos bandos y así poder seguir adquiriendo más productos coloniales. Después de esta lista sigue el Japón —una potencia capitalista e imperialista con colonias en Asia y con un interés apremiante por participar en el comercio con África. Los capitalistas japoneses intentaron rebasar a los europeos mediante la oferta de los precios más bajos a la venta, pero a pesar de este hecho su comercio con África fue desigual y desventajoso para los africanos.

Para entender plenamente el período colonial es importante concebir lo que fue la "participación económica de África", que a diferencia de la partición política del siglo XIX, no tuvo fronteras fijas o fácilmente delimitables. Consistió la primera en las proporciones en que se repartieron las potencias capitalistas los beneficios monetarios y no monetarios del África colonial. Por ejemplo, Portugal tuvo dos grandes colonias políticas en el sur de África, pero económicamente Mozambique y Angola quedaron repartidos entre varias potencias coloniales que fueron invitadas por el gobierno portugués, ya que los capitalistas portugueses eran muy débiles para manejar aquellos vastos territorios.

El Congo y Sudáfrica tuvieron sus propios arreglos especiales con referencia a su partición económica, dado que ambos territorios tenían un gran valor. Al principio, bajo el rey Leopoldo de

Bélgica al Congo se le designó con el nombre de "Estado libre del Congo". Esto quería decir que se había determinado que quedara como una zona de libre comercio, a la vez que como un área abierta a las inversiones de los capitalistas de todas las nacionalidades. En la práctica, el rey Leopoldo recurrió a varias maniobras administrativas para poder monopolizar la riqueza del Congo, y ésa fue una de las razones principales por las que la comunidad capitalista se movilizó en contra de este gobernante en 1908. Cuando Bélgica tomó las riendas de la administración congoleña, se aseguró también de quedarse con la mayor parte del excedente y de otros beneficios de aquella región. A pesar de esto, los intereses de las demás naciones capitalistas pudieron penetrar mediante la inversión y la participación en la minería; y a medida que siguió avanzando el período colonial, los ingleses, franceses y norteamericanos fueron cortando rebanadas cada vez más grandes del pastel del Congo.

Durante mucho tiempo, Sudáfrica constituyó la reserva de materias primas para el imperialismo en su conjunto. Inglaterra era la potencia que ya se había atrincherado allí durante muchos años, desde las fechas en que se descubrió oro y diamantes en el siglo XIX, en la víspera del "arrebato". Este país había suscrito algunos pactos con los colonos boers, que dependían primordialmente de la tierra y cuyo interés principal era la defensa de la explotación y la dominación de la población africana y de otras poblaciones inmigrantes no blancas. Por esta razón, la partición económica y política de África dio a Inglaterra la tajada del león en la riqueza mineral, mientras los boers retenían el poder político necesario para institucionalizar el racismo blanco. A medida que los capitalistas de otras nacionalidades fueron entablando relaciones con Sudáfrica a través de la inversión y el comercio, esos mismos capitalistas fueron los que aprobaron y acordaron fortalecer las relaciones sociales racistas de Sudáfrica.

La partición y repartición económica de África siguió su marcha sin detenerse un solo instante, porque las proporciones de los botines que se repartían los distintos países capitalistas cambiaban constantemente. Debe hacerse especial mención de Estados Unidos, en este caso, porque su participación de los beneficios de África mantuvo un crecimiento constante durante todo el período colonial.

Con el tiempo Estados Unidos se apropió de fracciones cada vez más grandes del desigual comercio entre las metrópolis y el África colonial. La participación de ese país en el comercio africano ascendió de algo más de 28 millones de dólares en 1913, a

150 millones en 1932, y a 1 200 millones en 1948, que para esa fecha representaba el 15% del comercio exterior de África. En el comercio del África Occidental la participación norteamericana subió a 38 millones de dólares en 1938 y a 163 millones en 1946, y a 517 millones en 1954.

Sin embargo, Sudáfrica era el mayor socio comerciante en África de Estados Unidos, su proveedor de oro, diamantes, manganeso y otros minerales; y a su vez era su comprador de maquinaria pesada. Aparte del comercio directo entre Estados Unidos y Sudáfrica, la mayor parte del oro sudafricano se revendía en Londres a compradores norteamericanos, de la misma manera en que se revendía a Estados Unidos la mayor parte del cacao de la Costa de Oro y de Nigeria.

El comercio intercontinental generó la necesidad de los servicios navieros, y Norteamérica no los dejó en las manos de los capitalistas de otras naciones. James Farrell, gerente de la empresa yanqui Steel Export Company exportadora de acero, compró una línea marítima para África porque "creía en el futuro del continente negro". Los jerarcas de la UAC habían dicho exactamente la misma cosa, y era obvio que como ellos, Farrell se refería al brillante futuro de la explotación capitalista metropolitana de África. La mejor versión de sí mismos las dan estos individuos con sus propias declaraciones. El vicealmirante Cochrane de la Marina norteamericana era un gran admirador de las Líneas Marítimas Farrell. En 1959 escribía lo siguiente, en una introducción a un estudio sobre las operaciones de la empresa Farrell en África:

Leíamos sobre la fuerte competencia internacional para asegurarse la provisión de materiales estratégicos de nuestra economía industrial y militar de la actualidad. Las Líneas Farrell están haciendo historia marítima norteamericana. Están demostrando clara y enfáticamente que los barcos que navegan con la bandera de una nación efectivamente estimulan el comercio de dicha nación [...] se está demostrando el valor que tiene el comercio transoceánico con bandera norteamericana para la salud y la riqueza de los Estados Unidos.

Los capitalistas norteamericanos no se confinaron al mero comercio con África, sino que adquirieron una cantidad considerable de bienes de capital a partir de las colonias. Se sabe perfectamente que Liberia era una colonia norteamericana en todo menos el nombre. El gobierno de Estados Unidos supuestamente ofrecía ayuda al gobierno de Liberia en la forma de préstamos, pero aprovechando la oportunidad de hacerse cargo de los ingresos aduaneros liberianos de saquear millares de kilómetros cuadrados de tierra

liberiana, y en general de manipular al débil gobierno de Liberia. La Firestone Rubber Company tenía asignada la inversión principal en Liberia. La Firestone obtenía ganancias tan cuantiosas con el caucho liberiano que se le escogía como ejemplo para anunciar, en un libro promovido por los capitalistas norteamericanos, lo extraordinariamente bien que florecían los negocios de Estados Unidos en el extranjero. Entre 1940 y 1963 la Firestone sacó de Liberia caucho por un valor de 160 millones de dólares dejando a cambio al gobierno liberiano 8 millones de dólares. En años anteriores a ese período el porcentaje dedicado al gobierno de Liberia era mucho menor, pero aun en su mejor época las ganancias netas de la Firestone llegaron a ser el triple del ingreso de Liberia.

Y a pesar de todo esto los beneficios no monetarios obtenidos por la economía capitalista norteamericana valían mucho más que las ganancias en dinero. El vicealmirante Cochrane, antes citado, tocó con su comentario el aspecto medular del problema al decir que las materias primas eran estratégicas para el funcionamiento de la maquinaria industrial y militar de los imperialistas norteamericanos. La Firestone adquirió las plantaciones liberianas precisamente porque Inglaterra y Holanda habían elevado los precios del caucho provenientes de sus colonias asiáticas, como Malasia y las Indias Orientales holandesas, respectivamente. En Liberia la industria norteamericana del caucho obtuvo así una fuente confiable y segura tanto en tiempos de paz como de guerra —que era además barata y que estaba íntegramente bajo control norteamericano. Una de las conexiones más inmediatas de la industria del caucho eran los automotores, y por ello a nadie sorprende que Henry Firestone fuera un gran amigo y colega de negocios de John Ford. El caucho liberiano transformó al pueblo de Akron en Ohio en un poderoso centro manufacturero de llantas de hule, y dichas llantas se transferían a las industrias aún más colosales de los automóviles Ford en Detroit.

Las inversiones norteamericanas en África durante los últimos 15 años del colonialismo en cierta forma se llevaron a cabo a costa de las potencias coloniales directas, si bien, en última instancia, fueron en interés del capitalismo europeo occidental. Esta situación paradójica se explica si consideramos que Estados Unidos se había convertido ya en la potencia principal del capitalismo/imperialismo en el mundo, para el momento del estallido de la segunda guerra mundial. Poseía las colonias de Puerto Rico y Filipinas, pero todavía mayor importancia revestían sus inversiones en América Latina, seguidas en menor grado por las de Asia

y África. Las inversiones extranjeras estadounidenses en la década de 1930 iban ligeramente más adelante que las de Inglaterra, que dejaba bien atrás al desembolso imperialista de Francia, Alemania y Japón. La guerra de 1939-1945 aceleró tremendamente ese giro de la situación a favor de Estados Unidos.

Mientras Europa sufría pérdidas apabullantes, Estados Unidos, en cuyo suelo no se libró una sola batalla, expandía su capacidad económica. Por lo tanto, después de 1945, el capital norteamericano se movilizó hacia África, Asia y la misma Europa con nuevos bríos de agresividad y confianza, por el hecho simple de que sus otros competidores capitalistas todavía yacían en el suelo. En 1949 no les quedaba otra opción a los banqueros ingleses y franceses que la de invitar a las empresas financieras norteamericanas al continente africano, porque carecían de suficiente capital propio. El Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (controlado por Estados Unidos) se convirtió en un vehículo importante de la influencia norteamericana en África y en uno de los instrumentos de la re-partición económica del continente.

Las investigaciones de Kwame Nkrumah revelan que la inversión privada directa de los norteamericanos en África ascendió de 110 a 789 millones de dólares entre 1945 y 1958, y que la mayor parte se extrajo de ganancias previas. Los cálculos oficiales de las ganancias obtenidas en África por las compañías norteamericanas entre 1946 y 1959 dicen que alcanzan un valor de 1 234 millones de dólares. Al considerar la cuestión de la partición económica, lo que es importante destacar es la *tasa de crecimiento* de las inversiones y ganancias de Estados Unidos en comparación con las tasas de crecimiento de Inglaterra, Francia, Bélgica, etc. Por ejemplo, la inversión norteamericana en 1951 fue de 313 millones de dólares, lo que era tres veces más que la de cinco años atrás; y en los cinco años siguientes a ese año alcanzó dos y media veces el valor de 1951. Entre tanto, las inversiones inglesas y francesas crecían mucho más lentamente.

Sin embargo, a pesar de que Estados Unidos empezaba a rebasar a los colonialistas, todos ellos compartieron los avances de la ciencia, la tecnología, la organización y la potencia militar que se lograron en el interior de la economía capitalista de Norteamérica. Como se señaló antes, cuando una colonia africana enviaba su contribución a las industrias metalúrgicas europeas, tal contribución se difundía a otras esferas de la sociedad porque varios de esos sectores desempeñaban papeles de dirección dentro de la economía capitalista. En forma similar, Estados Unidos fungía como un área geográfica que se ubicaba al frente del desarrollo

capitalista. Su experiencia tecnológica o *know how*, por ejemplo, se transfería a las manos de los europeos occidentales por vía de una serie de mecanismos legales como las patentes.

Además, debido a que Estados Unidos era para entonces el principal Estado capitalista del mundo, tenía también que asumir una activa responsabilidad para mantener los aspectos económico, político y militar de la estructura capitalista imperialista. Después de la guerra, Estados Unidos se movilizó a Europa Occidental y al Japón para, al mismo tiempo, aplicarles una llave estranguladora y transfundirle sangre al capitalismo en aquellas naciones. Y en definitiva, una gran parte de esa sangre fue africana. No era sólo que Norteamérica había obtenido ganancias (relativamente) pequeñas en África durante el siglo XIX y principios del XX, sino fundamentalmente, debe recordarse, Norteamérica era la parte del sistema capitalista europeo que se había beneficiado de manera más directa de la masacre de los indios pieles rojas y del esclavizamiento de los africanos. La continua explotación de los pueblos de África dentro de sus mismos confines y en el Caribe y América Latina también deben traerse como evidencias contra el monstruo imperialista norteamericano. Norteamérica fue un digno sucesor de Inglaterra por su fuerza de director y policía del mundo imperialista/colonialista a partir de 1945.

Bajo el Plan Marshall, con el cual el capitalismo de Estados Unidos ayudaba al capitalismo de Europa Occidental al finalizar la última guerra, se anunció que los expertos norteamericanos estaban explorando África para buscar riquezas agrícolas y minerales —especialmente estas últimas. El subsidio del Plan Marshall (a través de la Comisión Económica para África) se dirigía a compañías como la Mines de Zellidja que extraían plomo y zinc del norte de África, permitiendo simultáneamente a los norteamericanos comprar acciones con ese mismo dinero que controlaran a las compañías. Así, para 1954 la empresa Morgan de Estados Unidos compartía con la Rothschilds de Europa la mayor parte de la ganancia neta de 1 250 millones de francos antiguos (8.16 millones de dólares) que obtuvo la Mines de Zellidja en aquel año. En forma similar el gobierno belga recibió ayuda considerable de Estados Unidos para la implementación de su programa económico decenal en el Congo de 1950 a 1959, y, como premio a la ayuda dejó que se establecieran monopolios norteamericanos que de hecho fueron tomando el control de algunas compañías en ese país. Estados Unidos ocupaba el segundo lugar después de Bélgica en el mercado extranjero del Congo, y se tuvo que ofrecer toda una serie de privilegios a los capitalistas norteamericanos.

Así la paradoja continuó, y a través de ese proceso los capitalistas norteamericanos se metieron y desplazaron a los capitalistas franceses, británicos y belgas del África colonial, mientras al mismo tiempo proveían los fondos sin los cuales las naciones europeas occidentales no hubieran revivido ni hubieran podido aumentar su explotación de África —que fue justamente lo que sucedió en el período de 1945-1960.

Durante las últimas décadas del colonialismo las posesiones coloniales sirvieron al capitalismo como válvula de seguridad en tiempos de crisis. La primera y principal ocasión en que esto se hizo manifiesto fue durante la gran depresión económica de 1929-1934. En este lapso aumentó el trabajo forzado en África y se redujeron los precios a pagar a los africanos por sus cosechas. Se pagó menos a los trabajadores y los precios de los bienes importados se elevaron grandemente. Fue una época en que los trabajadores de los países metropolitanos también sufrieron considerablemente, pero los colonialistas hicieron todo lo posible por transferir el fardo de la depresión lejos de Europa y hacia las colonias.

La gran depresión económica no afectó a la Unión Soviética, donde el socialismo impulsaba un gran desarrollo; pero el hundimiento se extendió de un lado a otro del sistema capitalista. Era el resultado de la irracionalidad del modo de producción capitalista. La búsqueda de la ganancia forzaba la producción lejos de la capacidad de la población de comprarla, y en última instancia tanto la producción como el empleo tuvieron que reducirse drásticamente. Los africanos nada tenían que ver con las deficiencias intrínsecas del capitalismo, no obstante, cuando los europeos se vieron en aprietos, no tuvieron escrúpulos para aumentar la explotación de África. La depresión económica no era el tipo de situación en la cual Inglaterra se pudiera beneficiar a costa de Suecia, o en la que Bélgica pudiera obtener ganancias a costa de Estados Unidos. Todos se estaban ahogando, y fue por eso que los beneficios obtenidos de las colonias sacaron a flote no sólo a las potencias coloniales sino a todas las naciones capitalistas.

La segunda ocasión principal en que las colonias tuvieron que rescatar a las metrópolis fue durante la segunda guerra mundial. Como se notó anteriormente, se exigieron grandes sacrificios a los pueblos de África para proveer a las metrópolis de materias primas a bajo costo. También la importancia militar de África fue decisiva. No sólo lucharon y murieron los africanos en varios campos de batalla de aquella guerra, sino que el continente en su conjunto tuvo una posición estratégica clave. En noviembre de 1942 se abrió un tercer frente en África (siguiendo a los frentes de Europa y de

Asia) y ese frente habría de ser el medio para la victoria final.

Un accidente de la geografía hizo que África controlara las comunicaciones a lo largo del Mediterráneo y el Atlántico del Sur, y que rigiera las dos entradas de occidente al Océano Índico. Un analista militar destacó este hecho: "La parte que controle África estará próxima a la victoria final." Con la ayuda de los combatientes y recursos de África, las potencias coloniales principales mantuvieron el control del continente frente a los ataques de los italianos, que sólo retuvieron en su poder a Libia, a Somalia y (por corto tiempo) a Etiopía. Los alemanes, desde luego, para entonces no tenían ya colonias en África, y tuvieron que conformarse con lo que les ofrecieran los italianos y los fascistas franceses de Vichy.

A diferencia de la primera guerra mundial, la segunda no fue simplemente una conflagración entre potencias capitalistas. Los estados agresores de Italia, Alemania y Japón eran fascistas. Los gobiernos de Portugal, España y Sudáfrica también se suscribían a esa ideología, pero por razones oportunistas tanto los portugueses como los boers sudafricanos encontraron más adecuado aliarse con Inglaterra, Francia y Estados Unidos y con las demás democracias burguesas.

El fascismo es una deformidad del capitalismo. Lleva a su máximo esa tendencia imperialista dirigida a la dominación que es inherente del capitalismo, y salvaguarda el principio de la propiedad privada. A la vez fortalece inconmensurablemente la institucionalización del racismo, generado igualmente en el capitalismo, ya contra los judíos (como en el caso de Hitler) o contra los pueblos africanos (como en el caso de la ideología de Salazar en Portugal y de los gobernantes de Sudáfrica). El fascismo echa para atrás las conquistas políticas del sistema democrático burgués como las elecciones libres, la igualdad frente a la ley, los parlamentos, etc., y exalta también el autoritarismo y la unión reaccionaria de la Iglesia y el Estado. En Portugal y en España fue la Iglesia Católica —en Sudáfrica, la Iglesia Holandesa Reformada.

Como su progenitor el capitalismo, el fascismo se opone totalmente al socialismo. La Alemania y la Italia fascistas atacaron ambas al único país socialista del mundo en 1939. La derrota del fascismo fue por lo tanto una victoria del socialismo, que simultáneamente evitó que otras naciones capitalistas dieran el paso histórico retrógrado hacia el fascismo.

Cuando terminó la guerra mundial, el papel de África pasó a ser entonces el de reconstruir a Europa. Si bien Estados Unidos

tuvo una participación primordial en aquella crisis, como se acaba de mencionar, las naciones colonizadoras contaron también con el recurso directo de sus colonias, a pesar de la carencia de capital. Resalta el hecho de que el capitalismo europeo de finales de la década de 1940 y en adelante, reconociera el potencial de África como el salvador de sus propias economías laceradas por la guerra, y de cómo hizo declaraciones abiertas sobre tal efecto.

Fue en 1946 que el Ministerio de Colonias se rebautizó con el nombre de Ministerio de la Francia de Ultramar y en que se empezó a llamar a los africanos colonizados con el eufemismo de "franceses de ultramar". Para aquellas fechas una declaración del Ministerio de Educación francés admitía francamente que:

Francia sería un pequeño Estado de Europa sin sus setenta y cinco millones de franceses de ultramar cuya fuerza joven se ha revelado al mundo de una manera tan notable. (Refiriéndose al papel de África en la guerra.)

Poco tiempo después, mientras Francia preparaba su plan cuadri-anual para 1949-1952 se podían leer declaraciones como la siguiente:

Marruecos tendrá una parte activa en la recuperación de Francia al aprovisionarla de manganeso, cobalto y plomo, bienes enlatados y productos agrícolas.

A fines de la última guerra, tanto Inglaterra como Francia establecieron agencias para el "desarrollo" en sus colonias. En el medio británico se conocían como "Colonial Development and Welfare" (CD&W), en tanto en Francia el fondo se abreviaba con la sigla de FIDES. La función principal de estas agencias era la de proveer empréstitos con el propósito de ayudar a las colonias a ayudar a las metrópolis. En otras palabras, la crisis de la reconstrucción de posguerra impuso que se hiciera un esfuerzo aún mayor para "maximizar" los recursos de las colonias.

La crisis de posguerra que envolvió a Europa Occidental durante las décadas de 1940 y 1950 no fue nada ordinaria. La burguesía tenía que reconstruir los estados capitalistas en un momento en que el socialismo había demostrado su vigencia en la Unión Soviética y en un período en que el Ejército Rojo de los soviets había ayudado a los distintos grupos de socialistas a llegar al poder en Europa Oriental. Esto representaba el desafío más grande que jamás hubiera enfrentado la burguesía porque (a diferencia del fascismo) el socialismo ponía en jaque el fundamento

mismo del capitalismo, la propiedad privada de los medios de producción. Además, los principios socialistas estaban haciendo sentir su presencia hasta en los rincones más remotos de las colonias, y los capitalistas cobraron viva conciencia de la necesidad de apartar a los pueblos colonizados del pensamiento socialista, e incluso de utilizar los mismos recursos coloniales para mantener lejos "la amenaza del comunismo".

En la pugna del capitalismo por contener la amenaza del socialismo como modo de producción y forma de vida, con el que empezaba a entrar en competencia, África desempeñó dos funciones clave —una, la de proporcionar las bases a los militaristas del capitalismo, y la otra, la de proveer a los capitalistas de toda una gama de materias primas esenciales para las industrias modernas de armamentos. La más vital de estas materias primas fue el uranio, y otras sustancias radioactivas necesarias para construir las bombas atómicas y después las nucleares, incluyendo la bomba de hidrógeno. Casi rivales del uranio en importancia fueron ciertos minerales raros (como el litio de Rhodesia), también esenciales para la manufactura de aceros especiales que se emplearían en la construcción de nuevos cohetes autopropulsados, tanques de guerra, bombas y muchos otros artefactos.

Las potencias coloniales tenían ya instalaciones militares y bases pequeñas en cada colonia, que justamente hacia el final de la era colonial se juzgó necesario reforzar. Por ejemplo en 1955 en la votación por el presupuesto francés se incluyó una cláusula especial para asignar 6 billones de francos (16.8 millones de dólares) al mejoramiento de las instalaciones militares en las colonias, y muy particularmente las de las bases estratégicas de Dakar y Djibuti. Poco tiempo antes, los belgas habían concluido la construcción de una enorme base aérea cerca de Kamina en el Congo.

Como refuerzo para sus bases regulares establecidas por largo tiempo en las colonias, las potencias imperialistas durante la guerra, tuvieron la oportunidad de instalar nuevas bases en los territorios africanos que fueron cayendo en sus manos. En este contexto, Estados Unidos destacó especialmente pues ya era para entonces el principal bastión del sistema de defensa del capitalismo, conocido como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Por ello, tras ayudar a la recaptura del norte de África del poder de los fascistas, Norteamérica pudo construir bases principales en Marruecos y en Libia. En la Eritrea italiana los norteamericanos se aprestaron a instalar modernas estaciones de radar; y Etiopía les concedió bases militares.

Aunque nominalmente independiente, Liberia no tuvo más opción que la de aceptar la presencia masiva de tropas norteamericanas, como consecuencia lógica de la explotación y dominación norteamericana en ese país. Cuando en 1943 los norteamericanos acordaron construir un puerto en Monrovia obtuvieron a un tiempo la concesión de que Estados Unidos se reservaba "el derecho de establecer, utilizar, mantener y controlar las instalaciones navales, aéreas y militares en el área del puerto y en sus alrededores circunvecinos, en la forma que fuera deseable para la protección de los intereses norteamericanos en el sur del Atlántico". A lo largo de la guerra, el aeropuerto Robertsfield de Liberia se empleó considerablemente, y continuó empleándose después para objetivos militares. Para un mayor control, los norteamericanos introdujeron lo que se llamó el Pacto de Asistencia Militar con Liberia en 1951.

Casi es innecesario mencionar que en la década de 1950 —fecha para la cual la mayoría de los africanos eran todavía súbditos coloniales—, no tenían el menor control sobre la utilización de su suelo para fines militares. Prácticamente todo el norte de África se había transformado en esfera de operaciones de la OTAN, con bases instaladas apuntando a la Unión Soviética. Fácilmente se podría haber desatado una conflagración nuclear sin que los pueblos de África tuvieran el menor conocimiento sobre el asunto. Las potencias coloniales, de hecho, mantuvieron acuerdos y conferencias con motivos militares desde principios de la década del cincuenta, en sitios como Dakar y Nairobi, a donde invitaron a los blancos de Sudáfrica y de Rhodesia y al gobierno de Estados Unidos. Una y otra vez las evidencias nos señalan que esta cínica manipulación de África tenía el objeto de sostener económica y militarmente al capitalismo, y por lo tanto de obligar a África a contribuir a su propia explotación.

Aparte de haber salvado al capitalismo en tiempos de crisis, las dependencias coloniales siempre habían estado prolongando la vida del sistema al reducir la gravedad de las contradicciones internas encarnadas en el capitalismo. La contradicción principal en el seno del capitalismo fue la que se planteó entre los capitalistas y los trabajadores. Los capitalistas se veían impelidos a elevar constantemente la tasa de explotación de los trabajadores para mantener el sistema andando. Al mismo tiempo, los trabajadores (europeos) iban aumentando su experiencia en el manejo de los medios de producción en las fábricas y en las minas y aprendían a trabajar dentro de colectividades como las de las grandes empresas y también dentro de sus propias organizaciones sindicales. Al continuar la burguesía despojándolos de la mayor parte de los fru-

tos de su trabajo y oprimiéndolos social y políticamente, ambas clases se fueron acercando cada vez más a la colisión. Y ya desde mediados del siglo XIX Marx predijo que tal choque vendría en la forma de una revolución que llevaría a los trabajadores a la victoria. Los capitalistas siempre mostraron un intenso temor ante tal posibilidad, pues todavía tenían muy vivo el recuerdo de cómo ellos mismos habían arrebatado el poder a la clase de los señores feudales mediante la Revolución. Sin embargo, el imperialismo introdujo un nuevo factor dentro de esta situación —factor que habría de demorar la confrontación entre los trabajadores y capitalistas en las metrópolis.

Sólo en Rusia llegó la revolución de los trabajadores, y, de hecho, Rusia era una nación en las márgenes de Europa más que uno de sus centros metropolitanos. Esa misma situación esclarecía y reforzaba la idea de hasta qué grado el capitalismo se había estabilizado en países como Inglaterra, Francia y Alemania, mediante la explotación de las colonias y de otras semicolonias, como los estados de América Latina, que eran independientes sólo de nombre.

El excedente de África se utilizó parcialmente para otorgar unos cuantos magros beneficios a los trabajadores europeos y sirvió así para sobornarlos y sofocar sus ímpetus revolucionarios. El soborno tomó la forma de aumentos de salarios, de mejores condiciones de trabajo, de expansión de los servicios sociales. Los beneficios del colonialismo se difundieron por toda Europa penetrando en todas sus capas sociales de diversas formas. La generalidad de las empresas capitalistas empezaron a ofrecer al consumidor bienes producidos en forma masiva y a bajo precio, y ello sirvió para aliviar en cierta medida la economía doméstica del ama de casa europea. Por ejemplo, al introducirse el café instantáneo, esta bebida quedó al alcance del trabajador común. Entre tanto, los capitalistas aseguraban sus nuevas fortunas haciendo lo necesario para certificar que los campesinos de Costa de Marfil y de Colombia no subieran sus precios. De esta manera, el colonialismo estaba sirviendo a todas las clases y sectores de Europa Occidental y de otras metrópolis capitalistas.

Los trabajadores europeos han tenido que pagar un alto precio por los escasos beneficios materiales que les cayeron como migajas desde la mesa colonial. La clase en el poder ha mantenido el control de la divulgación y diseminación de la información. Así los capitalistas se dedicaron a distorsionar la información y la educación de los trabajadores de las metrópolis a un grado tal que llegaron al punto de convertirlos en sus aliados de la explo-

tación colonial. Al aceptar ser guiados como borregos, los trabajadores europeos estaban perpetuando su propio esclavizamiento por los capitalistas. Cesaron de aspirar a la toma del poder político y se conformaron con regatear por pequeños aumentos de salarios, que con frecuencia se iban cancelando con el creciente costo de la vida. Dejaron de ser creativos y permitieron que los deslumbrara la decadencia de la cultura burguesa. Interrumpieron el ejercicio de su propio arbitrio y así terminaron haciendo carnicerías no sólo con los pueblos coloniales sino entre ellos mismos.

El fascismo fue un monstruo, vástago de padres capitalistas. Vino a la vida como el resultado de siglos de bestialidad capitalista, de explotación, de dominación y de racismo —que se habían practicado fuera de Europa. Fue por ello muy significativo que muchos colonos y administradores coloniales blancos mostraran francas tendencias al fascismo. El *apartheid* en Sudáfrica no es otra cosa que fascismo; empezó a sentar sus bases desde el mismo momento en que se inició la colonización blanca en el siglo XVII, y particularmente cuando la industria minera introdujo plenamente a Sudáfrica a la órbita del capitalismo, en el siglo XIX. Otro ejemplo del potencial fascista del colonialismo se descubre cuando la Alemania nazi invadió Francia en 1940, donde los fascistas franceses colaboraron con Hitler para establecer el llamado régimen de Vichy en la propia Francia, y donde se hizo igualmente manifiesto el apoyo de los colonos blancos del África francesa al régimen de Vichy. Y un ejemplo impresionante de este mismo efecto fue la aparición de la ideología fascista de los colonos blancos de Argelia, que no solamente se opusieron a la independencia de Argelia con un gobierno argelino, sino intentaron también derribar a los gobiernos más liberales o progresistas de Francia.

Dentro de la misma Europa se pueden encontrar algunas conexiones muy reveladoras entre el comportamiento de los colonialistas y la destrucción de las escasas contribuciones que hizo el capitalismo al desarrollo humano. Citemos por ejemplo, cómo a su retorno de África Oriental el coronel Von Lettow, que dirigía las fuerzas alemanas, fue promovido al cargo de general del ejército alemán; y cómo este mismo individuo fue el que dirigió la matanza de los comunistas alemanes en Hamburgo en 1918. Aquella fue una encrucijada decisiva de la historia alemana, pues una vez que los trabajadores progresistas fueron aplastados, quedó la vía libre para la deformación fascista del futuro. También la clase gobernante alemana, al suprimir brutalmente el movimiento Maji Maji de Tangañica, y al dirigir su campaña genocida contra los pueblos herero de Namibia (África del Sudoeste), adquirió la

experiencia que más tarde habría de aplicar contra los judíos y contra los trabajadores de otros sectores progresistas de Alemania. La dictadura fascista que se instauró en Portugal en 1926, también se inspiró en su pasado colonial. Al asumir el mando de la dictadura, en el año de 1932, Salazar declaraba que “los pueblos inferiores” sustentarían con su trabajo al “nuevo estado”, refiriéndose desde luego a los africanos. Por añadidura, también el terror policiaco, la pobreza y la deshumanización se dirigieron a los trabajadores y campesinos portugueses, y así pagaron un alto precio (y todavía lo pagan) por el fascismo en casa y el colonialismo en el extranjero.*

El colonialismo fortaleció no sólo a las clases gobernantes de Europa Occidental sino al capitalismo en su conjunto. Particularmente en sus últimas fases se hizo evidente cómo infundía un nuevo hálito de vida al modo de producción, que de otra manera se encontraría moribundo. Desde cualquier punto de vista (que no fuera el de la minoritaria clase capitalista) el colonialismo fue una institución monstruosa dedicada a retrasar la liberación del hombre.

BREVE GUÍA DE LECTURA

Aquí, de nuevo, pocos académicos han estudiado al capitalismo y al imperialismo como un sistema global dedicado a la transferencia del excedente y de otros beneficios de las colonias a las metrópolis; y cuando llega a existir una conciencia de la unidad del sistema, generalmente no la sigue un análisis detallado. En efecto, el lector queda de frente con las restricciones de la concepción metropolitana. Así, los marxistas europeos y norteamericanos blancos que han expuesto la naturaleza rapaz del capitalismo moderno no lo han integrado básicamente con la explotación de África, Asia y América Latina —excepto cuando se refieren al período más reciente del neocolonialismo.

G. Padmore, *Africa. How Britain rules Africa*.

K. Nkrumah, *Neocolonialismo, última etapa del imperialismo*, México, Siglo XXI, 1966.

W. A. Hunton, *Decision in Africa*.

Los intelectuales panafricanistas participantes en la vida política de África han sido los que con mayor furor han señalado la contribución de África a Europa, como por ejemplo los tres anteriores.

Grover Clark, *The balance sheet of colonialism*.

* El gobierno fascista de Salazar fue derribado en 1975 [r.]

D. K. Fieldhouse, *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*, México, Siglo XXI, 1979.

Estos dos textos declaran que el colonialismo no fue esencialmente económico, y que los colonizadores no obtuvieron ganancias. El segundo es reciente, y esta posición todavía se defiende vivamente.

URSS, Instituto de Historia, *A history of Africa 1918-1967*.

P. Jalée, *The pillage of the Third World*.

Estos textos (marxistas) sobre África y el sector explotado del mundo capitalista hacen referencia al hecho de que las metrópolis extrajeron excedentes coloniales colosales.

6. EL COLONIALISMO COMO UN SISTEMA PARA SUBDESARROLLAR ÁFRICA

El hombre negro sin duda tiene que pagar caro para llevar la carga del hombre blanco...

GEORGE PADMORE

(Caribe) *Panafricanista*, 1936

En la sociedad colonial la educación está destinada a servir al colonialista... En el régimen esclavista la educación no fue otra cosa que una institución formadora de esclavos.

Declaración del FRELIMO (Frente para la Liberación de Mozambique) Departamento de Educación y Cultura, 1968.

6.1 LOS SUPUESTOS BENEFICIOS DEL COLONIALISMO EN ÁFRICA

a] *Los servicios socioeconómicos*

Frente a la evidencia de la explotación europea muchos ideólogos burgueses reconocen al menos parcialmente que el sistema colonial tuvo éxito en lo concerniente a los intereses de las metrópolis. Sin embargo, inmediatamente agregan que es imprescindible dilucidar otra interrogante, la de cuánto hicieron los europeos por los africanos, y proponen hacer "balance del colonialismo". En el balance anotan los "haber" y los "débitos" del colonialismo, y muy a menudo concluyen que lo bueno pesa más que lo malo. Aunque esta conclusión puede rebatirse fácilmente, es preciso señalar que esa manera de razonar es en principio desorientadora. Tiene, sin duda, un cierto valor de persuasión sentimental: se conforma al sentir general de que "al fin y al cabo todas las cosas tienen dos caras". Con tal argumento se pretende que si bien fue cierto que hubo opresión y explotación, igualmente cierto sería que los gobiernos coloniales hicieron mucho en favor de los africanos y que contribuyeron al desarrollo de África. Sostenemos aquí que esto es enteramente falso. El colonialismo tuvo una sola mano: la del bandido armado.

¿Qué hicieron los gobiernos coloniales en interés de los africanos? Supuestamente construyeron vías férreas, escuelas, hospitales y otras obras similares. Pero la suma total de todos esos servicios fue sorprendentemente baja.

Durante los tres primeros decenios del colonialismo apenas si se llegó a construir algo que pudiera llamarse, aun de lejos, un servicio para los africanos. De hecho fue hasta después de la última guerra que, como medida política, se comenzaron a realizar obras de carácter social. Prácticamente no es necesario dar ejemplos que ilustren lo poco o nada que se hizo. Después de todo, las mismas estadísticas que describen el subdesarrollo actual de África son simultáneamente indicadoras de la situación que reinaba al final del colonialismo. Para tal caso, las cifras que se refieren a la salud, la educación y la vivienda apenas concluida la primera década de independencia africana, son a menudo varias veces más altas que las cifras que heredaron los gobiernos recién emancipados. Sería por lo tanto el fraude más evidente querer poner en un plato de la balanza los mezquinos servicios sociales que prestó el colonialismo y en el otro la explotación, para después concluir que lo bueno pesaba más que lo malo.

En Europa el capitalismo sí llegó a otorgar beneficios sociales a los trabajadores, inicialmente como un subproducto de servicios destinados para la burguesía y la clase media; y más tarde como parte de una política deliberada. En África no ocurrió nada que pudiera considerarse ni remotamente comparable. En 1934, mucho antes del advenimiento en Inglaterra del Seguro de Asistencia Pública, el gasto en el sector social en las islas británicas ya alcanzaba cifras de 6 libras esterlinas con 15 chelines por persona. En Ghana la cifra correspondiente era de 7 chelines con cuatro peniques por persona, y eso ya era alto al compararlo con otras colonias. En Nigeria y Nyasalandia el gasto era de menos de un chelín con 9 peniques por persona. Ninguna de las otras potencias coloniales actuaba mejor; de hecho algunas lo hacían mucho peor.

Los portugueses se destacaron porque fueron los que más alardearon y los que menos hicieron. Portugal se jactaba de que durante los quinientos años que duró su dominio sobre Angola, Guinea y Mozambique, aprovechó para emprender una "misión civilizadora". Al cabo de quinientos años de haber encarado tan estoicamente la responsabilidad de "civilizar a los nativos africanos", los portugueses no habían capacitado un solo médico africano en Mozambique, y el promedio de vida en Angola oriental era de menos de 30 años. En cuanto a Guinea-Bissau, los propios portugueses nos dan una idea de la situación que imperaba cuando reconocen que "a Guinea la descuidaron más que a Angola y a Mozambique".

Aún más, los escasos servicios sociales que llegó a haber en

África durante el régimen colonial se distribuyeron de un modo que no era otra cosa que el reflejo del mismo modelo de dominación y explotación. En primer término, los colonos e inmigrantes blancos aspiraban a alcanzar los niveles de vida de la burguesía y las clases profesionales de las metrópolis. Su determinación de gozar de todos los privilegios en África se exacerbaba también porque muchos de ellos provenían de estratos de pobreza en Europa, donde no podían aspirar a tales beneficios. Baste recordar que en colonias como Argelia, Kenia y Sudáfrica los blancos crearon una estructura que les permitió gozar de una vida cómoda y placentera. Estaremos de acuerdo entonces en que el conjunto de los beneficios sociales que se otorgaron en cualesquiera de estas colonias no es en forma alguna un indicador de lo que los africanos recibieron del colonialismo.

En Argelia la cifra de mortalidad infantil era de 39 por mil nacidos vivos entre los colonos blancos; pero saltaba a 170 por cada mil nacimientos entre los argelinos de los pueblos. En la práctica esto significaba que la totalidad de los servicios médicos, materno-infantiles y sanitarios estaban destinados a asegurar el bienestar de los colonos. Igualmente en Sudáfrica, todas las estadísticas sociales, si han de interpretarse correctamente, tienen que dividirse al menos en dos grupos: estadísticas de blancos y estadísticas de negros. En el África Oriental británica había tres grupos: primero los europeos, que se llevaban siempre la tajada mayor; después los hindúes, que se llevaban la mayor parte de lo que quedaba; y al final los africanos, que eran siempre los últimos en su propio país.

También en países predominantemente negros, la mayor parte de los servicios sociales estaban destinados a los blancos. La zona sur de Nigeria fue una de las regiones coloniales que supuestamente más se beneficiaron de manos de una generosa "madre patria". En Ibadán, una de las ciudades africanas de mayor densidad de población, sólo vivían unos cincuenta europeos antes de la última guerra. Para esos pocos elegidos el gobierno colonial británico mantenía un hospital segregado de once camas en un área acomodada. Por otro lado, había 34 camas para medio millón de negros. Esta situación se repetía en otras zonas, de modo tal que los 4 000 europeos que vivieron en ese país hacia la década de 1930 contaban con doce hospitales modernos, mientras la población africana de no menos de 40 millones sólo tenía 52 hospitales.

La siniestra parcialidad del sistema colonial en cuanto a la prestación de servicios sociales se revela de modo dramático en las

actividades económicas que generaban utilidades inmensas, en particular en la industria minera. La minería cobra muchas víctimas entre los trabajadores, y ha sido apenas hasta los últimos años que los mineros de las metrópolis han tenido acceso a servicios médicos y de seguridad laboral destinados a proteger su vida y su salud. En el África colonial se explotó a los mineros de un modo absolutamente irresponsable. En 1930 aparecieron brotes de escorbuto y otras epidemias en los lavaderos de oro de Lupa, en Tanganyika. Murieron miles de trabajadores. No es de extrañar que no contasen con los medios que hubieran salvado muchas vidas, ya que en primer lugar el salario no les permitía ni alimentarse bien.

La situación de la clase trabajadora en Sudáfrica era penosa. La Comisión sobre la Tuberculosis en 1912 informaba que en los barrios pobres:

Casi no existe familia en la que al menos un miembro no esté enfermo o muriendo de tuberculosis. La insuficiencia de los servicios hospitalarios es tal que a los enfermos incurables de tuberculosis y otros males simplemente se les despacha a morir en sus casas y a diseminar las infecciones. Existen zonas en las que hay un médico para atender a 40 000 personas. Los nativos deben pagar por la atención médica. No hay nada estipulado para ayudar a los pacientes pobres. Alrededor del 65% de los niños nativos mueren antes de cumplir dos años.

Esto sucedía en 1912, cuando ya se habían construido los cimientos del imperio sudafricano del oro y del diamante. A partir de entonces se multiplicaron los barrios miserables, se agravaron las condiciones de los suburbios, y el gobierno se entregó a la deleznable política del *apartheid*, que consistía en separar a las razas para explotar mejor a los africanos.

Muchos africanos se fueron a las ciudades porque (malas como eran), les ofrecían más que el campo. Los servicios sanitarios, la electricidad, el agua entubada, los caminos pavimentados, los servicios médicos y escuelas fueron tan ajenos a la mayor parte del África rural tanto al principio como al final del período colonial. Sin embargo, era el campo el que producía los cultivos comerciales y el que suministraba la mano de obra que hacía marchar al sistema. Los campesinos conocieron muy poco de los "aportes" que se anotan en la hoja de balance colonial.

Puesto que los precarios servicios sociales tenían como único objeto facilitar la explotación, sólo podían usarlos los africanos que trabajaban directamente en la producción del excedente que se exportaba a las metrópolis. Es decir, no se podía asignar ni la más pequeña porción de la riqueza generada por los trabajadores ex-

plotados para socorrer a sus hermanos que se encontraban fuera de la economía monetaria.

Múltiples son los ejemplos que apoyan este planteamiento. Las colonias más "ricas" recibieron los mayores beneficios sociales bajo el colonialismo. Así, las compañías Rand en Sudáfrica y Katanga en el Congo tuvieron que proveer a sus clases trabajadoras relativamente numerosas. Durante muchos años las desatendieron completamente hasta que finalmente, iluminados por sus propios intereses, se dieron cuenta de que podían obtener más del trabajador africano manteniéndolo en buenas condiciones de salud e incluso adiestrándolo en ciertas áreas de la industria. Fue esta misma forma de razonar la que indujo también anteriormente a los capitalistas en Europa a mostrarse más flexibles, y aun a permitir que una fracción de la producción de los trabajadores se asignara a su propia seguridad y bienestar.

En los países africanos dedicados básicamente a los cultivos comerciales la situación era similar ya que también en ellos se observó esa tendencia a que el suministro de los servicios socioeconómicos fuera más baja en las colonias o zonas de menor producción exportable. A ello se debe que se considerase que los africanos de la Costa de Oro, Uganda y Nigeria vivían en mejores condiciones que los de Dhomey, Tanganyika y Chad. Dentro de cada país existían notables diferencias regionales, que dependían del grado de integración de las distintas zonas a la economía monetaria capitalista. Es así como la zona ubicada al norte de Kenia y al sur del Sudán, que tenía poco que ofrecer a los colonialistas, fue simplemente ignorada por el poder colonial en todo lo que se refiriera a la construcción de caminos, escuelas, hospitales, etc. En el nivel del distrito colonial, a menudo la discriminación en el suministro de los servicios sociales se basaba en la capacidad de cada distrito de producir artículos o utilidades exportables. Las plantaciones o compañías que llegaron a construir hospitales para sus trabajadores lo hicieron porque ese mínimo de atención a su salud representaba una buena inversión. En general estos hospitales o centros de salud eran accesibles exclusivamente a los trabajadores de una rama específica del interés capitalista. Se ignoraba por completo al resto de los africanos en torno, cuya única opción era sobrevivir, en condiciones de "subsistencia" fuera de la economía monetaria.

En la Declaración de Arusha se expresa, categórica y simplemente una de las verdades más profundas de la experiencia colonial en África:

Demasiado se nos ha oprimido, demasiado se nos ha explotado, demasiado se nos ha desconsiderado y desatendido.

La combinación de opresión, explotación y desatención la ilustra muy bien el diseño de la infraestructura económica de las colonias africanas, en particular el de sus caminos y vías férreas. Ambos tuvieron una clara distribución geográfica que definía únicamente la necesidad de abrir determinadas regiones a las operaciones de importación y exportación. Donde no había producción exportable, no se tendían vías férreas ni caminos. Con una sola excepción: la construcción de caminos y vías férreas para el traslado de tropas a fin de facilitar la empresa de conquista y dominación. Durante el período colonial no se construyeron los caminos para que los africanos pudiesen visitar a sus amistades, ni, lo que es más grave, para favorecer el desarrollo del comercio interno de mercancías africanas. No había caminos que comunicasen el interior de las distintas colonias o las distintas zonas coloniales entre sí de manera que respondieran a las necesidades y el desarrollo de África. Todos los caminos y vías férreas llevaban al mar. Se tendieron para extraer el oro, el manganeso, el café y el algodón. Se instalaron para que pudiesen hacer sus negocios las compañías madereras, las empresas mercantiles, las concesionarias agrícolas, y para satisfacer las necesidades de los colonos blancos. Cuando llegó a haber algún servicio que cubriera las necesidades de los africanos fue una mera coincidencia. Sin embargo debe recalarse que fue el trabajo, y no el capital, el que aportó la tajada del león en la empresa de edificar África. Con un mínimo de inversión de capital los gobiernos coloniales podían movilizar a miles y miles de trabajadores. Pero los salarios se pagaban a los funcionarios y oficiales de la policía, y el trabajo cobró vida como producto de la ley colonial, de la amenaza y del ejercicio de la fuerza. Tomemos por ejemplo la construcción de vías férreas. En Europa y en América la empresa requería inmensos insumos de capital. Se producían balances muy elevados de salarios durante su construcción, y además se pagaba a los trabajadores bonificaciones adicionales para acelerar las obras. En la mayor parte del África colonial los europeos sólo ofrecieron latigazos a los africanos por construir las vías férreas a manera de salario de base, y más latigazos para trabajadores extraordinarios.

Previamente se hizo mención del alto costo (en vidas de africanos) que representó la construcción de la vía de ferrocarril en el Congo "francés" desde Brazzaville hasta Pointe Noire. Las condiciones eran intolerables debido en gran parte a que no se contaba

con capital en la forma del equipo necesario. Por consiguiente, la mano de obra sin más tuvo que suplir a la maquinaria de excavación, a las grúas, etc. Algo similar ocurrió con la construcción del aeropuerto de Embakasi en Nairobi. Se suele dar crédito de la construcción de este aeropuerto a los imperialistas, puesto que se construyó durante la época colonial (a partir de 1953) con empréstitos de Estados Unidos. Pero sería mucho más preciso y concreto decir que lo construyó el pueblo de Kenia con sus propias manos bajo vigilancia europea.

El aeropuerto de Embakasi, que se extendía en un principio sobre una superficie de 18 km², y que tenía cuatro pistas de aterrizaje, se ha descrito como "el primer aeropuerto internacional hecho a mano". Varios miles de personas, sospechosas de pertenecer al movimiento Mau Mau, fueron llevadas allí y se podía verlos "dedicados a trabajar bajo vigilancia armada, cavando un millón de toneladas de tierra, rellenando cráteres y tendiendo medio millón de toneladas de piedras, sin otro apercibo que palas, martillos de piedra y sus propias manos". Las instituciones financieras del África colonial pasaron por alto los intereses de los africanos con más desvergüenza aún que el sistema de comunicaciones. Localmente, los bancos otorgaron muy pocos préstamos. En el África Oriental británica el Estatuto (de Restricción) del Crédito a los Nativos en 1931 desalentaba expresamente la concesión de créditos a los africanos. Las compañías de seguros sirvieron casi exclusivamente al interés de los colonos blancos y de las firmas capitalistas. También puede citarse la política de mantener reservas coloniales en monedas metropolitanas como ejemplo de un "servicio" hostil a los intereses africanos. Las Comisiones de Moneda y los Bancos Centrales que prestaban tales servicios impedían a los africanos el acceso a sus propios fondos generados en la exportación. En contraste, *las reservas coloniales de Inglaterra, Francia y Bélgica se constituyeron en empréstitos e inversiones de capital africano en Europa.*

Es necesario hacer una nueva evaluación de esa idea tan glorificada de que fue "capital europeo" el que se invirtió en el África y el Asia coloniales. El dinero disponible para inversión en el sistema capitalista era en sí una consecuencia de los robos anteriores perpetrados a los obreros y campesinos de Europa y del mundo en general. En el caso de África, el capital invertido en el comercio del siglo XIX fue en parte capital que se generó en el comercio de esclavos. El gobierno portugués fue, en Europa, el primero en embarcar a cautivos de África y el último en abandonar el comercio de esclavos. Aunque posteriormente gran parte

de las ganancias se fueron escurriendo de manos de los portugueses hacia Alemania e Inglaterra, ello no obstó para que el comercio esclavista portugués ayudara a los propios portugueses a financiar empresas coloniales posteriores, entre ellas su participación conjunta como socios capitalistas en las compañías agrícolas y mineras de Angola y Mozambique.

Como ya se indicó, muchos empresarios de los grandes puertos europeos que se dedicaron a la importación de productos agrícolas de África se habían dedicado anteriormente a la trata de esclavos. Lo mismo puede decirse de numerosas empresas de Nueva Inglaterra en el hoy norte de los Estados Unidos. Algunos de los "grandes nombres" de la época colonial corresponden a empresas capitalistas cuyo capital inicial se formó en el comercio con esclavos o en la propia esclavitud. A esta categoría pertenece la casa Lloyd's, la gran empresa de seguros y banca que se alimentó con las ganancias de los territorios de esclavos del Caribe en los siglos xvii y xviii, y el omnipresente Barclay's Bank, que tiene sus raíces en el comercio esclavista. Worms et Compagnie es otro ejemplo francés del mismo fenómeno: en el siglo xviii tuvo estrechos vínculos con el comercio francés de esclavos y llegó a ser una de las compañías más poderosas del imperio francés en África y Asia, particularmente en Madagascar y en el Océano Índico.

El caso de la Unilever y la UAC, mencionado en el capítulo anterior, es otra prueba de que el capital con que se explotó a África provino del trabajo de los africanos. Al apoderarse la Lever Bros. de la Compañía del Níger en 1929, se convirtió en la heredera de uno de los explotadores más notables del siglo xix en África. La Compañía del Níger fue un consorcio que gozó de amplios poderes gubernamentales y policiales, de 1885 a 1897. En ese período la compañía explotó sin piedad a los nigerianos.* La Compañía del Níger era un monopolio que se formó a base de comprar empresas más pequeñas cuyo capital se había originado en el comercio de esclavos. Del mismo modo, cuando surgió la UAC de la fusión de las compañías mercantiles del África Oriental, se asoció aun con otros capitales, generados del comercio esclavista europeo. El mismo origen tuvieron los capitales de las grandes firmas francesas CFAO y SGOA.

En el África Oriental el proceso de acumulación y reproducción no tiene la continuidad que se observa en el África Occidental. En primer lugar, porque además de los europeos participaron

* Níger en este caso se refiere al río, no al país, entonces colonia francesa [T.]

los árabes en el comercio esclavista del África Oriental. En segundo, porque los alemanes intervinieron en 1885, aunque no se habían mezclado antes, mientras que los franceses (que en los siglos xviii y xix estuvieron a la cabeza del comercio esclavista europeo en el África Occidental) se concentraron más en colonizar las islas del Océano Índico que el continente. En tercer lugar, porque el colonialismo alemán no duró más allá de la guerra de 1914-1918. Aun así, por el lado británico, reaparecieron los capitales y las ganancias de la empresa colonizadora East African Company en el capital de la compañía mercantil Smith McKenzie.

El capital que se invirtió años más tarde en el África colonial fue una prolongación del capital colonial del siglo xix y de otros refuerzos "nuevos" de las metrópolis. Mediante la indagación minuciosa de los orígenes de ciertas fuentes de capital que se dicen supuestamente nuevas, se descubrirían los vínculos que tuvieron con la explotación de los pueblos no europeos en el pasado. Sin embargo, no es preciso que demostremos aquí que todas las firmas que comerciaban en África tuvieron relaciones directas o indirectas con el comercio esclavista europeo y con la explotación previa del continente. Baste recordar que la fuente principal de acumulación de capital primario de Europa se ubicó en ultramar y que las ganancias de las empresas en África superaron una y otra vez el capital invertido en las colonias.

Refiriéndose a las industrias del oro y el diamante en Sudáfrica un autor burgués conservador comentaba lo siguiente:

Aparte del capital que se invirtió inicialmente (en la industria del diamante) todos los gastos de capital se cubrieron con las utilidades. La industria redituó ganancias inmensas a las firmas internacionales del diamante. Éstas tuvieron una importancia singular, puesto que una parte considerable de la riqueza que acumularon dichas empresas del diamante se utilizó más tarde en el desarrollo de la Compañía Rand (industria del oro).

De igual modo, la compañía de diamantes Diamang en Angola fue una inversión que rápidamente se pagó a sí misma, y que comenzó entonces a producir capital. Las ganancias que reunió únicamente en 1954 y 1955 (combinadas) superaron el capital invertido en un 40%. Los excedentes de la inversión y de los costos de su mantenimiento se remitían, desde luego, a Portugal, Bélgica y Estados Unidos, donde residían los accionistas de la Diamang. Era Angola, por consiguiente, la que invertía en esos países.

Y en este mismo sentido fueron justamente las colonias las

grandes generadoras del capital, y no los países que fungieron como los recipientes de los flujos de capital externo.

El capital mantuvo un constante movimiento de las metrópolis a ciertas zonas en las dependencias, de una colonia a otra (pasando por la metrópoli), entre metrópoli y metrópoli, y de las colonias a la metrópoli. Pero en vista de la abundancia de los beneficios (ganancias superlativas) creados por los pueblos no europeos desde los tiempos de la esclavitud, el flujo neto fue de la colonia a la metrópoli. Lo que en un año se denominaba "utilidad", al siguiente retornaba en la forma de "capital". Incluso algunos autores progresistas han creado una impresión equívoca al referirse a la "exportación de capital" de Europa a África; o al hablar del papel desempeñado por el "capital extranjero". Lo extranjero en el capital del África colonial fue su propiedad, no su fuente original.

Los defensores del colonialismo se aprestan a decir que el dinero para las escuelas, hospitales, etc., en África, provino de los impuestos que pagaban los ingleses, franceses o belgas según el caso. ¿Pero no atenta contra toda lógica reconocer primero que las ganancias o utilidades de una determinada colonia ascendieron a varios millones de dólares, para luego afirmar categóricamente que los escasos miles de dólares asignados a los servicios sociales provinieron de los impuestos que pagaban los europeos? *La situación real se puede resumir de la siguiente manera: los obreros y campesinos africanos produjeron para el capitalismo europeo bienes y servicios de un determinado valor. Retuvieron una proporción muy pequeña de los frutos de su trabajo en la forma de salarios, pagos al contado y servicios sociales extremadamente limitados, que fueron esenciales para el mantenimiento del sistema colonial. El resto se fue a las manos de los diversos beneficiarios del colonialismo.*

Admite muy poca discusión la confiabilidad de las numerosas fuentes de datos que demuestran que el objetivo vertebral del colonialismo fue el desarrollo de las metrópolis, y de que las colonias sólo recibieron migajas, subproductos circunstanciales de su explotación. Los archivos coloniales británicos están atestados de informes de las Comisiones Reales encargadas de supervisar distintas situaciones. En dichos informes (que rara vez se tradujeron a la acción) se encuentran las pruebas más fehacientes de la indiferencia de los regímenes coloniales para con las necesidades de los africanos. En la década de 1930 hubo motines en el Caribe a raíz de la intolerable situación de los descendientes de africanos que quedaron dispersos en esos sitios después de la esclavitud. Tan

impresionantes eran los informes de los agravios a que se sometía a los caribeños que la Comisión Real que los investigó decidió que no se publicaran los informes completos durante la guerra para que no quedara al descubierto que de hecho el colonialismo no era muy distinto del fascismo contra el que luchaba Inglaterra. A raíz de esta investigación se propuso establecer la Organización para el Desarrollo y el Bienestar de las Colonias (cd&w). En 1940 se votó una ley a ese efecto, aunque no fue sino hasta 1944 que la cd&w dispuso de fondos para otorgar préstamos a los gobiernos coloniales.

Los franceses tuvieron su contrapartida de la cd&w en la FIDES, fundada en 1946. Desde los inicios de la expansión colonial circularon dos explicaciones en las metrópolis sobre la razón de ser del colonialismo. Una hablaba con franqueza (a ella recurrían las cámaras de comercio en las ciudades europeas) al aclarar, simplemente, que los europeos se habían embarcado en la aventura colonial porque se trataba de una empresa sumamente ventajosa, nada más. En la otra, en cambio, consideraron prudente intercalar alguna que otra frase sobre el bienestar de los "nativos incivilizados". Esta alegata era, en la práctica, una nueva versión de antiguas justificaciones de la esclavitud según las cuales gracias al esclavismo se rescataba a los paganos africanos para ponerlos en el camino del Señor. Las duras críticas de que fue objeto en las últimas décadas instaban al colonialismo a darse nuevos baños de rosas. Así, tanto la cd&w como la FIDES fueron parte de la campaña del colonialismo desatada por su afán de negar y enmascarar su naturaleza viciosa.

Básicamente la FIDES y la cd&w fueron el producto de las condiciones objetivas de posguerra en Europa, en un momento en que los países capitalistas de Europa Occidental se debatían desesperadamente por salvar a sus colonias, cara a cara con el socialismo e incluso con la competencia de Estados Unidos. Un tal Bevin, connotado dirigente laboral que traicionó a su clase y se convirtió en el portavoz del colonialismo británico observaba en aquellas fechas: "Las otras dos potencias mundiales, los Estados Unidos y la Rusia soviética, tienen inmensos recursos. Pero para que Europa Occidental estabilice su balanza de pagos y logre un equilibrio en el contexto mundial, es urgente que desarrolle y disponga de sus recursos (africanos)." El examen cuidadoso de las operaciones de la cd&w y de la FIDES revela que no contribuyeron en nada al desarrollo africano, aunque sí en mucho al bienestar de la Europa capitalista.

Los llamados fondos para el desarrollo de África se asignaron

casi exclusivamente al establecimiento de infraestructuras económicas y al suministro de determinados servicios sociales. Entre 1946 y 1956 se asignó a la industria menos del 1% de los fondos de la *cd&w*. En el caso de la *FIDES* de 1949 a 1953, la cifra correspondiente fue de menos del 0.5%. Su inversión en la agricultura fue apenas un tanto más alta, aunque desde luego que la actividad agrícola constituía la actividad principal de los africanos. El gobierno colonial de Nigeria decretó un Plan Decenal con la esperanza de recibir abundantes créditos de la *cd&w*. En este Plan, de un total de 53 000 000 de libras esterlinas, se asignaban 1 824 000 a la agricultura. La mayor parte del subsidio agrícola debía destinarse a la construcción de una escuela de agricultura y a sufragar los salarios de los "expertos" británicos.

También las otras colonias inglesas publicaron sus planes decenales, con similares deficiencias a las del plan nigeriano, y no fueron sino apologías de los verdaderos planes económicos, pues constituían conjuntos desarticulados de proyectos que formulaban las diversas dependencias gubernamentales como prolongaciones de sus propias actividades ya en marcha. De este modo no era posible esperar que aquellos planes incursionaran en nuevas áreas; si además hacían un rotundo caso omiso de factores del desarrollo tales como la necesidad de estimular el comercio interno e interregional de África.

La mayor parte de los fondos para el "desarrollo" llegaron a las colonias en la forma de préstamos que se emplearían en la construcción de puertos, vías férreas, plantas de energía eléctrica, obras hidráulicas, talleres de ingeniería, almacenes, etc., que de hecho se requerían para hacer la explotación más efectiva a largo plazo. A corto plazo, en tales obras de construcción encontrarían utilización el acero, el concreto, la maquinaria eléctrica y los materiales rodantes ferroviarios de Europa. La quinta parte de los fondos de la *FIDES* se gastó en las prestigiadas obras públicas de Dakar que convenían a la industria francesa y que dieron empleo a gran cantidad de expatriados. También las escuelas que se construyeron con los fondos de esta institución tenían un costo innecesario por unidad, puesto que debían adecuarse a los cánones establecidos para ofrecer empleo a los inmigrantes blancos. A propósito de este capítulo, los préstamos llegaban de tal manera "condicionados" que el dinero tenía que gastarse en la compra de manufacturas de las respectivas metrópolis.

Los "fondos para el desarrollo" los recogían los respectivos gobiernos en el mercado europeo de capitales; lo que hacían efectivamente los gobiernos metropolitanos era ofrecer a sus banqueros

e inversionistas salidas lucrativas y garantizadas para su capital. En 1956 el gobierno francés inició un programa que no era sino otra forma artera de promover a sus propios capitalistas, mientras vociferaba demagógicamente sobre el desarrollo y el bienestar de África. En dicho programa se incluía la creación de una institución llamada *sdom* (Sociedades Financieras para el Desarrollo de los Territorios de Ultramar). La *sdom* no fue otra cosa que una asociación de capitalistas interesados principalmente en el petróleo del África del Norte, que gozó de cuantiosas subvenciones gubernamentales para materializar sus objetivos.

Había muchas señales que desenmascaraban el engaño de la *cd&w* a los ojos de observadores cuidadosos o preocupados por la situación. El secretario de Colonias estableció un Consejo para que le ayudase en la concesión de préstamos, dominado por miembros poderosísimos de la burguesía británica, entre ellos los directores del Banco Barclay's. Como los fondos de la *cd&w* no eran suficientes para los irremediables planes decenales de las colonias, el gobierno británico alentaba a los gobiernos coloniales a que pidiesen préstamos en el mercado de capitales. Fue éste otro de los modos de asegurarse que el trabajo y los recursos africanos remitiesen excedentes a los ávidos cambistas europeos.

El Banco Barclay's fue uno de los primeros en aprovechar esa oportunidad de otorgar préstamos suplementarios (a los de la *cd&w*) a los regímenes coloniales. Al inaugurar la Corporación para el Desarrollo de Ultramar (establecida por el Banco) con el objetivo específico de "ayudar" a África, el gerente general del banco expresó su convicción de que: "El desarrollo del Imperio colonial y el bienestar de sus habitantes [es] un asunto que concierne a todos los ciudadanos de Inglaterra." Ése era el lenguaje de las relaciones públicas, palabrería que encajaba perfectamente con la sórdida hipocresía que caracterizó las acciones de los blancos desde el momento en que comenzaron a matar y a esclavizar en nombre de la civilización y el cristianismo.

Y perfectamente a tono con esta hipocresía colonialista, se puso de moda hablar de cómo Europa había traído a África al siglo xx. Este planteamiento tiene implicaciones en las esferas socioeconómica y política y puede demostrarse su falsedad no en uno, sino en todos los sentidos.

Se decía, por ejemplo, que el colonialismo modernizó a África al introducir en ésta los aspectos más dinámicos del capitalismo, es decir, la propiedad privada de la tierra, la propiedad privada de los demás medios de producción y las relaciones monetarias. Es imprescindible distinguir aquí entre los *elementos capitalistas* y

el capitalismo como sistema social. Lo que el colonialismo introdujo fueron algunos elementos del capitalismo en África. En términos generales, allí donde la sociedad comunitaria (el comunismo) entró en contacto con la economía monetaria (el capitalismo), se impuso esta última. Los cultivos comerciales y el trabajo asalariado fueron sustituyendo a la familia extendida como base de la producción y la distribución.

Hay un dicho sudafricano según el cual "el blanco no tiene parentela: su único pariente es el dinero". He aquí la profunda diferencia entre las sociedades capitalistas y precapitalistas: al entrar en contacto con las sociedades africanas —todavía en gran medida comunitarias— el capitalismo introdujo las relaciones monetarias a expensas de los lazos familiares. No obstante, el colonialismo no convirtió a África en una sociedad capitalista comparable a la de las metrópolis. Si hubiera hecho tal cosa, hoy podríamos condenar las brutalidades y desigualdades del capitalismo, pero no estaríamos en condiciones de afirmar que el colonialismo fue incapaz de conducir a África por el camino del desarrollo histórico del hombre.

En las metrópolis o epicentros, el capitalismo como sistema tenía dos clases predominantes: en primer lugar, la clase capitalista o burguesía, propietaria de las fábricas y los bancos (los medios fundamentales de producción y distribución de la riqueza); y, en segundo lugar, la clase trabajadora o proletariado que laboraba en las fábricas de la burguesía. Por contraste, el colonialismo no creó ni entre los africanos ni dentro de África, una clase propietaria del capital y de las fábricas. Tampoco creó un proletariado urbano significativo (particularmente fuera de Sudáfrica). Dicho de otro modo, el capitalismo en su forma colonialista fue incapaz de desempeñar en África la función que cumplió en Europa de transformar las relaciones sociales y de liberar las fuerzas productivas.

Huelga decir que no era la intención de los capitalistas crear nuevos capitalistas que más adelante se habrían de volver sus rivales. Por el contrario, en Europa la tendencia del capitalismo desde su inicio fue siempre la competencia, la eliminación y el monopolio. Por consiguiente, al alcanzar la etapa imperialista los capitalistas de las metrópolis no tenían la menor intención de permitir que aparecieran rivales en las regiones dependientes. Sin embargo, contra los deseos de las metrópolis, de hecho sí llegaron a aparecer algunos capitalistas locales en Asia y en América Latina. África representa una excepción importante en el sentido de que, comparada con otros pueblos colonizados, hubo muchos menos

africanos que tuviesen acceso siquiera a los peldaños intermedios de la escala burguesa, del capital de inversión en particular.

La falta de capitalistas africanos se explica en parte por la llegada de grupos minoritarios que no tenían ningún lazo familiar con la población, que pudiese interferir con su participación en la despiadada fase de acumulación primaria que necesita el capitalismo. De la categoría de pequeños comerciantes, fueron básicamente libaneses, sirios, griegos e hindúes los que ascendieron al nivel de los pequeños y en ocasiones aun de los grandes capitalistas. Bien conocidos fueron los nombres de capitalistas como Raccah y Leventis en el África Occidental, y de Madhvani y Visram en el África Oriental.

Aunque llegaron a surgir conflictos entre los agentes de negocios y los colonialistas europeos, éstos siempre prefirieron promover a las minorías extranjeras antes que permitir el fortalecimiento de los africanos. Por ejemplo, inicialmente los comerciantes foráneos de Sierra Leona, en el África Occidental, se vieron frustrados tanto en su propia colonia como en otras posesiones británicas, donde habían elegido establecerse. En el África Oriental, algunos expatriados ugandeses acariciaban la esperanza de adquirir desmotadoras de algodón, y de embarcarse así en transacciones capitalistas relacionadas con el cultivo del algodón y también con otras áreas. A continuación, no obstante, gracias a la Comisión del Desarrollo establecida en 1920 para promover el comercio y la industria, fueron favorecidos los europeos en primer lugar, y en segunda instancia, los hindúes. A los africanos se les prohibía por ley ser propietarios de desmotadoras de algodón.

Los escasos hombres de negocios africanos que pudieron surgir en toda la extensión de África ocuparon los peldaños inferiores y no pueden considerarse como verdaderos "capitalistas". No poseían, por ejemplo, el capital suficiente como para invertir en las grandes empresas agrícolas, comerciales, mineras e industriales, y dependían tanto del capital europeo como del capital local de los grupos minoritarios.

El que el capitalismo europeo no hubiera dado origen a una clase capitalista africana probablemente no habría sido un factor tan demoledor como lo fue su incapacidad de crear una clase trabajadora, en la que se hubiera hecho extensiva la capacitación industrial en toda la extensión del continente. Por su propio carácter, el colonialismo se resistió a establecer instalaciones industriales en África, fuera de las de la agricultura y las de la extracción minera y maderera. Cada vez que aparecieron fuerzas que parecían presionar internamente a favor de la industrialización de África

fueron bloqueadas deliberadamente por los regímenes coloniales en nombre de los industriales metropolitanos. Tal fue por ejemplo el caso de los molinos productores de aceite de cacahuete que empezaron a operar en Senegal en 1927 y a exportar a Francia. Muy pronto se los sometió a todo tipo de restricciones en vista de las protestas de los productores franceses. También en Nigeria se desalentó la producción con molinos de aceite establecidos por los libaneses. Si bien el aceite se siguió enviando a Europa como la materia prima para la industria, los industriales europeos ya no vieron con buenos ojos que se realizara en suelo africano ni siquiera la etapa más primaria del procesamiento del cacahuete para la obtención de aceite.

A todo lo largo del período colonial la política de obstruir la industrialización dio lugar a contradicciones absurdas, como por ejemplo que los ugandeses y los sudaneses, siendo productores de algodón, tuviesen que importar manufacturas de algodón; o el caso de la Costa de Marfil, que siendo un país productor de cacao, se viese en la posición de importar los productos envasados de cocoa y chocolate.

La pequeña clase trabajadora del África colonial se dedicaba simultáneamente a las faenas agrícolas y al servicio doméstico. En su gran mayoría no recibió ningún tipo de capacitación, lo que contrasta muy vivamente con la calificación creciente del trabajador en el verdadero capitalismo. Cuando se ejecutaban proyectos que requerían trabajo calificado, los europeos se hacían cargo: supervisando las obras, paseándose con sus cascos y sus pantalones cortos blancos. Claro está que en 1885 los africanos no tenían los conocimientos técnicos que se habían desarrollado en Europa en los siglos XVIII y XIX. Parte de esta diferencia obedecía al tipo de relaciones que se entablaron entre África y Europa desde el período precolonial. Pero lo que es más significativo, sin embargo, es el número increíblemente reducido de africanos que llegaron a recibir adiestramiento en la técnica moderna durante el período colonial. En algunos sitios, como Sudáfrica y las Rhodesias, este fenómeno se debió específicamente a la discriminación racial en el empleo: los blancos debían retener los mejores puestos. Pero aun en lugares donde no había blancos la falta de capacitación entre los africanos fue parte integral de la acción del capitalismo en el continente.

Ya se ha ilustrado con ejemplos cómo la presencia de la industria en Europa estimuló y multiplicó la tecnología científica. A África le correspondió el reverso de la moneda: la ausencia de industrias significó la ausencia de capacitación. Incluso en la in-

dustria minera se dispuso que los trabajos que requirieran de cierta destreza se realizaran fuera de África. A veces se olvida que es el trabajo lo que agrega valor a las mercancías al transformar los productos de la naturaleza. Por ejemplo, a pesar de que el diamante tiene un valor muy superior al de su utilidad práctica, ese alto valor no se deriva simplemente de la escasez de la piedra. Es necesario trabajar para localizar el diamante, tarea que corresponde al experto, al geólogo —y desde luego, todos los geólogos fueron europeos. Había que extraer el diamante de la tierra, tarea que reclamaba principalmente del trabajo físico. Sólo en esta etapa podían participar los africanos, en Sudáfrica, Namibia, Angola, Tangañica y Sierra Leona. A continuación había que cortar y pulir los diamantes. Una pequeña parte de ese oficio lo hacían los blancos en Sudáfrica, y la mayor parte la ejecutaban blancos en Bruselas y en Londres. Era en la mesa del perito cortador que el diamante se convertía en una piedra preciosa de altísimo valor. Y a ningún africano se le permitió durante el colonialismo acercarse a este tipo de técnicas.

El dinamismo del capitalismo se cifraba en gran medida en que era el crecimiento mismo el que daba la oportunidad de un mayor crecimiento. Las principales industrias generaban subproductos, promovían la utilización de las materias primas locales, daban estímulo a la industria del transporte y de la construcción, etc., como ya se observó en el caso de la Unilever. He aquí lo que los economistas de profesión calificaban de provechosos "vínculos hacia atrás y hacia adelante". Dado que las industrias que absorbían las materias primas africanas estaban fuera de África, ello impedía el establecimiento *dentro* del continente de los beneficios de estos "vínculos hacia atrás y hacia adelante". Después de la segunda guerra mundial, Guinea empezó a exportar bauxita. Ya en manos de los capitalistas franceses y norteamericanos la bauxita se transformaba en aluminio. En las metrópolis se utilizaba para la producción de materiales refractarios, conductores eléctricos, envolturas para cigarrillos, utensilios de cocina, vidrio, monturas para joyas, materiales abrasivos, estructuras livianas y aviones. La bauxita guineana promovió el transporte marítimo en Europa y la producción de energía eléctrica en Norteamérica. A Guinea, en cambio, la minería colonial de la bauxita sólo le dejó grandes agujeros en el suelo.

En cuanto al oro, los efectos financieros en Europa fueron enormes. El oro africano desempeñó un gran papel en el desarrollo del sistema monetario, la agricultura y la industria de las metrópolis. Pero el oro, como la bauxita y tantos otros productos

minerales, es un recurso no renovable. Una vez extraído del suelo de un país, constituye una pérdida absoluta e irremplazable. Ese simple hecho a menudo se ignoró mientras la producción continuó viento en popa, como aconteció en Sudáfrica; pero después se hizo sentir de modo dramático, cuando, en pleno período colonial, las minas prácticamente desaparecieron. En el sur de Tangañica, los ingleses comenzaron a extraer oro a máxima velocidad desde 1933, en una región conocida como Chunya. Para 1953 ya habían agotado los yacimientos y exportado todo al exterior. Hacia el fin del período colonial, Chunya era uno de los lugares más atrasados de toda Tangañica, a la que a su vez se describía como la Cenicienta del África Oriental. Si en eso consistía la modernización, y contando todo lo que se tuvo que pagar en explotación y en opresión, en efecto los africanos habrían estado mejor en la floresta.

La industrialización no entraña únicamente fábricas. También la agricultura se ha industrializado en los países capitalistas y socialistas mediante la aplicación intensiva de principios científicos en el regadío, los fertilizantes, la maquinaria, la selección de cultivos, la ganadería, etc. El fracaso más decisivo del colonialismo en África, fue, por sus implicaciones, su incapacidad de transformar la tecnología de la producción agrícola. La prueba más convincente de la superficialidad del planteamiento de que el colonialismo "modernizó" a África, es el hecho de que la aplastante mayoría de los africanos entraron en el colonialismo con la azada en la mano y salieron de él con la azada en la mano. En algunas plantaciones se introdujo la maquinaria agrícola, y el tractor apareció fugazmente en los campos de cultivo, pero muy pocos campesinos africanos llegaron a manejarlo, y la azada siguió predominando abrumadoramente como herramienta agrícola. El capitalismo revolucionó la agricultura en Europa, pero no pudo hacer lo mismo en África.

En algunos distritos, la economía capitalista trajo consigo el atraso tecnológico de la agricultura. En las reservas del África del Sur demasiados fueron los africanos que vivieron apiñados en tierras de escasa fertilidad, obligados a practicar una agricultura intensiva y a utilizar únicamente las técnicas que tenían aplicación en los cultivos de rotación. De hecho, ésta fue una forma de retroceso tecnológico, ya que la tierra fue perdiendo su potencial productivo hasta agotarse en el mismo proceso. Los mismos resultados deletéreos se obtuvieron cada vez que se alteraron las diversas prácticas de cultivo de rotación tradicional. Por añadidura, algunos de los cultivos comerciales introducidos, como el

cacahuete y el algodón, ejercieron gran presión sobre el uso de la tierra. El cultivo continuo fue el causante del empobrecimiento de los suelos y la desertificación en países como el Senegal, Níger y Chad, situados a la orilla del desierto.

Tan profundas son las raíces de las concepciones racistas en la sociedad capitalista que se achacó de inmediato el estancamiento de la agricultura africana a la inferioridad innata de los africanos. Mucho más ajustado a la verdad habría sido declarar que el estancamiento lo provocó la intrusión de los blancos, a pesar de que la explicación de esto no reside en esencia ni en la mala voluntad de los colonialistas ni en su origen racial, sino en la parcialidad encarnada e institucionalizada en el sistema capitalista colonial.

La incapacidad de los campesinos africanos de perfeccionar los equipos y los métodos agrícolas no fue causada por una "mala planeación" de los encargados de las políticas coloniales. Fue de hecho un rasgo inherente al colonialismo en su conjunto, que siempre consideró natural que el trabajo calificado fuera prerrogativa de las metrópolis y el trabajo manual más elemental el de las colonias, pues ello correspondía muy bien a su concepción de la división internacional del trabajo. Tal incapacidad de desarrollo se debió igualmente al excesivo uso de la fuerza (incluyendo la recaudación de impuestos) que caracterizó las relaciones laborales de África. Por la fuerza sólo se puede obligar a la gente a hacer trabajos manuales, pero no a mucho más. Esto se había demostrado plenamente en la época de la esclavitud africana en el Caribe y el resto de América, donde los esclavos estropeaban las herramientas deliberadamente como medida de sabotaje, que sólo podía controlarse apostando mayor vigilancia y manteniendo los procesos productivos y las herramientas en un nivel rudimentario. Cuando el trabajo esclavista se transformó en un obstáculo para la actividad industrial, el norte de Estados Unidos declaró la guerra al sur en 1861, para acabar con la esclavitud en esta parte del país y así difundir más las auténticas relaciones capitalistas a todo el territorio estadounidense. Siguiendo con esta misma argumentación, se comprende por qué las diversas formas de trabajo forzado en África se tuvieron que mantener siempre en un nivel sumamente rudimentario, que a su vez reeditaba utilidades pequeñas.

Bajo el régimen colonial el capitalista no pagaba al africano ni siquiera lo suficiente para su supervivencia y la de su familia. Prueba de ello son los pagos en dinero que recibía el campesino de los cultivos comerciales. El agricultor africano llegaba a recibir

muy rara vez 200 chelines anuales por la venta de sus productos, y con mucho mayor frecuencia recibía la mitad de esta cifra. Con eso tenía que pagar los costos de la herramienta, la semilla y el transporte, y saldar sus deudas (préstamos) con el intermediario, para poder finalmente hablar de "su dinero". Los campesinos productores de café y de cacao y los que cosechaban productos de palma ganaban a menudo más que los productores de algodón y de cacahuete. No obstante, ni el cultivador de cacao de Akwapin ni el de café de Chagga llegaban a juntar el dinero para alimentar, vestir y dar vivienda a sus familias. Prosiguieron, en cambio, con los cultivos suplementarios de subsistencia de los ñames y el plátano. Era así como se las ingeniaban los campesinos para sobrevivir. Y con los escasos chelines que ganaba, el agricultor tenía que pagar también los impuestos, y comprar en las tiendas de los intermediarios, un número cada vez mayor de mercancías que ya no se podían obtener sin dinero, como la sal, las telas, la parafina, etc. Con mucha fortuna podía llegar a tener acceso a las láminas de zinc, bicicletas, radios y máquinas de coser o incluso llegar a estar en condiciones de costear la educación de sus hijos. Pero debe quedar muy claro que fueron en extremo pocos los campesinos que llegaron a esta categoría.

El bajo ingreso del campesino africano se explica en parte por la baja calificación de su trabajo. Pero no es ésta la explicación completa, aun siendo cierto que el valor del algodón ascendía considerablemente en cuanto se sometía a procesos de elaboración más complejos en Europa. Karl Marx empleó el ejemplo del algodón para describir la forma en que los capitalistas se apropiaban del plusvalor generado por cada trabajador. Explicó que en el valor del algodón manufacturado se incluían el valor del trabajo de cultivar el algodón crudo, parte del valor del trabajo de fabricar los telares y el valor del trabajo de procesar el algodón. Desde la perspectiva de África, lo primero que se concluye es que el campesino que labraba el suelo africano estaba siendo explotado por el industrial que hacía uso de las materias primas, por él producidas, en Europa y en América. En segundo lugar, debemos señalar que la contribución africana de trabajo no calificado se valoraba considerablemente menos que la contribución europea de trabajo calificado.

Se ha calculado que una hora de trabajo del campesino del algodón en Chad equivalía a menos de un centímetro de tela, razón por la cual éste debía trabajar 50 días para poder comprar tres metros de esa misma tela manufacturada en Francia con su propio algodón. En contraste, el obrero textil francés, trabajando

con telares modernos, podía producir esos tres metros ¡en cuestión de unos cuantos minutos! Y así, si uno no parte de la convicción de que el obrero francés estaba más próximo a Dios —quien construyó el mundo entero en seis días y descansó el séptimo—, no queda sino reconocer que debieron haber existido ciertos factores en el sistema capitalista colonial que hacían posible que se mantuviera siempre vigente aquella disparidad entre el valor relativo del trabajo en Chad y en Francia. En primer lugar, al campesino de Chad se le sometía a la estafa del comercio, de modo tal que no tenía otro recurso que el de vender barato y comprar caro, por lo cual recibía finalmente una proporción minúscula del valor generado por su propio trabajo. Y esto no se debía a la acción de fuerzas "misteriosas" en el mercado internacional, en las cuales los capitalistas desearían hacernos creer, sino a que la totalidad del poder político se concentraba en manos de los colonialistas. La disparidad en la compra-venta era consecuencia de la dominación monopólica, tanto económica como política. En segundo lugar, el tiempo que necesitaba dispendiar el campesino del Chad era mayor, porque el colonialismo se encargó de impedirle el acceso a las herramientas que hubieran acortado las horas que tenía que dedicar a la producción de una cantidad determinada de algodón en bruto.

Sin duda, en cierta medida le hubiera convenido al poder colonial contar con una tecnología agrícola más avanzada en África, para acrecentar el volumen y la calidad de la producción. Aunque todos los regímenes coloniales llegaron a patrocinar algunas investigaciones científicas en materia de agricultura tropical, tenían siempre en mira el área restringida de los cultivos comerciales, y sus resultados se aplicaron más en las grandes plantaciones que en las parcelas de los campesinos sin capital. Los misérrimos montos que se asignaron a la mejora de la agricultura en África durante el período colonial hacen un diáfano contraste con las inmensas y crecientes sumas que se asignaron en el mismo período a la investigación científica en Europa, que redundaron en cuantiosos beneficios tanto para la industria como para la agricultura de las metrópolis.

A la par con los infundados alegatos de una modernización socioeconómica, los defensores del colonialismo esgrimieron la idea de que el régimen europeo había traído a África la emancipación y la superación política. Uno de los argumentos más frecuentes era que en el siglo XIX, África estaba sumida en el caos, y que sus tribus, como por ejemplo los ngonis, yaos y samoris se dedicaban a matarse unos a otros. De acuerdo con esta versión, África

habría sido salvada por Livingstone y Stanley. Este tipo de planteamientos antojadizos no tienen ya cabida en general, entre los académicos burgueses de nuestra generación, pues bien se sabe que están muy lejos de la verdad. Pero todavía hay autores que predicán que "los bantúes pudieron escapar de sus luchas devastadoras y de su atraso económico y tecnológico sólo hasta que se impuso un gobierno estable (europeo)".

Otro de los supuestos créditos del colonialismo fue el de haber desarrollado el nacionalismo en África. Es éste un planteamiento superficial y malicioso al mismo tiempo, que hace caso omiso de la existencia en vísperas del colonialismo de numerosos estados africanos y de las directrices de su evolución. El nacionalismo es una forma de unidad que se genera de la experiencia histórica. Es un sentido de pertenencia a un todo único que se gesta en el trabajo conjunto de los grupos sociales en su pugna común por controlar el medio y en su defensa de su patrimonio frente a grupos rivales. Al aparecer el Estado-nación, impone también el orden y mantiene la estabilidad dentro de sus fronteras, generalmente a nombre de una clase determinada. Los estados africanos del siglo XIX tenían desde tiempo atrás todas estas características; y algunos incluso eran mucho más extensos que las colonias que arbitrariamente establecieron los europeos.

Es cierto que el nacionalismo africano contemporáneo tiene la particularidad de haber adoptado las fronteras que demarcaron los imperialistas, consecuencia inevitable del hecho de que la lucha por restablecer la independencia africana estuviese condicionada por el marco administrativo de las distintas colonias. Pero es señal de crasa ignorancia declarar que el colonialismo modernizó a África permitiendo el surgimiento de Estados-naciones, y más cuando se implica que de otro modo habría sido imposible tal nivel de organización y de estabilidad política.

Uno de los planteamientos colonialistas que al menos tiene cierta apariencia de plausibilidad es el de que el régimen colonial capitalista redundó en una mayor libertad individual para muchos africanos. Esto porque muchos jóvenes asalariados y campesinos en sus tierras propias de cultivos comerciales se independizaron de las exigencias colectivas de la familia extendida. Aunque la valía de este fenómeno es discutible, se lo puede comparar de alguna manera con la forma en que el capitalismo liberó al individuo de las restricciones del feudalismo y de ciertas ataduras como las que imponían los detentores del moralismo feudal. Pero cabe preguntarse qué libertad obtuvo el africano al romper con esas obligaciones familiares supuestamente onerosas. Sus alternati-

vas de elección fueron dictadas estrechamente por el colonialismo y sólo logró la "libertad" de participar en la economía monetaria y en el campo de la cultura europeizada en sus niveles más bajos y menos creativos.

Existe otra escuela de historiadores de África que sostiene con una actitud de mayor simpatía que al pretender que el colonialismo fue enteramente negativo para África se subvalora la *iniciativa* de los africanos. Éstos, nos dicen, se incorporaron con arrojo al mercado del trabajo, a los cultivos comerciales, en ocasiones al comercio, al campo de la educación y al de la Iglesia. Empero por muy vigorosas que hubieran sido tales iniciativas, no eran sino *respuestas* a las opciones que abrieron los colonialistas. Para que exista la verdadera iniciativa histórica de todo un pueblo o de grupos de individuos, es preciso que éstos tengan el poder de decidir *en qué dirección* avanzar. Y esto tuvo que esperar hasta la década de 1960.

En cualquier sistema social los oprimidos suelen encontrar un espacio en el que pueden maniobrar por propia iniciativa. Por ejemplo, bajo el régimen esclavista de América y el Caribe, los africanos se las ingeniaban para obtener magros beneficios. Podían adular y engañar a sus amos, que por ser tan arrogantes se les timaba fácilmente. Asimismo, en África hubo bajo el colonialismo africanos que jugaron a asegurarse todo lo que les fuera posible. Esto lo podían hacer los africanos que fungían como intérpretes, policías o funcionarios de los tribunales. Pero esto no debe confundirse con el poder ni con la participación política ni menos con el ejercicio de la libertad individual. Bajo la esclavitud, el poder estuvo en manos de los amos esclavistas; bajo el colonialismo, en manos de los colonialistas. Para los diversos estados africanos, la pérdida del poder significó la reducción de la libertad de cada individuo.

Para los colonizados el colonialismo fue la negación de la libertad. Aun en términos cuantitativos, el colonialismo no pudo ni siquiera promover una liberación política comparable a los escasos logros de los oprimidos en la transición del feudalismo al capitalismo. En el plano político, el capitalismo en las metrópolis estableció las constituciones, la libertad de prensa, los parlamentos, etc. Y aunque estos elementos tuvieran una aplicación limitada en cuanto a la clase trabajadora europea, existieron en las metrópolis de una u otra forma a partir de la guerra de independencia norteamericana y la Revolución francesa. Pero, como explicaba Jules Ferry, un antiguo ministro colonial francés, la Revolución francesa no se había hecho en nombre de los negros de África. La

libertad, la igualdad, y la fraternidad burguesas no estaban destinadas a los súbditos coloniales. Los africanos tenían que contentarse con las bayonetas, los levantamientos y motines, y los buques cañoneros.

6.2 EL CARÁCTER NEGATIVO DE LAS REPERCUSIONES SOCIALES, POLÍTICAS Y ECONÓMICAS

Hasta aquí se ha intentado demostrar que los beneficios del colonialismo fueron escasos y que no constituyeron regalos de los colonialistas. Fueron, más bien, frutos del trabajo y los recursos africanos. De hecho, lo que los colonialistas denominaron el "desarrollo de África" no fue sino una cínica versión taquigráfica de la "intensificación de la explotación colonial de África a favor del desarrollo de la Europa capitalista". Se ha demostrado además la falsedad de las numerosas afirmaciones según las cuales Europa desarrolló a África en el sentido de que promovió el orden social, el nacionalismo y la modernización económica. Pero todo esto no basta para concluir que el colonialismo tuvo un impacto negativo en el desarrollo de África. Si se ha presentado aquí lo negativo del colonialismo ha sido para llamar la atención a la forma en que el desarrollo africano fue bloqueado, detenido y retrasado. Y no se introdujo nada que pudiese compensar esa obstrucción e interrupción.

La colonización de África duró algo más de setenta años en la mayor parte del continente. Aunque se trata de un período extremadamente corto en el contexto del desarrollo histórico universal, fue precisamente en esos años que el ritmo de las transformaciones se aceleró en otros lugares del mundo. Ya se ha mencionado la revolución tecnológica que llevó a los países capitalistas hasta la era nuclear. Al mismo tiempo, apareció el socialismo, que llevó a la Rusia semifeudal y semicapitalista a un nivel de crecimiento económico sostenido y sin precedentes en los países capitalistas. Lo mismo sucedió en China y en Corea, donde el socialismo sentó las bases del bienestar y la independencia del Estado y reorganizó las relaciones sociales de un modo mucho más justo. Frente a esos cambios decisivos es que se debe evaluar lo sucedido en África. Marcar el paso, o incluso avanzar lentamente mientras otros avanzan a trancos, equivale de hecho a retroceder. Ciertamente que en términos relativos, África estuvo en desven-

taja frente a sus colonizadores, en los planos político, económico y militar.

El impacto decisivo de ese corto período del colonialismo y sus consecuencias negativas en África obedecen fundamentalmente al hecho de que África perdió el poder. El poder, elemento determinante en la sociedad humana, es básico en las relaciones en el interior de los grupos y entre éstos. Entraña la capacidad de defender los propios intereses y, en caso necesario, de imponer la propia voluntad por cualquier medio disponible. En las relaciones entre los pueblos la cuestión del poder determina la posibilidad de maniobra de cada cual en las negociaciones, el grado en que un pueblo respeta los intereses del otro, y por último, la medida en que un pueblo es capaz de subsistir como entidad física y cultural. El que una sociedad se vea forzada a renunciar al poder y cederlo a otra constituye en sí una forma de subdesarrollo.

Durante los siglos del comercio precolonial, África mantuvo cierto control sobre su vida política y económica, con todas las desventajas que acarreaba el comercio con los europeos. Ese pequeño control sobre los asuntos internos desapareció por completo bajo el colonialismo. El colonialismo abarcó mucho más que el comercio. Fue una tendencia a la apropiación directa de las instituciones sociales africanas por parte de los europeos. Los africanos dejaron de determinar sus propias normas y objetivos culturales y perdieron el dominio íntegro de la enseñanza de las nuevas generaciones. Éstos fueron, sin duda, grandes pasos atrás.

El tunecino, Albert Memmi,* lo explica de la siguiente manera:

El golpe más duro que sufren los colonizados es el de ser separados de la historia y de la comunidad. La colonización les usurpa toda posibilidad de libre arbitrio en la paz o en la guerra, de toda decisión que contribuya a forjar su propio destino y el del mundo, y de toda forma de responsabilidad cultural y social.

Por muy arrasadora que parezca esta afirmación, es enteramente cierta. La separación de la historia es el paso lógico que sigue a la pérdida del poder. El poder de actuar independientemente es garantía de la participación activa y *consciente* en la historia. Ser colonizado significa ser desplazado de la historia, salvo en el sentido de la más estricta pasividad, y un reflejo notable del carácter de objeto pasivo que tuvo África, es esa atracción que despertó entre los antropólogos blancos, que llegaban a estudiar a la "sociedad primitiva". El sistema colonial determinó que

* A. Memmi, *Portrait du colonisé*, París, Payot, 1975.

los africanos no fueran más hacedores de historia que los escarabajos —especímenes con peculiaridades dignas de observarse con el microscopio.

Los efectos negativos del colonialismo en el plano de la política fueron gravísimos. De la noche a la mañana los estados políticos africanos perdieron el poder, la independencia y la razón de ser, tratándose de grandes imperios o de pequeñas comunidades. Si bien fue cierto que algunos gobernantes tradicionales se mantuvieron en sus cargos, y que algunos reinos pudieron conservar en parte sus estructuras formales, la sustancia de la vida política se modificó ostensiblemente. El poder político había pasado a manos de amos extranjeros. Desde luego que en siglos anteriores muchos estados habían atravesado ciclos de crecimiento y de declinación. Pero el dominio colonial era distinto. Mientras duró, ningún Estado africano pudo florecer.

Para citar casos concretos, el colonialismo aplastó por la fuerza a los estados feudales que sobrevivían en el África del Norte; los franceses barrieron con los grandes estados musulmanes del Sudán Occidental, y del Dahomey así como con los reinos del Madagascar; y los ingleses por su parte, eliminaron los reinos de Egipto, el Sudán mahdista, Asante, Benin, Yoruba, Suazí, Matembele, Lozi y los reinos interlacustres del África Oriental, todos grandes estados. Además, numerosos estados de menor tamaño fueron barridos de la faz de África por los belgas, portugueses, ingleses, franceses, españoles e italianos. Por último, aun aquellos que parecieron sobrevivir, no fueron otra cosa que títeres. El sultán de Marruecos, por ejemplo, conservó sólo un cargo nominal, bajo el gobierno colonial que se inició en 1912. Lo mismo sucedió con el rey de Túnez. No obstante, Marruecos y Túnez quedaron plenamente sometidos al poder colonial, tanto como la vecina Argelia, donde los gobernantes feudales fueron desplazados por completo.

En otros casos, los gobernantes africanos fueron designados por las potencias coloniales, y obviamente no fueron sino monigotes y agentes de éstas. Los franceses y portugueses acostumbraban elegir a sus propios "jefes" africanos. En la tierra de los ibo, los británicos inventaron la categoría de "los jefes por encargo". Y todas las potencias coloniales estimaron conveniente nombrar jefes "superiores" o "supremos". No era raro que las poblaciones locales odiaran y despreciaran a los títeres coloniales. También hubo gobernantes tradicionales, como el sultán de Sokoto, el kabaka de Buganda y el asantene de Asante, que conservaron gran parte de su prestigio entre los africanos, pero sin tener la posibilidad de actuar fuera del estrecho marco de las fronteras fijadas por los colonia-

listas, so pena de ser enviados a las islas Seychelles en calidad de "invitados del gobierno de Su Majestad".

Se puede decir incluso que el dominio colonial básicamente significó la erradicación del poder político africano en todo el continente, puesto que tampoco Liberia y Etiopía pudieron seguir funcionando como estados independientes en el contexto de un colonialismo que abarcaba al continente entero. Liberia, en particular, se vio forzada a doblegarse frente a presiones externas de orden político, económico y militar de manera tal que ningún Estado verdaderamente independiente hubiera podido aceptar. Y Etiopía, a pesar de que se mantuvo fuerte hasta 1936, la mayoría de los países capitalistas tendieron a no tratarla como un Estado independiente, fundamentalmente porque era una nación africana, y se suponía que todos los africanos eran súbditos coloniales.

El proceso de estancamiento que sufrió el desarrollo político africano tiene ciertas características que sólo pueden apreciarse correctamente a través de un escrutinio cuidadoso, y sin las anteojeras que usaron los colonialistas para cerrar los ojos de sus súbditos. Un aspecto interesante es el que compete al papel de la mujer en la sociedad. Hasta la fecha, la sociedad capitalista ha sido incapaz de resolver la desigualdad entre el hombre y la mujer, presente en todos los modos de producción anteriores al socialismo. Aunque los colonialistas en África se manifestaron en ocasiones demagógicamente a favor de la educación y la emancipación de la mujer, objetivamente la condición de la mujer sufrió un deterioro manifiesto durante el colonialismo.

Cuando se intenta una evaluación realista del papel de la mujer en el África precolonial independiente se desprenden dos tendencias contrapuestas que, no obstante, se combinan. En primer lugar, las mujeres fueron explotadas por los hombres mediante arreglos como la poligamia, que tuvieron como objetivo capturar la fuerza de trabajo femenina. Como siempre, la explotación se acompañó de opresión; y hay evidencias de que las mujeres fueron a veces tratadas como bestias de carga. Tal fue el caso de las sociedades africanas musulmanas. Sin embargo, en todas las sociedades africanas existió al mismo tiempo una tendencia opuesta, a asegurar en mayor o menor medida la dignidad de la mujer. Así, los derechos de la madre fueron algo característico de la generalidad de las sociedades africanas. La mujer gozaba, particularmente, de ciertos privilegios por ser la portadora de los derechos de la herencia.

Lo que fue aún más importante es que algunas mujeres de hecho detentaron el poder político y lo ejercieron a través de la

religión o aun directamente en el aparato político que seguía la ley establecida. En Mozambique la viuda de un rey nguni pasó a ser la sacerdotisa encargada de un templo erigido sobre la tumba de su difunto esposo, a donde el rey que lo sucedió tenía que acudir a consultarla sobre todo asunto de importancia. En algunos casos las mujeres ocuparon de hecho el cargo de jefes de Estado. Entre los lovedu de Transvaal, la figura clave era la reina de las Lluvias, que combinaba funciones políticas y religiosas. Los cargos de importancia que más asumieron las mujeres fueron los de "reina Madre" y "reina Hermana". En la práctica tal investidura la ocupaba una mujer de alta alcurnia que podía ser la madre, la hermana o la tía del rey, en lugares como Malí, Asante y Buganda. Su influencia era considerable y había ocasiones en que la "reina Madre" tomó en sus manos el poder real, dejando al rey como su títere.

Bajo el colonialismo, lo que aconteció fue que las mujeres perdieron sus privilegios y sus derechos sociales, religiosos, constitucionales y políticos, a medida que se intensificaba la explotación económica de que eran objeto. Dicha intensificación de la explotación obedeció a la ruptura de la división del trabajo de acuerdo al sexo. Anteriormente, la tradición asignaba a los hombres los trabajos pesados, como la tala de árboles, la limpieza de los campos para su cultivo, la construcción de viviendas, además de otras ocupaciones como la caza y la guerra. Pero cuando los hombres tuvieron que abandonar la tierra para ir en busca de empleos, las mujeres se quedaron en ellas encargadas de todas las funciones imprescindibles para su propia subsistencia, la de sus hijos e incluso la de los hombres en lo que se refiriera al alimento. Además, el hecho de que los hombres pudiesen incorporarse más fácilmente a la economía monetaria, devaluó considerablemente el trabajo de la mujer en el nuevo sistema de valores del colonialismo: el trabajo del hombre era "moderno", el de la mujer, "tradicional" y "atrasado". Por consiguiente, el deterioro de la condición de la mujer africana estuvo ligado a la pérdida del poder político de la sociedad africana en su conjunto, y a la consiguiente pérdida del derecho a establecer los cánones del mérito en el trabajo.

Una de las manifestaciones más significativas del estancamiento y detención histórica del África colonial es lo que comúnmente se denomina "tribalismo". En su acepción periodística más usual este término significa que los africanos guardan más una lealtad de base hacia la tribu que hacia la nación, y que cada tribu mantiene aun una hostilidad inmanente para con las tribus vecinas. Los ejemplos preferidos por la prensa capitalista y por los

académicos burgueses son los del Congo y Nigeria. Según sus informes, los europeos intentaron en vano formar una sola nación con los pueblos respectivos del Congo y de Nigeria, pero no lo lograron debido a los odios ancestrales entre las distintas tribus; y que incluso, apenas los abandonó la potencia colonial los nativos volvieron a matarse los unos a los otros. Los europeos suelen asimismo asociar esta descripción suya con la palabra "atavismo", para subrayar que los africanos retornaban a su salvajismo primitivo. Pero hasta el estudio más superficial del pasado africano revela que tales aseveraciones son exactamente lo contrario de la verdad.

Es preciso que se examine aquí brevemente lo que una "tribu" comprende —término que hasta ahora se ha evitado en este análisis, en parte porque a menudo tiene connotaciones derogatorias, y en parte en razón de su vaguedad y de su empleo arbitrario en la literatura sobre África. De acuerdo con los principios de la vida familiar, los africanos se organizaron en grupos que tenían antepasados comunes. En teoría, la "tribu" era el grupo más amplio de la gente que afirmaba descender de un mismo antepasado común en un pasado remoto. Podía decirse por ello, en general, que sus integrantes provenían de un mismo tronco étnico, y que su lenguaje tenía mucho en común, en las distintas regiones que ocuparan. Fuera de esto, muy rara vez la totalidad de los miembros de una tribu fueron miembros de una misma entidad política, y de hecho muy pocas veces compartieron un mismo objetivo social en actividades como por ejemplo el comercio y la guerra. Por el contrario, con mucha mayor frecuencia, los estados africanos tuvieron como base una parte de un determinado grupo étnico rigiendo sobre otros; o, aún más comúnmente, fueron una amalgama de miembros de distintas comunidades étnicas.

Todos los grandes estados africanos del siglo XIX fueron multi-étnicos. Con su expansión, las lealtades tribales se fueron convirtiendo en cosas del pasado y se sustituyeron por lazos de nación y de clase. No obstante, en cualquier parte del mundo la sustitución de los vínculos étnicos por los de la nación y la clase ha sido un largo proceso histórico, e invariablemente hay sectores que conservan por mucho tiempo sus estrechas lealtades regionales que obedecen a lazos de afinidad, de idioma y de cultura. En Asia, por ejemplo, los estados feudales de Vietnam y de Birmania lograron un alto grado de homogeneidad nacional a lo largo de los siglos anteriores al dominio colonial. Pero hubo a pesar de todo minorías o "tribus" que permanecieron fuera de la esfera institucional del Estado-nación, la economía y la cultura nacionales.

El colonialismo bloqueó, en primera instancia, la evolución de la solidaridad nacional porque destruyó los estados asiáticos y africanos, que eran precisamente los agentes principales del desmantelamiento de las lealtades fragmentarias. En segundo lugar, debido a que el Estado colonial no supo encauzar adecuadamente dichas lealtades étnicas o regionales que ahora se catalogan como "tribalismo", fue que tendieron a enconarse y a seguir cursos torcidos. En efecto, incluso, muchos fueron los casos en que las potencias coloniales vieron la conveniencia de estimular las rivalidades internas "tribales", de modo que los pueblos colonizados no lucharan por resolver su contradicción principal que era con los mismos europeos, es decir, recurrieron a la clásica técnica de dividir para gobernar. Los belgas, por ejemplo, indudablemente fueron aficionados a esa práctica. Para 1950 los racistas blancos de Sudáfrica habían elaborado todo un plan de "desarrollo" para pueblos oprimidos como los zulúes, los xhosas y los shotos, justamente con el objeto de detener y hacer retroceder su marcha hacia una amplia solidaridad africana nacional y de clase.

Así, la guerra civil de Nigeria se considera generalmente como un problema tribal. Para aceptar dicha tesis habría sido necesario ampliar la definición de "tribu", e incluir en ella a compañías como la Shell Oil y la Gulf Oil. Muy por el contrario, se debe tomar nota de cómo no es posible, en ningún punto de la historia precolonial independiente de Nigeria, señalar matanza alguna de ibos por hausas, o incidente alguno que pudiera haber sugerido que antes del siglo XIX existieron luchas intestinas de orden tribal. Ciertamente hubo guerras, pero todas con una explicación racional: las disputas por el comercio, las luchas religiosas y los choques provocados por la expansión política. Lo que en Nigeria se vino a llamar tribalismo fue, en sí, producto de la forma en que el colonialismo dividió y reagrupó a la gente para poder explotarla. El tribalismo fue el resultado de las disposiciones administrativas, de las separaciones regionales impuestas por la fuerza, y del desigual acceso que se dio, a los distintos grupos étnicos, a la economía y a la cultura coloniales.

También en Uganda y en Kenia, en el África Oriental, se ha sostenido que siguió predominando el factor tribal. No cabe duda de que la existencia del reino de Buganda dentro de la Uganda independiente suscitó algunos problemas. Pero aun en este caso, y aceptando el uso erróneo del concepto de tribu para referirnos al reino de Buganda, no deja de ser cierto que el problema de Buganda ha sido un problema colonial. Surgió a raíz de la presencia de los misioneros y de los británicos, del asentamiento en

1900 en Mailo, y del uso que hicieron los británicos de la clase gobernante baganda al transformar a sus miembros en los "sub-imperialistas" de la colonia de Uganda.

En Kenia el esquema del colonialismo fue distinto, debido a la presencia de los colonos blancos. Allí no se dio a ningún grupo africano poderes de representación en la administración colonial. Los propios colonos blancos se hicieron cargo de tales funciones. Una vez que se apoderaron de las mejores tierras, trataron de crear un nuevo mundo con el trabajo de los africanos. Sin embargo, la comunidad africana que quedaba en las márgenes del sector colonial propiedad de los colonos mantuvo su propia regulación a base de normas tribales. Una de las numerosas comisiones reales del colonialismo británico publicó un informe sobre el cual comenta lo siguiente un historiador keniano contemporáneo:

Las recomendaciones de la comisión, que aceptó el Gobierno británico, indicaban cómo se escindiría Kenia con dos bloqueos raciales: el africano y el europeo. En el sector africano todas las actividades económicas, políticas y sociales debían emprenderse según las líneas tribales. El racismo se volvió, así, institucional.

La actividad humana dentro de pequeños grupos vinculados sólo por relaciones de parentesco (como la "tribu") constituye una etapa transitoria por la que todos los continentes han atravesado en la fase del comunismo. Si dejó de ser transitoria en África, para convertirse en una institución, fue porque el colonialismo interrumpió el desarrollo africano. Esto es lo que sugiere Memmi cuando afirma que los africanos fueron desplazados de la historia. Pensadores revolucionarios, como Frantz Fanon y Amílcar Cabral, expresan la misma idea en distinta forma al señalar que el colonialismo convirtió a los africanos en *objetos de la historia*. Igual que los esclavos precoloniales, los africanos colonizados fueron movidos una y otra vez hacia las posiciones que convinieron a los intereses europeos, que fueron dañinas para el continente africano y su pueblo. A continuación se examinarán algunas de las implicaciones adicionales de orden socioeconómico que tuvo esta situación.

Ya el comercio precolonial había iniciado la tendencia a la desintegración de las economías africanas y a su empobrecimiento tecnológico. El régimen colonial aceleró esta tendencia. A menudo se narra cómo, para hacer una llamada telefónica desde Accra, en la colonia británica de la Costa de Oro, a la vecina colonia francesa de Costa de Marfil, había que conectarse primero con el operador en Londres y luego con el de París, quien podía así

abrir la línea con Abidjan. Este tipo de situaciones reflejan hasta qué punto estaban integradas la economía de la Costa de Oro con la de Inglaterra, y la de la Costa de Marfil con la de Francia; en tanto que, al mismo tiempo, las relaciones económicas entre las colonias africanas eran escasas o simplemente inexistentes. A este problema apuntaba una conclusión de la Comisión Económica de las Naciones Unidas en África en 1959:

La característica más sobresaliente de los sistemas de transporte de África es el aislamiento relativo en el que se han desarrollado dentro de los confines de sus respectivos países y territorios. Esto se hace manifiesto en la ausencia de vínculos entre los países y territorios de una misma región geográfica.

A pesar de esto, sí se mantuvo cierto comercio africano a través de las fronteras coloniales. Por ejemplo, el comercio centenario de nuez de cola y de oro de las zonas boscosas del África Occidental al África del Norte jamás cesó por completo. Además, se desarrollaron nuevas formas de comercio africano, en especial con respecto al suministro de alimentos a zonas de cultivos comerciales o a aldeas desabastecidas. Este tipo de comercio podía realizarse íntegramente dentro de las colonias, o aun cruzando sus fronteras. Sin embargo, todo ese esfuerzo que se destinó a la expansión del comercio interafricano fue insignificante, comparado con el comercio orientado a la exportación. Puesto que el comercio interafricano no les traía beneficios los europeos no lo estimularon, y hacia la última etapa del período colonial sólo un 10% del comercio de África era interno.

Cabe señalar, igualmente, cómo a África se la privó de la oportunidad de entablar vínculos comerciales provechosos con otras partes del mundo que no fueran Europa Occidental y Norteamérica. Aunque continuó aún cierto comercio a través del Océano Índico, en general es justo decir que los caminos de África llevaban a los puertos marítimos y que las rutas marítimas llevaban a Europa Occidental y Norteamérica. Esta clase de sesgo sigue siendo en la actualidad parte integrante del esquema del subdesarrollo y la dependencia.

El impacto lesivo del capitalismo en la tecnología africana se puede medir con mayor exactitud en el período colonial que en los siglos precedentes. A pesar del comercio de esclavos y de la influencia de las importaciones de bienes europeos, a comienzos del período colonial todavía tenían vitalidad las industrias artesanales africanas. No habían podido avanzar tecnológicamente ni expandirse, pero habían sobrevivido. Aunque la producción en

masa de la fase más reciente del capitalismo prácticamente arrasó con las industrias africanas de telas, sal, jabón, hierro, etc., e incluso con la alfarería y la cerámica.

En el África del Norte, las industrias artesanales habían logrado los avances más grandes en áreas que iban desde el trabajo con el latón hasta los tejidos de lana. Al igual que en los pueblos de la Europa feudal, florecían los talleres de artesanía en pueblos argelinos como los de Orán, Constantino, Argel y Tlemcen. Pero el colonialismo francés destruyó la industria artesanal y arrojó al desempleo a miles de trabajadores. Lo mismo había ocurrido en la propia Europa, cuando las máquinas provocaron que los artesanos abandonaran sus empleos en ciudades como Lancashire y Lyon, aunque en este caso las nuevas máquinas se convirtieron en la base del modo de producción predominante y los artesanos independientes de otrora pudieron ingresar a las fábricas y recibir el adiestramiento del trabajo calificado e incrementar la capacidad productiva de su sociedad. En África se trató de una simple destrucción irreparable. Para las fechas en que se logró la independencia política ya las artesanías sobrevivientes se habían dirigido hacia la atracción de los turistas en vez de haberse dedicado a la satisfacción de las necesidades reales del pueblo africano.

Además, igual que en el caso del comercio esclavista europeo, la destrucción de la tecnología bajo el colonialismo debe relacionarse con las barreras que se antepusieron a las iniciativas de los africanos. La gran mayoría de los africanos que se incorporaron a la economía monetaria proporcionaron únicamente trabajo manual, el cual, ciertamente, más que estimular la iniciativa científica estimula la transpiración corporal. Los africanos ligados al sector del comercio tuvieron a veces un éxito limitado. Bien conocida era la pericia e ingenio de las mujeres de los mercados del África Occidental, pero se destinó a objetivos insignificantes y mezquinos. Por ejemplo, el problema que se planteó a la inventiva de los capitalistas y trabajadores europeos, dedicados a la elaboración de insecticidas a partir del piretro africano, fue cómo transformarlo mediante la técnica en una diversidad de productos útiles. El problema que, en cambio, se planteaba a la mujer en el mercado africano de cómo ganar un penique más por cada lata de sardinas importadas, se resolvía a veces con un poco de esfuerzo adicional, a veces con una pizca de engaño y a veces con el recurso del "juju".*

* En el África Occidental, "juju" se refiere a la magia, "blanca" y "negra", si empleamos la terminología europea [r.]

El colonialismo obligó al trabajador africano del hierro a abandonar el proceso de extracción del mineral de la tierra y a concentrarse, en cambio, a trabajar con virutas metálicas importadas de Europa. Tal obstrucción sólo se habría compensado con el suministro de técnicas modernas de extracción y del procesamiento del hierro. Sin embargo, tales técnicas quedaron fuera del alcance de África, porque así lo dispuso la división internacional del trabajo bajo el imperialismo. Como se ha visto previamente, la falta de industrialización de África estuvo lejos de ser un producto del azar. Fue una política deliberada, que detenía la transferencia de maquinarias y conocimientos técnicos que pudiesen haber originado competidores de la industria europea, en aquella época.

En el período del desarrollo africano que precedió al colonialismo, algunas zonas avanzaron más rápido que otras y se constituyeron en focos de crecimiento de gran alcance regional. La zona norte de Nigeria fue uno de estos focos; pero durante el período colonial quedó literalmente dormida. Los británicos cortaron todas sus relaciones con el resto del mundo musulmán y fosilizaron sus relaciones sociales de tal modo que los siervos no pudieron obtener ninguna mejoría de sus condiciones a costa de la aristocracia reinante.

Siempre ha habido, en todos los continentes y en todos los estados, ciertas características del crecimiento que sobresalen y que se ubican a la cabeza del desarrollo de la sociedad en su conjunto. Los pueblos y aldeas cumplieron esa función en la sociedad feudal tardía de Europa; mientras la industria eléctrica fue otro aspecto que tuvo un ímpetu similar en el desarrollo de la sociedad metropolitana capitalista, en las primeras décadas de este siglo. El colonialismo no dio lugar en África a ningún puntal de crecimiento. Por ejemplo, un pueblo o ciudad colonial en África no era en esencia sino un centro administrativo, y no un centro industrial. Los pueblos llegaron a atraer a multitud de africanos, pero sólo para ofrecerles una existencia plena de inseguridad, con un trabajo irregular y de baja calificación. Las ciudades europeas tuvieron barrios pobres, pero la miseria de los barrios bajos y suburbios del subdesarrollo es un fenómeno especial. Esa miseria fue consecuencia de la incapacidad de la ciudad del país subdesarrollado de ampliar su base productiva. Por fortuna, África nunca estuvo en condiciones tan severas en este respecto como Asia y América Latina.

En vez de acelerar el crecimiento, lo que aceleraron las actividades coloniales, como la minería y los cultivos comerciales, fue el deterioro de la vida africana "tradicional". En muchas partes

del continente los aspectos más vitales de la cultura fueron desfavorablemente afectados, y sin sustituirlos con nada sólo quedaron sus cascarones vacíos. A las fuerzas capitalistas que introducían el colonialismo no les interesaba otra cosa que la explotación del trabajo. Hasta las áreas no directamente envueltas en la economía monetaria exportaron mano de obra. Al absorber esa mano de obra el colonialismo iba arrasando con un factor que constituía el sostén de esas sociedades "tradicionales", que dejaron de serlo mediante la pérdida de su fuerza laboral y de sus métodos de trabajo característicos.

Durante el período colonial aparecieron en el África Central y del Sur muchos poblados cuya rala población la constituían fundamentalmente mujeres, niños y viejos. Practicaban una agricultura de subsistencia que no rendía lo suficiente, y los colonialistas la usaban como contraste con las áreas de los cultivos comerciales, que comparativamente se veían florecientes. Sin embargo, fue precisamente el impacto del colonialismo el que provocó el abandono de tantas aldeas y el hambre que las asoló, al ocasionar la búsqueda de trabajo en otros sitios, cuando en otras condiciones las hubieran salvado. No podía esperarse entonces que se desarrollaran estas zonas desprovistas de su población laboral más efectiva.

Hubo también en las distintas colonias, regiones que por estar demasiado lejos de las ciudades y de la administración colonial no se dedicaron ni a la economía de cultivos comerciales ni al suministro de mano de obra. En el sur del Sudán, por ejemplo, hubo comunidades que prosiguieron con un modo de vida no muy distinto del que habían tenido en siglos anteriores. Aun así, en este tipo de comunidades tradicionales desapareció la perspectiva del desarrollo porque se vieron aisladas a causa del control que ejercían los colonialistas sobre el resto del continente: no podían interactuar con otras regiones de África. Fueron progresivamente acorraladas por la economía monetaria y se les fue relegando cada vez más a la categoría de reliquias históricas. El ejemplo clásico de este tipo de obstrucción del desarrollo histórico se puede encontrar en Estados Unidos, donde la población indígena, los pieles rojas que sobrevivieron a las masacres consumadas por los blancos, fue colocada en reservas y condenada al estancamiento. Las reservas indias de Norteamérica son museos vivientes que visitan hoy los turistas blancos interesados en adquirir curiosidades.

En Sudáfrica y Rhodesia se practicó abiertamente la práctica o política de establecer "reservas de nativos". Dentro de la reserva, el medio fundamental de producción era la tierra. Pero la superficie y el potencial productivo de la tierra asignada no bastaban

para mantener a la cantidad de africanos que debían vivir en ella. Estos territorios eran verdaderos depósitos de mano de obra barata y vaciaderos donde los sectores racistas del sur de África descargaban a todo aquel que no encontrase acomodo en la economía monetaria. Más al norte, no hubo otras zonas que se denominaran "reservas", excepto en la Kenia colonial y en muy pequeña medida, en Tangañica. Pero la economía monetaria fue igualmente transformando al sector tradicional hacia la misma depauperización que la de las reservas propiamente dichas.

La economía monetaria del colonialismo era un sector en crecimiento. Esto es algo que no puede negarse. Con todo, ya se ha señalado lo limitado que resulta este crecimiento si se considera la economía del continente en su conjunto. El crecimiento del llamado sector moderno tuvo efectos adversos en el sector no monetario. Resta subrayar, también, que el carácter del crecimiento en África bajo el colonialismo fue tal que no constituyó desarrollo. Vale decir, no aumentó la capacidad de la sociedad de dominar el medio, de determinar las relaciones entre sus miembros, y de proteger a la población frente a fuerzas externas. Lo corrobora implícitamente la negativa del capitalismo de promover el trabajo calificado en África. Ningún sistema que se oponga a la promoción del conocimiento o la pericia está en condiciones de desarrollar nada o a nadie. Lo corrobora además, la manera en que África fue dividida en secciones económicas enteramente desvinculadas entre sí. De este modo, aunque aumentase el volumen de las actividades comerciales dentro de cada compartimiento colonial, no podía producirse un desarrollo comparable por ejemplo al que enlazó a los distintos estados de Estados Unidos.

En fechas recientes, los economistas han empezado a reconocer en el África colonial y poscolonial un patrón que han denominado "crecimiento sin desarrollo". Este concepto, que se ha usado para los títulos de libros sobre Liberia y la Costa de Marfil, significa que se ha producido un aumento en determinados bienes y servicios, en las exportaciones de café y de caucho, por ejemplo, y en la importación de automóviles, con el consiguiente aumento en las estaciones de servicio o gasolineras, pero que todas las utilidades se van al extranjero y que la economía se vuelve cada vez más dependiente de las metrópolis. Ninguna sociedad colonial africana tuvo una integración de la economía, ni la posibilidad de producir las provisiones que la hicieran más autosuficiente, o que la condujeran hacia la satisfacción de sus propios objetivos. Por consiguiente, si bien hubo crecimiento en el llamado "enclave" de

las importaciones y exportaciones, lo único que se desarrolló fue la dependencia y el subdesarrollo.

Otra manifestación del crecimiento sin desarrollo del colonialismo fue la dependencia excesiva en uno o dos productos determinados de exportación. El término "monocultivo" se emplea para describir a las economías coloniales que se concentraron en el cultivo de un solo producto. La agricultura monoprodutora de Liberia dependía del caucho; la de la Costa de Oro de la cocoa; las de Dahomey y el sudeste de Nigeria de los productos de la palma; la del Sudán del algodón; la de Tangañica del henequén y la de Uganda de nuevo del algodón. En Senegal y en Gambia, el cacahuate representaba entre un 85 y un 90% de los ingresos monetarios. En efecto, a dos colonias africanas se les había dado la orden de cultivar ¡únicamente cacahuate!

Todos los pueblos agricultores tienen un alimento básico que se complementa con varios otros. En África, los historiadores agrónomos y botánicos han contribuido a demostrar que existió una gran variedad de productos alimenticios en la economía precolonial. Se habían domesticado numerosos cultivos en el continente, y se aprovechaban diversas especies alimenticias silvestres, especialmente frutales, y los africanos no habían demostrado ninguna renuencia en la adopción de plantas útiles provenientes de Asia y de América. La agricultura diversificada formaba parte de la tradición africana. El monocultivo fue invención de los colonialistas.

Quienes justifican la división colonial del trabajo explican que ésta fue una situación "natural", que se ajustó y respetó las capacidades relativas de especialización de las metrópolis y las colonias. Europa, Norteamérica y Japón tenían la capacidad de especializarse en la industria, tal como África en la agricultura. Por lo tanto, una parte del mundo tenía la ventaja "relativa" de producir la maquinaria, mientras la otra tendría la de cultivar la tierra con la ayuda del azadón. Esta arrogante partición del mundo no tenía nada de nuevo: ya en el siglo xv las monarquías feudales de Portugal y España habían querido repartirse el mundo y para ello hicieron que el Papa trazara una línea alrededor del globo para determinar las posesiones de cada cual. Y en esa ocasión Inglaterra, Holanda y Francia no se mostraron muy convencidas de que Adán en su testamento hubiese legado el mundo a Portugal y España. Igualmente hoy uno puede preguntarse si se habrá escrito en algún testamento que el río Gambia debía heredar la función de cultivar cacahuate mientras el río Clyde de Escocia debía transformarse en un gran centro de construcción naval.

No hubo nada de "natural" en el monocultivo: fue resultado

de las exigencias y maquinaciones de los imperialistas que lo impusieron incluso en regiones que se decían políticamente independientes. El monocultivo fue una característica de las regiones del mundo que cayeron bajo el dominio imperialista. Algunos países latinoamericanos, como Costa Rica y Guatemala, fueron forzados a concentrarse en tal manera en la producción de plátano que se les llegó a llamar con desprecio arrogante las "repúblicas bananeras". En África, esta concentración en uno o dos cultivos comerciales para exportación tuvo efectos muy dañinos. Llegó a ocurrir que estos cultivos impidieron el cultivo de los productos alimenticios básicos —y así se provocaron hambrunas. En Gambia, por ejemplo, antes de la época colonial el arroz era un cultivo común y abundante, pero cuando se dedicaron las mejores tierras al cacahuate, finalmente llegó incluso a hacerse necesario importar arroz en grandes cantidades para tratar de contrarrestar una hambruna que ya tenía visos de volverse un mal endémico. En Asante, la concentración en la producción de cacao amenazó con la hambruna a una región otrora famosa por sus ñames o batatas y otros productos alimenticios.

No obstante, la amenaza de la hambruna era un problema relativamente pequeño comparado con la vulnerabilidad e inseguridad del mismo monocultivo. Ciertos factores internos como las plagas podían originar desastres aún mayores, como fue el caso de los cultivos de cacao en Costa de Oro al ser azotados por la enfermedad del tallo hinchado en la década de 1940. Sobre esta forma de incertidumbre, se agregaba en cualquier momento la de las fluctuaciones de los precios (fluctuaciones que se controlaban externamente) que dejaron al agricultor africano siempre desamparado frente a las maniobras de los capitalistas.

Desde el punto de vista de los capitalistas, el monocultivo fue lo más conveniente, ya que hizo de las colonias entidades enteramente dependientes de los compradores (metropolitanos) de sus productos. Hacia el final del período del comercio esclavista sólo una pequeña fracción de la población africana estaba mezclada en el intercambio capitalista, es decir, aquella que dependía de las importaciones a tal grado, que deseaba a toda costa continuar las relaciones con Europa. El colonialismo aumentó considerablemente esta dependencia africana de Europa en términos del número de personas que se incorporó a la economía monetaria y también en términos de la cantidad de aspectos de la vida social y económica de África cuya existencia dependía ya de los nexos con las metrópolis. Así surgió la situación absurda de que las compañías mineras, las empresas navieras, los bancos, las compañías de

seguros y las plantaciones, al tiempo que explotaban todas ellas a los africanos, les hacían sentir que sin esos servicios capitalistas, ya no les sería posible tener ningún ingreso, en dinero o en bienes europeos, y que por lo tanto África estaba en deuda con sus explotadores.

La dependencia se dejó sentir en todos los aspectos de la vida colonial, y puede considerarse el factor rector de todas las consecuencias sociales, políticas y económicas negativas del colonialismo en África. A este factor se debe, en lo fundamental, la *perpetuación* de las relaciones coloniales en la época que se denomina neocolonialismo.

Por último, se debe prestar atención a una de las consecuencias más importantes del colonialismo en el desarrollo africano: el impacto sobre el desarrollo físico, la desnutrición de los africanos. El colonialismo creó las condiciones que llevaron no sólo a la aparición de hambrunas periódicas, sino también a la desnutrición crónica, a la malnutrición y al deterioro físico del pueblo africano. Y si tal declaración parece exagerada, es solamente porque la propaganda burguesa ha condicionado hasta a los mismos africanos a creer y aceptar que su desnutrición y su hambre han sido algo *natural* desde tiempos inmemoriales. Así el cartel predilecto de Oxfam, una organización británica dedicada a muchas actividades de caridad, era un niño negro, con la caja torácica transparente, la cabeza inmensa, el estómago abultado, los ojos saltones y los brazos y piernas en forma de varillas. Con él, la organización ilustraba un caso de kwashiorkor, la malnutrición maligna extrema, y hacía un llamado a las gentes de Europa para que acudieran al socorro de los niños hambrientos de África y de Asia con kwashiorkor y otros males afines. Pero Oxfam nunca se preocupó por molestar sus conciencias, diciéndoles que los que ocasionaron el hambre, la miseria y el sufrimiento de los niños fueron en primera instancia el capitalismo y el colonialismo.

Existe un excelente estudio del fenómeno del hambre a escala mundial hecho por Josué de Castro, un científico brasileño, en el que se incluyen considerables datos sobre las condiciones alimentarias y sanitarias entre los africanos en su estado precolonial independiente y en las sociedades libres de las presiones capitalistas; y se las compara más adelante con las condiciones bajo el colonialismo. El análisis demuestra fehacientemente que la dieta de los africanos era más variada anteriormente, dado que se basaba en una agricultura que permitía una mayor diversificación que la de los tiempos coloniales. En materia de deficiencias nutricionales específicas, los africanos más directamente afectados por el

colonialismo fueron los que se incorporaron a la economía colonial, es decir, los que pasaron a ser trabajadores urbanos.

Para despejar toda duda se enumeran a continuación varias de las observaciones de Josué de Castro, a veces con la acotación de otros datos suplementarios:

- 1] Los investigadores que han estudiado las condiciones nutricionales de los africanos "primitivos" en el África tropical señalan en forma unánime que no se han encontrado signos clínicos de deficiencias dietarias. Uno de los indicadores más sorprendentes de la superioridad de la dieta africana original se revela en el magnífico estado de los dientes. En un estudio de seis grupos étnicos en Kenia, un investigador no pudo encontrar un solo caso de caries dental, ni una sola deformación de la arcada dentaria. Pero al transplantarse esa misma gente y someterla a la dieta "civilizada" del colonialismo, de inmediato comenzó el deterioro de sus dientes.
- 2] En Egipto, los campesinos o *fellahines* siempre estuvieron expuestos al azote de hambrunas periódicas, pero bajo el colonialismo la situación ocasional dio paso al hambre crónica. Fue la intervención de los británicos la que trastornó la dieta de estos pueblos agricultores. Los estudios comparativos demuestran que en fechas anteriores hubo una variedad mucho mayor de legumbres y frutas.
- 3] El kwashiorkor —de los carteles de Oxfam— se advierte siempre donde hubo contacto prolongado entre africanos y europeos. En Gambia, un comité de nutrición del imperio colonial descubrió una importante carencia de grasa y proteínas animales. La falta de proteínas de buena calidad es uno de los factores principales del kwashiorkor, y de nuevo aquí se demostraba con la comparación de lo que los europeos habían presenciado a partir del siglo xv, que la dieta fue cambiando a partir de la llegada de los blancos. En el período temprano Gambia no sólo cultivó una gran variedad de alimentos, sino que además fue un país ganadero, donde se consumía carne en cantidades apreciables. A lo largo de los siglos xvii y xviii, se siguieron vendiendo cueros de ganado a los europeos por millares, y la población local comía carne. ¡Cómo podían haber sufrido entonces de la falta de grasa animal!*

* El kwashiorkor aparecía (igualmente en la actualidad) en aquellas regiones donde la agricultura capitalista de plantación, "intensiva" o "mecanizada", desplazaba al pequeño campesino de su tierra. El mejor ejemplo es Sudáfrica, con cifras de cientos de miles de casos anuales. Otro

- 4] En el África Ecuatorial, varios estudios han revelado la presencia frecuente de signos de deficiencias dietéticas provocadas por la falta de alimentos frescos entre africanos que se pusieron al servicio de los colonialistas. Los signos corresponden al beriberi, al raquitismo y al escorbuto. El raquitismo es una enfermedad típica de los climas templados, donde la falta de sol contribuye a provocarla. No obstante, tras la destrucción colonialista del juicioso esquema de alimentación del África tropical, ni el sol fue suficiente para mantener rectos los huesos de los niños. En cuanto al escorbuto, tanto se le había identificado con el marinero inglés, que se le apodó *Limey*, debido a la práctica de comer limas para prevenir el escorbuto por falta de alimentos frescos durante los largos viajes por el mar. Sin embargo en Tangañica, en la época colonial, hubo brotes epidémicos de escorbuto entre los trabajadores del oro, cuyos salarios y condiciones de trabajo no les permitían adquirir cítricos y otros alimentos frescos.
- 5] En Sudáfrica, la colonización blanca y el capitalismo transformaron la dieta africana basada en carne y cereales, en una dieta basada únicamente en maíz. Hasta alrededor de 1914, la pelagra o "piel áspera" fue una enfermedad desconocida en el África del Sur. A partir de entonces, pasó a ser un azote común entre los africanos, pues se deriva de la falta de leche y carne.
- 6] En Basutolandia (hoy Lesotho) un informe oficial indicaba lo siguiente: "Según los residentes de largo tiempo, las condiciones físicas de los basutos no son las que solían ser. La malnutrición priva en todas las aldeas, dispensarios, escuelas y oficinas de reclutamiento. No son raros los casos de escorbuto moderado y subclínico. La pelagra es cada vez más frecuente y más notable la baja resistencia a las enfermedades. También se está volviendo un hecho reconocido que la incidencia de la lepra se asocia con una dieta defectuosa."

Para reforzar el argumento de que el colonialismo provocó un deterioro en el africano física y mentalmente, conviene echar un vistazo a las comunidades que hasta hoy han podido mantener sus propios esquemas de alimentación, como los pastoralistas masais, gallas, ankolis, batutsis y somalíes que caen todos dentro de esta categoría. Tan magnífico es su estado físico generalmente, y su

ejemplo reciente lo da El Salvador, véase: H. C. Stetler *et. al.*, *American Journal, Trop. Med. Hyg.* 30 (4), 1981, pp. 888-893 [9].

resistencia y aguante tan grandes, que hoy la ciencia se preocupa por investigar por qué estos pueblos están mucho mejor que los capitalistas "bien alimentados", que caen día a día enfermos del corazón.

Para no eludir el concepto de la hoja de balance del colonialismo, resta considerar las innovaciones introducidas por los europeos en África, como la medicina moderna, la cirugía clínica y las vacunas. Sería absurdo negar que estos aspectos fueron objetivamente positivos, por muy limitados que fuesen en el plano cuantitativo. Sin embargo, deben medirse en relación con los múltiples reveses que sufrió África en todas las esferas debidas al colonialismo, así como en relación con todo lo que África aportó a Europa. La ciencia en Europa se dedicó a enfrentar las necesidades de su propia población, particularmente las de su burguesía. Como la burguesía no padeció ni hambre ni desnutrición, la ciencia burguesa no consideró que estos problemas correspondieran a su campo de acción, ni siquiera en el caso de sus propios trabajadores, menos aún en el caso de los africanos. Esto es apenas una forma en que se puede ver la aplicación de la regla de que la explotación de África se estaba usando para crear una brecha aún mayor entre África y la Europa capitalista. La explotación y las desventajas comparativas son los ingredientes del subdesarrollo.

6.3 LA EDUCACIÓN PARA EL SUBDESARROLLO

En todo tipo de sociedad la educación es esencial para la preservación de la vida de sus miembros y el mantenimiento de la estructura social. Bajo ciertas condiciones, la educación también promueve el cambio social. Gran parte de ella es informal, ya que va siendo adquirida por los jóvenes, del ejemplo y la conducta de sus mayores. Bajo circunstancias normales, la educación se genera del medio, y el proceso del aprendizaje se vincula directamente con el sistema del trabajo de la sociedad. Entre el pueblo bamba de lo que era entonces Rhodesia del Norte, los niños a la edad de seis años podían nombrar de corrido 50 a 60 especies distintas de árboles, aunque sabían muy poco de flores ornamentales. Esto era porque conocer los árboles era una necesidad real en una sociedad y un medio donde predominaba la agricultura de "tala y quema", que satisfacía diversas necesidades con los productos forestales. Las flores, en cambio, no eran importantes para la supervivencia.

En efecto, el aspecto fundamental de la educación africana

precolonial fue su *pertinencia* para los africanos, en agudo contraste con la que se introdujo más tarde. Varias son las características originales de la educación africana que pueden considerarse sobresalientes: sus estrechos vínculos con la vida social, tanto desde el punto de vista material como espiritual; su carácter colectivo; su abordaje multifacético; su desarrollo progresivo, conforme con la sucesión de etapas del desarrollo físico, emocional y mental del niño. No existía una separación entre la educación y las actividades productivas; ni la división entre la educación manual e intelectual. En su conjunto, basada fundamentalmente en recursos informales, la educación africana precolonial era consecuente con la realidad de la sociedad precolonial y desarrollaba personalidades bien definidas capaces de integrarse a ésta plenamente.

Había algunos aspectos formales de la educación africana, es decir, había un programa preciso y una división consciente entre maestros y alumnos. La educación formal estaba igualmente vinculada directamente con los objetivos de la sociedad. Los programas de enseñanza se limitaban a determinados períodos de la vida del individuo, en particular el período de iniciación o de "entrada a la vida adulta". Muchas sociedades africanas tenían ceremonias de circuncisión para los hombres o para jóvenes de ambos sexos, y durante el período previo a éstas se organizaban períodos de instrucción. Su duración podía variar desde unas semanas hasta varios años. Esta última opción tuvo un ejemplo famoso en la escuela de iniciación establecida en Sierra Leona por la fraternidad de Poro. La educación formal también se impartía en etapas más avanzadas de la vida, como por ejemplo al pasar de un grupo de edad al siguiente o al afiliarse a una nueva fraternidad. También requerían educación formal ciertas funciones especializadas como la caza, la organización del ritual religioso y la práctica de la medicina, dentro de la familia o del clan. Tales prácticas educativas datan todas de los tiempos del comunismo en África, pero prevalecieron en las sociedades feudales y prefeudales más avanzadas, y prosiguieron hasta la víspera del colonialismo.

A medida que el modo de producción fue acercándose al feudalismo en África, nuevas características surgieron también en el sistema educativo. Se produjo por ejemplo, una mayor especialización de la educación formal, ya que el avance tecnológico hacía que fuera creciendo la proporción de ésta respecto a la educación informal. Aparte de actividades como la caza y la religión, la división del trabajo fue haciendo necesaria la creación de gremios donde se pudieran transmitir las técnicas del trabajo del hierro,

el curtido del cuero, la manufactura de tejidos, la alfarería y cerámica, el comercio profesional y otros oficios. Y debido a la importancia que se adjudicaba a las fuerzas militares, también en este campo hubo una educación sistemática, como se ha ilustrado con los casos de Dahomey, de Ruanda y del país zulú. Siempre que las estructuras estatales han contado con clases gobernantes bien definidas, han promovido la utilización de la historia como medio para glorificar a las clases en el poder. Así, en el estado yoruba de Keta en el siglo XIX existió una escuela de historia donde los maestros retacaban las memorias de sus alumnos con la larga lista de los reyes de Keta y los recuentos de sus respectivas hazañas. Ciertamente, el tipo de educación que depende exclusivamente de la memoria tiene serias limitaciones, y fue por ello que los sistemas educativos más avanzados aparecieron en los países africanos donde había surgido la escritura.

A lo largo del Nilo, en el África del Norte, en Etiopía, en el Sudán Occidental y a lo largo de la costa del África Oriental, existieron minorías de africanos que adquirieron una educación letrada, produciéndose así una situación comparable a las de Asia y Europa en períodos anteriores al final del siglo XIX. En África, al igual que en otras partes del mundo, las letras estuvieron relacionadas con la religión, de tal modo que en los países islámicos la educación estuvo ligada con el Corán, tal como la educación en la Etiopía cristiana tuvo como objetivo preciso formar sacerdotes y monjes. La educación musulmana se impartió en forma particularmente extensa en el nivel primario, pero también se impartía en los niveles secundarios y universitarios. Así, en Egipto estaba la Universidad de Al-Azhar, en Marruecos la Universidad de Fez, en Malí la Universidad de Timbuctú. Todas ellas dan testimonio del nivel que alcanzó la educación en África antes de la intrusión colonial.

Los colonialistas no introdujeron la educación a África: lo que introdujeron fue una serie de instituciones de educación formal que en parte complementaron y en parte sustituyeron a las que antes había. El sistema colonial estimuló además valores y prácticas que formaron parte de una nueva educación informal.

El objetivo principal del sistema escolar del colonialismo fue el de capacitar a los africanos para que ocuparan los puestos más bajos de la administración local y para que proveyeran personal a las empresas capitalistas privadas de los europeos. En efecto, ello quiso decir que sirvió para seleccionar a unos cuantos africanos para que participaran en la dominación y la explotación del continente en su conjunto. No fue un sistema educativo que hubiera

crecido del medio africano, ni fue su objetivo el de promover la utilización más racional de los recursos materiales y humanos. No estaba entre sus metas el que los jóvenes sintieran la confianza y el orgullo de pertenecer a las sociedades africanas. Lejos de ello, procuró inculcar una actitud de respeto o deferencia frente a todo lo que fuera europeo y capitalista. La educación en Europa estaba en manos de la clase capitalista, y esa misma tendencia clasista se transfirió mecánicamente a África. Lo que fue aún peor, incluso el racismo y la arrogancia cultural que alimentaba el capitalismo se incluyeron en el paquete de la educación colonial. Así, la escuela colonial fue una fuente de educación para la subordinación, la explotación, la confusión mental y el desarrollo del subdesarrollo.

Durante los primeros cuarenta años de colonialismo difícilmente operó un sistema escolar de tipo europeo. En este período los misioneros se encargaron de abrir escuelas con sus propios objetivos de cristianizar, y no fue sino hasta 1920 que las potencias coloniales realizaron estudios sobre las posibilidades educativas de África. Desde entonces, la educación colonial se tornó sistemática y mesurable, si bien sólo alcanzó sus máximas dimensiones hasta después de la segunda guerra mundial.

La educación colonial fue un conjunto de limitaciones dentro de otro conjunto de limitaciones. La primera limitación práctica era de orden político y financiero, queriendo decir que lo que determinaba los gastos financieros no era la disponibilidad de recursos sino la orientación de la política. Los gobiernos metropolitanos y coloniales argüían que no había dinero suficiente para la educación. Todavía en 1958 la Oficina Colonial británica decía sobre Rhodesia del Norte:

Mientras no se disponga de más dinero para la construcción de escuelas, no puede esperarse un progreso acelerado; y por consiguiente, las posibilidades prácticas de ofrecer una educación primaria completa a todos los niños siguen siendo bastante remotas.

Es sorprendente que, con su inmensa riqueza de cobre, la Rhodesia del Norte no tuviera dinero para educar a los africanos! No se sabe a ciencia cierta si lo que los colonialistas querían era engañar a otros, o si realmente habían logrado engañarse a sí mismos; aunque es probable que la mayor parte de los confundidos colonos blancos de las Rhodesias cayeran en esta última categoría, puesto que de principio a fin argumentaron que como los africanos no pagaban impuestos per cápita tanto como los europeos, no se podía esperar que se les diera educación y otros servicios a

costa de los bolsillos de los mismos colonos blancos. He aquí el error elemental de creer que la riqueza de un país proviene de los impuestos y no de la producción. Fue así como, aunque el suelo africano y el trabajo africano de la Rhodesia del Norte produjeron enormes riquezas, los niños africanos bajo el colonialismo tuvieron muy poco acceso a esas riquezas para su educación.

Como se ha referido antes, la mayor parte del excedente producido en África se exportaba y a la vez, de la pequeña cantidad, que permanecía en África, una proporción minúscula que se quedaba como presupuesto estatal se asignaba a la educación. En todas las colonias, el porcentaje del presupuesto para la educación fue increíblemente bajo, comparado con los de la Europa capitalista. En 1935, del total del ingreso percibido de los impuestos a los africanos en el África Occidental francesa, sólo el 4.03% se asignó a la educación. En la colonia británica de Nigeria, se le asignó sólo el 3.4%. En Kenia, todavía en 1946, se gastaba el 2.26% del ingreso en la educación para los africanos. Aunque en 1960 estos porcentajes se habían duplicado, triplicado o cuadruplicado, seguían siendo insignificantes.

Como resultado de la escasa asignación de recursos, otra limitación fundamental de la educación fue de orden cuantitativo: fueron muy pocos los africanos que asistieron a la escuela. En toda el África Ecuatorial (Chad, República Centroafricana, Gabón y el Congo Brazzaville) había solo 22 000 alumnos inscritos en 1938, cifra que representaba un salto cualitativo respecto a los 5 años precedentes. Ese mismo año, los franceses dieron educación a 77 000 alumnos en toda el África Occidental francesa, con una población de por lo menos 15 millones. Y resulta interesante que en 1945 asistieron 80 000 alumnos a las escuelas islámicas privadas, cifra bastante próxima a la de los alumnos inscritos en escuelas construidas por instrucciones de los franceses. En otras palabras, sólo hasta la etapa final del colonialismo, comenzó el gobierno europeo a crear instituciones educativas en los estados islámicos de antaño, en las que no se inscribieron más niños que en los recintos anteriores de educación formal.

Esporádicamente el gobierno francés otorgó alguna ayuda financiera a las escuelas islámicas coránicas y a las *medresas* o escuelas secundarias islámicas en el África Occidental y del Norte. Pero en general el sistema escolar precolonial fue simplemente ignorado, y comenzó a decaer. En Argelia, las instituciones de enseñanza árabe-islámicas se vieron seriamente afectadas durante las guerras de conquista francesas, mientras otras fueron suprimidas deliberadamente una vez que los franceses tomaron el mando. A

lo largo del África Septentrional francesa, las antiguas universidades islámicas se vieron igualmente afectadas porque el colonialismo las privó de su sustento económico. En éste, como en tantos otros aspectos de la vida africana, deben pesarse los aportes del colonialismo contra lo que detuvo y lo que destruyó, real y potencialmente.

En materia de educación las colonias británicas tendieron a funcionar un tanto mejor que las francesas, debido más a las iniciativas de los misioneros que al gobierno británico. En Ghana, Nigeria y Uganda, la educación colonial alcanzó un nivel bastante más alto que en otras colonias, aunque, por supuesto, sólo en el contexto colonial. En el África Occidental, Sierra Leona tuvo más educación que otras colonias, pues en este país, antes de la segunda guerra mundial iban a la escuela 7 de cada 100 niños, contra 5 de cada 100 en el África Occidental francesa. Esa pequeña ventaja de los británicos en algunas de sus colonias se viene abajo frente a la pobreza de los recursos educativos ofrecidos a los africanos en Kenia, Tangañica, los territorios centroafricanos y la propia Sudáfrica, que durante largo tiempo fue responsabilidad de los ingleses.

Otra limitación del sistema educativo del África colonial, que esconden los promedios estadísticos, es la gran disparidad de oportunidades que privó entre las distintas regiones dentro de una misma colonia. En muchas colonias sólo tenían acceso a la educación los africanos que vivían en las principales ciudades o en sus inmediaciones. Por ejemplo, en Madagascar la mayoría de las escuelas se concentraban en Tananarive, la capital; en Gambia el analfabetismo era alto en todo el país excepto en el pueblo de Bathurst; y en Uganda la región urbanizada de Buganda prácticamente tuvo el monopolio de la educación. En términos generales, la desigualdad de los niveles educativos reflejaba la desigualdad de la explotación económica, y las diferentes proporciones en que las distintas regiones de la colonia ingresaban a la economía monetaria. Por esta razón, los territorios nortños de la Costa de Oro fueron olvidados en el contexto educativo, porque no ofrecían a los colonialistas ningún producto de exportación. En el interior de Tangañica, el mapa que muestra las principales áreas algodoneras y cafetaleras prácticamente coincide con el mapa que muestra las áreas en que llegó a haber educación colonial. Todo esto quería decir que no se ofrecía ni las migajas de la educación a aquellos a quienes los colonialistas no estuviesen en posición de explotar de inmediato.

Mientras más de cerca se examina, o se hace el escrutinio, de

la contribución educativa del colonialismo, aun en términos estrictamente cuantitativos, más se percibe su reducción hasta el absurdo. Se debe considerar, por ejemplo, el porcentaje abrumadoramente alto de "bajas" en el sistema educativo. En los grandes países capitalistas como Estados Unidos ocurren muchas "bajas" en el nivel universitario o superior: en el África colonial las bajas ocurrían en el nivel primario con una frecuencia de hasta el 50%, es decir, por cada alumno que terminaba la primaria otro quedaba fuera del trayecto. Y las bajas ocurrían en las escuelas primarias porque casi no existía ningún otro tipo de escuela —siendo esta carencia de educación secundaria otro más de los tropiezos y bloqueos que ofrecía el sistema educativo.

Los africanos en las escuelas coloniales recibían educación para llegar a niveles de asistentes de oficina y mensajeros. "Demasiada instrucción" habría sido a la vez "peligrosa y superflua" para los oficinistas y mensajeros. Era por eso que la educación secundaria era tan rara, y era por eso que otras formas de educación superior eran inexistentes, a lo largo de la mayor parte del período colonial. Y todo lo que existía estaba destinado a servir principalmente a los no africanos. En fechas ya tan tardías como 1959, todavía Uganda asignaba alrededor de 11 libras esterlinas a cada alumno africano, 38 a cada alumno indio y 186 libras a cada niño europeo —donde la diferencia estribaba en el acceso desigual de los hijos de los capitalistas y de los intermediarios a la educación secundaria. En Kenia la discriminación era aún peor, y la proporción de alumnos europeos inscritos era todavía más alta. En 1960, más de 11 000 niños europeos recibieron educación en Kenia, de ellos 3 000 asistieron a la escuela secundaria. En el territorio de colonos blancos de Argelia, se observaban similares características. Allí, sólo un 20% de los alumnos de secundaria estaba compuesto de "musulmanes", lo que quería decir "argelinos", para diferenciarlos de los europeos. Otras minorías tuvieron similares ventajas con respecto a la población originaria de esta región. Por ejemplo los judíos en el África del Norte y especialmente en Túnez desempeñaron las funciones de intermediarios, y sus hijos recibieron educación hasta los niveles secundarios.

Los países africanos sin una población grande de colonos blancos tuvieron también estructuras educativas racistas en relación con las oportunidades en cualquier nivel. En Senegal, en 1946, la secundaria tenía 723 alumnos, de los cuales 174 eran africanos. Más tarde se fundó una universidad en Dakar (para ofrecer sus servicios a la totalidad del África Occidental francesa) y a pesar de

esto, y ya en vísperas de la independencia en plena década de 1950, más de la mitad de los estudiantes universitarios eran franceses.

A los portugueses no se les ha considerado hasta aquí, porque prácticamente no hubo ningún sistema educativo que se pudiera examinar en sus colonias. Durante muchos años no se produjo ningún tipo de estadísticas en esta área, y cuando se empezaron a publicar hacia el fin del período colonial a menudo fue con cifras infladas. Lo que es innegable es que el niño africano que crecía en los territorios coloniales portugueses tenía una probabilidad en cien de obtener instrucción más allá del segundo o tercer año de primaria. Las escuelas secundarias que se llegaron a abrir eran básicamente para europeos e hindúes, los últimos provenientes principalmente de Goa.* Las potencias coloniales con territorios pequeños en el África colonial eran España e Italia. Como Portugal, iban también a la zaga desde una perspectiva del resto del capitalismo europeo, y proveían a sus súbditos coloniales de diminutas proporciones de educación primaria; no ofrecían educación secundaria.

Bélgica quedaba en una categoría un tanto especial en lo concerniente a la educación colonial. Siendo un país pequeño, tenía sin embargo un desarrollo y una industrialización relativamente avanzados, y regía sobre una de las regiones más ricas de África: es decir, el Congo. Para los niveles que alcanzó la educación colonial, el pueblo congolés y el de la vecina colonia de Ruanda-Urundi llegaron a tener un acceso algo mayor a la educación primaria, pero con la salvedad de que era éste el límite máximo de la escolaridad, que en otros contextos era casi imposible obtener. Esta situación era consecuencia de una política educativa deliberada del gobierno belga y de la Iglesia católica. Se debía "civilizar" gradualmente al "nativo" africano. Darle educación secundaria era en este concepto como darle de comer carne a un infante que debería estar tomando avena. Además, los belgas mostraban tal preocupación por las masas africanas que declaraban que un africano con educación superior ¡sería incapaz de servir a su pueblo! Por todo esto, no fue sino hasta 1948 que una comisión belga recomendó la introducción de escuelas secundarias para los africanos en los territorios coloniales. No sorprende pues, en absoluto, que para las fechas en que el Congo recuperó su independencia, sólo tenía 16 alumnos graduados de una población de más de 13 millones.

Los pedagogos a menudo invocan la "pirámide educativa", que comprende la educación primaria como base, seguida hacia arriba

* Pequeña colonia portuguesa en el occidente de la India [T.]

por la secundaria, las escuelas de entrenamiento magisterial, las instituciones técnicas más altas y la Universidad —siendo esta última tan pequeña que podría representarse como un punto en la cúspide de la pirámide. A lo largo y ancho del continente africano, la base de la escuela primaria fue estrecha, pero una vez hacia arriba la pirámide tenía un rápido hundimiento cuando no un franco vacío, porque eran muy pocos los alumnos de educación primaria que podían continuar más allá de ese nivel. Sólo en algunas colonias británicas llegaba a completarse realmente dicha estructura piramidal, con cierta proporción de educación superior y universitaria. El África Occidental tenía los colegios de Achimota y de Yaba, además del de la Bahía de Fourah que llegaba al nivel universitario. Asimismo, hacia fines de la era colonial se crearon las universidades de Ibadan y de Ghana. En el Sudán, se encontraba el Colegio Gordon, que más tarde evolucionó para formar la Universidad de Jartum, y en el África Oriental, la Universidad de Makerere.

En Rhodesia del Sur, los datos siguientes para 1958 podrían emplearse para ilustrar la pirámide educativa de un país que no favorecía mucho a los africanos. La inscripción total al jardín de niños era de 227 000. En las escuelas primarias ingresaban 77 000 niños al primer año, y 10 000 llegaban al cuarto. La educación secundaria se iniciaba con 3 000 alumnos, de los cuales sólo 13 alcanzaban el duodécimo año (cuarto de bachillerato). En la misma fecha (1958) no hubo ningún alumno africano que se titulara en el Colegio Universitario recién abierto, pero para 1960 hubo tres.

La última palabra sobre la cantidad de educación que Europa dedicó a África la dan las estadísticas del principio del mandato de los nuevos estados africanos. Algunos autores han calculado un índice estadístico sobre la educación, con el cual se da una jerarquía del 0 al 100 a los recursos educativos del mundo que cubre desde las naciones más pobres hasta las más avanzadas. Con este índice, la mayor parte de los países africanos caen en categorías por abajo del 10. Los países explotadores desarrollados y los estados socialistas llegan a menudo por arriba del 80. Una publicación de la UNESCO sobre la educación en el *África negra independiente* afirmaba lo siguiente:

De esta población (de alrededor de 170 millones) algo más de 25 millones están en edad escolar, y de éstos, 13 millones no tienen la oportunidad de ir a la escuela —y de los 12 millones de “privilegiados” restantes, menos de la mitad termina la instrucción primaria. Sólo 3 de

cada 100 niños llegan a ver el interior de una escuela secundaria, mientras menos de dos por cada mil tienen acceso a cierta forma de educación superior en la misma África. La tasa total estimada de analfabetismo, de entre 80 y 85%, es casi el doble de la cifra correspondiente promedio para el mundo.

Los blancos imperialistas utilizaban la evidencia anterior para mofarse de los “nativos analfabetas”, argumentando también que el analfabetismo era parte del “círculo vicioso de la pobreza”. Y sin embargo, era esta misma gente la que se jactaba orgulosamente de haber educado a África. Es difícil entender cómo pretendían ver este problema en ambos sentidos. Que el África independiente en la actualidad carezca todavía de los beneficios de la educación superior (como es el caso de manera muy patente), no exige un esfuerzo desmesurado para comprender que, sin lugar a duda, algo tuvieron que ver con esta situación 75 años de explotación colonial; situación que se vuelve más absurda aún al considerar todo lo que África produjo en este período, y todo lo que se destinó para desarrollar los múltiples aspectos de la sociedad capitalista de Europa, incluyendo sus instituciones educativas. Era así como Cecil Rhodes se podía permitir dejar el legado de pródigas becas para estudiantes blancos, con el objeto de que fueran a estudiar a la Universidad de Oxford: atesorando la fortuna obtenida explotando a África y a los africanos.

Los africanos que llegaron a tener acceso a la educación, enfrentaron ciertos problemas cualitativos: la calidad de la educación en África era baja al compararla con los niveles que tenía la educación en Europa. Los libros, los métodos de enseñanza y la disciplina, se trajeron a África en el siglo XIX; y en su conjunto, las escuelas coloniales permanecieron en una sublime indiferencia al llegar el siglo XX. Las nuevas ideas que se difundían para entonces por las metrópolis nunca llegaron a las colonias. Particularmente los extraordinarios cambios que ocurrieron en la ciencia no alcanzaron los salones de clase africanos, pues había muy pocos recintos donde se impartieran materias científicas. De manera similar, la evolución de la educación técnica superior en Europa no tuvo ninguna contrapartida en el África colonial.

Había toda una serie de situaciones absurdas en el proceso mediante el cual se trasplantó la versión de la educación de los europeos a África. En la botánica, los niños bembas mencionados previamente no tenían ningún problema de instrucción relacionado con el mundo vegetal que les era familiar. Pero se les orientaba en

cambio hacia el estudio de las flores europeas. Así reconocía hace algunos años lo siguiente, el Dr. Kofi Busia: *

Al término de mi primer año en la escuela secundaria (de Mfantipim, Costa del Cabo, Ghana) retorné a mi casa en Wenchi durante las vacaciones de Navidad. No había vuelto en cuatro años, y en aquella visita me percaté dolorosamente de mi aislamiento. Ahora entendía mi comunidad mucho menos que otros niños de mi edad que no habían ido nunca a la escuela. Con el paso de los años, yendo al colegio y a la Universidad, me fui dando cuenta progresivamente de que la educación que recibía me iba instruyendo cada vez más sobre Europa, y cada vez menos sobre mi propia sociedad.

Y con el paso de los años, Busia habría de tener realmente tan poco conocimiento de la sociedad africana, que llegó a proponer que los países africanos independientes "dialogaran" con la minoría blanca racista y fascista de Sudáfrica que mantiene el *apartheid* en ese país.

Algunas de las contradicciones entre el contenido de la educación colonial y la realidad de África eran realmente incongruentes. En una tórrida tarde en alguna escuela tropical africana, un salón de negros y brillantes rostros escucharía en su lección de geografía el tema de las estaciones del año —primavera, verano, otoño e invierno. Aprenderían lo que eran los Alpes y el río Rhin, sin saber nada sobre los montes Atlas del norte de África o sobre el río Zambezi. De encontrarse estos alumnos en una colonia británica, indefectiblemente escribirían en sus cuadernos "Nosotros derrotamos a la Armada Española en 1588", fecha para la cual Hawkins se dedicaba al rapto de los africanos y en que lo hacía caballero la reina Isabel I por esos mismos actos. Si se encontraban en una colonia francesa, aprenderían que "los galos, nuestros antepasados, tenían ojos azules", y tendrían la convicción de que "Napoleón fue nuestro más grande general" —el mismo Napoleón que reinstauró la esclavitud en la isla caribeña de Guadalupe, y que no pudo hacer lo mismo en Haití porque sus fuerzas fueron derrotadas por un estratega y un táctico más grande, el africano, Toussaint L'Ouverture.**

Hasta cierto punto, fue de manera inconsciente que los euro-

* Dirigente burgués del Partido del Progreso (*Progress Party*), luego (*United Party*), opositor de Nkrumah durante el movimiento de independencia de Ghana que culmina en 1957 [r.]

** Libertador de Haití. Declara la independencia en 1801, y promulga una Constitución, tras expulsar a ingleses y españoles y rechazar la invasión francesa [r.]

peos aplicaron su currículum sin hacer referencia a las condiciones africanas; pero con mayor frecuencia lo hicieron deliberadamente, con la intención de confundir y mistificar. Así en una fecha ya tan próxima como 1949, todavía un funcionario principal de la educación en Tangañica detallaba cuidadosamente cómo debía bombardearse a los africanos en las escuelas de esa colonia con la propaganda de la familia real británica, con el siguiente comunicado: "El tema del rey [inglés] como padre debe reforzarse en toda la extensión del programa de estudios, y debe mencionarse en cada lección." Más adelante apremiaba al magisterio a que mostrara gran número de retratos de la princesa inglesa con sus jacas o *ponies* en Sandringham y en el castillo de Windsor.

Lo poco que se estudiaba sobre el pasado africano en las escuelas coloniales era sobre las actividades de los europeos en África. Esta tendencia se ha revertido actualmente de tal manera que permite ya a las nuevas generaciones de alumnos africanos sonreír ante la idea de que los europeos "descubrieron" el monte Kenia, el río Níger, etc. Pero en la era colonial, lo paradójico era tener la suerte de contarse entre los "malcriados", porque la evasión de ese sistema en el seno de una estructura creada por los capitalistas europeos dentro de África y para África, era un medio para el avance personal.

Los franceses, portugueses y belgas, dejaron claro que la educación en cualquier nivel estaba diseñada "para civilizar a los nativos africanos"; y por supuesto que sólo los nativos civilizados podían aspirar a un empleo que valiera la pena, o al reconocimiento de los colonialistas. De acuerdo con los franceses, el africano, una vez recibida la educación francesa, tenía la oportunidad de convertirse en un *assimilé* —aquel que podría asimilarse o incorporarse a la cultura francesa superior. Los portugueses usaron la palabra *assimilado*; que significaba exactamente lo mismo; y la ley colonial portuguesa establecía una clara demarcación entre el nativo y el *assimilado*. Este último también se llamaba a veces el *civilizado*, porque podía leer y escribir en portugués. Y a este tipo de africano se le premiaba con ciertos privilegios. Al mismo tiempo, una gran ironía era que en Portugal, hasta 1960, cerca de la mitad de la población era analfabeta, y por lo tanto, de habérsela sometido a la misma prueba se habría catalogado ¡como incivilizada! Entre tanto, los belgas se pavoneaban con el mismo sistema. Llamaban a sus "bantúes educados" en el Congo los *evolúes* (los que habían evolucionado del salvajismo a la civilización gracias a los belgas).

De alguna forma, los ingleses evitaron la distinción legal inmediata entre africanos educados y no educados, pero promovieron

la imitación cultural con el mismo entusiasmo. El gobernador Camerón de Tangañica tenía la fama de ser un gobernador "progresista", en la década de 1920. Pero cuando se le criticó por querer preservar la personalidad africana en el sistema educativo, rechazó la crítica declarando que su intención era que el africano cesara de pensar como africano y pasara a ser en cambio "un preclaro pensador inglés". En Malawi, a los estudiantes egresados de los colegios de misioneros de Livingstonia se les conocía como los escoceses negros, por la dedicación que les ponían los misioneros procedentes de Escocia. En Sierra Leona, la influencia cultural del blanco se remonta al siglo XVIII, y en este país los criollos sierraleoneses se distinguían ya como algo distinto entre los mismos africanos premiados con la deficiente educación colonial. Los criollos no se contentaban con usar un nombre propio europeo, ni siquiera con un apellido europeo; tenían que escoger dos apellidos europeos y presentarlos unidos con un guión. Sin duda, en la práctica, esa educación con todos sus valores deformados significaba para el puñado de individuos que la recibían una oportunidad que el colonialismo reservaba para los africanos, ya en la burocracia estatal o en empleos en las compañías capitalistas privadas.

Durante la época colonial y aun después, la crítica se colocó en su justo nivel al acusar al sistema educativo colonialista por su incapacidad para producir más alumnos de escuelas secundarias y más egresados universitarios. Y sin embargo, se puede afirmar que era entre esos mismos individuos que gozaban de la mayor parte de la educación que se podía encontrar justamente a los africanos más enajenados del continente. Eran éstos los que evolucionaban y efectivamente se asimilaban. En cada nueva etapa de su educación, recibían todo su embate y sucumbían ante los valores del sistema capitalista blanco; y, más tarde, al empezar a percibir un salario, podían permitirse mantener un estilo de vida importado del exterior. Así la mesa de cuchillos y tenedores, los trajes de tres piezas y los pianos para sala fueron transformando su mentalidad. Hubo un famoso caribeño calipsoniano que al satirizar sus días de vida escolar en la colonia, insistió en que de haber sido un estudiante brillante habría aprendido más, pero se hubiera transformado en un tonto. Desgraciadamente, el sistema colonial educó demasiados tontos y bufones, fascinados por los ideales y el modo de vida de la clase capitalista europea. Algunos llegaban al extremo de mostrar un extrañamiento absoluto de las condiciones africanas, y de la forma de vida de África, y como Blaise Diagne del Senegal chirriaban de gozo al decir que eran "europeos" y que lo serían siempre.

No se puede escapar de la conclusión que esbozó el pedagogo

africano Abdou Moumuni, de que... "la educación colonial corrompió el pensamiento y la sensibilidad del africano y los remplazó con una serie de complejos anormales". De esto seguía, por ende, que los individuos europeizados serían en la misma medida, des-africanizados, como resultado del impacto de la educación colonial y del mismo ambiente o atmósfera de la vida bajo el colonialismo. Muchos son los ejemplos que se descubren en el África de hoy sobre ese gran insulto que recibieron los diversos aspectos de la cultura africana bajo el colonialismo, todos provenientes del imperalismo cultural y del racismo blanco. Lo que rara vez recibe comentario es el hecho de que muchos africanos fueron víctimas del fascismo a manos de los portugueses y de los españoles; víctimas de los italianos y de los franceses del régimen de Vichy durante un período corto, entre finales de la década de 1930 y principios de la de 1940; y víctimas de los ingleses y los boers sudafricanos todo a lo largo del presente siglo. Las potencias coloniales fascistas eran estados capitalistas atrasados, donde la maquinaria policiaca gubernamental se coludía con la Iglesia católica y los capitalistas para reprimir a los trabajadores y campesinos portugueses y españoles y mantenerlos sumidos en la ignorancia. Se podía entender por ello que los colonialistas fascistas quisiesen hacer lo mismo con el pueblo trabajador de África, y que además descargaran todo su racismo contra los africanos, tal como Hitler lo había hecho contra los judíos.

Como el resto de las administraciones coloniales, el régimen italiano en Libia despreció la cultura de África. Pero, sobre esto, cuando Mussolini el fascista ascendió al poder, el desprecio dio paso a la hostilidad activa, especialmente con respecto al lenguaje árabe y la religión musulmana. Igualmente tanto portugueses como españoles mostraron siempre desprecio por las lenguas y las religiones de África. Los jardines de niños y las escuelas primarias para los africanos en las colonias portuguesas no fueron otra cosa que agencias de diseminación del lenguaje portugués. La Iglesia católica controlaba la mayor parte de las escuelas, como reflejo de la unidad e identificación de la Iglesia y el Estado en el Portugal fascista. En la poco conocida colonia de Guinea (Río Muni) la escasa educación impartida a los africanos se basaba en la eliminación del uso de los lenguajes locales por los alumnos y en la instilación en sus espíritus del "sagrado temor a Dios". Tales escuelas en el África colonial a menudo recibieron la bendición y el bautizo con los nombres de los santos, cuando no con los nombres de los amos, explotadores y gobernadores de la potencia colonial. En la Guinea española dicha práctica se llevó a cabo de forma que los niños de

Río Muni tenían que pasar por la escuela de José Antonio —el equivalente de haberla llamado escuela de Adolfo Hitler si la región hubiera sido alemana, pues José Antonio no era otro que el fundador del Partido Fascista español.

Otro aspecto de las tendencias de la educación y la cultura coloniales que requiere mayor estudio es la forma en que el racismo y el desprecio europeo por la cultura africana se expresaron no sólo mediante la hostilidad hacia la misma, sino a través del paternalismo y la elegía de aspectos estáticos y negativos de la sociedad. Había muchos colonialistas dispuestos a preservar a perpetuidad varios aspectos culturales africanos siempre y cuando les parecieran raros o intrigantes. Lo único que lograban tales individuos era de hecho segmentar la cultura africana y separarla de los beneficios potenciales del mundo internacional. Un ejemplo excelente de este tipo de maniobra fue la que urdió Albert Schweitzer en el Gabón: en esta colonia se hizo cargo de un inmundo hospital donde se paseaban perros, gatos, cabras, y gallinas, con la pretensión de hacerlo encajar en la cultura y el medio africanos.

Y ya tan tarde como 1959, todavía un amigo y colega de Albert Schweitzer defendía su séptico hospital de la siguiente manera:

Ahora, respecto a los animales domésticos en el hospital. A la gente le ha alarmado la promiscuidad con que se mezclan los animales y los pacientes, lo que aunque tal vez no siempre puede defenderse en cuanto al aspecto de la higiene, sí da mucho mayor encanto al lugar.

El autor de estas líneas era un cirujano dentista de Nueva York, al que obviamente le habría dado un ataque de haberse encontrado una cabra o una gallina en su consultorio neoyorkino. Sabía perfectamente que en el hospital de Schweitzer "las cabras, los perros y gatos que visitaban los pabellones del hospital eran portadores de vida microbiana de las variedades más horripilantes", pero defendía su habitación con los africanos porque ello era parte de la cultura y el encanto que debía preservarse!

En la esfera de la educación, los belgas implementaron una política del lenguaje que convencería a algunos nacionalistas contemporáneos, pero insistiendo que la educación primaria debía llevarse a cabo en una de las cinco lenguas principales del territorio. Sin embargo, en la práctica, lo que hacían era aislar y separar a los que habían recibido otra educación del mundo más amplio del conocimiento, puesto que los misioneros sólo habían traducido a los idiomas locales lo que consideraron conveniente. En Sudáfrica, la política de burla de la cultura africana alcanzó su expresión

máxima, con el notable Edicto de Educación Bantú de 1953, cuyo cometido era promover las diferencias entre zulúes, shotos, xhosas, vendas, etc. —diferencias procedentes de una etapa anterior del desarrollo, que no hubieran trascendido de no haber intervenido los europeos, o aun, de no haberse tomado todas las medidas imaginables para mantener con vida las entidades "tribales" anacrónicas, durante el gobierno de los blancos.

No todos los educadores y administradores coloniales adoptaron conscientemente la posición de que se debía educar a los africanos lo mejor posible para esclavizarlos. Por el contrario, la mayor parte creyó que le estaban haciendo un gran favor al pueblo de África; y hubo unos cuantos que llegaron a tal grado de inspiración que concibieron que había sitio suficiente incluso para diseñar un programa escolar menos divorciado de la realidad africana. En 1928, hasta el ministro de Educación francés se sorprendió al saber que a los niños africanos se les enseñaba que los galos, sus antepasados, tenían ojos azules. A partir de la década de 1920, tanto Inglaterra como Francia produjeron educadores coloniales y comisiones de educación que urgían dar mayor aplicabilidad a los programas docentes de África. También presentaron propuestas sugiriendo el uso de las lenguas locales en las escuelas primarias; más educación para las niñas, y un alto a la orientación no manual o de "cuello blanco" de los programas escolares. Sin embargo, la aparente fachada progresista de tales recomendaciones no podía cambiar el hecho de que la educación colonial era un instrumento al servicio de la clase capitalista europea para su explotación de África. Independientemente de lo que pensaran o hicieran los educadores coloniales, no se podía cambiar ese hecho fundamental.

Recomendar que las niñas africanas asistieran a la escuela era algo más que una política educativa. Tenía tremendas implicaciones sociales, y suponía que la sociedad podría ofrecer un empleo útil a la mujer que educaba. Pero la misma sociedad capitalista metropolitana había fallado en liberar a la mujer de esta forma, y en ofrecerle iguales oportunidades educativas y brindarle empleos de responsabilidad con salarios equivalentes a los del hombre. Siendo tal el caso, no eran más que buenos deseos el pensar que el sistema educativo colonial podría tener algún interés serio o real en la mujer africana, especialmente porque los colonialistas se habrían visto obligados a transformar la conciencia sobre este asunto, que además era característico de las sociedades feudales y prefeudales. En ningún país la economía de los cultivos comerciales y de la exportación de minerales básicos tomó medidas para incorporar a la mujer instruida. Al igual que en las metrópolis

capitalistas, se daba por sentado que los trabajadores del Estado tenían que ser hombres. Por lo tanto, el sector de empleo tan extremadamente limitado de las colonias nada tenía que ofrecer a las mujeres que entraran al sistema educativo, y la educación moderna siguió siendo un lujo con el que muy pocas mujeres africanas hicieron contacto.

Otra recomendación progresista de ciertos educadores coloniales fue la de estimular la preparación en las áreas agrícola y técnica. Empero, la auténtica educación técnica fue excluida, porque el propósito fundamental de la economía colonial no permitía el desarrollo de la industria y de la instrucción técnica dentro de África. Sólo en casos excepcionales, como en el Congo, llegó a aparecer la necesidad objetiva de dar entrenamiento técnico a los africanos. En las últimas etapas de la era colonial la explotación minera se había desarrollado hasta alcanzar un punto en el que surgió la necesidad práctica de entrenar trabajadores con conocimientos técnicos rudimentarios en gran escala, a partir de la población local. Unos cuantos katangueses, y otros congoleños de otras provincias recibieron también un entrenamiento equivalente al nivel secundario. Y lo que fue aún más significativo es que en tales casos fueron las compañías privadas las que tomaron la iniciativa ya que sus ganancias estaban de por medio, y así las escuelas técnicas aparecieron como una extensión del proceso productivo. No obstante, en la gran generalidad de los casos, prácticamente para cualquier trabajo que requiriera calificación dentro del área restringida de la minería y de la industria de África, se importaban europeos.

La agricultura no se llevaba a cabo como una industria científica, como ocurría en Escandinavia y en Nueva Zelanda, donde los blancos podían dedicarse al cultivo intensivo con los subsidios del capitalismo. Como se dijo anteriormente la producción de cultivos comerciales en África tuvo como estímulo dos ahorros: primero, el mínimo gasto en inversión de los europeos; y segundo, la ausencia de una introducción de tecnología. Por lo tanto, cuando los consejeros de los programas educativos recomendaron una educación agrícola que tuviera sentido para las condiciones africanas, no se introdujo ningún nuevo aditamento al conocimiento de la población. En muchas escuelas coloniales, la agricultura se convirtió en un simulacro de materia. Era otro soporífero del sistema. Los maestros no recibían ninguna educación específica sobre este tema, y no podían, por ende, transmitir nada que tuviera un valor científico. Los niños no adquirían sino disgusto por el trabajo pesado de la *shamba*, que además se empleaba como una forma de castigo.

Las primeras comisiones educativas también habían asignado alta prioridad al sabor religioso y moral de la educación —algo que estaba desapareciendo en la propia Europa. Obviamente, el papel de la Iglesia católica en la educación requiere de una atención especial. Los misioneros cristianos eran parte integral de las fuerzas colonialistas tanto como los exploradores, los comerciantes y los soldados. Puede argüirse que en algunos casos introdujeron en una colonia fuerzas de otras potencias coloniales; pero lo que es indudable es que los misioneros fueron en la práctica agentes del colonialismo, independientemente de que se vieran a sí mismos como tales o lo negaran. El aventurero imperialista, sir Henry Johnston, no gustaba de los misioneros, pero no dejaba de reconocer que "cada misión establecida es un ejercicio de colonización".

En Europa, la Iglesia llevaba ya largo tiempo monopolizando la educación pues su monopolio duró desde los tiempos feudales hasta la misma era capitalista. Hacia el siglo XIX la situación empezó a sufrir cambios en varios países europeos, pero en lo que se refiriera a los colonizadores europeos, se concedió entera libertad a la Iglesia para que manejara el sistema educativo de África. Así, los logros y fracasos de la educación deben atribuirse en gran medida a la Iglesia.

Dentro y fuera de las instituciones de la Iglesia y de la educación, el personal religioso fue el instrumento para la imposición de los valores durante el período colonial. La Iglesia impartía una ética en las relaciones humanas que reclamaba la conducta más recta de los africanos, de la misma manera que lo había hecho con los europeos. Por supuesto que había una enorme brecha entre la conducta de los europeos y los principios cristianos con que se les relacionaba; y, por parte de los africanos, también era cierto que sus motivos para afiliarse al cristianismo a menudo no tenían nada que ver con el cometido de la religión. En efecto, la Iglesia, como fuente de educación, probablemente tuvo un mayor atractivo para muchos conversos que como dispensador de religión.

Todo lo que la Iglesia impartió en las distintas áreas debe considerarse una contribución a la educación formal e informal del África colonial, y sus enseñanzas deberán colocarse dentro de su contexto social. El papel de la Iglesia fue primordialmente el de preservar las relaciones sociales del colonialismo, como extensión del mismo proceso que había preservado las relaciones sociales del capitalismo en Europa. Por lo tanto, la Iglesia cristiana insistió siempre en cultivar la humildad, la docilidad y la aceptación. Desde la época de la esclavitud en el Caribe, la Iglesia fue traída con la condición de que no exaltara a los africanos con doctrinas de

igualdad ante Dios. En aquellos días se enseñaba a los esclavos a cantar que todas las cosas eran claras y bellas, y que debían aceptarse como la obra de Dios tanto al amo esclavista en su castillo como al esclavo en su barraca miserable, que trabajaba 20 horas diarias bajo el látigo. De manera similar, en el África colonial uno podía tener la seguridad de que las iglesias se dedicarían a predicar que era necesario ofrecer la otra mejilla a la explotación, y que plasmarían en los hogares la misiva de que todo sería mejor en el mundo venidero. Sólo la Iglesia Reformada holandesa de Sudáfrica fue abiertamente racista, pero las otras lo fueron igualmente en el sentido de que los europeos que las constituían no eran distintos de otros blancos embebidos con el racismo y el imperialismo cultural, a raíz de la influencia de los siglos anteriores de contacto entre los europeos y el resto del mundo.

Al servir al colonialismo, la Iglesia adoptó a menudo el papel de árbitro de lo que debía considerarse culturalmente correcto. Las creencias ancestrales de los africanos se equiparaban con el diablo (que de cualquier modo era negro) y habría de pasar mucho tiempo para que algunos religiosos europeos aceptaran que el cuerpo predominante de creencias africanas configuraba una religión, en vez de brujería y magia. Sin embargo, en su hostilidad hacia las manifestaciones culturales y religiosas africanas, la Iglesia cristiana sí llegó a llevar a cabo ciertas tareas progresistas. Los misioneros europeos se opusieron a prácticas como el sacrificio de los mellizos y al juicio por resistencia del individuo al castigo, que eran reflejo de ideas supersticiosas cuyas raíces se perdían en las etapas primarias del desarrollo africano, épocas en que no se podía explicar científicamente el nacimiento de los mellizos lo que generaba por lo tanto el temor religioso.

Debe anotarse que en el África Occidental, mucho antes de la expoliación colonialista, muchos desterrados de la sociedad e individuos que fueron objeto de los prejuicios religiosos y sociales, fueron los primeros en convertirse a la Iglesia cristiana. Lo que apoyaba una parte de la sociedad lo rechazaba otra, y gracias a ello durante el presente siglo la Iglesia estimuló gran oposición. Así se atacó a algunas costumbres africanas predominantes, como la poligamia, sin hacer referencia a su función socioeconómica. Sobre el problema de la poligamia lo que los misioneros europeos fueron introduciendo no fueron principios religiosos sino más correctamente distintas facetas culturales de la sociedad europea bajo el capitalismo. Para que su propaganda tuviese éxito, los europeos tenían que forzar la transformación del patrón de vida de la familia extendida de las sociedades africanas. Esto ocurría muy lentamente, y entre tanto,

muchos africanos aceptaron los aspectos religiosos pero siguieron rechazando sus apéndices culturales y a los mismos misioneros europeos.

Mucho se ha escrito sobre el movimiento en el África colonial conocido como la Iglesia independiente. Fue una tendencia dentro de la cual participaron miles de cristianos, en un rompimiento con las iglesias europeas (especialmente protestantes) con el establecimiento de sus propios lugares de culto bajo un liderazgo africano cristiano. Los motivos que los impulsaron fueron diversos. Algunas iglesias independientes fueron fuertemente nacionalistas, como la que se estableció en Nyasalandia (hoy Malawi) en 1917, fundada por John Chilembwe a raíz del levantamiento armado que él mismo dirigió. Otras se desarrollaron como respuesta a las aspiraciones de algunos africanos que, como los sacerdotes y pastores, se oponían a la discriminación a que los sometían los misioneros blancos. Un factor que siempre estuvo presente fue el desagrado hacia la forma en que los europeos forzaban a los africanos a identificarse como europeos. Así, en su revuelta contra este concepto, una Iglesia independiente en la tierra zulú preguntaba a la población local: "¿Sois judíos o zulúes? ¿Acaso estuvisteis presentes en la crucifixión del Señor?" No obstante efectivamente muchos africanos llegaron a aceptar el principio deshumanizante de la enajenación de sí mismos. La identificación del africano con el europeo (fuera plebeyo o judío) era el pilar de la educación no formal de la época colonial.

En un último análisis, tal vez el principio más importante de la educación colonial fue el del individualismo capitalista. Como tantos otros aspectos de la superestructura de creencias de la sociedad, éste tuvo matices tanto negativos como positivos, contemplado desde una perspectiva histórica. La burguesía europea planteaba una posición progresista al defender al individuo del control excesivo del padre dentro de la familia; y al oponerse al control colectivo de la Iglesia y de la sociedad feudal. Sin embargo, de allí el sistema capitalista pasó a la exaltación y la defensa de los derechos de los propietarios individuales contra los derechos de la masa de trabajadores y campesinos explotados. Cuando el capitalismo hizo sentir su impacto en el África colonial, la idea del individualismo se encontraba ya en su fase reaccionaria. No servía más para la liberación de la mayoría sino todo lo contrario, para el esclavizamiento de esa mayoría en beneficio de unos cuantos.

Al aplicarse el individualismo a la tierra, ello significó que los conceptos de la propiedad privada y de la transferencia de tie-

rra mediante su venta se difundieron y se volvieron algo común en ciertas regiones del continente. Aun más difusión tuvo el concepto de que el trabajo individual daría sus frutos a la persona en cuestión, pero no a algo más grande y colectivo como el clan y el grupo étnico. Así, la práctica del trabajo colectivo y de la distribución social equitativa fueron dando paso a las tendencias a la acumulación. Superficialmente parecía que el individualismo traía el progreso. Algunos individuos poseían grandes *shambas* de café, cacao y algodón, mientras otros alcanzaban cierta prominencia en la administración colonial a través de la educación. Como individuos, habían mejorado sin lugar a duda, y se convirtieron en modelos de éxito dentro de la sociedad. Cualquier modelo de éxito es un modelo educativo que dirige el pensamiento y la acción de jóvenes y viejos en el medio social. En la realidad, el modelo de éxito personal bajo el colonialismo fue un modelo para la desintegración y el subdesarrollo de la sociedad africana tomada en su conjunto.

Un mito muy pregonado por el pensamiento capitalista es el del individuo que mediante la iniciativa y el trabajo duro puede llegar a convertirse en un capitalista. En Estados Unidos es común la referencia a individuos como John D. Rockefeller, que se elevaron "de los harapos a la riqueza". Para completar la moraleja de la historia del éxito de Rockefeller, sería necesario llenar los detalles de todos los millones de individuos que tuvieron que ser explotados para que uno solo se convirtiera en multimillonario. La adquisición de la riqueza no se debe al trabajo duro, pues si no, los africanos que trabajaron como esclavos en América continental y el Caribe habrían sido el grupo más opulento del planeta. El individualismo del capitalista debe verse contra el fondo del trabajo duro y sin recompensa de las masas.

La idea del individualismo fue más destructiva en el África colonial que en la sociedad capitalista metropolitana. En ésta, puede decirse al menos que el ascenso de una clase burguesa indirectamente benefició a los trabajadores, al promover la tecnología y aumentar los niveles de vida. Pero en África el colonialismo no trajo tales beneficios —meramente intensificó la explotación del trabajo africano y continuó con la exportación del excedente. En Europa, el individualismo condujo a los actos emprendedores y aventureros que fueron la punta de lanza de la conquista europea del resto del mundo. En África, tanto el sistema de la escuela formal como el sistema de valores informal del colonialismo destruyeron la solidaridad social y fomentaron la peor forma de

enajenación individual, carente de responsabilidad social. Ello retardó el proceso político con el cual la sociedad africana trataría de recuperar su independencia.

Hasta este punto se ha sostenido reiteradamente que las raíces del desarrollo se encuentran en el medio material; en las técnicas de la producción y en las relaciones que se derivan del trabajo de la población. Existe por contraste lo que se conoce como las "teorías conspiratorias de la historia", que atribuyen los eventos de la historia de épocas enteras a la acción de la maquinación secreta de uno u otro grupo. No se recomienda tal enfoque para el análisis de las relaciones entre África y Europa. Empero, en lo concerniente a la política educativa del colonialismo, uno llega a identificar los elementos de una planificación consciente por un grupo de europeos para controlar el destino de millones de africanos durante un lapso considerable de la historia que se extiende hasta el futuro. La planificación de la educación colonial para subyugar a África se evidenció de manera más aparente entre los franceses, porque los políticos y administradores de Francia tenían la costumbre de expresar abiertamente sus puntos de vista sobre África. Por lo tanto, deben citarse aquí las mismas palabras de los colonialistas franceses para ilustrar cómo el sistema educativo colonial intentó no dejar un solo asunto político al azar, sino que conscientemente llevó a cabo políticas hostiles a la recuperación de la libertad de los pueblos africanos.

A partir del período de la contienda imperialista por África, los dirigentes franceses se percataron de la necesidad imperiosa de iniciar algunas escuelas en las regiones de África que Francia reclamaba, de tal forma que el lenguaje y la cultura francesas pudieran granjearse la aceptación de algunos africanos, que en adelante se identificarían con Francia en vez de con Inglaterra, Portugal u otros rivales europeos. Esto era especialmente cierto en las zonas fronterizas en disputa. Así, un ministro francés, Eugène Étienne, declaró que la divulgación de la lengua francesa era necesaria "como una medida de defensa nacional". Incluso, en 1884, se estableció la Alliance Française como instrumento del imperialismo de la educación y la cultura, reconocido y subsidiado por el gobierno francés. Los informes de la Alliance Française demuestran claramente que se concebían a sí mismos como un brazo del imperialismo francés, en su pugna por atrincherar a Francia en lugar seguro. Por ejemplo, a fines del siglo XIX la Alliance Française emitía el siguiente comunicado sobre las escuelas francesas de la Alta Guinea:

Deben combatir la redoblada influencia de las escuelas inglesas de Sierra Leona en esta región. La pugna entre las dos lenguas se torna más intensa mientras uno se mueve más al sur, invadido por los nativos ingleses y sus pastores metodistas.

Como se ha visto previamente en el caso de Portugal y España, la difusión del lenguaje de la potencia colonizadora europea se consideraba de la máxima importancia. Bélgica, por otro lado, estimulaba los lenguajes locales como medio de división y de retraso. Solo en Tangañica, bajo el gobierno alemán, hubo una reacción favorable a las potencialidades del swahili como lenguaje para la enseñanza, pues ya se había diseminado mediante el comercio, las relaciones políticas y los contactos personales.

Aparte del lenguaje, el pilar del imperialismo cultural en la mayor parte de las colonias fue la religión. En las colonias francesas, la Iglesia no llegó nunca a desempeñar un papel tan importante como en otras partes colonizadas por países predominantemente católicos; y por otra parte las Iglesias protestantes en las colonias británicas tuvieron una función mucho más vital que la Iglesia en el África francesa. La explicación, era que la Revolución burguesa en Francia en el siglo XVIII fue mucho más intensamente anticlerical que cualquier otra revolución burguesa, y que la Iglesia católica fue separada por completo del gobierno francés en 1905, tras muchos años de malas relaciones. No obstante, cuando los franceses vieron cómo las escuelas de misioneros ayudaban a Inglaterra a afianzar su expoliación de África, el gobierno francés pidió ayuda a su propia Iglesia católica, para asegurar sus intereses nacionales.

Desde la perspectiva de los colonizadores, una vez que se habían asegurado firmemente las fronteras de la colonia, el problema que restaba era asegurarse la complacencia con las políticas que favorecerían a las metrópolis. Había siempre el recurso de la fuerza para lograr este objetivo, pero era preferible dejar todo uso de la fuerza bruta como reserva, en vez de emplearla para todos los asuntos cotidianos. Sólo la educación podía sentar las bases para un funcionamiento armónico de la administración colonial. Ello en primer lugar, porque existía el problema elemental de la comunicación de los europeos con los africanos. Los europeos empleaban la mayoría de las veces traductores para transmitir sus órdenes, pero era bien sabido que los traductores africanos aprovechaban la oportunidad para promoverse, y para modificar o aun sabotear dichas instrucciones. Había un decir en el África colonial francesa de que "traducir es igual que traicio-

nar", y la única forma de evitar tal cosa era enseñarle francés a la masa.

También estaba el aspecto práctico de educar a los africanos para hacerlos mejores trabajadores, tal como en Europa los obreros recibieron educación para que pudieran ser más eficientes y produjeran más excedentes para los capitalistas. En el África colonial la burguesía europea cobró conciencia de que algo de educación "maximizaría" el valor del trabajo. Albert Sarraut, un ministro colonial francés, se pronunciaba a favor de lo que denominaba "la utilidad económica de educar a las masas [africanas]". Varios años antes, los franceses habían hecho una declaración específica del mismo talante sobre Madagascar. Una ordenanza de 1899 indicaba que el propósito de la escolaridad era:

Hacer de los jóvenes malgaches fieles y obedientes súbditos de Francia y ofrecer una educación que sea industrial, agrícola, y comercial para asegurar que los colonos y varios servicios públicos de la colonia puedan satisfacer sus requerimientos personales.

En la práctica no era necesario educar a las masas porque sólo una minoría de la población africana ingresaría a la economía colonial de tal modo que sólo esta minoría requeriría que su desempeño fuera impulsado por la educación. Efectivamente, los franceses se concentraron en seleccionar a un pequeño grupo minoritario que estaría plenamente subordinado al imperialismo cultural francés, y que podría asistir a Francia en la administración de sus vastas posesiones coloniales. William Ponty, un antiguo gobernador general del África Occidental francesa, expresaba esto en términos de la formación de "una élite de gente joven destinada a asistir nuestros esfuerzos". En 1919, Henry Simon, (entonces ministro colonial) esbozaba el perfil del programa de educación secundaria para África con la consigna de "hacer de los mejores elementos indígenas franceses completos".

Las mejores expresiones de las implicaciones políticas del programa educativo de las colonias francesas se produjeron en la década de 1930, y para estas fechas, cierta acción se aparejaba también con las palabras. Brevié, el gobernador general del África Occidental francesa en 1930 urgía la extensión de los niveles altos de instrucción primaria para los africanos "para ayudarnos en nuestra tarea de colonización". A Brevié lo entusiasmaba el hecho de que ya había aparecido para entonces "una élite nativa, en la cual ya se había hecho visible el celo por una completa y exclusiva cultura francesa". Así, con el apoyo del inspector gene-

ral de Educación, aquel gobernador detallaba los planes para que los estudiantes africanos que asistieran a la escuela secundaria se convirtiesen en cuadros del colonialismo. Cualquier sistema sociopolítico necesita sus cuadros. Ese mismo papel les tocó desempeñar a las generaciones más jóvenes en los ejércitos de Shaka; y fue la función que desempeñó el Komsomol u organización de los Jóvenes Comunistas en la Unión Soviética. Para ser un cuadro no bastaba únicamente con recibir un entrenamiento para poder llevar a cabo tareas prácticas, sino que se requería también de una orientación política que sirviese al elemento dirigente del sistema. Los franceses y otros colonialistas comprendían esto perfectamente. Fue así como Brevié lo expresó:

De ninguna manera se trata solamente de producir racimos de aprendices, oficinistas y funcionarios de acuerdo con las necesidades fluctuantes del momento. El papel de estos cuadros nativos es mucho más amplio.

El África del Norte, con su fuerte población de colonos blancos, fue el único sitio en donde los franceses juzgaron innecesario estimular la función de una élite que materializara las instrucciones de las metrópolis y del gobernador; aunque a pesar de esto en Argelia surgió una cantidad de súbditos conocidos como los *Beni Oui Oui* (que significa literalmente los "Hombres Sí, Sí") quienes en efecto siempre consintieron en llevar a cabo las órdenes de los franceses en abierta oposición a los intereses de la mayoría de sus hermanos. Otro aspecto del proyecto político de la educación francesa que tuvo visos de futuro fue la manera en que se obligó a los hijos de los jefes a recibir educación. Fue un intento deliberado de capturar la lealtad de los individuos que previamente habían tenido el poder político en el África independiente, y un intento por dar continuidad a la fase precolonial. Como lo describían los franceses, "se establece así un vínculo entre los cuadros nativos formados por nosotros y los que la comunidad nativa reconoce".

En 1935, un grupo de educadores británicos visitó el África francesa, y con una mezcla de celos y admiración reconoció que Francia había logrado crear una élite de africanos a imagen de los franceses —una élite que estaba ayudando a perpetuar el gobierno colonial francés. En mayor o menor grado, todas las potencias coloniales produjeron cuadros similares para encargarse de la administración y apoyar sus imperios coloniales en África (y en otros sitios).

Después de la segunda guerra mundial, se hizo evidente que el régimen colonial no podría mantenerse eternamente en su misma forma en África, siendo que Asia ya había roto algunas cadenas; y que África se mantenía en un estado de intranquilidad permanente. Cuando se generalizó la conciencia de que el fin estaba próximo, las potencias metropolitanas se dirigieron justamente a sus cuadros coloniales y les entregaron las riendas de la política de un África políticamente independiente. Debe recalcar-se que la opción de que África fuera libre no la eligieron las potencias coloniales, sino que la determinó el pueblo de África. No obstante, el cambio del colonialismo a lo que se conoce hoy como neocolonialismo sí tuvo ciertos elementos de conspiración por parte de Europa. En 1960, el entonces primer ministro británico, Harold Macmillan, hizo su multicitado pronunciamiento de que: "Un viento de cambio está soplando sobre África." Era ésa la manera burguesa de expresar lo que el primer ministro chino, Chou En-Lai, había de sostener muy pronto, es decir, "que África estaba madura para la revolución". Para poder retardar o secuestrar a la revolución africana, las potencias coloniales recurrieron al grupo que ya habían creado para un objetivo distinto —la élite de africanos con educación colonial, entre los cuales seleccionaron, siempre que les fue posible, a los más adecuados para asumir la dirección política, y la administración y el aparato colonial se dejaron también en las manos de cuadros de confianza semejantes.

Hubo unos cuantos europeos "visionarios" que comprendieron siempre que el sistema educativo colonial les sería útil en el caso de que se recuperara (si se recuperaba) la independencia política de África. Por ejemplo, Pierre Foncin, el fundador de la *Alliance Française* declaró lo siguiente a principios del presente siglo: "Es necesario unir a las colonias con las metrópolis con un sólido lazo psicológico, en contra del día en que su emancipación progresista termine en la forma de una federación, como es probable —que sean y se mantengan siendo francesas en la lengua, el pensamiento y el espíritu." No obstante, fueron los ingleses los primeros en apreciar que tendrían que ceder a lo inevitable y conceder la independencia africana. Mientras los franceses introducían algunos representantes africanos en su propio parlamento o poder legislativo en Francia, para tratar de retener los territorios africanos aún ligados a Francia, los ingleses empezaban las preparaciones para el cambio de poder hacia ciertos africanos selectos.

En los países capitalistas metropolitanos había (y sigue habiendo todavía) escuelas elitistas que proveían el grueso de la

dirección política y de otros tipos. Bien conocidas son las escuelas "públicas" inglesas de Eton, Harrow, Rugby y Winchester, como recintos de entrenamiento de la clase gobernante inglesa, que muchas autoridades consideran más importantes que las universidades a las que después se inscriben invariablemente los alumnos egresados de esas escuelas preparatorias. En Francia era (y aún es) común encontrar que los alumnos que se graduaban en sitios como el Lycée Louis Le Grand y la École Normal Supérieure Rue d'Ulm, pasaban a ser los futuros ministros del gabinete francés y los ejecutivos más altos de ese país. En Estados Unidos, a pesar del mito de que cualquiera puede alcanzar la cima, una alta proporción de la clase gobernante se dirigía a escuelas exclusivas, como las escuelas privadas para varones de Groton, St. Paul's, St. Mark's, y Philips Exeter.

Bajo las circunstancias que atravesaba África, cualquier individuo que fuera a la escuela durante el período colonial prácticamente ingresaba a la élite, porque la población que gozaba de este privilegio incluso en el nivel primario era muy pequeña. Por añadidura, dentro de cada colonia tendió a haber al menos una escuela secundaria o instituto de educación superior cuya función fue la de proveer el personal político-administrativo de África, ya entrada la era de la independencia política. Los nombres de los ministros y viceministros o subsecretarios de los distintos países africanos se pueden encontrar en las fojas escolares de instituciones conocidas como: Gordon College (Sudán), Alliance High School (Kenia), King's College Budo (Uganda), Tabora Secondary School (Tanzania), Livingstonia (Malawi), William Ponty (Senegal), Sierra Leone Grammar School, Mfantipim (Ghana), Lycée Galliene (Madagascar) y unas cuantas más. Además de éstos, estaban Makerere, Fourah Bay y Achimota, como reconocidas instituciones universitarias o casi universitarias.

En retrospectiva, hoy queda ya muy claro que uno de los aspectos más significativos del sistema educativo colonial fue la educación que impartieron las fuerzas armadas y la policía. Los ejércitos coloniales, como los Rifles Africanos del Rey, el Ejército de Francia Libre y la Fuerza Pública Congoleña, produjeron sargentos que más adelante se convirtieron en mayores y generales del África independiente, y en varios casos, en Jefes de Estado. También los policías lograron promociones comparables, aunque su posición ha sido algo más débil que la de los militares de carrera propiamente dichos. Como su contrapartida civil, la futura élite policiaca y militar había recibido anteriormente un entrenamiento inferior, de simples asistentes de bajo rango, de los

señores coloniales; pero una vez que estuvo a la vista la independencia, los colonialistas juzgaron que éstas poseían las cualidades requeridas para volverse cuadros coloniales —listos para asumir su nuevo papel dentro de la clase gobernante del África neocolonial. En unos cuantos casos, hacia el final del período colonial, las potencias coloniales se apresuraron a entrenar a algunos africanos en las más altas instituciones metropolitanas de la violencia científica, destacando la Sandhurst Military Academy y la Hendon Police School en Inglaterra, y la academia militar de Saint Cyr en Francia. Esos pocos individuos seleccionados para recibir dicho entrenamiento se volvieron la crema de la élite militar, que correspondía a los civiles africanos que iban a la universidad —ya fuera en África o en el extranjero.

La mayor parte de lo que impuso o legó el sistema educativo colonial no tuvo nada de único. Los sistemas educativos están diseñados para funcionar como catapultas y en toda sociedad, son los jóvenes educados los que automáticamente adoptan sus valores y son sus portadores hasta el momento en que les llega el turno de tomar las decisiones en su sociedad. En África, los colonialistas prepararon administradores de bajo nivel, maestros de escuela, oficiales no comisionados,* taquilleros u oficinistas de reservaciones del ferrocarril, etc., para la preservación de las relaciones coloniales, y en nada sorprende que tales individuos embebidos de los valores coloniales —los transmitieran al período posterior a la restauración de la independencia. Entre tanto, los colonialistas tomaron todas las medidas imaginables para asegurarse que las personas que más los favorecían continuaran como personal de los nuevos gobiernos africanos, y que asumieran nuevos poderes en la política y en el Estado policial. Muchos europeos y aun africanos podrían catalogar esta descripción de los eventos acaecidos en África de unilateral. Y en cierto sentido, tendrían razón pues su unilateralidad es además deliberada. Es una presentación de los logros del sistema educativo colonial en términos de lo que se propuso lograr. La otra cara de este asunto no es "lo bueno" que se podría atribuir a los educadores coloniales; sino "lo bueno" que surgió pese a los esfuerzos y las intenciones de los colonialistas y gracias a las luchas de los pueblos africanos.

* NCO's o "Non commissioned officers" [T.]

6.4 DESARROLLO POR CONTRADICCIÓN

El único desarrollo positivo que desplegó el colonialismo fue el que se produjo cuando éste terminó. El propósito de esta sección es delinear brevemente en qué forma ocurrió ese desarrollo, poniendo particular atención al papel del sector de la educación.

Existe un enfoque que contrasta con la interpretación subjetiva de que el colonialismo tiene cosas buenas por un lado y malas por el otro, que sigue muy de cerca los propósitos y logros de los colonialistas a la vez que los *contra*-propósitos y logros de los pueblos de África. En algunos casos, los africanos quedaron restringidos a luchar únicamente mediante la manipulación de las estructuras e instituciones coloniales lo mejor que pudieron pero al mismo tiempo ocurrió dentro de la sociedad colonial que se fueron generando ciertas contradicciones fundamentales que sólo podrían resolverse mediante la recuperación de la soberanía de los africanos como pueblo.

El análisis que se basa en la percepción de las contradicciones es característico del marxismo. Así, los historiadores soviéticos abordan la desintegración del colonialismo con el siguiente marco teórico:

El colonialismo encadenó el desarrollo de los pueblos esclavizados. Para facilitar la explotación colonial, los imperialistas obstruyeron el progreso económico y cultural de las colonias, preservaron y reinstituyeron formas obsoletas de relaciones sociales, y fomentaron la discordia entre las nacionalidades y las tribus. Sin embargo, el impulso hacia las superganancias promovió el desarrollo de las industrias extractivas, de las plantaciones y las granjas capitalistas, y de la construcción de puentes, ferrocarriles y caminos en las colonias. En consecuencia, ocurrieron cambios sociales en las colonias, independientes de la voluntad de los colonialistas. Nuevas fuerzas sociales emergieron —un proletariado industrial y agrícola, una burguesía nacional y una intelligentsia.

Entre los distintos segmentos de la población africana dedicada al llamado sector "moderno", producido por la actividad capitalista, el campesinado de los cultivos comerciales era el más grande. Muchos y profundos agravios tenían aún que saldar los campesinos de los cultivos comerciales con los colonialistas, que se aferraban en mantener los bajos precios y en varios casos la usurpación de la tierra. Por su parte, los asalariados agrícolas y los trabajadores urbanos habían perdido su tierra definitivamente, y resistían la esclavitud asalariada. Como lo había venido haciendo el proletariado europeo desde su formación, en virtud de su orga-

nización compacta, los proletarios africanos hicieron sentir su presencia con mucha mayor vehemencia de lo que hubiera hecho pensar su reducido número. Al final, el predominio numérico de los campesinos y de aquellos grupos que se mantenían en pie dentro del sector de la "subsistencia" se registró en los partidos de masas. Empero, mientras los campesinos dependían de revueltas esporádicas y boicots para manifestar sus demandas, los asalariados se fueron metiendo en un proceso más continuo de negociación, de posiciones, de huelgas, etcétera.

La élite educada o intelligentsia era el grupo social más pequeño. Como se refirió previamente, fueron tan pocos los africanos que recibieron educación en el período colonial que casi cualquier individuo que fue a la escuela automáticamente se convirtió en un privilegiado y perteneció a la élite. Hubo sólo unos cuantos abogados y médicos, concentrados principalmente en el norte y el occidente de África. En términos generales, la intelligentsia la formaron los estudiantes, los burócratas y los maestros. El grupo con educación también se mezcló con el de la dirección laboral organizada, con el estrato gobernante tradicional africano, con los veteranos del ejército y la policía, y con los comerciantes y artesanos independientes.

En su conjunto, el grupo educado desempeñó una función en las luchas de la independencia de África, desproporcionada para su número, porque por un lado se autonombraron sus dirigentes, y por el otro se les pidió que consolidaran los intereses de todos los africanos. También se apremió a los intelectuales a que proporcionaran o alimentaran la organización política que podría combinar todas las contradicciones y canalizarlas hacia la contradicción principal, la que se planteaba entre la colonia y la metrópoli.

Las contradicciones entre la élite educada y los colonialistas no eran profundas. En última instancia, los colonialistas podrían retirarse y satisfacer la mayoría de las demandas de la intelligentsia africana, sin aliviar en un ápice la situación de la mayoría campesina y obrera, la más explotada y oprimida. No obstante, en tanto predominaron y perduraron las diferencias entre los colonizadores y la élite africana, éstas fueron decisivas.

Se ha argumentado ya con cierta amplitud que la educación colonial llegó a una cifra muy reducida de africanos, que se restringió a los niveles más elementales, y que su contenido pedagógico e ideológico fue diseñado con miras a servir a los intereses de Europa y no los de África. Y también que a pesar de todo esto, las cifras de inscripción habrían sido todavía más pequeñas de no haber sido por los esfuerzos de los propios africanos. Aun más

estrechas habrían sido las oportunidades para la educación secundaria, y aún más negativo habría sido el contenido ideológico de esa educación, de no haberse manifestado la presión de las masas africanas en su constante contraposición a los objetivos de los colonizadores europeos. Pero sobre todo, se debe destacar que la educación para la continuación del esclavizamiento no pudo nunca realizar su propósito, y que por ello en cambio, aparecieron diversos niveles de contradicción, mismos que habrían de llevar a la independencia y que incluso en algunos casos habrían de anunciar una nueva era socialista hacia el fin del colonialismo.

Si existiera algo que pudiera reclamar gloria sobre la historia de la educación colonial de África, se encontraría, no en las migajas que arrojaron los explotadores europeos, sino en el tremendo esfuerzo que realizaron los pueblos africanos por dominar los principios del sistema que los oprimía. En la mayoría de las colonias hubo inicialmente un período de indiferencia hacia la educación escolar, y tan pronto como se comprendió que la escuela representaba una de las pocas avenidas de avance dentro de la sociedad colonial, lo que siguió fue el clamor de los africanos y la *presión sobre los colonialistas para empujarlos mucho más lejos de lo que pretendían llegar.*

También se debe aclarar que todos los sacrificios de los africanos para poder incorporarse al sistema económico de los cultivos comerciales fueron para el beneficio de los objetivos del capitalismo europeo. No obstante, las iniciativas africanas en la esfera de la educación empezaron a producir efectos antagónicos, al menos en cuanto a algunos de los objetivos de la explotación.

Se ha examinado la educación en el África colonial francesa desde una perspectiva de la jerarquía política francesa. También hicieron comentarios los administradores franceses sobre los esfuerzos de los africanos por rebasar el número límite de cuadros que los colonialistas les habían fijado como permisibles, y el número que estaban dispuestos a subsidiar a partir de los impuestos de los propios africanos. En 1930 el gobernador general del África Occidental francesa informaba lo siguiente:

Cada nueva escuela que se abre se llena de inmediato hasta el desbordamiento. En todas partes las multitudes de nativos reclaman que se les eduque. Aquí, un jefe quiere su propia escuela; allá, uno u otro poblado se ofrece para sufragar los gastos de construcción de otra escuela. En ciertas partes de la Costa de Marfil los pobladores pagan a los maestros de sus propios bolsillos. Nuestros alumnos frecuentemente vienen de distancias de 20 a 50 kilómetros.

El entusiasmo de los africanos por obtener más educación y niveles más altos no se limitó a ninguna región del continente, aunque en algunas partes se manifestó más pronta e intensamente. Por ejemplo, la Costa de Oro y Sierra Leona tenían una tradición de educación europea que se remontaba al siglo xvii. Por ello, no era raro leer en el suplemento de *Times* el comentario en 1824 de que había una demanda universal por más y mejor educación en la Costa de Oro. Y fue así que la Costa de Oro produjo a J. E. K. Aggrey, ilustre educador africano y nacionalista que incendió la imaginación de los africanos mucho más allá de los confines de la Costa de Oro, en todas las áreas de la educación formal.

Había una clara correlación entre el grado de explotación colonial y la cantidad de servicios sociales que se ofrecían. Ello se aplicó de tal manera a la educación que las zonas urbanas, mineras y de cultivos comerciales prácticamente tuvieron el monopolio de las escuelas. Así se ve cómo los ibos destinaron una proporción considerable de sus pequeñas ganancias, ingresos del trabajo del aceite de palma, a la construcción de las escuelas, a menudo en asociación con las iglesias. Por cierto, que aquí se debe insistir en que las llamadas escuelas de la Iglesia y de los misioneros fueron muy a menudo financiadas íntegramente por los africanos. Esto se hacía mediante la recaudación de cuotas en la Iglesia, reuniendo donaciones para la cosecha de la Iglesia, que frecuentemente se sumaban a un fondo para la educación, y pagando las colegiaturas. Dicho sistema se dispersó por toda la tierra ibo, y no era raro encontrarlo en otras partes del África colonial. Así se puede dar cuenta de la existencia de las escuelas y seguirla, primero en la participación de la Iglesia, después en el apoyo económico del aceite de palma, y en última instancia en el trabajo de la población africana. En efecto, no puede olvidarse que los misioneros, administradores y colonos blancos vivieron en su gran mayoría a base del trabajo y de los recursos de los africanos.

En las regiones de cultivos comerciales del África británica también se introdujo la práctica de utilizar los comités de producción agrícola y otras instituciones semejantes para el financiamiento de la educación. Después de todo, los comités agrícolas se habían establecido con el supuesto de atender los intereses de los campesinos. Se concentraron en la exportación del excedente en la forma de reservas en dólares para Inglaterra, pero, hacia el fin de la era colonial y ya en el período del autogobierno, fue ya demasiado escandaloso seguir negando a los africanos hasta la más pequeña porción de los beneficios de su trabajo, y fue así como

se persuadió a los comités de producción agrícolas a que reunieran ciertos fondos que tendrían que destinar a la educación. Por ejemplo, en 1953 el Consejo Legislativo de Uganda votó que se reservaran 11 millones de libras esterlinas del Fondo de Estabilización de los Precios del Algodón para proyectos de servicio social, donde la educación agrícola recibió una porción grande.

También entre los africanos que gozaron de una situación un tanto más holgada se manifestó cierta filantropía para instar a asistir a los niños africanos a ir a la escuela. Así puede verse en los registros históricos de la educación africana bajo el gobierno colonial la concesión de algunas minucias, como la primera escuela secundaria establecida en Somalia en 1949 que fue obra no del gobierno colonial ni de la Iglesia sino de la iniciativa de un comerciante somalí. Por supuesto, se esperaba siempre en África que todo individuo que gozara de una educación y un salario ayudara a su vez a la educación de por lo menos otro miembro de su familia extendida. Ello se debía precisamente a que estos mismos individuos habían recibido el apoyo de parte de su familia extendida y su comunidad, que habían hecho todos los sacrificios imaginables para hacerlos tener acceso a la educación. Ello ocurrió por igual en Mauritania y en las reservas de Sudáfrica, y ningún africano tendría dificultades para proporcionar sus propios ejemplos sobre este proceso.

Existe ya una lista de las biografías de los africanos que alcanzaron renombre en el período colonial, a menudo dentro del movimiento por la recuperación de la independencia de África. De la lectura de tales biografías salta a la vista indefectiblemente la gran *lucha* que representó el poder educarse durante el período colonial. Esta misma conclusión se desprende de la lectura de la novela africana moderna, porque el novelista, compenetrado en escribir en el área de lo que se conoce como la "ficción", en sí lo que intenta es aprehender la realidad. Los defensores del colonialismo suelen referirse a la educación como si hubiera sido un gran almuerzo que se ofreció a los africanos en bandeja de plata, y no atinan en ninguna forma. Las migajas educativas que se arrojaba a los africanos eran tan escasas que los individuos se las arrebatában; razón por la cual ahorrabán en forma inconcebible de sus pequeños ingresos para poder enviar a sus hijos a la escuela; y por la cual los niños africanos tenían que caminar kilómetros de ida y de vuelta a la escuela, sin siquiera titubear.

No obstante, además de los sacrificios físicos y financieros que tuvieron que efectuar, los africanos tuvieron asimismo que sostener una contienda política para defender el principio de que se

aceptara la educación en África. Las colonias donde más se hizo manifiesta esta batalla fueron las que tenían poblaciones de colonos blancos.

En Kenia, los colonos blancos dejaron bien claro que en lo que a ellos concernía, era mejor un africano sin educación que uno que la tuviera, e igualmente que era preferible el que tenía rudimentos de educación al que había cursado varios años de escuela. El informe Beecher sobre la Educación en Kenia (elaborado en 1949) fuertemente influido por los colonos blancos, estipulaba con franqueza lo siguiente:

Son preferibles los analfabetas con la actitud correcta hacia el empleo manual, que los productos de las escuelas que no están dispuestos fácilmente a ingresar al trabajo manual.

Los colonos blancos podían aplicar sus principios a la educación en Kenia porque se encontraban próximos al centro del poder político en el sistema colonial, y así muy poca educación se dispensó a los africanos. En efecto, esto constituía una excepción a la regla de que a la máxima explotación siguiera cierta dotación de beneficios sociales; pero en este país sus poblaciones más explotadas (como los kikuyu) no aceptaron pasivamente la situación. Una de las consignas que siguieron fue la de bombardear directamente al gobierno con sus demandas, a pesar de que su situación fue siempre considerablemente desfavorable con respecto a los colonos blancos. Dichas demandas tuvieron un éxito parcial. El informe Beecher concedió a regañadientes algunas escuelas a los africanos en los niveles primario y secundario, pero aclarando que debía ofrecerse a los niños africanos un 40% de las plazas en los primeros años de la educación primaria, un 10% en los últimos años, y un 1% en la educación secundaria. Empero, hacia 1960, el número de escuelas primarias doblaba la cifra que los blancos consideraron debía haber para esa fecha, y el número de instituciones de educación secundaria era el triple del que habían recomendado los colonos blancos.*

Además, allí donde el gobierno se mostró renuente a construir escuelas o a subsidiar a los misioneros para que las construyeran con los impuestos de los africanos y éstos mismos, hubo una corriente que se llegó a llamar escuela independiente, comparable

* Incluso en la Kenia neocolonial independiente de la actualidad, la mayor parte de las escuelas secundarias y más de la mitad de los centros de salud han sido construidos sólo con recursos y trabajo de la población [r.]

a la Iglesia independiente, que brotó de hecho de las propias iglesias independientes. Las escuelas independientes formaron dos asociaciones principales: la Asociación Kikuyu de Escuelas Independientes y la Asociación Educativa Kikuyu Karinga, fundadas en 1929.

En la práctica, tal como las misiones cristianas europeas utilizaron las escuelas para atraer conversos, lo mismo hicieron las iglesias independientes al dar gran prioridad a la educación. John Chilembwe realizó grandes esfuerzos en este respecto, con la ayuda de compañeros suyos descendientes de africanos en Estados Unidos.

La religión musulmana fue igualmente un estímulo para el avance de la educación durante el período colonial. En el África del Norte los musulmanes a menudo se encontraron con la necesidad de canalizar sus esfuerzos en la construcción de escuelas distintas de las que controlaban los colonialistas. La Sociedad de la Ulema Reformista de Argelia inició un extenso programa de escuelas primarias en 1936. Para 1955 sus escuelas primarias contaban con 45 000 niños argelinos inscritos, y a partir de 1947 la sociedad había ya empezado a administrar también una escuela secundaria. De manera similar en Túnez la iniciativa popular financió modernas escuelas coránicas de instrucción primaria ofreciendo plazas a 35 000 alumnos —cifra equivalente a uno de cada cuatro niños que asistían a la escuela.

En Marruecos las escuelas musulmanas que se establecieron con los esfuerzos populares tenían el atributo particular de estimular la emancipación de la mujer, manteniendo un alto porcentaje de niñas notablemente más alto que el de las escuelas gubernamentales. La administración colonial francesa deliberadamente omitía mencionar dichas escuelas en sus informes oficiales, e incluso trató de ocultar su existencia de los visitantes.

Otro ejemplo impresionante de la corriente de ayuda mutua de los africanos fue el proyecto que impulsó el Congreso General de Graduados del Sudán. Fundado por estudiantes, comerciantes y trabajadores del Estado en 1937, el Congreso de Graduados se embarcó en un programa de construcción de escuelas. En los cuatro años siguientes, se abrieron 100 nuevas escuelas con el apoyo de contribuciones voluntarias. En Tangañica apareció un experimento igual de estimulante, si bien de menores proporciones, con la Asociación de Alumnos Unidos de Bugabo, fundada por dos estudiantes en Mwanza, Tangañica, en 1947. Su objetivo era la educación adulta, y en breve plazo atrajo a más de 1 000 personas de tales edades. Los organizadores instalaron un campo donde

ofrecían alojamiento y alimento a los que se inscribían, y donde les impartían los rudimentos de la alfabetización.

Cuando los campesinos kikuyu, las mujeres de los mercados de Ga, y los pastores de Kabyle empezaron a ahorrar para construir escuelas y educar a sus hijos, ello no estuvo enteramente de acuerdo con las intenciones de los colonialistas, que querían más pagos en cultivos comerciales y en otras formas de dinero para devolver las ganancias a las metrópolis a través de la compra de bienes de consumo. Así, en pequeña medida, por lo tanto, los africanos estaban estableciendo un orden de prioridades distinto al que deseaban los colonialistas. Esto se intensificó en los últimos años del colonialismo, cuando la educación alcanzó el reconocimiento de una fuerza política, en la era del autogobierno.

Habiendo recibido educación superior en el África colonial durante los años posteriores a la segunda guerra mundial, un francoafricano podía llegar tan lejos como la Asamblea Francesa de París; mientras por su parte el súbdito del colonialismo inglés podía ser nombrado en la Asamblea Legislativa local como miembro electo o nominado. Estas aperturas estaban desprovistas por completo de poder, y eran oportunidades a las que sólo un puñado podía aspirar; pero fueron estímulos de todas maneras, que extendieron entre los africanos el concepto de que la educación les podía conferir una movilidad vertical considerable. En el África Ecuatorial francesa al fin de la década de 1940, fue un gobernador africano, Feliz Eboué, el que estuvo a la vanguardia de las demandas por más educación para los africanos, y logró en cierta medida torcer el brazo de sus amos en el Ministerio francés de Ultramar. En el mismo período y posteriormente, fueron también los esfuerzos de los africanos en los Consejos Legislativos británicos los que mantuvieron en el foro el problema de la educación. Los ingleses habían seleccionado con cuidado a algunos africanos con educación para que fungieran como consejeros del gobernador en la Asamblea Legislativa. En general, sus puestos eran tan decorativos como las plumas en el casco del gobernador; pero, en el tema de la educación, ningún africano podía evitar al menos expresar cierta insatisfacción frente a lo precario de la situación.

En una última instancia, y estrictamente desde una perspectiva cuantitativa, los africanos presionaron a los colonialistas, y a los ingleses en particular, para que concedieran más educación de la que tenía prevista el sistema colonial, y esto generó una contradicción importante y explosiva, que había de asistir a los africanos en la recuperación de su independencia política.

Se ha señalado que las colonias inglesas mostraron la tendencia a crear un sector educado más grande del que podía absorber la economía colonial. La explicación de esto se cifra en los esfuerzos de los pueblos africanos, si bien al mismo tiempo cabe reconocer que los franceses fueron más estrictos y rigurosos para rechazar las demandas de los africanos que otros colonialistas, y que por ello entrenaron de acuerdo con su programa a una élite de cuadros enteramente al servicio de los intereses de Francia. En tales circunstancias fue en colonias como la Costa de Oro donde los esfuerzos de los africanos por obtener educación se proyectaron a cifras mucho más altas de las que requería la economía colonial. La Costa de Oro fue una de las primeras colonias en experimentar la "crisis de egresados de las escuelas primarias" y "el cuello de botella de los alumnos salientes de secundaria". Es decir, que de todos aquellos egresados de las escuelas primarias muchos se frustraron porque no pudieron encontrar sitio en las escuelas secundarias, ni empleos que fueran congruentes con el sistema de valores que les había infundido la escuela, y con el mantenimiento de la estratificación interna de la sociedad africana causada por el capitalismo.

Se llegó a acusar a Kwame Nkrumah de haber organizado a los analfabetas en el Partido de la Convención Popular (Convention People's Party). Este cargo lo hacían con desprecio otros ghanianos, educados y conservadores, que opinaban que Nkrumah iba con demasiada prisa demasiado lejos. La verdad era que las fuerzas de vanguardia de la Brigada de la Juventud de Nkrumah no eran analfabetas. Habían ido a la escuela primaria y podían leer los manifiestos y la literatura revolucionaria del nacionalismo africano. Pero, estaban descontentos al extremo y así lo manifestaban porque (entre otras razones) eran relativamente recién llegados a la escena educativa de la Costa de Oro y porque no había lugar para ellos en el restringido ámbito africano del monocultivo del cacao.

Las potencias coloniales planeaban ofrecer el volumen de educación necesario para mantener andando al colonialismo; los africanos, dentro de muchas actividades, requerían más educación de nivel básico del que se les concedía como "dotación"; y éste fue justamente uno de los factores que desencadenó la crisis en distintos niveles, y que obligó a los ingleses a considerar la posibilidad de retirar su aparato colonial de la Costa de Oro. Igualmente, contra sus planes los ingleses tuvieron que acelerar el itinerario previsto para la independencia. Como es bien sabido, el retorno de la independencia a Ghana no fue sólo un asunto local,

sino un proceso de máxima importancia para la totalidad de África, y por ello resalta el peso que tuvo al menos una de las contradicciones educativas, en materializar la independencia política de África.

La colonia de la Costa de Oro no fue el único caso de la aparición del "cuello de botella" originado en la vacuidad de la pirámide educativa. En el área de lo que fue alguna vez la Federación de las Rhodesias y Nyasalandia, los educadores de la década de 1950 comentaban igualmente la crisis de los egresados rechazados de las escuelas primarias. Según ellos había un exceso de egresados del sexto año de primaria. ¡Un conjunto de colonias que educaba una cifra insignificante de niños africanos tenía ahora un exceso de egresados de primaria! Todo lo que esto implicaba en realidad era la bancarrota por la que atravesaba el colonialismo, que había subdesarrollado a África de tal manera que había llegado al punto en que no era capaz de emplear sino a un pequeño puñado de individuos con educación. Sobre esto, los colonialistas habían prometido a todo africano esforzado, que si resistía la educación de los misioneros se le daría un empleo de "cuello blanco" o no manual, como pasaporte a la civilización; pero al dejar la escuela el joven africano constataba de golpe la falsedad de dichas promesas. Así, una carta de un egresado de 6o. año de primaria de la Federación Centroafricana en 1960 expresaba lo siguiente:

Quando pasé el sexto año de primaria, me quedé todo un año en casa porque no pude encontrar sitio en ninguna parte para continuar mi educación. Al principio del presente año fui a buscar trabajo pero también me fue imposible conseguirlo, desde enero hasta la fecha. De haber sabido que mi educación iba a ser tan inútil, le habría pedido a mi padre que no desperdiciara el dinero que gastó en educarme desde mi ingreso hasta el sexto año.

Bastante razonable es suponer que el autor de la carta se oponía a la Federación Centroafricana de colonos blancos. Ya de manera consciente o sin percatarse de ello, este alumno tendería a actuar más adelante como un producto de la profunda contradicción de las fuerzas que operaban en el seno del colonialismo —fuerzas que habían engendrado la discrepancia entre promesa y realización en términos de su vida personal.

Ocasionalmente los frustrados egresados ventilaban sus sentimientos en formas menos constructivas. Por ejemplo, el problema de los rechazados de la educación y del empleo se exacerbó en la

Costa de Marfil en 1958; y, en el contexto de una dirección africana confundida los jóvenes de la Costa de Marfil decidieron que el enemigo eran los inmigrantes dahomeyanos y senegaleses empleados en su país. Sin embargo, en general la situación de frustración ayudó a los africanos a percibir más claramente que el enemigo era el poder colonial, y agregó, por lo tanto, otra plataforma para el movimiento de la recuperación de la independencia.

Los africanos contendieron con la estructura colonial no sólo en cuanto a la cantidad de la educación, sino también en cuanto a su calidad. Uno de los temas claves del desacuerdo se avizoraba en la educación agrícola colonialista, a la que se hizo mención previamente. A los colonialistas parecía sorprenderles que un continente de agricultores rechazara una educación que supuestamente intentaba elevar el nivel de su agricultura. En efecto, ocurrió también que algunos africanos se opusieron a la educación agrícola y a otras reformas para "africanizar" el currículum, por lo que fueron probablemente razones egoístas de su grupo elitista. Por ejemplo, un guineano exigió que no se efectuara ningún cambio al programa de enseñanza de como se llevaba a cabo en la Francia metropolitana: "queremos un currículum metropolitano y los mismos diplomas de Francia, pues somos tan franceses como los franceses de la metrópoli", declaró. En Tangañica, durante los años del control alemán, hubo asimismo protestas contra los cambios en el programa educativo formal y de literatura, el que querían que se mantuviera en cuerpo y alma tal y como había sido traído de Europa. Martin Kayamba hacía la siguiente aseveración:

Aquellos que piensan que la educación literaria no es adecuada para los africanos ignoran su importancia y valor imprescindibles para cualquier tipo de educación, y niegan en consecuencia a los africanos los medios mismos para el progreso.

Declaraciones como ésta deben verse en su contexto correcto para comprender que la respuesta de los africanos estaba plenamente justificada. El sistema de valores del colonialismo daba muy poco valor a la actividad manual y un gran valor al trabajo burocrático de oficina del blanco. Y mayor importancia aún tenía el hecho de que la economía colonial ofrecía compensaciones discriminatorias, favoreciendo a los que tenían una educación "libresca", en contraste con los que habían recibido una instrucción manual. Era extremadamente difícil convencer a un africano en su sano juicio que la educación que lo llevaría a labrar la tierra por 100

chelines al término de cada año era mejor o más adecuada que la que lo llevaba a trabajar en las oficinas del gobierno cobrando 100 chelines al término de cada mes. Cuando los europeos pregonaban esta clase de sabios consejos los africanos no podían sino sospechar seriamente de sus intenciones.

Los africanos siempre encontraron sospechosos los impuestos durante el período colonial. Nunca quisieron que se les contara, ni que se contara el número de gallinas que tenían, porque las amargas experiencias pasadas les habían demostrado de sobra que ésa era la forma en que los colonialistas calculaban sus impuestos. De manera similar, los planes para proveerlos de distintas variantes de educación les parecieron siempre llenos de trampa, ya que por lo general lo que resultaba siempre era una educación aún mas baja y una educación que simultáneamente intentaba, cada vez con mayor cinismo, sumirlos en el subdesarrollo. Los ejemplos más extremos de cómo el sistema de educación colonial intentó entrenar a los africanos para que asumieran el papel "natural" de trabajadores manuales se pueden encontrar en Sudáfrica, a partir de la introducción del Edicto de Educación bantú en 1953. Sin embargo, los intentos anteriores de ingleses y franceses por introducir lo que llamaron las "escuelas agrícolas" y las "escuelas de iniciación" tuvieron el mismo carácter que aquella política que ya seguían también entonces los racistas sudafricanos. La educación no literaria tenía la apariencia superficial de ser más útil para África, pero en realidad era una educación inferior para gentes supuestamente inferiores para poder hacerlas aceptar su explotación y opresión. Como la calificó Abdou Moumini, "la educación colonial fue una educación de 'tasa recortada'. Ofrecía, con respecto a los niveles de la educación europea sustitutos baratos o de baja calidad para adecuarlos a lo que describía como una capacidad intelectual limitada de los africanos. Los diplomas que se ofrecían en el África colonial francesa, muy rara vez fueron iguales a los de la metrópoli, en niveles comparables, y en el África Oriental británica, un funcionario les pedía a los educadores y maestros que mantuvieran en mente la distancia que había entre ellos y los 'sucios salvajes' que Inglaterra estaba intentando civilizar. Fue en este contexto que la educación agrícola demostró no ser otra cosa que un ejercicio para la decepción".

Por consiguiente, la lucha contra las escuelas agrícolas y rurales fue una de las más amargas luchas que libraron los nacionalistas africanos, y que ayudó a crear una mayor conciencia en todos los niveles de la sociedad africana, con respecto a la natu-

raleza fundamentalmente explotadora y racista del colonialismo. En el África Occidental francesa, por ejemplo, hubo una fuerte y determinada oposición a las escuelas agrícolas después de la última guerra, y el gobierno colonial francés tuvo que abolirlas. En Tangañica y en Nyasa la confrontación entre los colonialistas y el pueblo africano fue aún mayor, porque la oposición a la educación agrícola se articulaba con la oposición a las innovaciones de la agricultura colonial (por ejemplo, la introducción de las terrazas en la agricultura) impuestas al pueblo sin consultarlo y sin tomar en consideración las condiciones cambiantes entre una y otra localidad.

En el África Oriental los ingleses hicieron algunos intentos de establecer lo que consideraban una educación óptima para la agricultura. En 1930, un proyecto piloto en Nyakato, Tangañica, comprendía la transformación de una escuela secundaria en escuela agrícola. Duró 9 años en funcionamiento, con maestros que se reclutaron en Inglaterra y en Sudáfrica, pero fracasó finalmente debido a las protestas de los estudiantes y de la población de la región. Aunque las autoridades de las escuelas declaraban ofrecer nuevas formas de entrenamiento agrícola, se podía comprender fácilmente que su intento formaba parte del programa para definir las "actitudes correctas", y el "sitio natural" que los europeos pensaban que más se ajustaban a los nativos.

En la década de 1940, a medida que los africanos fueron intentando cambiar cada vez más las características del sistema educativo, tuvieron naturalmente que reclamar el tener una voz en los consejos que formulaban los programas educativos. Esto constituía en sí una demanda revolucionaria, pues la población colonial se suponía debía ser regida, y no que participara en la toma de decisiones. Además de esto, en lo referente al problema de la planificación y la implementación de las políticas educativas, los africanos no sólo alarmaron a los administradores sino que arrasaron con los misioneros, que creían ser los herederos de la educación desde la fecha de la Partición de África. Todos estos enfrentamientos apuntaban en dirección de la libertad de los pueblos colonizados, porque, en el trasfondo, lo que se planteaba siempre era la cuestión de a quién correspondía el poder político.

Sería erróneo sugerir que los africanos educados se movilizaron visionariamente con la intención de recuperar la independencia africana. De hecho habrían sido muy pocos los que en fechas tan tempranas como 1939 hubieran hecho eco de la declaración que emitió entonces el jefe Essien de Calabar:

Sin educación nos será imposible alcanzar nuestro destino, que es la independencia económica de Nigeria y la independencia política de Nigeria.

No obstante, la educación, tanto formal como informal, fue una fuerza poderosísima, que transformó a tal grado la situación de posguerra de África, que habría de traer la independencia política del África colonizada dos décadas más tarde.

Hubo también algunos europeos que previeron lo que llamaron los "peligros" de ofrecer a los africanos la educación moderna: es decir, la posibilidad de que ella los condujera hacia la libertad. Ciertamente, los europeos no se mostraron en absoluto contentos al aparecer cualquier escuela que, aunque se suscribiera a la forma de educación europea, estuviera fuera del control directo de los educadores colonialistas. Por ejemplo, las escuelas independientes de Kenia produjeron tanto el disgusto y el rechazo de los colonos blancos, como el de los europeos fuera de Kenia. Así un informe de una misión católica en la vecina Tangañica prevenía a su propio gobierno colonial en 1933 contra cualquier intento de permitir a los africanos de Tangañica el establecimiento de escuelas por sí mismos. El informe acotaba lo siguiente:

Las escuelas independientes están causando dificultades en Kenia. Tales escuelas fácilmente se pueden volver focos de sedición.

Con el estallido de la guerra Mau Mau en Kenia por tierra y libertad, una de las primeras cosas que hizo el gobierno británico fue cerrar las 149 escuelas de la Asociación Kikuyu de Escuelas Independientes, las 21 escuelas de la Asociación Kikuyu Karinga, y otras 14 escuelas independientes de varias denominaciones. Se les consideraba "campos de entrenamiento para la rebelión", vocablos que capturan de inmediato el mismo miedo expresado por la misión católica citada arriba. Los europeos sabían muy bien que si dejaban de controlar las mentes de los africanos, pronto cesarían de controlarlos tanto física como políticamente.

En forma similar, en el África del Norte el poder colonial francés y los colonos blancos no tomaron muy bien las escuelas de autoayuda de los argelinos y tunecinos colonizados. El comercio de las escuelas establecidas por la Sociedad de la Ulema Reformista de Argelia era que fueran modernas y científicas, y que pudieran al mismo tiempo, impartir la educación en el contexto de la cultura árabe y argelina. Los alumnos de las escuelas de Ulema solían iniciar sus lecciones cantando a coro:

El árabe es mi lengua, Argelia mi país, el Islam mi religión.

No sorprende, por lo tanto, que los colonialistas victimizaran a alumnos y padres de familia y que tomaran toda una serie de medidas represivas arguyendo que esas escuelas eran focos de sedición.

Los misioneros pedían el control de las escuelas, pues ésa había sido su tarjeta de presentación dentro de la misma Iglesia, y también porque se veían a sí mismos como los expertos a la diestra del colonialismo cultural (al que llamaban "civilizador"). Sin embargo, había a la vez otros europeos, dentro y fuera de las colonias, que se oponían rotundamente a las escuelas —fueran cristianas, independientes gubernamentales o musulmanas. En la jerga de su ideología racista, clamaban que ofrecerle educación a los africanos era como tirar perlas a los cerdos. Algunas de las expresiones más violentas del racismo se dirigieron contra los africanos que ya tenían educación. A partir de los tiempos de individuos como lord Lugard, hasta los de los últimos administradores coloniales como sir Alan Burns, muchos colonialistas manifestaron su hostilidad contra todo africano que recibiera educación. Los africanos educados ponían a los colonialistas extremadamente inquietos, porque no se conformaban a la imagen que los europeos gustaban alimentar del "salvaje africano no contaminado".

Empero, si uno se dirige al centro del problema, se puede discernir que los racistas blancos no creían seriamente que los africanos no pudieran dominar el conocimiento que era entonces propiedad exclusiva de los europeos. Muy por el contrario, la evidencia de los africanos educados estaba ya frente a sus ojos, y los colonos blancos temían especialmente que, de dárseles la oportunidad, demasados serían los africanos que se apoderarían, mejor que ellos, del conocimiento acaparado por los burgueses blancos. Tales africanos podrían, por lo tanto, negarse a trabajar como "asalariados" agrícolas por 12 chelines al mes; competirían con los europeos en las categorías semicalificadas y calificadas, y, fundamentalmente, querrían gobernarse a sí mismos.

No es raro encontrar, en los archivos del colonialismo, comentarios como el siguiente:

¿Qué necesidad hay de educar a los nativos? Sólo les daremos las armas para destruirnos.

En cierto sentido, aquellos europeos reaccionarios eran sólo soñadores, pues ni siquiera existía la opción de negar la educación a los africanos: siendo éste un objetivo necesario para mantener en funcionamiento al sistema del colonialismo. P. E. Mitchel, quien

más tarde asumiría el cargo de gobernador de Uganda, explicaba en 1928: "Ningún director de educación *por mucho que lo lamenta*, puede dejar o resistir la demanda de producir más oficinistas, más carpinteros, más zapateros, y tantos otros —entrenados en los métodos europeos para satisfacer las necesidades europeas. No se está entrenando a estos hombres para que ajusten en ninguna parte de la vida de su propia gente, sino para que satisfagan las necesidades de una raza extranjera." El acceso a la educación fue al mismo tiempo, una consecuencia de la acción irreprimible del pueblo africano, que esperaba caminar hacia adelante dentro de ese mismo sistema extraño. Así aquellos europeos que se oponían por completo a que se impartiera educación a los africanos, no comprendían las contradicciones de su propia sociedad colonial. Pero en otro sentido, sin duda defendieron los intereses del colonialismo. En primer término, por mucho que trataran los educadores colonialistas, no podrían moldear o encadenar las mentes de todos los africanos que atravesaran por sus escuelas. Las excepciones serían justamente los que más tarde se convertirían en los más peligrosos para el colonialismo, el capitalismo y el imperialismo. Y en segundo término, hasta los más tímidos y los más lavados de cerebro albergaban ciertas formas de desacuerdo con los colonialistas; y por ello, incluso la élite educada, en la defensa de sus propios intereses individuales y mezquinos, ayudó a poner al descubierto y a minar la estructura del régimen colonial.

Como se ha señalado previamente, las insuficientes instalaciones educativas y los empleos igualmente inadecuados generaron más y más quejas en los peldaños inferiores de entre los que recibieron educación en África durante el período colonial. Los que asistieron a las escuelas secundarias o a otras instituciones de educación superior encontraron muy poco acceso a puestos de mayor remuneración o responsabilidad, porque se les había destinado para llenar los niveles más bajos de la administración civil y de los negocios. Después de trabajar veinte años, un africano al servicio del Estado colonial habría tenido una enorme suerte de haberse vuelto "jefe de oficina"; o de haber alcanzado el grado de sargento en la policía. Entre tanto, para añadir el insulto al daño ocasionado, cualquier europeo recibía un salario más alto por desempeñar la misma faena que el africano, y también ocurría que los blancos se colocaban por arriba de los africanos que tenían mayor calificación y experiencia; y eran estos africanos los que tenían que hacer el trabajo por el que se pagaba a sus superiores. Así, en la burocracia del Estado colonial, bastaba con ser

europeo. No importaba que el individuo blanco fuera ignorante o estúpido, de todas formas podía estar seguro de cobrar un gordo salario y de disfrutar de toda una gama de privilegios. Amílcar Cabral,* el líder de la Guinea-Bissau, dio un ejemplo de este tipo con su propia experiencia:

Era yo un agrónomo trabajando bajo un europeo que en todas partes se sabía era uno de los más grandes idiotas de toda Guinea; le hubiera podido enseñar su trabajo con los ojos cerrados; pero él era el jefe: esto es algo que cuenta mucho, ésta es la confrontación que realmente importa.

Los problemas de mayor importancia para la mayoría de las organizaciones de trabajadores del Estado en África, y para las asociaciones para el bienestar o el mejoramiento, eran los salarios, las promociones, los períodos de vacaciones, las prestaciones, (permisos o descuentos) etc. Muy poco de ello podía clasificarse aun remotamente de interés personal. Así, sus demandas estaban plenamente justificadas, en todo cuanto reflejaran el omnipresente contraste de sus niveles de vida con los de los expatriados blancos y los colonos; e incluso estaban justificadas en cuanto a la ideología de la misma burguesía que había colonizado África. El proceso educativo había provisto a unos cuantos africanos de una percepción de la comunidad internacional y de la democracia burguesa, y de la existencia del colonialismo como un sistema que negaba la libertad. Así se fue haciendo inevitable que los que recibieron esa educación terminaran gravitando en torno al clamor por la independencia, de la misma manera en que lo habían hecho los hindúes instruidos, bastante tiempo antes en el subcontinente indio.

De acuerdo con las fuentes del colonialismo español, el sistema escolar de la Guinea española había alcanzado todo lo que los colonialistas esperaban de él. Había producido los africanos requeridos, que profesaban un amor a los españoles mayor que el que se tenían a sí mismos, y sin producir simultáneamente ningún opositor al régimen colonial. Esta afirmación de los colonialistas españoles resulta difícil de creer, conociendo al mismo tiempo el gran cuidado que dedicaron a que nadie en el exterior tuviera la menor noción de lo que estaba ocurriendo en las pequeñas

* Fundador del Partido Africano de la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGV) que se logra en 1973, tras cruenta lucha armada. Es asesinado ese mismo año por los portugueses. Escritor panafricanista de la talla de Nkrumah y Nyerere [r.]

colonias españolas de África. Empero, aun de haber sido cierto que el sistema educativo colonial español no produjo sino africanos bañados en blanco de acuerdo con el plan, entonces sin duda habrían representado una excepción notable a la regla general. Pero incluso si existen evidencias adecuadas, ello demuestra que el imperialismo cultural logró sus propósitos en gran medida, aunque nunca fue totalmente exitoso. Produjo, *de acuerdo al plan*, "kikuyus leales", "capicornistas", "anglófilos", "francófilos", "Miembros de la Orden del Imperio Británico", etc., pero también produjo, *a pesar de sí mismo*, a esos otros africanos que los colonialistas llamaron "revoltosos", "descontentos", "agitadores", "comunistas", "terroristas", etcétera.

En la opinión de los colonialistas, los problemas comenzaron con los estudiantes africanos que no habían terminado sus estudios. El Sudán, por ejemplo, tiene una historia de protestas estudiantiles nacionalistas; y Madagascar también se destacó en este respecto. Desde los primeros años del presente siglo, creció en Madagascar un movimiento estudiantil con un alto grado de politización, a pesar de todas las medidas específicas que tomaron dos gobernadores franceses. Desde 1816 los estudiantes malgaches organizaron la Sociedad Vy Vato que pugnaba por la expulsión de los franceses. Al descubrirse las actividades de la Vy Vato siguió la represión brutal de los estudiantes. Sin embargo, como ocurre tantas veces, los estudiantes ganaron inspiración con el martirio de sus compañeros, y el movimiento estudiantil resurgió más adelante en el horizonte del nacionalismo.

Los estudiantes que fueron enviados a las universidades de las metrópolis fueron siempre los más favorecidos, a los que más se mimaba de entre todos los africanos seleccionados por los señores coloniales para que fueran europeizados; y sin embargo ellos fueron los primeros en reclamar que se aplicaran a África la libertad, la igualdad y la fraternidad de la que tan a menudo se les hablaba. Con mucho cuidado se había colocado a los estudiantes africanos en Francia entre las filas del entonces cuerpo estudiantil nacional de Francia, conservador organismo de posguerra, pero pronto se rebelaron y fundaron la Federación de Estudiantes del África Negra (FEANF) que posteriormente se afilió a la Unión Internacional Comunista de Estudiantes. En Inglaterra, los estudiantes africanos formaron toda una serie de organizaciones étnicas y nacionalistas, y participaron en el movimiento panafricanista. Después de todo, la mayor parte de estos estudiantes habían sido enviados a estudiar la Constitución y las leyes británicas, y (por

todo lo que vale) la palabra "libertad" se repite en esos textos con bastante frecuencia.

Los fascistas que gobernaron a los africanos en distintos momentos durante el período colonial trataron de evitar exponerlos a los ideales burgueses democráticos. Por ejemplo, cuando los fascistas italianos se hicieron cargo de Somalia en 1922 y en 1941, eliminaron de los libros de historia toda referencia a Mazzini y a Garibaldi, dos líderes clave del movimiento nacionalista italiano del siglo XIX. Y con todo, los burócratas y los oficiales sin comisión que recibieron educación durante esas fechas fueron igualmente a cerrar filas con la Liga de la Juventud somalí y lucharon por la independencia a la cabeza de los movimientos populares.

El hecho contundente es entonces que en realidad nunca fue necesario encontrar la idea de la libertad en los libros europeos. Lo que extrajeron los estudiantes africanos de la escuela europea fueron apenas formas específicas de definir el concepto de la libertad política. Pero no tardó en producirse una respuesta más acorde con su propia tendencia instintiva hacia la libertad; y tal como se ha señalado en el ejemplo de Somalia, la tendencia universal de buscar la libertad se manifestó entre los africanos incluso en los casos en que se tomaron todas las medidas concebibles para extinguirla.

No hubo un solo sector de la vida colonial en el que los africanos que recibieron educación permanecieran leales por completo a los colonialistas. Los maestros supuestamente se habrían remojado en la cultura de la dominación, para poder transmitirla a los africanos; pero al final, muchos fueron los que formaron parte de la vanguardia de los movimientos de la independencia nacional. También los curas y los pastores africanos se suponía eran los fieles sirvientes de Dios y de sus lugartenientes europeos, pero fue la Iglesia la que dio origen a un John Chilembwe en Nyasalandia, a partir de la primera guerra mundial; y la que poco después, en el Congo, cuando Simon Kimbangu inició su Iglesia Independiente, ¡incluso amenazó a los colonialistas con introducir el bolchevismo!

Resulta particularmente interesante destacar cómo los colonialistas no podían estar seguros de la lealtad de sus tropas africanas. Se ha examinado ya cómo el ejército y la policía fueron instituciones educativas y de socialización para perpetuar el poder y los valores del colonialismo y el capitalismo. El éxito que tuvieron en llevar a cabo esta función puede verse en la cantidad de veteranos de Birmania e Indochina que regresaron al continente a implementar fielmente las políticas de Inglaterra y de Francia

respectivamente. El coronel Bokassa de la República Centroafricana y el Coronel Laminaza del Alto Volta nos ofrecen dos ejemplos notorios: habiéndose graduado ambos en los combates sin cuartel contra los vietnamitas, llegaron al punto de buscar abrir el diálogo con el Estado fascista del *apartheid* en Sudáfrica. Sin embargo, también hubo soldados vueltos de las guerras coloniales que desempeñaron un papel positivo en las luchas por la independencia nacional que siguieron a las dos guerras mundiales. Y, en ocasiones, las tropas africanas y la policía llegaron incluso a amotinarse, como sucedió en Nyasalandia en 1959.

También los sindicalistas africanos fueron a la escuela bajo el colonialismo. Desde un principio los colonialistas mostraron gran preocupación por la actividad y la organización del pequeño sector asalariado de África. Su deseo inicial era el de aplastar a cualquier obrero disidente y (lo que parecía tener pocas posibilidades de éxito) de cooptar y dirigir al trabajador por el camino "aceptable".

El Consejo de Sindicatos de Inglaterra (Trade Union Council-tuc); ofreció subsidio a ciertos sindicatos africanos, e intentó hacerlos aceptar una rígida separación entre los asuntos industriales (como los salarios y las horas de trabajo) y los asuntos políticos. Pero en este contexto lo que estaba realmente haciendo el Consejo era mediar en el interés de la burguesía británica, aunque no logró doblegar a la clase trabajadora de África. Los trabajadores africanos pudieron discernir que había muy pocas diferencias entre los patrones privados y la administración colonial. En efecto, el mismo gobierno colonial era uno de los principales patrones, contra el cual los trabajadores levantaron muchas demandas. Por ello fue que en las décadas de 1940 y de 1950, se multiplicaron las huelgas relacionadas específicamente con la lucha por la independencia particularmente en la Costa de Oro, en Nigeria y en el Sudán.

La contradicción entre los trabajadores franceses y los trabajadores africanos en las colonias francesas surgió de forma muy aguda. El movimiento sindicalista francés (y especialmente el sindicato comunista, la cgt) insistió en que los africanos no debían tener sindicatos aparte, sino que debían ser miembros de los sindicatos laborales franceses —como cualquier otro trabajador francés. Tal consigna programática sólo reforzaba el mito de que sitios como Dahomey y las Islas Comoros no eran colonias, sino simplemente sectores ultramarinos de Francia. Sekou Touré, de Guinea, fue uno de los primeros en romper con ese patronato de los sindicatos franceses, y en fundar un sindicato africano

independiente. Al tomar esta postura, Sekou Touré dejó claro que la principal contradicción de la situación colonial se planteaba entre los pueblos colonizados por una parte, y la nación colonialista por la otra. En tanto los trabajadores africanos siguieran siendo colonizados, tendrían que concebirse a sí mismos en primer lugar como trabajadores africanos y sólo después como miembros de un proletariado internacional. Dicha interpretación era perfectamente acorde con la realidad y permitió que el movimiento nacionalista pudiera desarrollar una plataforma de intensa politización y nacionalismo en el África Occidental francesa. Era una victoria contra el chovinismo de los trabajadores franceses blancos y a la vez contra los intereses de la burguesía francesa.

Los valores racistas imperantes en la sociedad capitalista influyeron en la actitud de la clase trabajadora blanca en las metrópolis hacia sus contrapartes africanos. En efecto el elemento del racismo agudizó la contradicción principal entre los colonizadores y los colonizados. En todas las colonias se aplicaron métodos y medidas racistas y discriminatorios —desde los más abiertos hasta los más hipócritas. En ciertos casos el racismo blanco mostraba su carácter perverso, en otros se presentaba con su disfraz paternalista. No siempre reflejó claramente los deseos de Europa de seguir explotando económicamente a los africanos. En la Rhodesia del Sur, la discriminación racial estuvo estrechamente vinculada con el objetivo de retener a los colonos blancos en sus empleos y en su tierra robada; pero en Sierra Leona, cuando algún inspector blanco semianalfabeta insultaba a un sierraleonés educado esto sólo podía describirse como “gratuito”. El racismo en ese contexto de hecho ponía en peligro la explotación económica, y era meramente la manifestación de prejuicios que habían ido creciendo durante siglos.

La contradicción racial se extendió más allá de las playas de África, debido al antecedente histórico del comercio de esclavos. Por ello no tiene nada de sorprendente que las ideas del panafricanismo hayan sido expresadas de manera tan vehemente y combativa por caribeños como Garvey y Padmore y por norteamericanos como W. E. B. Dubois y Alpheus Hunton. Todos ellos recibieron su educación dentro de la estructura capitalista internacional de la explotación con base en la clase y la raza. Habiendo cobrado conciencia de que su condición inferior en las sociedades de América, la condicionaba tanto el hecho de ser negros como la debilidad de África, los panafricanistas en esas regiones se vieron forzados a estudiar el problema central de la explotación y de la opresión europea del continente africano. Casi

no se necesita decir que las potencias coloniales nunca hubieran podido imaginar que la humillación de los millones de africanos en el Nuevo Mundo habría, al final de cuentas, de volverse en su contra y ayudar a África en su proceso de emancipación.

El proceso que produjo de golpe treinta y tres nuevos estados soberanos en África fue muy complejo, y se caracterizó por una correlación de fuerzas y de medidas calculadas por muchos grupos de africanos, así como por parte de las potencias coloniales y de los grupos de poder en el interior de las metrópolis. La independencia africana fue influida también por eventos internacionales como la segunda guerra mundial, el nacimiento de la Unión Soviética, la independencia de la India y de China, los movimientos de liberación en Indochina y la Conferencia de Bandung. En el mismo continente africano operó también la “teoría de los dominós”, de tal modo que el resurgimiento de Egipto bajo Nasser, las independencias tempranas de Gambia, Sudán y Guinea, y las guerras nacionalistas de Kenia y Argelia ayudaron conjuntamente a derribar a las colonias que permanecían en pie. Empero, se debe recalcar que el movimiento por la independencia fue iniciado por el pueblo de África, y cualquiera que fuera el grado en que se logró tal cometido, se debe tener presente que siempre fue el pueblo la fuerza motriz.

En una conferencia organizada en el Congo Brazzaville en 1948 (cuyo presidente fue el general de Gaulle) se declaró muy explícitamente que: “el establecimiento, *aun en el futuro distante*, del autogobierno en las colonias, debe evitarse”. Como es bien sabido, a la larga los franceses consideraron la idea de concederles la independencia a los pueblos de África tras haber recibido una lección muy saludable del pueblo argelino. Más aún, cuando Guinea escogió su independencia en 1958, en vez de aceptar ser para siempre el taburete de los franceses, el gobierno de Francia literalmente se enloqueció y los franceses empezaron a comportarse como cerdos salvajes antes de embarcarse para Guinea. Simplemente no podían tolerar la idea de la independencia africana.

Después de los portugueses, los belgas fueron los colonialistas que más renuentes se mostraron a retirarse ante el movimiento del nacionalismo africano. En 1955, un profesor belga sugirió que se concediera la independencia al Congo en treinta años más, ¡y se le catalogó de radical! Por supuesto, el Congo resultó ser uno de los sitios donde el imperialismo tuvo éxito en detener la revolución africana. En primer lugar, en el caso de los belgas fue la intensidad de las demandas de los congoleños y africanos

la que hizo que se pudiera pensar en la independencia; y en segundo lugar, fue precisamente la fuerza y el potencial del movimiento nacionalista bajo la dirección de Patricio Lumumba lo que condujo a los imperialistas al asesinato y la invasión. En cuanto a los ingleses, muy a menudo sacaron a relucir que ellos sí habían concedido la idea del autogobierno, después de la segunda guerra mundial; pero el autogobierno era un grito lejano de la independencia, y las declaraciones de que se estaba entrenando gente en aquel entonces para la independencia, no fueron sino piruetas políticas. Lady Margery Perham, una voz auténtica de los patrocinadores del colonialismo, admitió que el itinerario de la independencia dado por la Oficina o Ministerio de las Colonias tuvo que improvisarse ante la movilización de la población. Para tal caso ni siquiera los propios dirigentes africanos esperaban obtener la soberanía política tan pronto como se presentó, hasta que vieron cómo los partidos de masas empezaron a precipitarse como aludes.

El hecho de que esta parte del análisis se haya concentrado en la participación de los africanos con educación, no pretende quitarle importancia a la actividad vital de las grandes masas africanas, incluyendo el sacrificio de todos los muertos y mutilados que costó la independencia política. En breve, baste con decir que fueron los pueblos de África en su conjunto los que estropearon los planes de los colonialistas, avanzando en oleadas hacia la libertad. Esta posición parecería ser un mero recordatorio de ciertas ideas color de rosa y románticas sobre la independencia africana que se difundieron muy ampliamente a principios de la década del 60, pero por el contrario, se presenta con plena conciencia y reconocimiento de la miserable realidad del África neocolonial. Es necesario establecer, a pesar de todo, desde una perspectiva revolucionaria, socialista, centrada sobre todo en el interés del pueblo, que incluso la "independencia de bandera" representó un desarrollo positivo para sacar a África del colonialismo.

Asegurar los atributos de la soberanía no fue sino una etapa en el proceso de la recuperación de la independencia de África. Para 1885, cuando África fue dividida política y jurídicamente, los pueblos y sus estructuras estatales habían perdido ya gran parte de su libertad. Pero aunque en sus relaciones con el mundo exterior África había perdido una parte considerable del control de su propia economía, en un proceso que comenzó en el mismo siglo xv, la pérdida de la soberanía política en el momento del "Arrebató" o "Expropiación de África" fue decisiva. Siguiendo con este mismo razonamiento, queda igualmente claro que la recupe-

ración de la soberanía política hacia la década de 1960, constituye un primer paso inescapable para poder recuperar la máxima libertad de elegir y de desarrollarse en todas las esferas.

Asimismo, el período de la revolución nacionalista dio origen a ciertas tendencias ideológicas minoritarias, que representan las raíces del desarrollo africano del futuro. Minoritarias, porque la mayoría de los líderes africanos de la intelligentsia fueron francamente capitalistas, y compartían de lleno la ideología de sus amos burgueses. En una ocasión los colonizadores franceses llegaron a llamar "comunista" ¡a Houphouët-Boigny! * Con gran vigor se defendió contra el falso cargo de 1948, diciendo lo siguiente:

Que tenemos buenas relaciones con el Partido Comunista (francés), esto es cierto. Pero obviamente ello no quiere decir que nosotros mismos seamos comunistas. ¿Se puede decir que yo Houphouët-Boigny —jefe tradicional, doctor en medicina, gran dueño de propiedad, católico— se puede decir que yo soy comunista?

Y este razonamiento de Houphouët-Boigny se aplicaba a muchos otros de los líderes africanos de la época de la independencia. Las excepciones fueron o los que rechazaron por completo la percepción capitalista del mundo, o los que se apegaron honestamente a los dogmas idealistas de la ideología burguesa, como por ejemplo el de la libertad individual —y que, a través de la experiencia, se fueron dando cuenta de que tales ideales seguirían siendo mitos en una sociedad que se basara en la explotación del hombre por el hombre. Estaba claro que todos los líderes de la variedad no conformista se desarrollaron en contradicción directa con los fines de la educación colonial formal e informal que habían recibido, y que sus diferencias con los colonizadores eran demasiado profundas como para haberse resuelto con la "independencia de bandera".

La independencia africana fue recibida con pompa, ceremonia, y con un resurgimiento de música y de danzas tradicionales africanas. "Es el amanecer de un nuevo día", "hemos llegado al umbral de una nueva era", "hemos entrado al reino de la política" —éas eran las frases del día, el ir y venir entre Cotonou y París, entre Londres y Lusaka; y tanto izar y retirar banderas no puede decirse que estuviese desprovisto de significado. El retiro

* Presidente de la nueva Costa de Marfil independiente, país que es, empero, la experiencia neocolonial de mayor éxito en el África Occidental [r.]

del aparato militar y jurídico de control directo de los colonias, era esencial antes de que cualesquiera otras alternativas pudiesen plantearse, con respecto a la organización política, la estructura social, el desarrollo económico, etcétera.

Estos temas los planteó más seriamente la minoría de dirigentes africanos que individualmente o en su pensamiento político habían elegido una vía no capitalista de desarrollo; y los problemas se discutían en estos casos no sólo en el contexto de las desigualdades y contradicciones entre África y Europa, sino también en el de las contradicciones y desigualdades dentro de África, reflejos de cuatro siglos de esclavitud y uno de colonialismo. En lo que tocó a las masas de campesinos y obreros, la remoción de la dominación extranjera aclaró el camino hacia una apreciación más fundamental de la explotación y del imperialismo. Hasta en territorios como el Camerún, donde los imperialistas aplastaron brutalmente a los campesinos y a los obreros e instalaron su propio títere seleccionado y probado, se logró el avance, en la medida en que las masas ya habían participado en el intento de determinar su destino. Era éste el elemento de la *actividad consciente*, que trae ya consigo la capacidad de hacer historia, de aprehender la herencia de las condiciones materiales objetivas y de las relaciones sociales.

BREVE GUÍA DE LECTURA

El régimen colonial generó una gran cantidad de materiales escritos que pueden servir como una de las bases para la reconstrucción histórica. Hasta a los que no se especializan en la historia de África se les puede recomendar que revisen algunas de las fuentes originales, como por ejemplo los datos recogidos por lord Hailey. Si se les analiza con cuidado, también varios de los textos antropológicos proporcionan información y material de análisis relativos a cambios detallados dentro de las estructuras sociales africanas.

Pero ante todo, empero, son aún las generaciones que sufrieron bajo el colonialismo los depositarios vivientes de la historia del continente. El conocimiento colectivo del pueblo de África, que se deriva de la experiencia, es la base más auténtica de la historia del período colonial. Desafortunadamente, mucha de esa historia no se ha pasado aún al papel escrito, pero algo puede obtenerse en las biografías de africanos prominentes como Namdi Azikiwe, Kwame Nkrumah, Oginga Odinga y Kenneth Kaunda, así como en los escritos políticos de estos y de

otros líderes —muy especialmente en los del *mwalimu** Nyerere y en los de Sekou Touré. Los libros de Padmore y de Hunton, mencionados en la literatura del capítulo 5, se abocan aún más al contexto del régimen colonial.

Jack Woodis, *África, el león despierta*, Buenos Aires, Libroimpex (Platina).

Jack Woodis, *África, the roots of revolt*.

Gann y Duignan, *The burden of empire*.

El primer autor y sus trabajos son bien conocidos por su apoyo a la posición anticolonialista africana. El segundo ejemplo es una interpretación colonialista que se ofrece como contraste.

Sloan y Kitchen, *The educated African*.

Abdou Moumini, *Education in Africa*.

Para recabar datos, el primer libro es útil. Desde el punto de vista del análisis, el libro de Moumini es magnífico.

Frantz Fanon, *Escucha blanco*, Barcelona, Nova Terra.

— *Los condenados de la tierra*, México, FCE, 1963.

— *Por la revolución africana*, México, FCE, 1965.

Estos estudios no tienen par en la revelación de los aspectos psicológicos del esclavizamiento y la colonización en lo que concierne a los africanos, ya sea en las Américas o en el continente africano. Fanon no tiene igual en su análisis de las últimas etapas del colonialismo africano y del advenimiento del neocolonialismo.

* *Mwalimu*: maestro en swahili, como llama el pueblo de Tanzania a su presidente [T].

A. M. BABU

¿Se podrán encontrar atajos, en el intento de alcanzar el desarrollo económico? Esta pregunta ha ocupado la atención de muchas partes interesadas durante la última década: en ellos se incluyen los catedráticos universitarios, los economistas internacionales, las Naciones Unidas y sus agencias, la Organización de la Unidad Africana, las Agencias de Planificación, los Ministerios de Economía, etc. Se han convocado muchas conferencias internacionales durante la década, auspiciadas por distintos promotores, y se han publicado varios volúmenes conteniendo sus resoluciones, guías y documentos y tesis de los expertos. El resultado final ha sido negativo. Los países en desarrollo continúan siendo subdesarrollados y con la salvedad de que su situación sigue empeorando en relación con la de los países desarrollados.

La pregunta sigue así, en gran medida, sin respuesta. ¿Iremos a repetir de nuevo todo el mismo ejercicio durante la década presente? Todos los augurios indican que eso es precisamente lo que va a pasar. Ya las Naciones Unidas han lanzado la Segunda Década Económica con el mismo celo y fanfarria que la primera. El mismo llamado se ha hecho extensivo a los países desarrollados para que contribuyan caritativamente con "el 1% de sus ingresos nacionales" a asistir a los países en desarrollo. ¿Como si los pueblos de la tierra pudieran seguir condonando su pobreza para que los ricos puedan seguir ofreciéndoles caridad! Si algo se puede aprender de la década pasada es que la década del setenta traerá el mismo desaliento que llegó a su clímax al culminar la década anterior.

¿Qué es lo que ha salido mal?, podemos preguntar, ¿Será una característica tan intrínseca del carácter mismo del subdesarrollo, que hace que el desarrollo se vuelva una proeza tan irrealizable? Entre las muchas recetas que se han propuesto, por ejemplo las recomendaciones culturales, sociales, psicológicas y hasta económicas, ninguna ha producido resultados para entusiasmar a nadie. La verdad es que todas ellas han dado resultados negativos, e incluso han empeorado las cosas. ¿Debemos continuar con los mismos experimentos a costa del pueblo, que, aceptémoslo, es el

que los ha sobrellevado enteramente durante los últimos diez años? Ésta es la pregunta que se deben hacer todos los países en desarrollo, en especial los de África. Y lo más pronto será lo mejor, porque resta ya muy poco tiempo para que nuestras economías entren en un estado de dislocación permanente, y reciban un daño que tal vez ya no permitirá ninguna reconstrucción valledera en el futuro.

El Dr. Walter Rodney, en este libro tan instructivo ofrece una apertura refrescante a las discusiones que tal vez nos lleven a la solución correcta. El autor ha planteado las preguntas más fundamentales sobre el subdesarrollo y el atraso económico. A diferencia de muchos trabajos en este campo, que siempre con buena intención han aproximado el problema con un enfoque metafísico (cierto, revestido con una terminología científica) el Dr. Rodney aplica el método del materialismo histórico que efectivamente estipula: "para conocer el presente debemos ver el pasado, y para conocer el futuro debemos ver el pasado y el presente". Y es éste el enfoque científico. Con él, al menos, podremos estar seguros de que sus conclusiones no estarán deformadas por distorsiones subjetivas.

Lo que está ya claro, especialmente tras de leer la exposición de Rodney, es que lo que hemos estado planteando en el curso de la última década han sido preguntas equivocadas sobre nuestro atraso económico. Y es que ciertamente no "vimos el pasado para conocer nuestro presente"; se nos explicó, y así lo aceptamos, que nuestra pobreza era *causada* por nuestra pobreza, con la ya famosa teoría del "círculo vicioso de la pobreza" y seguimos dando vueltas en círculos buscando los medios y las formas de romper dicho círculo. De habernos planteado las interrogantes que el Dr. Rodney expone en este libro, no habríamos expuesto nuestras economías al saqueo desalmado que nos traen las "inversiones extranjeras", esas que los expositores del círculo vicioso nos apremiaban a aceptar. Porque, claramente, la inversión extranjera es la *causa* y no la solución de nuestro atraso económico.

¿Acaso no estamos subdesarrollados hoy por haber sido colonizados ayer? No existe otra explicación sobre por qué prácticamente la totalidad del mundo subdesarrollado de hoy ha sido directa o indirectamente colonizado por las potencias occidentales. ¿Y qué es el colonialismo sino un sistema de "inversiones foráneas" de las potencias metropolitanas? Y si estas inversiones en el pasado han contribuido a nuestro subdesarrollo ¿no es acaso probable que hoy continúen contribuyendo a nuestro subdesarrollo, muy a pesar de que las riendas del poder político hayan pasado

a nuestras manos? Planteada así la pregunta sobre el subdesarrollo, se torna de inmediato más inteligible hasta para el que no conoce el tema en profundidad. Y es de esta manera que el Dr. Rodney nos conduce a plantearnos estas preguntas.

La conclusión inevitable es que la inversión extranjera no sólo ayuda a socavar nuestras economías al extraerles enormes ganancias, etc., sino que les está produciendo objetivamente un daño mucho mayor al deformarlas y circularizarlas en un proceso que de no detenerse a tiempo se volverá permanente. En tanto continuemos, como lo hemos hecho durante siglos, produciendo para ese "mercado mundial" que se fundó sobre la dura roca del esclavismo y del colonialismo, nuestras economías seguirán siendo coloniales. Cualquier desarrollo será enteramente incidental, dejado a la vasta mayoría de la población por completo al margen de la actividad económica. Y mientras sigamos invirtiendo en ramas de exportación para poder alcanzar al "mercado mundial", más nos iremos *alejando* de la inversión para el desarrollo del pueblo, y consecuentemente, aún menos efectivos serán nuestros esfuerzos por lograr el desarrollo.

Y puesto que este tipo de inversión no contribuye mucho al desarrollo de la base material y técnica interna, nuestras economías se seguirán conformando sólo a lo que el mundo occidental esté dispuesto a comprarnos y vendernos, y muy escasamente podrán conformarse a nuestras necesidades internas de desarrollo. Por esta razón es que a pesar de que la gran mayoría de nuestros planes de desarrollo se proponen hacer complicadas asignaciones de recursos a los "proyectos rurales", invariablemente la mayor parte de esos recursos encuentran su camino de vuelta a proyectos urbanos y continúan acentuando las disparidades entre el campo y la ciudad. Así, son los suburbios de miseria, el desempleo, los desajustes sociales y al final la inestabilidad política nuestras características más prominentes.

Casi sin excepción, todos los países que han sido colonias en el pasado han ignorado las demandas cardinales del desarrollo. Es decir, que han obviado aquellas medidas que implicarían que en la búsqueda de ese proceso de desarrollo, para que fuera realmente efectivo, se comenzara por transformar una estructura conformada al exterior, impuesta por el colonialismo, en una que se conforme al interior. Y donde nos equivocamos fue toda vez que seguimos ciegamente las suposiciones y premisas que nos entregaron nuestros explotadores. Dichas suposiciones pueden enunciarse como sigue: "El crecimiento en los países subdesarrollados se ha entorpecido por un crecimiento inadecuado de las exportaciones,

y por recursos financieros también inadecuados; y se ha venido empeorando por la 'explosión demográfica' en estos mismos países subdesarrollados." Y la solución que se nos recomienda versa como sigue: "Aceleren sus exportaciones, aumenten sus solicitudes de ayuda y de préstamos a los países desarrollados, detengan el crecimiento de la población."

A lo largo de la década pasada, hemos encaminado nuestros esfuerzos en seguir religiosamente las recetas anteriores, y aunque nuestra propia experiencia lo sigue reprobando ¡seguimos suscribiendo estas mismas recetas incluso con renovado fanatismo! Lo que parece entonces nuestra necesidad más imperiosa, es nuestra propia descolonización mental, puesto que ni el sentido común ni la economía más sesuda, ni siquiera nuestra propia experiencia nos ayudan con esto.

Las experiencias de otros países que han elegido una vía diferente, un camino de reconstrucción económica, resultan muy instructivas en la situación que nos envuelve. Tomemos por ejemplo Corea del Norte y Albania, dos países que vivían en el subdesarrollo incluso en la década de 1950. La razón por la cual han alcanzado un impresionante desarrollo económico, fue su decisión de descartar la producción para el llamado mercado mundial, y que con ello han dirigido sus recursos hacia el desarrollo de sus bases tecnológicas y materiales internamente.

El Reporte de la Comisión Pearson (*Partners in development*), ha sido exaltado, hasta por los países en desarrollo, como si anunciara una nueva era, una especie de encrucijada, en la cooperación internacional para el desarrollo. Siendo que sus recomendaciones se adoptaron e implementaron *in toto*, vemos ahora que es muy dudoso que estas medidas puedan tener ningún impacto sobre la brecha, que de hecho se sigue ensanchando entre los países desarrollados y subdesarrollados. Y esto es debido simplemente a que se ha evitado confrontar la pregunta más fundamental, la misma pregunta: "¿Puede llevarse a cabo el desarrollo mientras nuestra estrategia de producción siga bajo la influencia de las demandas del mercado mundial, que determinan casi exclusivamente las tendencias de la producción y consumo de los capitalismos de Europa y Norteamérica?" O en otras palabras, al distorsionar nuestras economías para ajustarlas a las demandas del mercado mundial, demandas que rara vez son compatibles con las de nuestro propio desarrollo, "¿no estaremos por lo tanto privando a nuestras economías de la capacidad de sostener su propio crecimiento y suficiencia, que no es sino la precondition del desarrollo?"

Cuando se expone la pregunta en estos términos se hace posible vislumbrar detrás de la cortina de humo de los autodenominados benefactores internacionales y empezar a comprender la verdadera causa de nuestro subdesarrollo. Es mucho pedir, desde luego, que sean individuos como Pearson, con sus inclinaciones "liberales", los que nos planteen las preguntas en esta forma. Y no sólo por el hecho de que su preparación y su postura ideológica los inducen a ver tales planteamientos como algo casi moralmente pecaminoso y económicamente subversivo.

Sin embargo, como líderes de los países en desarrollo la realidad nos impone el tener que adoptar precisamente este estilo de plantear nuestras preguntas, si queremos asumir la responsabilidad de promover una vía de desarrollo cuyo éxito o fracaso afectará de una u otra forma el bienestar de estos países: cientos de millones de seres humanos, que comprenden más de dos terceras partes de la raza humana. Durante ya demasiado tiempo hemos dejado que su destino lo determine un tipo de producción que no aspira a satisfacer las necesidades de toda esa enorme población, sino simplemente a servir intereses externos, impuestos con las leyes vigentes de la oferta y la demanda del llamado mercado mundial. Hemos deformado también la educación de este pueblo, haciendo que su preparación y "experiencia" que esperamos dirija su desarrollo esté igualmente destinada a servir esos mismos intereses del mercado mundial; en vez de apuntar hacia un desarrollo de la base material interna, y así hemos observado el resultado, hemos visto como tanto tecnológicamente como con respecto al mundo desarrollado, nos hemos ido moviendo hacia atrás en vez de hacia adelante. Dócilmente hemos aceptado la llamada división internacional del trabajo, en el nombre de nuestras masas, y al hacerlo las hemos condenado a especializarse en las materias primas, cuya producción no favorece ni el desarrollo de la pericia tecnológica ni menos aún la invención de maquinaria pesada, ambos requisitos del verdadero desarrollo.

El valor del libro del Dr. Rodney consiste también en que se dirige, muy apropiadamente, no a los dirigentes sino a las masas, y ofrece la esperanza de que será un instrumento de transformación, en la acción en masa de la población. Y en efecto, muchos países africanos, al faltarles una dirección comprometida con su pueblo, han caído ya presa de la explotación mediante los militares, al grado que hoy en la Asamblea de África, los militares conforman la mayoría. Y esto tuvo que ser así, como ocurre toda vez que la dirección política pierde su orientación interna, y toda vez que, en su extravío y confusión, abandona los esfuerzos

de encontrar soluciones a los problemas de su pueblo, y se dedica a acumular riqueza para los fines personales de sus miembros. El gobierno de la política ha venido incorporando un sentido cada vez más "comandado", en lo referente a la operación del Estado. La lógica y la razón se han ido volviendo subversivas. Y cuando los políticos gubernamentales terminan por volverse innecesarios como comandantes ¿quién sino el ejército es el más capacitado para comandar?

Es triste tener que aceptar que con muy raras excepciones, África muy poco le debe al conjunto de individuos que en la actualidad pasan por sus líderes, en toda la extensión del continente. Y mientras Asia y América Latina han producido gigantes como Mao, Ho Chi Min y el Che, que inspiran y estimulan la imaginación no sólo de sus compatriotas en los límites de sus naciones sino del mundo entero, África ha producido un Nyerere y lo ha mantenido en el poder, mientras hemos dejado que se asesine a un Lumumba y que se encarcele o exilie a líderes como Ben Bella y Nkrumah, y todo en respuesta a los deseos de los imperialistas —nuestros benefactores, prestamistas patrones, señores y socios mercantiles.

Con todo el respeto merecido, es difícil imaginar, más allá de una o dos honorables excepciones, que cualquiera de nuestros líderes actuales sea capaz de articular la defensa de los derechos legítimos de nuestros pueblos; a sabiendas de que estos derechos están en contraposición directa con los intereses del imperialismo. Y a pesar de todo ésta es la postura que se necesita si vamos realmente a cumplir con nuestras obligaciones como líderes, pues no existe otra forma que nos conceda imponer nuestro liderazgo sobre nuestro pueblo. Y mientras la mayoría de los dirigentes de este continente no sientan la urgencia de resolver los problemas de sus pueblos en parte porque ellos mismos no sienten el empuje de esa miseria, las masas, que sí lo sienten, ya no van a esperar. Por esto es que uno confía en que un libro como el del Dr. Rodney será leído por tantas gentes como sea posible; pues ha llegado en un momento en que más se necesita para la acción.

Después de leer los perturbadores relatos de la brutalidad del esclavismo, del yugo, la depravación y la humillación; y del aplastamiento de civilizaciones enteras con el único fin de servir a los intereses de Occidente; y de leer cómo se desintegraron sociedades establecidas por la fuerza de las armas del imperialismo para entregar esa fuerza de trabajo arrancada a África a los dueños de las plantaciones del "nuevo mundo"; fuerza que se perdió por lo tanto para siempre, para construir lo que hoy son las economías

capitalistas más avanzadas, se torna absolutamente cristalino que el único cambio posible de nuestro estado actual de estancamiento es el camino revolucionario —el rompimiento completo con el sistema por toda nuestra miseria pasada y presente.

Nuestro curso futuro debe empero guiarse por la dialéctica: si al haber visto el pasado hemos entendido más el presente, ahora para poder entender el futuro tendremos que ver al pasado y al presente. Nuestra acción deberá ser congruente con nuestra experiencia concreta sin dar cabida a esperanzas y deseos de que el monstruo que nos ha perseguido a través de la historia se tornará algún día en cordero; ello no ocurrirá. Dicho con las palabras de Engels, "La libertad no consiste en soñar con la independencia de las leyes de la naturaleza sino en conocerlas... la libertad de arbitrio, por lo tanto, no es otra cosa que la capacidad de tomar decisiones con conocimiento del problema." El problema, lo sabemos de sobra, no es otro que el mismo monstruo. ¿Tendremos la capacidad de tomar esa decisión —ahora que el Dr. Rodney nos ha ofrecido el conocimiento del problema? El pueblo debe responder.

Dar es-Salam, Tanzania, diciembre de 1971



papel editorial crema de fábrica de papel san juan, s.a.
 impreso en talleres gráficos victoria, s.a.
 la. privada de zaragoza no. 18 bis - col. guerrero
 delegación cuauhtémoc - 06300 México, d.f.
 tres mil ejemplares y sobrantes para reposición
 23 de julio de 1982

ANGOLA: MITO REALIDAD DE SU COLONIZACIÓN

Gerald J. Bender

El Tercer Mundo se ve ante la imperiosa necesidad de escribir su historia: cada vez se hace más imprescindible desmitificar, desmentir, corregir la historia que le han escrito los países colonizadores. Al conquistar su independencia, los pueblos conquistan también el derecho a decir su pasado. Angola es uno de ellos.

La creencia de que Portugal es singular entre los colonizadores europeos debido a la manera en que conducía sus relaciones en sus colonias en África y América Latina, se ha difundido mucho. Esta creencia se sintetiza en la ideología del "lusotropicalismo", que sostiene que las prácticas colonizadoras del pueblo portugués se caracterizaban por una legislación igualitaria y una mezcla racial más amplia, a causa de su supuesta aptitud histórica para la tolerancia.

El "lusotropicalismo" fue la principal explicación y justificación de la continua presencia de Portugal en África hasta el derrocamiento del sistema fascista, en abril de 1974. El presente libro ofrece un detallado análisis de las doctrinas y el grado en que éstas motivaron las actividades de los portugueses en Angola, análisis que resulta vital para una total comprensión de las ramificaciones políticas históricas y sociológicas del colonialismo.

Gerald J. Bender es catedrático huésped de ciencias políticas en la Universidad de San Diego, California. Actualmente tiene una beca de la Fundación Rockefeller para hacer un estudio sobre Angola después de la independencia.

LAS 56 ÁFRICAS. UNA GUÍA POLÍTICA
Frank Tenaille

Esta guía política de África está dirigida a un público que, expuesto a los medios de comunicación masiva en momentos en que ese continente cubre una parte importante de las noticias mundiales, necesita datos y referencias precisos, escuetos y eficaces.

Cada país aparece como un todo coherente en el que no faltan datos esenciales de la historia colonial, los grandes momentos de la independencia con la formación de partidos políticos, organización de grupos de presión, las intervenciones de organismos internacionales y los proyectos de construcción nacional.

Incluye asimismo cifras actualizadas que permiten obtener información sobre población, grupos que la componen, producción y distribución de la riqueza. Y por último, una bibliografía que da cuenta de algunos libros fundamentales para el lector que quiera ampliar su conocimiento de este tema.

El autor destaca el papel que ha tenido el imperialismo francés en la historia de las formaciones políticas africanas. Intenta descolonizar la información habitual y abrir posibilidades distintas para la comprensión de los acontecimientos. Su estilo claro y directo, como lo requiere una guía de este tipo, permite lograr en poco espacio una nítida versión de los países desde el punto de vista de las posibilidades de liberación que cada uno presenta.

Frank Tenaille nació en 1948. Se graduó en sociología y etnología y como periodista se ha especializado en asuntos africanos.

CARTAS A GUINEA-BISSAU
Paulo Freire

Invitado por el gobierno revolucionario de Guinea-Bissau, Paulo Freire viajó a ese país con su equipo del Instituto de Acción Cultural, para contribuir con su experiencia al programa de alfabetización de adultos, considerado como un gran desafío después de cuatro siglos de dominación portuguesa que dejaron como una muestra de su "misión civilizadora" al 90% de la población analfabeta.

Su disposición a colaborar la decidieron en su carácter de militantes y no como especialistas "neutrales" o miembros de una misión extranjera de "asistencia técnica"; el trabajo habrían de llevarlo a cabo empapándose primero de la realidad de Guinea-Bissau y en estrecho contacto con militantes guineenses comprometidos en el esfuerzo de reconstrucción de su país, en el que la larga guerra de liberación fue "un hecho cultural y un factor de cultura", en palabras de Amílcar Cabral.

Con la intención de ofrecer a los lectores una visión dinámica de las actividades pedagógicas que están desarrollándose en Guinea-Bissau, así como algunos de los problemas teóricos que suscitan —la labor tiene que realizarse con un pueblo casi analfabeto pero políticamente muy "letrado"—, se recogen aquí las cartas de Paulo Freire dirigidas a sus compañeros de la Comisión Coordinadora de los trabajos de alfabetización y al comisario de Educación en Bissau.

De Paulo Freire hemos publicado también *La educación como práctica de la libertad*, *Pedagogía del oprimido* y *¿Extensión o comunicación?: la concientización en el medio rural*.

Esta HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, preparada y editada inicialmente por Fischer Verlag (Alemania), sigue un nuevo concepto: exponer la totalidad de los acontecimientos del mundo, dar todo su valor a la historia de los países y pueblos de Asia, África y América. Resalta la cultura y la economía como fuerzas que condicionan la historia. Saca a la luz el despertar de la humanidad a su propia conciencia. En la HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI han contribuido ochenta destacados especialistas de todo el mundo. Consta de 34 volúmenes, cada uno de ellos independiente, y abarca desde la prehistoria hasta la actualidad.